

JANE GREEN

Las hermanas
SUNSHINE




VERGARA

JANE GREEN

Las hermanas
SUNSHINE




VERGARA

LAS HERMANAS SUNSHINE

Jane Green

Traducción de Sonia Tapia



VERGARA

SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleercompasion



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Ian Warburg
Siempre

Hace unas semanas

Prólogo

Tantos años creyendo estar enferma, tantos años convencida que cada lunar era un melanoma; cada tos, un cáncer de pulmón, cada acidez de estómago, un infarto inminente... Al cabo de tantos años, cuando los dioses por fin le retiraron su protección, Ronni no tenía miedo.

Qué lástima, pensó, cuando los médicos le dieron el primer diagnóstico. En principio se negó a creerlo. Pero luego, cuando coincidieron el segundo y el tercer diagnóstico, volvió a pensarlo: Qué pena, he malgastado un montón de años temiéndome lo peor. Y ahora que lo peor le había caído encima, resulta que estaba serena, en paz, como si fuera lo que siempre había estado esperando. Ahora que había llegado, no le daba ningún miedo.

Había puesto su vida en orden. Había muchos, muchos errores que no podía enmendar, que jamás podría. Pero si no había terminado de sanar del todo la relación con sus hijas, por lo menos había logrado volver a unir las; por lo menos ahora se tenían unas a otras. Ronni se mueve en la cama y parpadea ante el sol que entra a raudales por la ventana y en cuyo resplandor se arremolina el polvo. De hecho hay una gruesa capa de polvo sobre la cómoda a los pies de la cama. Unos meses atrás, se habría puesto furiosa y habría llamado a Lily, la asistente, para que acudiera a limpiarlo. Pero ya no importa.

Las piernas ya no le responden y cada vez le cuesta más trabajo mantener la cabeza erguida. Al comer se atraganta, de manera que es más fácil no comer, y ya no tiene energía para tomarse los batidos que su hija le prepara. Vuelve un poco la cabeza y ve un vaso entero que le ha traído Lizzy esa mañana: un batido de espinacas, por el hierro, crema de almendras, por las proteínas, y leche de coco porque Lizzy jura y perjura que el coco es la cura definitiva de

cualquier cosa hoy en día.

No para Ronni. Para Ronni no hay cura, no hay antiinflamatorio que impida el cansancio o los espasmos musculares, no hay hierro, minerales o vitaminas en el mundo que puedan devolver la sensibilidad a su cuerpo, permitirle llevar una vida comparable a la que ha llevado todos estos años.

Ha sido una buena vida, piensa. Sesenta y cinco años. Habría querido vivir más. Antes de que la enfermedad se adueñara de su cuerpo, aparentaba ser mucho más joven y daba por sentado que viviría para siempre. Va a coger el espejo que tiene sobre las mantas y se da cuenta de que también está perdiendo el uso de esa mano. Lo alza despacio, solo unos segundos, para verse la cara. Hace más de un año que no se pone Botox, ni se rellena las arrugas ni se hace ninguno de los tratamientos que la mantenían joven y tersa. Se operó los ojos en la cuarentena, pero ahora se le han hundido en lo que queda de su rostro, sus mejillas demacradas, su piel gris. Se queda mirando, fascinada ante lo mucho que ha cambiado, ante aquello en lo que se ha convertido.

No es la forma de marchar que ella hubiera elegido, pero Ronni tampoco habría querido envejecer. El maquillaje, los tratamientos, las pelucas, la gimnasia, la persona refinada y encantadora que todos conocían, todo eso mantenía su aspecto juvenil, a pesar de que ya no conseguía los papeles de otros tiempos.

Tres años atrás le ofrecieron el papel de abuela en una provocativa serie nueva de la HBO. Lo rechazó horrorizada. Le dijeron que sería una «abuela glamurosa», que querían representar el envejecimiento de una manera atractiva, vibrante. Ronni salió contoneándose del despacho sin decir una palabra, dejando bien claro su disgusto. La serie acabó ganando numerosos premios, con Betty White en el papel de abuela. Ronni no había querido saber nada hasta el año anterior, cuando la segunda temporada ganó todos los galardones habidos y por haber. Entonces se la vio toda de un tirón. Todo el mundo la ponía por las nubes, y al instante quedaba claro por qué: los diálogos inteligentes, las provocativas y astutas observaciones, los personajes abominables, egoístas y egocéntricos a los que una querría odiar pero a los que no podía evitar querer porque eran muy vulnerables, porque tenían un corazón tan necesitado, tan sangrante, tan real... Ronni no vio nada de eso. Lo

que Ronni veía era una mujer mucho mayor que ella interpretando un papel que le habían ofrecido a ella. Lo cual significaba que la consideraban de la misma edad, del mismo tipo. Se quedó destrozada.

Reservó un tratamiento Thermage para el día siguiente y un peeling químico. Pidió cita con su cirujano plástico en Nueva York para hablar de un lifting facial. ¿Cómo se atrevían a verla perfecta para el papel de una vieja? ¿Cómo se atrevían a considerarla una anciana? ¿Acaso no eran los sesenta los nuevos cuarenta? Revertiría el tiempo, se aseguraría de seguir interpretando madrastras malvadas antes que ancianitas excéntricas.

El día de la cita, le dieron unos mareos horribles y se pasó el día en cama. No llegó a pedir una segunda cita. Lo cual ya no importa, piensa ahora. Tantos años siendo bella, tantos años con una figura maravillosa, y lo único que pensaba es que nunca estaba bastante delgada, nunca era bastante bella, nunca lo bastante buena. Lo que daría por recuperar todos esos años, por disfrutarlos más, por apreciar la vida que tenía cuando la tenía.

Todos esos años en los que pudo haber sido mejor esposa, mejor madre, mejor amiga. Ronni suspira. Ahora es demasiado tarde. Lo hizo lo mejor que supo. Y ahora está preparada. No es como ella hubiera querido. Tenía la ilusión de estar guapa otra vez, de que la vistieran y la maquillaran, de dejarse caer sobre la almohada entre la cascada de pelo de una de sus famosas pelucas. Había imaginado a sus hijas en torno a la cama, tal vez cogidas de la mano, con una sonrisa beatífica, mientras sonaba Bach en el altavoz del iPhone y ella se tomaba callada las pastillas de las que había hecho acopio y caía poco a poco en el sueño eterno.

Reunir las pastillas resultó todo un reto, porque la criada se llevó los botes de OxyContin al piso de abajo. Ronni aprendió a pedir a las visitas que le subieran algunas, y luego fingía tomarlas, o decía que las tomaría más tarde, y entonces procedía a esconderlas en su creciente alijo.

Había esperado que hubiera una cámara en la esquina, grabando su escena final para el documental que se haría sobre su vida, mientras ella pasaba a la siguiente.

Ha dejado planes para su funeral, que también será filmado. Hablarán en él las mayores estrellas del escenario y la pantalla, sin duda. Ha dejado claras

instrucciones: quién quiere que haga su elegía, qué poemas se leerán. Se ha imaginado los obituarios, las retrospectivas, la enorme fotografía suya en la pantalla de los Oscars, la tristeza y las lágrimas de todos cuantos la han conocido, o la han amado, o han admirado sus películas durante años.

La primera parte del plan no ha salido. Ninguna de sus hijas quiere cooperar. Nell se niega a hablar de ello, excepto para decir que de ninguna de las maneras va a ayudar a su madre a suicidarse para luego tener que vivir con eso en la conciencia durante el resto de sus días. Es inadmisibile que lo pida siquiera, opina. Meredith no hace más que llorar. Y Lizzy... Lizzy, la que más se parece a ella, Lizzy, su querida pequeña, se ha negado a creer que no se pueda hacer nada. Qué típico de Lizzy, creer que se puede lograr cualquier cosa a base de pura fuerza de voluntad, incluso un milagro. Lizzy, que le prepara batidos nutritivos a más no poder, que está investigando lo último en tratamientos con células madre, que está segura de que pronto saldrá una cura.

Sus hijas han pedido más tiempo. Dales seis meses, insisten, seguro que encuentran algo que te ayuda. No están dispuestas a dejarla ir todavía. Pero Ronni ha llegado al final. Mete la mano buena bajo la almohada, donde ha estado atesorando las pastillas. Ya tiene bastantes para garantizar que no despertará ni vomitará. Por un instante lamenta no irse como tenía planeado, rodeada de su familia, cayendo en una ola de perdón y amor. Pero es que no están dispuestas a dejarla marchar.

Y es hora de marchar.

1981

1

El director se levanta de un salto y se acerca a Ronni Sunshine. Le agarra los brazos y le planta unos extravagantes besos europeos al aire, frunciendo los labios a cada lado de su rostro perfectamente maquillado una, dos, tres veces.

—¡Cariño! ¡Estás más guapa que nunca! —El acento de la Europa del Este de Andras Marko tiene un deje americano adquirido en Hollywood durante los últimos diez años. Ahora da un paso atrás para admirar la corta y estrecha falda de Ronni y su chaqueta roja con grandes hombreras, entallada a la perfección, el desfilado impecable de su pelo, sus impresionantes ojos verdes con una raya negra ligeramente curvada hacia arriba en las comisuras, los labios turgentes, relucientes y rojos de carmín, siempre en un ligero mohín y ahora curvados en una sonrisita.

El rostro de Ronni se ilumina de satisfacción ante el cumplido.

—¡Cariño! ¡Qué alegría verte! —En otros tiempos Marko había estado loco por ella. Ronni lo sabe y lo usa en beneficio propio, aunque nunca llegó a pasar nada, porque era entonces muy joven, casi una adolescente, y él no podría haberse aprovechado de ese modo. De manera que en lugar de eso, se mostró dulce, la acogió bajo su ala, y si alguien se atrevía a coquetear con ella o intentaba abusar, Andras era el primero en salir al quite y dejarle las cosas claras.

—Más me alegro yo. —El director sonríe—. Te has convertido en toda una belleza.

—Gracias, Pappy.

Los amigos de Andras le llamaban Pappy, y Ronni se aseguró de utilizar ese

apodo desde el principio. Eso le hacía sentirse querido, le impulsaba a cuidar mejor de ella.

La voz de Ronni sigue siendo el ronco ronroneo que desarrolló para su primer papel, a los dieciocho años, una voz que desde entonces se ha convertido en su marca distintiva. Aquel primer papel de cine, como la quinta amante de Michael Caine, llevó a una serie de películas de serie B, que a su vez la llevó a trasladarse a Hollywood dos años más tarde.

Andras Marko dirigió la primera película en la que trabajó, una vez instalada en su pequeño estudio de Silver Lake. Andras era relativamente nuevo en el sector en aquel entonces, pero con los años produjo varios grandes éxitos. Ahora es un destacado director de Hollywood, con una inclinación hacia las actrices exóticas, de piel oscura y en la veintena.

—¡Cuánto tiempo! —exclama, admirándola de la cabeza a los pies—. ¿Qué han pasado... diez años, doce desde aquella película?

Ronni echa la cabeza atrás con una cristalina carcajada.

—¡No, cariño! Solo han pasado seis o siete años. Lo que ocurre es que en Hollywood el tiempo parece más largo.

Es lo que tiene que decir. Ya tiene treinta años, pero en su currículum constan veintiséis. Andras debe de saber que no tiene veintiséis, puesto que conocía su edad cuando hicieron aquella película juntos hace ya tanto tiempo, pero está dispuesto a participar en el juego que ambos saben que se espera de ellos.

—¡Y te has casado y todo! ¡Y tienes hijos! No me puedo creer lo mucho que cambian las cosas en tan poco tiempo.

Una sombra de descontento cruza los ojos de Ronni. No es que no le guste estar casada, pero su papel no es el de una joven madre, sino el de una joven inocente. Recordarle a Andras su situación fuera del estudio de rodaje no es lo que más le apetece.

—Ven, ven. —El director la coge de la mano y agacha la cabeza con una sonrisa mientras la guía entre las personas que han estado viendo las pruebas de cámara, todas las cuales aplauden a su paso. A Ronni la inunda un cálido bienestar. Esta película podría ser una bomba. Se rumorea que Robert Redford será el protagonista. Lograr el papel la catapultaría al éxito que siempre ha

soñado—. Bueno, cuéntame —pide Andras—. Háblame de las niñas.

—Los bebés son adorables —responde ella, aunque Nell tiene siete años y Meredith, tres—. ¿Y cómo están tus hijos? ¿Qué edad tienen ya? ¿Y Diana, qué tal?

—Pff. —Andras hace un gesto con la mano libre. Han salido de la sala y están cruzando el plató en dirección a su despacho—. Están todos muy bien. ¡Todos volviéndome loco! ¡Pero ven, ven! ¡Tenemos mucho de que hablar!

Se vuelve hacia ella con una risa que le arruga los ojos. Ronni también se ríe. Su emoción amenaza con estallarle dentro. ¡Parece que lo ha conseguido! ¡Lo ha conseguido de verdad! Esta vez sí que va a interpretar el papel de sus sueños.

Al entrar en el despacho, Andras le hace un gesto para que se siente.

—La prueba de cámara ha sido maravillosa —comienza, con una benéfica sonrisa—. Has crecido y madurado como actriz, pero sin perder el brillo de la juventud. Creo que serías perfecta para el papel de Jacqueline. ¿Qué te parece? ¿Estás lista para una cosa así?

—¿De verdad? —Ronni apenas puede sentarse quieta, y se agita de deleite mirándole a los ojos—. ¿Me estás diciendo que tengo el papel?

—¿Lo quieres?

—¡Ay, Pappy! ¡Es el papel con el que he soñado toda mi vida! ¡Es maravilloso!

—¿Así que quieres el papel? —Ahora Andras sonrío con una expresión que ella no recuerda de otros tiempos, una sonrisa que Ronni no habría podido interpretar incluso si no estuviera temblando de pura emoción, tan ilusionada que hubiera sido imposible estar preparada para lo que iba a pasar.

—Sí.

—Pues si de verdad quieres el papel —dice él, arrellanándose en el sofá y bajando la voz mientras abre las piernas—, lo único que tienes que hacer es portarte bien conmigo. Portarte muy bien conmigo.

Por lo general, un masaje basta para calmar a Ronni. El estudio le envía a una masajista una vez a la semana. Por lo general, los jueves. Pero Ronni

llama a su agente en cuanto llega a casa y pide —no, exige— que la masajista acuda hoy. Ha vuelto en el coche rechinando los dientes, repasando la audición una y otra vez.

Pórtate bien conmigo. Ronni sabe, como sabe cualquier joven actriz de Hollywood, lo que significa ese eufemismo. No lo ha hecho nunca, ni lo hará. Andras Marko se puede ir a tomar por culo.

¡Ay, pero es que habría sido el papel perfecto! Y estaba segura de que era suyo. La prueba de cámara salió tan bien como cualquier prueba de su carrera. Había visto cómo la miraba la gente embelesada. Era ingenua e inocente, y habitaba tan bien el personaje que se olvidó de que era Ronni Sunshine, actriz de películas de serie B, y creyó ser una joven madre cuya hija había sido secuestrada. Se los ganó a todos. Al final, hubo una fracción de segundo en la que tuvo que parpadear para retornar a sí misma, y miró en torno a la sala los rostros de todos los presentes, y supo que los tenía en el bolsillo. Ellos también se lo habían creído.

Ese pervertido de Andras. ¿Cuándo se había convertido en un cerdo? ¿Cómo aquel hombre dulce y amable con el que había trabajado hacía años se había convertido en el director asqueroso, presuntuoso y sórdido que se había abierto de piernas esperando que ella cediera? ¿Tanto le habían corrompido la fama y la fortuna? En fin. Era obvio que sí. Ronni podía nombrar a diez actrices en diez segundos que habían construido sus carreras sobre el sofá de los despachos. Pero ella nunca fue así. Nunca había necesitado ser así.

Y no iba a empezar ahora. Por mucho que deseara ese papel.

Conducía hacia su casa notando la tensión que se acumulaba en el cuello y los hombros, el incipiente latido de un dolor de cabeza. Estrés. Decepción. Furia. Ese Andras. ¿Cómo se había atrevido!

Al entrar en casa la invadieron las náuseas. Corrió al baño y se asqueó consigo misma por vomitar, por tener una reacción tan extrema ante lo sucedido. Pero más le asqueaba él. Fue entonces cuando cogió el teléfono y llamó a su agente.

La camilla de masajes está preparada, como siempre, en su dormitorio. En cuanto se tumba espera experimentar algún alivio. Pero mientras la masajista trabaja en la habitación en penumbra, Ronni solo puede pensar en Andras, con

una furia y un disgusto que ningún masaje del mundo podría aplacar.

De su boca escapan largos y exasperados suspiros. Oye abajo el ruido de la puerta y la voz de la niñera inglesa que trae de vuelta a Nell y Meredith de sus actividades de la tarde.

Un traqueteo de pasitos sube al galope por las escaleras. Se oye: «¿Mami? ¿Mami? ¡Mami!», en un *crescendo* de chillidos, hasta que se abre de golpe la puerta de su dormitorio, su tranquilo y sereno santuario, y sus dos hijas entran bruscamente y se acercan ruidosas a la camilla.

—Ahora no, niñas —les dice ella cortante, con más dureza de la que pretendía, la cabeza vuelta hacia un lado, la masajista detenida un momento—. Mamá está ocupada. Id a buscar a Iris.

—Pero es que quiero enseñarte lo que he hecho en el cole. —Nell, la mayor, no cede terreno, y presenta un trabajo manual. Ronni siente una oleada de rabia. Este es su momento para ella misma, por Dios bendito. Después del día que lleva, ¿acaso no merece un momento para sentirse mejor?

—¡Que ahora no! —exclama, con más dureza aún que antes.

Meredith, que estaba de pie junto a la puerta, lanza un gemidito y las dos niñas huyen a ponerse a salvo con la niñera, que las espera paciente fuera del dormitorio. Ronni la oye recordar a las niñas lo que les tiene dicho: que no hay que molestar a su madre. Pero todavía tienen que aprender que cuando la puerta está cerrada y la masajista está dentro, nunca es buen momento.

Al día siguiente, en el desayuno, las cosas no mejoran. Ronni se despierta despacio. En la habitación todavía impera un silencio fantasmal y una absoluta oscuridad, gracias a su antifaz de satén y sus tapones de cera. Robert estará viajando por el Midwest hasta más tarde, lo cual es a la vez liberador e irritante. A ella le gusta que esté en casa, que esté de su lado, que la cuide.

Las niñas se han ido al colegio. El único ruido es el débil rumor de la aspiradora en el piso de abajo, lo cual significa que Rosa está en casa.

Ronni se queda un rato en la cama, pensando en el casting. No puede sacárselo de la cabeza. Se despertó de madrugada, todavía furiosa, y con dificultades logró volver a dormirse a eso de las cuatro. Y ahora son más de

las nueve y todavía no puede pensar en otra cosa que en el casting. El asco ha remitido para dejar paso a las dudas. Se trata de un papel importantísimo, al fin y al cabo. Un papel que la lanzaría al superestrellato. Marilyn Monroe lo hacía constantemente, era famosa por acostarse con los peces gordos para obtener un papel. ¡Y era Marilyn Monroe! ¿Quién se cree que es Ronni Sunshine para negarse a hacer lo mismo?

Pero estoy casada, se dice. Soy madre. Una cosa así es inconcebible.

Está en la cama, con la mirada perdida, el antifaz de satén rosa subido sobre la frente. ¡Ese papel! ¡Esa película! Sin duda la alzarían al lugar que siempre ha ansiado, al estatus de auténtica estrella de cine. Ese papel podría cambiar su vida. Y lo único que tenía que hacer era... ¿qué? No lo sabe muy bien. Una mamada podría haber bastado. ¿No era eso lo que indicaba el gesto de abrir las piernas? Y una mamada no es exactamente una infidelidad, ¿no? Si le hiciera a Andras una mamada... se estremece de asco con solo pensarlo... pero si se la hiciera, solo una, solo para conseguir el papel, todavía podría considerarse que es fiel. No sería caer en lo más bajo, seguramente, ¿no?

Pero no puede. No, no puede. O sí... Siempre ha sabido que ella le gustaba, que era su tipo, pero en aquel entonces Andras no era bastante famoso para haberse atrevido a dar el paso. O tal vez ella era demasiado joven. De cualquier manera, Andras siempre ha elegido para sus películas mujeres que se parecían a ella: rubias, menudas, exóticas.

Ronni coge de la mesilla de noche un espejo de mano, de madreperla, y se lo acerca a pocos centímetros de su cara. Producto de una madre sueca y un padre anglojudío, incluso a primera hora de la mañana (para ella), Ronni es exótica. Es exactamente el tipo de Andras. De piel oscura como su padre, menuda, con los grandes ojos verdes de su madre, ligerísimamente achinados, y su densa melena rubia, ha estado destinada al estrellato desde que nació. No el estrellato de películas de serie B del que ha gozado los últimos doce años —la clase de estrellato que a veces le consigue mejores mesas en restaurantes, o que le pidan autógrafos de cuando en cuando—, sino el verdadero estrellato de Hollywood. El estrellato ante el que se abren todas las puertas.

Sus padres, abuelos, tíos la contemplaban con adoración cuando actuaba para ellos de pequeña, cuando con los ojos chispeantes cantaba, giraba y

danzaba sobre una caja de madera que le había fabricado su padre a modo de improvisado escenario. La tenían detrás del sofá en el salón de su bonita casa de estuco estilo georgiano, junto a Downshire Hill, en el arbolado barrio de Hampstead, en Londres.

A los dieciocho obtuvo su primer papel en el cine. A los veinte se trasladó a Hollywood. A los veintiuno tuvo una aventura con Warren Beatty, cosa que, aunque en aquellos tiempos no era del todo inusual para una joven actriz de Hollywood, no obstante apareció en todas las columnas de cotilleo. A los veintidós consiguió el primero de una serie de papeles de protagonista en películas de serie B. A los veintitrés, de pronto se quedó embarazada, gracias a una apasionada relación, relativamente nueva, con Robert Sunshine, que comenzaba a hacerse un nombre en Nueva York en el sector de los bienes raíces comerciales. Estaba construyendo un centro comercial en Los Ángeles y viajaba allí con frecuencia. Ronni, que todavía trataba de ascender por el escalafón cinematográfico, había aceptado ser anfitriona de una de las fiestas de Robert. Su papel era saludar y mostrarse encantadora.

Al final de la noche quedó claro que el más encantado era Robert. La aventura surgió a partir de ahí, y con lo del embarazo, Ronni se casó con él y adoptó su apellido, para deleite y delirio de la prensa rosa. ¡Ronni Sunshine! ¿Acaso no era ese el nombre de una gran estrella? Se mudaron a una laberíntica casa moderna de madera, asentada en Laurel Canyon, que parecía una casa de árbol mágica.

Ronni odiaba estar embarazada, se sentía como un alce gigante. Su figura, que siempre se había esforzado tanto por mantener como joven actriz que se embarca en una carrera en la que el aspecto es fundamental, se transformó en algo irreconocible.

Volvió a su ser a los tres meses del nacimiento de su hija y no tardó en obtener el papel de una joven ama de casa en una película de terror gótico que iba a ser un gran éxito pero que al final no triunfó como todos esperaban. Y la que más lo esperaba era Ronni.

Siguió trabajando. Fue una de las que tuvo suerte, suponía, aunque ella no tenía esa sensación. Contar con trabajo regular, ser reconocida por la calle de vez en cuando no era suficiente. Nunca era suficiente. El estrellato que tanto

ansiaba estaba siempre casi al alcance de sus dedos, pero solo casi. Sus embarazos no fueron planeados, ninguno de ellos. Pero Ronni pensaba que tener un marido triunfador, un marido guapo y glamuroso sin duda la ayudaría a llegar más lejos.

Y ahora, por fin, tenía una oportunidad real de algo grande. Un papel que la introduciría en las ligas mayores. Y lo único que tenía que hacer para lograrlo era una mamada. Tal vez podría llamar hoy a Andras y pedirle una nueva reunión, disculparse por haber salido de allí hecha una furia. Podría decirle que tenía la regla. Ya se le ocurriría algo.

Lo recuerda sentado en el sofá, con las piernas abiertas y una ceja alzada, y la invaden las náuseas. En ese momento llaman a la puerta y Rosa entra sin aguardar respuesta. Rosa siempre hace lo mismo, no sabe respetar los límites. Si no fuera tan buena criada, Ronni asegura que la habría despedido hace años, pero la casa está como una patena, las niñas la adoran y la verdad es que Ronni también.

—¿Se levanta? —Rosa se queda en el umbral—. Ha venido el hombre a arreglar la piscina y no sé qué decirle. El señor Robert dice que hable conmigo, pero yo no sé nada. ¿Quiere hablar con él? —Rosa mira a Ronni y parece advertir de pronto el alarmante tono gris de su piel—. ¿Está bien?

Ronni se levanta de un salto de la cama, con la mano en la boca y corre al cuarto de baño. Llega al váter de milagro y allí vomita entre retortijones de estómago y estertores, aunque no sale nada más que un minúsculo hilillo de bilis.

Se lava la cara con agua fría, aliviada de que se le hayan pasado las náuseas, luego se enjuaga la boca. Cuando vuelve al dormitorio, Rosa sigue de pie en el umbral, esta vez de brazos cruzados y con una ceja enarcada.

—Estoy perfectamente —asegura Ronni—. ¿Puedes encargarte de que mi vestido negro esté planchado? El del escote bajo. Voy a salir en dos horas.

2

—¡Mami! ¡Qué guapa!

Ronni entra en la cocina y se pone a dar vueltas en torno a su hija con su vestido largo Halston color berenjena, sintiéndose femenina y hermosa. La niña suelta una carcajada. Meredith ríe encantada mientras su madre da vueltas y vueltas, agachándose para rozarle los mofletes con besitos de mariposa.

—¿Adónde vas? —le pregunta.

—Al colegio, a ver el recital de poesía de Nell. —Ronni sacude el pañuelo de raso y se lo echa por los hombros—. ¿Voy bien?

—Pareces la estrella de cine que eres —tercia Iris, una niñera que ha durado más de seis meses, el tiempo suficiente para saber lo bien que funcionan los halagos con su jefa.

—¿Y la tripa? —Ronni se pone de perfil y muestra un ligerísimo abultamiento—. ¿No se me ve enorme? ¿No estoy gigantesca?

Iris palidece horrorizada.

—No pareces embarazada en absoluto. Pero aunque así fuera, las embarazadas son hermosas. Para eso están hechos nuestros cuerpos. Debes estar orgullosa de tu embarazo, no avergonzada.

—No me avergüenza. —Ronni se deja caer en una silla junto a la mesa y tiende la mano sin darse cuenta hacia las torrijas de Meredith. Solo advierte el pecado que está a punto de cometer cuando la comida casi le toca los labios. Devuelve la torrija al plato y se limpia los dedos con el mantel—. Es que no quiero que lo sepa nadie a menos que sea necesario. Todavía puedo trabajar siempre que no se me note.

—¿Y qué ha pasado con el papel de esa película, la de la niña secuestrada?

¿Es el próximo proyecto?

Ronni frunce el ceño.

—Me lo han ofrecido —replica, mientras salta a su mente el recuerdo de Andras en su despacho—, pero lo rechacé al saber que estaba embarazada. Las fechas del rodaje no encajaban.

Prefiere no pensar siquiera en aquella debacle. Volvió a hablar con Andras. Hizo lo que tenía que hacer para conseguir el papel, decidida a borrarlo para siempre de su mente en cuanto se acabara, decidida a que nadie lo supiera nunca. Nadie tenía que saber lo bajo que había caído por su carrera. Le dijo a Andras que estaba felizmente casada, que sería una vez nada más, y él accedió ya bajándose la cremallera para la mamada que Ronni le hizo de mala gana.

En esos momentos no tenía ni idea de que estaba embarazada. Iban a empezar a rodar en medio año, cuando ella estaría ya de ocho meses. Ni siquiera había firmado el contrato cuando supo de su estado. Se reunió con los representantes del estudio y pidió que se retrasara el rodaje tres meses. Dijeron que lo pensarían, pero esa tarde apareció en su puerta un mensajero con una carta. La oferta había sido rescindida. Le deseaban mucha suerte con su embarazo y su carrera.

—Pero habrá muchos más papeles, ¿no? —dice Iris. Ronni no contesta. Lo que menos falta le hace es que la consuele la niñera.

—¿Ronni? —Robert entra en la cocina, se va derecho a Meredith y la cubre de besos mientras la niña ríe y chilla. Tiende la mano sobre su hombro, coge un puñado de patatas fritas y se las mete en la boca antes de mirar a Ronni—. Qué arreglada vas. ¿Seguro que es el atuendo adecuado para una fiesta de segundo grado?

Ronni se lo queda mirando. Ha elegido bien, piensa. Robert es el complemento perfecto para ella, con su enorme altura y sus largas piernas, su pelo oscuro y su aspecto atractivo y cuidado. Eligió bien, aunque ahora parecen estarse distanciando, aunque a veces tiene la impresión de que se hablan desde distintos planetas, que han perdido lo poco que tenían en común.

—¿Pero es que no me conoces? ¿Cómo se supone que tengo que ir, con unos tejanos Jordache y unos mocasines Bass? ¿O con zuecos? No soy un ama de casa de clase media, soy actriz. Y la mayoría de los padres del colegio son del

mundillo, lo cual significa que esto no es una fiesta del colegio, es una cuestión de trabajo.

—Sabes que todos irán con tejanos y deportivos, y para nosotros es un colegio nuevo. ¿Seguro que no prefieres estar más integrada? —Robert la mira a la cara y se retracta al momento—. Pero si te sientes a gusto así, ¿quién soy yo para decir nada?

Ronni se lo queda mirando un instante y luego da media vuelta y sale de la cocina. Todo lo que necesitaba oír era que está muy guapa. No es tanto pedir. Robert viaja, está distraído, y las cosas han cambiado mucho desde que se conocieron, cuando Robert la trataba como si fuera su preciosa joya, cuando no daba crédito a la suerte que había tenido de que ella lo eligiera.

3

Cuando Ronni entra, se oye un murmullo entre los padres de la sala. Se ha asegurado de llegar tarde, siempre se asegura de llegar tarde, no mucho, solo lo suficiente para poder crear algo de sensación. Hay un par de grandes actrices que tienen a sus hijos en este colegio, pero ninguno está en el curso de Nell. Ella es aquí la mayor celebridad, aunque ahora mismo no esté precisamente en una buena racha.

Aun así, tiene un rostro que resulta familiar a la gente de la sala. Aunque uno no sepa su nombre, la reconocerá de alguna película que pasaron por la tele y que vio unos momentos mientras zapeaba hasta dar con el programa que buscaba. Tal vez haya vislumbrado su rostro al pasar con el coche junto a un cartel gigante en Sunset Boulevard. No en el centro, sino a la derecha. No es la protagonista, pero aparece en la película. Los padres que no la conocen murmuran. ¿Quién es esa? Seguro que es famosa. Mira que aparecer en una fiesta de colegio con ese fabuloso vestido. Parece una estrella de cine, tan guapa, con esos ojazos. Definitivamente les suena de algo, pero no saben de qué.

—Es Ronni Sunshine, la actriz —informan sus amigos—. Salía en... Ay, ahora no caigo. Ha hecho muchas películas. Seguro que has visto alguna. Las películas esas de terror gótico. ¿Cómo se llaman? Vaya, me he quedado en blanco. ¡*El cerebro de la momia!* Ahora no recuerdo ninguna otra.

Ronni se abre paso con elegancia entre la multitud, dedicando amables sonrisas beatíficas a unos y otros.

Cuando se cruza con alguien que conoce, se detiene para darle unos besos al aire, siempre al estilo europeo, uno a cada lado.

—¡Estás preciosa! —dicen todos. Porque es verdad. El embarazo le sienta bien, le confiere un resplandor que irradia por toda la sala. Pero el resplandor es auténtico, aparte del embarazo: Ronni siempre se ensancha ante un cumplido efusivo.

Los niños están arracimados en un rincón, susurrando nerviosos entre ellos mientras los padres toman asiento. Nell está ligeramente apartada. Destaca por su altura —es la más alta de la clase y les saca a todos por lo menos diez centímetros— y por su inmovilidad. Los otros niños se agitan de un lado a otro, incapaces de estarse quietos, saludan a sus padres, dan vueltas para llamar la atención de algún amigo... Pero Nell no. Nell mira al infinito y el único movimiento es el de sus labios, que, si uno se fija bien, recitan una y otra vez las palabras de su poema para asegurarse de que se lo sabe de memoria.

La maestra se levanta. Ronni y Robert se sientan en la primera fila. Desde allí Ronni dedica su más radiante sonrisa a la joven señorita Ellison, que confesó cuando se reunieron por primera vez a principios de curso que era una gran admiradora y había visto todas sus películas. Incluso preguntó si... si podría... si pudiera ser... en fin, si sería posible..., y por favor no me vaya a considerar una impertinente, pero ¿podría Ronni firmar una fotografía de ella misma en blanco y negro que la señorita Ellison había comprado hacía ya tiempo?

La señorita Ellison mira constantemente a Ronni, que le sonrío dándole ánimos cuando sube a la pequeña tarima.

—Quiero dar la bienvenida a todos los padres de mi segundo grado. Nos hace mucha ilusión que hayan venido para oír nuestro recital de poesía. Los niños han trabajado mucho y han pasado muchísimo tiempo ensayando sus poemas. —Hace una pausa para que los padres aplaudan, cosa que hacen además de lanzar un par de vítores desde el fondo—. En primer lugar tenemos a Nell Sunshine. —Y se vuelve para recibir a Nell en el escenario antes de volver a inclinarse sobre el micro—. Debo decir que tenemos todos muchísima suerte de contar hoy aquí con la madre de Nell, la maravillosa actriz Ronni Sunshine. —Tiende un brazo hacia Ronni, rompe a aplaudir y mira en torno a la sala para animar a los demás a hacer lo mismo. Y eso hacen,

aunque el aplauso es algo más apagado esta vez. Al fin y al cabo esto es Hollywood y, como le había dicho Ronni a su marido, la mitad de los presentes son directores o técnicos de sonido o empresarios de catering para los estudios. Para ellos no significa gran cosa, por más deslumbrada que parezca la maestra de sus hijos.

A la señorita Ellison de pronto se le ha ocurrido una idea.

—Señora Sunshine, tal vez podríamos pedirle... Espero que no le resulte demasiado presuntuoso, pero una vez la oí en la radio recitar de maravilla un poema. Creo que de Roald Dahl, ¿no? No sé si todavía se lo sabrá... Tal vez pudiera hacernos el gran honor de presentar el recital de hoy con ese poema... Si se acuerda...

Deja la frase en el aire y retrocede con una ancha sonrisa, porque Ronni ya se ha levantado y se desliza hacia la tarima. Se levanta la larga falda para subir, coge el micrófono con fingida humildad y una sonrisa que parece avergonzada. La sala vuelve a aplaudir.

—Qué vergüenza —empieza Ronni, con el aterciopelado tono que se ha convertido en su firma. Y ahora sí, todo el mundo se incorpora. ¡Reconocen esa voz! ¡Ese marcado acento británico! ¡Ahora saben quién es!—. No esperaba actuar hoy y no he ensayado nada. Ay, Dios mío, ni siquiera me acuerdo bien de aquel poema. Creo que era «Spike Milligan». ¿Le suena? — Se vuelve hacia la señorita Ellison y recita el primer verso.

La maestra asiente con aire soñador, entusiasta, y Ronni se vuelve de nuevo hacia el micrófono y actúa para su público. Se quita el pañuelo y se deleita en el directo, se deleita en las risas que oye, en la embelesada atención de una sala llena de gente que la adora.

Todas las miradas se posan en ella. Resulta hipnótica. Nadie advierte a la niña alta y rubia que está junto al escenario. Nadie ve que sus labios han dejado de moverse, ni que ha bajado la mirada. Aunque hubieran notado antes lo nerviosa que estaba, ahora no se dan cuenta de que ya no le importa nada subir a recitar. Nadie, y Ronni menos que nadie, advierte lo que está tan claro en su rostro: que sabe que jamás podrá ser tan buena como su madre, y que su día se ha ido al garete.

1991

4

Suena el timbre y un mar de cuerpos sale de las aulas, una marea de adolescentes estrepitosos inunda los anchos pasillos en dirección a las puertas de salida. Y ya fuera los grandullones del equipo de fútbol se lanzan bolas de papel entre ellos y vitorean cuando alguien atrapa un tiro fallido; los estudiosos se encaminan con la cabeza gacha a la hilera de autobuses amarillos que aguardan para dejarlos a todos en el extremo de sus calles.

Cuando Nell está con Emily, se sientan juntas hacia el fondo del autobús. En días como este, cuando Emily tiene cita con el dentista y la han recogido temprano, Nell se sienta sola, hacia la parte delantera y se pone los auriculares del viejo Walkman Sony de su padre para no tener que hablar con los demás chicos.

Lo más irónico es que a pesar de sus expectativas —y sus miedos— hay muchas cosas que le gustan del colegio nuevo y de vivir en Connecticut. Cuando la empresa inmobiliaria de su padre se fusionó con otra compañía más grande, en Nueva York, y el hombre anunció que se trasladarían a la costa Este, Nell era la única que no quería marcharse de Los Ángeles. Marcharse significaría empezar en una escuela nueva su último año de instituto. No es que tuviera una fantástica vida social o un montón de amigos: Nell siempre había sido un poco solitaria. Pero era su vida, era la única vida que conocía.

Meredith, que siempre parecía ir con la corriente, estaba más que dispuesta a mudarse, y aunque no fuera ese el caso, tampoco se iba a quejar. Si sus padres estaban contentos, Meredith estaba contenta.

¡Y Lizzy estaba encantada de la vida! ¡Una nueva escuela a la que meterse en el bolsillo! ¡Amigos nuevos! ¡Toda una nueva costa que conquistar! Solo tiene

diez años, pero sabe encandilar a todo el mundo, y los cambios siempre le han parecido algo emocionante.

A la única que no le hizo gracia la decisión fue a Nell.

Se establecieron en Westport, Connecticut. Su padre podía ir fácilmente a la ciudad para trabajar, y el pueblo contaba con el famoso teatro Westport Country Playhouse, por no mencionar a Paul Newman y Joanne Woodward. En cuanto su madre se enteró de esto, la decisión estuvo tomada. Dejaron de peregrinar por los pueblos y ciudades de Westchester y el condado de Dutches. Si Westport era bueno para Paul y Joanne, era bueno para Ronni Sunshine, que hasta se negó a considerar cualquier otro lugar.

Encontraron una majestuosa casa colonial en una calle privada frente a Longshore, el club de campo. El vecindario estaba cerca de la playa y lleno de niños en bicicletas y monopatines. Por lo visto todos iban a ser enormemente felices.

Antes de la mudanza, Nell había visto todas las fotografías de la casa, de la que sería su habitación, había leído la descripción del pueblo, pero no había logrado ilusionarse. Iba a dejar atrás a su mejor amiga, Sandy, y no se le daba bien hacer nuevas amistades. Antes de encontrar a Sandy había estado muy sola y no soportaba la idea de volver de nuevo a aquella soledad.

Gracias a Dios apareció Emily Sussman. Bajita, menuda y de aspecto interesante, Emily se acercó con curiosidad el primer día a la niña nueva que había visto en el autobús esa mañana. Se presentó e invitó a Nell a su casa después de las clases para hacer los deberes. Vivía a unas pocas calles de distancia, en una vieja casa amarilla en una islita a la que solo se accedía a pie a través de un pequeño puente de madera. En la isla no había coches, pero sí un aparcamiento justo antes de llegar. Los residentes llevaban las compras a las casas en carretillas de madera.

—¡Cómo mola! —exclamó Nell. Iban por el bonito sendero y le parecía estar de vuelta en California. Había agua por todas partes.

La madre de Emily estaba en la cocina cuando llegaron. Tenía sobre el mostrador una fuente de galletas de chocolate calientes y esponjosas, recién salidas del horno. Las comieron acompañadas de altos vasos de leche helada, y de pronto Nell pensó, mirando por la ventana el sol reflejado en las aguas de

Long Island Sound, que aquel bien podría ser el mejor día de su vida.

Emily era una persona curiosa, tan relajada y tan a gusto dentro de su piel que ayudó a Nell a sentirse bien con ella misma. Su casa era excéntrica, acogedora, molona, plantada en la misma arena, con unas magníficas vistas sobre el agua y las casitas de playa que se alzaban a lo lejos.

¡Y su madre! ¡Su madre, que era una madre de verdad! Que había preparado galletas recién hechas incluso sin saber que Emily iba a llevar a una amiga, que les sirvió la leche y se sentó con ellas en la mesa, que habló con ellas pero de verdad, sobre el día que habían tenido y lo que pensaban de la vida y si a Nell se le hacía un poco abrumador ser nueva en un colegio tan grande, rodeada de gente que no conocía. A partir de entonces, bromeaban con que Nell se había mudado con Emily a la casita amarilla que iba a ser solo un alquiler de verano, hasta que la señora Sussman se divorció y terminó quedándose allí, tan encantada al ver por la ventana el amanecer sobre el agua que supo que había encontrado su nuevo hogar.

Emily y Nell se hicieron inseparables casi de la noche a la mañana. Emily la ayudó a enamorarse de Westport. Al haberse criado en Los Ángeles con un padre que viajaba constantemente y una madre actriz que vivía entregada a la adoración de sus fans, Nell no tenía ni idea de lo que era una infancia normal. Descubrir Westport y a Emily Sussman fue para ella toda una revelación. No solo supo lo que podía ser una infancia normal, sino que incluso la vivió al lado de Emily. A los ojos de Nell, la señora Sussman era una madre perfecta, con su gigantesca camioneta de costados de madera, en el parking al final de Compo Mill Cove; y cómo cocinaba para su hija y cualquier amiga que estuviera por allí (por lo general solo Nell, pero a veces también Claire y Jennifer D., e incluso Jennifer R. y Jennifer S.); y cómo dejaba lo que estuviera haciendo para llevar a Emily adonde fuera, o para recogerla, o para ambas cosas. Con la señora Sussman se podía hablar de cualquier cosa, no como con su madre, que siempre estaba muy ocupada con sus castings o sus horas necesarias de sueño o sus ensayos para otro papel y no tenía tiempo para hablar con sus hijas de nada. La señora Sussman era una madre de película, y Nell siempre había creído que un personaje así solo podía salir de la imaginación de los guionistas de Hollywood. Pero ahora sabía que una madre

así existía en el mundo real, y sabía que era la clase de madre que desearía tener.

De hecho, Nell confiaba tanto en la señora Sussman y Emily que les había contado —a ellas y a nadie más— lo que sintió al ver por primera vez a Lewis Calder. Era el chico más alto del colegio: con su metro noventa de estatura sobresalía por encima de todo el mundo. Lo había visto por los pasillos con su atípico pelo corto, tan guapo que parecía salido de una revista. Probablemente, confesó, era el chico más guapo del mundo.

La señora Sussman trabajaba en la granja Fieldstone, en Easton, a media jornada para poder estar en casa todos los días cuando Emily volviera de clase. Se encargaba del granero, en el que había un puesto donde se vendían productos frescos y tartas realizadas localmente con esos mismos productos. Todo el mundo, en un radio de ocho kilómetros, acudía a comprar allí sus tartas de manzana y ruibarbo, los pasteles de pera y caramelo y los dulces de melocotón con canela.

Nell y Emily iban a veces a Fieldstone después del colegio para echar una mano. Nell se enamoró de la granja el primer día. Solo quedaba a veinte minutos de Westport, pero parecía otro mundo, un lugar tranquilo y callado donde daba la sensación de haber entrado en el campo más profundo y más oscuro. Le encantaba trabajar allí, ya fuera ayudando a la señora Sussman en el puesto detrás de la caja registradora o limpiando el gallinero. Esto es lo que quiero, se decía, mientras las gallinas picoteaban las uñas pintadas de rojo de sus pies calzados con chancas. Esto es lo que voy a hacer cuando sea mayor.

Ahora Nell va en el autobús sin Emily, con los auriculares puestos. En el Walkman suena una cinta de los Rolling Stones, Neil Young y los Grateful Dead. De pronto se encuentra mirando unas piernas larguísimas. Alza la vista: Lewis Calder se desliza junto a ella con un leve asentimiento de cabeza.

Y Nell se pone tan nerviosa que le dan ganas de vomitar.

—Oye —dice él—, ¿no estamos juntos en clase de mates?

—Creo que sí —contesta ella, aunque no tiene la más mínima duda de que están juntos en matemáticas. Vive para las clases de matemáticas, el punto álgido del día, sabiendo que Lewis Calder siempre se sienta delante de ella, un poco a la derecha, donde puede mirarlo a placer durante toda la clase sin

que nadie se dé cuenta, sin que nadie lo sepa. O por lo menos eso piensa: que nadie se ha dado cuenta. Nell tiene el pelo rubio, largo y liso. Le cae a ambos lados de la cara a partir de una perfecta raya en el medio. Si se lo echa hacia delante, hace de cortina. Puede observar desde detrás de esa cascada de pelo sin que nadie sepa que está mirando, por ejemplo, a Lewis Calder.

El culmen de cada día de los últimos siete meses ha sido esa hora que se pasa mirando a Lewis Calder. Pero nunca es suficiente. Cada vez que sale de una clase, Nell inspecciona inconscientemente los pasillos buscando su cabeza, muy por encima de la marea de gente. Él no se fija en ella, no parece mirar a nadie cuando va de una clase a otra, como perdido en su propio mundo.

Emily conoce a Lewis de toda la vida. Le ha contado a Nell que es un chico callado, no muy sociable. Rema, dice, en el nuevo club de remo junto a la estación de tren. Es el único del colegio que rema allí, que ella sepa, pero le han dicho que es bueno, tanto que va a la asociación de remo todos los días después del colegio, tan bueno que aunque todavía no tienen un programa júnior como es debido, ya hay rumores de que la universidad de Washington se ha puesto en contacto y han hablado de reclutarlo para su equipo. Durante toda la primaria estuvo en una pandilla de chicos, cuenta Emily. Era popular y caía bien. Pero sus amigos se hicieron jugadores de fútbol y lacrosse y son ruidosos, alborotadores y juerguistas. Les gustan las fiestas. Lewis Calder está obsesionado con el remo, con ser lo mejor que se pueda llegar a ser, de manera que se ha ido alejando de esas amistades con los años.

—Tú eres Nell, ¿no? —pregunta Lewis Calder, sacando su propio Walkman de la mochila—. ¿Qué estás escuchando?

Ella le tiende los auriculares, con el corazón a mil por hora. No se puede creer que se haya sentado a su lado, no se puede creer que esté charlando con ella así, como si nada. Desea encontrar las palabras para contestar, pero como no es posible, tendrá que bastar con tenderle en silencio los auriculares. Él se los pone y una lenta sonrisa asoma a sus labios mientras mueve la cabeza al ritmo de la música. Luego mira a Nell, todavía sonriendo.

—Muy bueno. —Le devuelve los auriculares—. No pareces una *deadhead*, una de esas seguidoras de los Greatful Dead.

—No soy una *deadhead*, solo que aprecio la buena música.

—¿Qué más hay en la cinta?

—Los Rolling, Neil Young... Es un mix. ¿Tú qué estás escuchando?

Lewis Calder le coloca sus propios auriculares mientras Nell se pone como un tomate. No se atreve ni a mirarlo, hasta que él pulsa el play y ella oye a Neil Young cantando «Cinnamon Girl». Entonces sí lo mira, encantada.

—Qué bueno. Yo esperaba Nirvana.

—¿Ah, sí? Ya, pues yo esperaba a Janet Jackson en la tuya.

Nell sonrío.

—Ni siquiera me conoces. ¿Qué te hace pensar que me gusta Janet Jackson?

—Era una suposición. Y es todo un alivio ver que me equivocaba. Bueno, ¿qué me cuentas, Nell Sunshine?

Nell se lo queda mirando. ¿Cómo sabe su apellido? ¿Cuándo se ha fijado en ella? ¿Qué significa eso? Si sabe su apellido, se ha tenido que fijar en ella, ¿no?, aunque jamás lo ha visto ni dirigirle la mirada. Claro que tampoco es que le haya visto mirar a nadie.

—¿Cómo es que sabes mi nombre?

—Me acabas de decir que eres Nell. Supongo que prestaba atención.

Ella se echa a reír.

—No prestas atención. Te he visto andar por los pasillos. Siempre vas mirando al frente.

—Eso es porque soy un monstruo de alto, lo cual significa que todo el mundo se me queda mirando y no sé qué cara poner cuando me cruzo con la mirada de alguien. Es más fácil mirar al frente.

—¿De verdad te sientes un monstruo de alto?

Lewis Calder se encoge de hombros y asiente.

—Yo un poco también. Aunque no se me quedan mirando.

—¿Cuánto mides, uno sesenta?

—Uno sesenta y dos. En este pueblo eso es ser muy alta. Casi todas las niñas del instituto son muy bajitas.

—Tú sueles andar con Emily Sussman, ¿no? Sí que es bajita.

—Pues sí. ¿Cómo va el remo?

Lewis sonrío.

—¿Sabes que remo?

—Por ahí se oyen cosas —replica ella, atónita al darse cuenta de que está relajada y charlando, y es fácil y agradable. Lewis es simpático. Se ha pasado los últimos meses locamente enamorada de él y lo ha ido convirtiendo en una especie de semidiós con poderes sobrenaturales, lo cual quería decir que jamás podría mantener una conversación normal y humana con alguien como ella.

En sus fantasías, y han sido muchas, soñaba con algo exactamente como lo que está ocurriendo, solo que en sus sueños la conversación no era tan prosaica, y él no la miraba con esa chispa burlona en los ojos. Pero siempre se lo imaginó con una ancha sonrisa, como ahora, y soñó que la conversación sería así de fluida y que a lo mejor... a lo mejor... habría un poco de coqueteo, nada, un atisbo, como ahora. ¿Es cierto? Todo esto supera en tal medida sus más extravagantes esperanzas que no se puede creer que esté pasando de verdad.

—Deberías probar —dice él—. Están montando un equipo femenino y tú serías buena. Eres alta y fuerte. Tienes el físico perfecto para una remera.

¡Se ha fijado en mi físico!, piensa Nell. ¡Sí que se ha fijado en mí!

—A lo mejor voy contigo un día.

—¿Qué haces hoy? —pregunta él—. Voy al club ahora. Vente y te lo enseño. A lo mejor podrías probar y todo.

Nell se vuelve a mirar por la ventana, queriendo disimular las lágrimas de pura felicidad.

—Vale —dice fingiendo indiferencia.

—Podemos bajarnos del autobús antes de que gire por Compo y vamos andando. ¿Qué tal? ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo. —Nell sonríe como una lunática mirando por la ventana y eleva una silenciosa oración para dar las gracias por la cita del dentista de Emily.

Nell, en la orilla del río Saugatuck, contempla a Lewis Calder que se desliza ante ella en su piragua, ocho chicos que hunden los remos en un agua

tan serena que parece un espejo. Se le hace un nudo en la garganta. Nunca ha visto nada tan hermoso. Se sienta en la orilla con la misma sensación de paz que siente en la granja de Easton.

Cuando termina, Lewis se dirige derecho a ella con una sonrisa. Le enseña el club y le presenta al entrenador Mangan. Mangan le pregunta si le interesa el remo, se la lleva a un ergómetro y le demuestra cómo se hace. Le explica que tiene que tener los brazos sueltos y relajados, que toda la fuerza proviene de las piernas. Lewis guarda silencio y la mira cuando prueba la máquina.

—Nos vendría bien tener más gente joven por aquí —comenta otro entrenador—. Tienes que volver. Tienes el cuerpo perfecto para el remo.

—A lo mejor sí que vuelvo —dice ella. Las piernas le tiemblan un poco.

—¿Te apetece un helado en el mercado? —pregunta Lewis—. Puedes llamar a tu madre y que te recoja allí.

Nell vacila. Su madre no es de esas que lo dejan todo para ir a buscarla, vaya, que no dejaría nada. Lo más probable es que su madre ni siquiera esté en casa. Ahora protagoniza la nueva producción de verano en el Westport Country Playhouse, lo cual significa que estará todo el día de ensayos.

—Ya volveré andando a casa —contesta—. No queda lejos.

—Vale. Yo te acompaño. —Lewis se echa al hombro su mochila—. ¿Te parece?

5

Nell entra en casa como en una nube, con planes de probar lo del remo al día siguiente. Lo cual quiere decir más Lewis Calder. La cabeza le da vueltas con el giro que ha dado su vida. Todavía no le parece ni real. Se detiene un momento nada más cruzar la puerta, intentando calcular la temperatura de la casa. Suele hacerlo. Todas lo hacen: detenerse junto a la puerta para tratar de averiguar el estado de ánimo de su madre, tratar de averiguar quiénes necesitaban ser.

A Lizzy es a la única que no le importa, pero puede que se deba a su corta edad. No. A Nell le importaba incluso con diez años. A Nell siempre le ha importado. Siempre ha sabido desaparecer cuando su madre estaba de mal humor. Meredith, por otra parte, siempre intentaba aliviar a su madre en esas ocasiones.

A veces Nell capta el ánimo de su madre en cuanto cruza el umbral. Otras veces tiene que ir de puntillas hasta verle la cara. Meredith lo llama «el velo». Y Nell está de acuerdo: cuando su madre tiene uno de sus malos días, es como si un velo de oscuridad hubiera caído sobre ella.

Hoy Nell no sabe lo que pasa. En la casa impera un silencio inusual. Deja la mochila y entra en la cocina. No ve a ninguna de sus hermanas, lo cual es siempre mala señal. Cuando su madre anda de buen humor, están todas en la cocina, haciendo los deberes en la mesa. A veces está incluso su madre, preparando uno de los pocos platos que sabe hacer o sentada en un taburete, comiéndose entre todas un paquete de galletas Jaffa Cake que su abuela les manda regularmente.

Junto a la cocina hay un diminuto despacho. Ahora que oye allí ruidos, Nell

sabe que su madre está, y que está de mal humor. Se vuelve para marcharse, pero es demasiado tarde. Su madre la ha oído.

—¿Nell?

—Hola, mamá. —Nell finge despreocupación—. Tengo un montón de deberes, me voy a mi cuarto.

Su madre aparece en la puerta, invisiblemente velada.

—¿Dónde has estado? —pregunta con voz inexpresiva, como siempre que está en un estado de fragilidad. Nell se queda paralizada. Solo quiere escabullirse lo más deprisa posible, pero sabe que si se marcha con demasiada brusquedad podría ser un detonante para su madre.

—En el nuevo club de remo. Fui a ver qué tal era.

—Ah. ¿Y qué tal? —Su madre entra ahora en la cocina—. ¿Te apetece comer algo?

—No, gracias. Pues es fantástico. Igual me apunto.

—¿Cómo vas a tener tiempo? Entre las clases y el trabajo en la granja, ¿cómo demonios vas a encajar el remo?

—No tengo por qué hacerlo en plan competitivo. Solo como diversión.

—¿Cuánto cuesta?

—Todavía no sé nada. Solo he ido a ver el club con un amigo del colegio. Mamá, de verdad que tengo muchos deberes... —Nell se interrumpe al oír un estrépito en el piso de arriba.

—¿Qué demonios...? —Su madre sube corriendo las escaleras seguida de Nell. Al llegar al dormitorio principal, las envuelve un fuerte olor a Obsession, de Calvin Klein, el perfume de su madre. Y se encuentran a Meredith a gatas en el suelo, recogiendo cristales rotos con cara de congoja—. ¿Qué demonios estás haciendo? —pregunta su madre.

—Lo siento mucho. —Meredith está tan frenética intentando recoger el desaguisado que no se da cuenta de que se ha cortado los dedos con los cristales y le gotea la sangre al suelo mezclándose con los charcos del perfume almizcleño.

—¡Deja de tocar los cristales! —grita su madre—. ¿Qué ha pasado? —Meredith baja la vista. Tiene las mejillas de un color bronce relumbrante y los ojos pintados con lápiz.

—¿Me has cogido el maquillaje? —Ronni les tiene terminantemente prohibido usar su maquillaje, tocar sus cosas o incluso entrar en su habitación a menos que se les dé permiso. La única que suele salirse con la suya y entrar en ese dormitorio es Lizzy, pero la que está aquí es Meredith, una niña regordeta de trece años, toda maquillada y sangrando.

—¿Qué te tengo dicho de usar mis cosas? —pregunta la madre, cada vez más furiosa.

Nell quiere intervenir, pedirle a su madre que deje en paz a Meredith, explicarle que ha sido un accidente. Pero la experiencia le dice que su madre es incapaz de escuchar cuando está así, en ese estado en el que no siente nada más que su propia ira creciente.

—¡Cómo te atreves! —le espeta a Meredith, que está de pie muy quieta, mirando al suelo con la cara como un tomate.

Nell sabe cómo irá la cosa. Su madre necesita obtener una reacción, necesita ver llorar a Meredith. Sabe que puede hacer llorar a su hija, y a veces Nell piensa que de alguna forma Ronni disfruta con ello. Tal vez por eso Lizzy no es nunca la víctima de los peores ataques de rabia de su madre, porque la niña se limita a ignorarla. Como resultado, nueve de cada diez veces, si Lizzy hace algo mal, su madre descarga su rabia sobre Meredith o Nell.

—¡Cómo te has atrevido a usar mi bronceador nuevo! Estás ridícula, Meredith. Ya te lo puedes limpiar. ¿Quién te has creído que eres? Pareces una puta barata. ¿Te crees que los chicos empezarán a fijarse en ti si llevas maquillaje? Para eso te va a hacer falta mucho más que maquillaje. Perder quince kilos, para empezar. Mira cómo estás, hecha una vaca.

Nell contiene el aliento. Está deseando que Meredith se eche a llorar, porque el llanto pondrá fin a la escena. Y siente alivio cuando su hermana coge un profundo aliento y estalla en fuertes y estremecidos sollozos. Es justo lo que necesitaba su madre.

—Sal de aquí y dile a Estella que venga a limpiar esto. ¡Fuera de mi vista!

Meredith sale corriendo sin dejar de llorar y Nell la sigue hasta su habitación.

—¡La odio! —exclama Meredith en cuanto llegan al cuarto. Irrumpe de tal forma que choca contra el escritorio y tira al suelo un montón de dibujos a tinta y bolígrafo. Se arroja sobre la cama y hunde la cara llorosa en la almohada—. ¡La odio, la odio, la odio!

En ese momento se abre la puerta y las dos alzan la vista aterradas de que su madre las haya seguido por algún motivo. Pero es Lizzy.

—¡Fuera! —grita Meredith, tirándole la almohada—. ¡Largo de aquí!

—¿Pero yo qué he hecho? —pregunta Lizzy—. No es culpa mía que te hayan pillado y que tenga uno de sus cabreos.

—¡Tú qué sabrás! Contigo nunca lo paga, nunca jamás. Tú siempre te vas de rositas, y somos nosotras las que tenemos que lidiar con su locura.

—No tengo la culpa de ser la pequeña. —Lizzy se encoge de hombros—. Además, si no dejarais que os alterase tanto, no se metería con vosotras.

—Vete a la mierda —dice Nell, mirando a Lizzy hasta que la niña sale de la habitación y cierra la puerta. Nell sabe que Lizzy es capaz de hacer caso omiso a las broncas de su madre pero no soporta el enfado de su hermana mayor—. Lo siento —le dice ahora a Meredith—. Ya sabía que estaba de mal humor desde que la vi en la cocina. Siento no haber tenido ocasión de avisarte.

—De verdad que la odio —repite Meredith. Ha manchado la almohada de reluciente maquillaje bronceador—. Qué envidia me da que estés en el último curso. Yo estoy deseando largarme de casa.

—Y yo. —Nell sube a la cama y se sienta con la espalda contra la pared. Y sabe que por mucho que le guste ese pueblo y su instituto nuevo y Emily y la señora Sussman y Lewis, lo que ha dicho es verdad: está deseando marcharse de esa casa—. Dentro de unos meses ya no tendré que volver a vivir aquí. Ojalá fuera ya mañana.

Meredith asiente con la cabeza. Abre la puerta de su mesilla y rebusca dentro hasta sacar una enorme bolsa de bombones York Peppermint Patties.

—¿Quieres? —le ofrece a Nell, que menea la cabeza.

Meredith desenvuelve cuatro a la vez y los engulle sin apenas saborearlos. Luego otros cuatro, y cuatro más. Y sigue comiendo hasta que empieza no a sentirse mejor, pero sí a no sentir nada.

1997

6

Lizzy aparta el edredón con los pies y estira los brazos con un suspiro de alegría. Junto a ella, en un catre, está su mejor amiga, Jackie, que ya está despierta, incorporada sobre una pila de cojines leyendo *El pájaro espino*, que ha cogido de las estanterías de abajo.

—¡Buenos días! —Bosteza y se tumba de lado—. ¿Qué tal el libro?

—Genial —contesta Jackie sin alzar la vista—. ¿Qué hacemos para desayunar?

—¿Te apetece ir al Grubb's en bici? —propone Lizzy—. A lo mejor está allí la peña. ¿Qué hora es?

Jackie alza la mirada.

—Según el reloj de tu mesilla, las nueve cuarenta y tres. —Cierra el libro—. Me muero de hambre. Vamos a comer algo.

Lizzy se levanta y se contempla en el pequeño espejo ovalado de la pared. Tiene el pelo rubio oscuro hecho una maraña, de manera que baja la cabeza y la sacude antes de hacerse un moño suelto. Luego esboza un mohín de aprobación ante su imagen.

—¿Puedo ir en pijama? —se pregunta, mirándose los pantalones de rayas rosas y azules.

—Desde luego que sí. —Jackie le echa un vistazo—. Siempre vas superguay te pongas lo que te pongas.

Lizzy vuelve a examinarse en el espejo. Es cierto: cualquier prenda le queda bien. Tiene suerte. Se parece mucho a su madre, con el mismo pelo rubio oscuro, los ojos verdes, la piel morena y un cuerpo menudo. Todo le sienta de maravilla. Siempre ha sido así. Gracias a Dios, piensa ahora, que no nació

siendo una amazona como Nell o gordita como Meredith. Gracias a Dios nació siendo Lizzy.

Las chicas se calzan unas zapatillas Converse idénticas. Jackie se pone una sudadera y corre al baño para alisarse el flequillo con el secador y el cepillo del pelo. A continuación bajan estrepitosamente las escaleras, dando gritos de júbilo, porque la casa está desierta y pueden hacer lo que les dé la gana todo el fin de semana.

Últimamente no suele haber nadie en casa. Ese fin de semana Lizzy tenía que estar con su padre, pero le dijo que había ensayos para la obra del colegio y tenía que quedarse en la ciudad.

Justo cuando van a salir, suena el teléfono.

—Maldita sea —dice Lizzy con voz nasal, dando media vuelta para contestar.

—Hola, cariño. Soy papá. Solo quería saber cómo estabas y si necesitas algo.

—Hola, papá. —Su voz se torna al instante aniñada—. Te echo de menos.

—Yo también, cielo. Siento que no hayas podido venirte conmigo este fin de semana. Estaba pensando que igual podía pasarme por allí esta noche y llevarte a cenar en plan padre-hija. ¿Y si nos damos el lujo de ir al Zanghi's?

Lizzy mira a Jackie con ojos de espanto. Su amiga ahoga una risa.

—Ay, papi, sería fantástico. Pero es que esta noche hay una cena con el grupo de teatro después del ensayo y tenemos que ir todos.

—Ah, claro. ¿Y qué tal si almorzamos el domingo? Te podría recoger a las once. Tengo muchas ganas de verte. Y la verdad, no me hace mucha gracia que estés sola en casa y tu madre por ahí.

—¡Papá! ¡Que tengo dieciséis años! No soy una niña. Y además, Jackie se queda conmigo y ya sabes que es muy responsable.

Su padre se echa a reír.

—Sé que las dos sois responsables. No es eso lo que me preocupa. Pero es que me sentiría mejor si estuviera ahí algún adulto. En fin, ¿qué te parece lo del almuerzo el domingo?

—Pues genial —contesta Lizzy, mirando a Jackie y poniendo los ojos en blanco—. Te llamo el domingo por la mañana, ¿vale? Y no te preocupes por

mí, papá. Estoy bien, y si necesito algo, te llamo. Te quiero.

—Yo también te quiero, cielo.

Lizzy cuelga sonriendo. Quiere a su padre, pero cada vez resulta más difícil puesto que su madre le ha odiado desde el divorcio y lo que más desea es que sus hijas también lo odien. Aunque fue ella la que causó dicho divorcio con sus infidelidades, no le perdona que la abandonara. Y cada vez que las chicas mencionan a su padre, ella salta con algún comentario sarcástico. Todas están aprendiendo a ocultar que lo quieren, que lo necesitan. Solo cuando su madre no está, como ahora, Lizzy puede quedar con su padre sin sentirse mal.

Las chicas salen por la puerta apoyadas la una en la otra, Lizzy sacudiendo la cabeza.

—La verdad es que no entiendo por qué se preocupa tanto. O sea, ¿qué es lo peor que podría pasar? ¿Que organice una fiesta y deje la casa de mi madre hecha una ruina? Mi padre la odia, así que seguramente se alegraría.

Ni uno ni otro han llegado a decir expresamente que se odian, pero cuando su padre pregunta cualquier cosa relativa a su madre, tensa la mandíbula en un ligero tic. Claro que tampoco es de extrañar. Lizzy quiere y odia a su madre en igual medida. La quiere más que sus hermanas, eso seguro, porque nunca ha estado en su punto de mira. Tampoco entiende muy bien por qué el mal humor de su madre afecta tanto a sus hermanas, ni por qué reaccionan como reaccionan, sabiendo que no hacen sino empeorar las cosas. Lizzy aprendió pronto que lo que había que hacer cuando su madre perdía los estribos era reírse. Lizzy se ríe, y su risa parece invariablemente disipar la rabia. Meredith intentó la misma técnica, pero cuando se rio solo consiguió enfadar todavía más a Ronni.

Las personas que la sacan de quicio siempre han sido Nell y Meredith, aparte de su padre. No cuando eran todas pequeñas, pero a medida que fueron creciendo él terminó también siendo objeto de sus iras. Y cuando se rompió el matrimonio, las chicas se enteraron de lo que todo el mundo sabía: que su madre llevaba años teniendo aventuras por ahí. Aunque la que puso fin a su matrimonio fue diferente. Se trataba de un director invitado al que habían llamado para dirigir la producción de *Casa de muñecas* en el Playhouse. Ronni hacía de Nora, por supuesto. Y se enamoró del director, por supuesto.

Solo que esta vez no era una aventura. Esta vez, anunció Ronni, había encontrado a su media naranja.

Su media naranja fue su media naranja dos años. Ronni se las apañó para mostrarse encantadora y ofrecer la mejor versión de sí misma durante año y medio de esos dos años. Hasta Lizzy supo que los últimos seis meses fueron un infierno. Veía cómo su madre, una vez que notó que el director comenzaba a distanciarse, se tornaba más y más dependiente y exigente, estaba cada vez más estresada. Explotaba por cualquier cosa con las niñas, con su ahora exmarido y, finalmente, con el director, que puso fin al asunto teniendo otra aventura con una conocida actriz en Nueva York.

Ronni intentó entonces volver con Robert, dándose cuenta tal vez de lo que había perdido al dejarle. Pero había pasado demasiado tiempo. El padre de Lizzy le dijo que los dos años que había pasado lejos de ella habían sido los más pacíficos de su vida de adulto. Le explicó que el fin del matrimonio solo le dolió porque veía a sus tres hijas mucho menos de lo que le habría gustado, pero —aseguró— por lo menos ya no tenía que cuidar de una cuarta niña en el cuerpo de una esposa emocionalmente volátil. Sentía mucho no poder proteger a sus hijas de ella —aseguró—, pero es que si volvía se moriría.

Lizzy sabía que su madre odió a su padre a partir de entonces. Ponía los ojos en blanco cada vez que alguna de las chicas hablaba de él, y constantemente les contaba lo aburrido que era e insistía en que había sido un padre terrible, siempre viajando por trabajo en lugar de mantener una relación con ellas. Sufría uno de sus ataques de rabia delante del público que eran sus hijas y juraba que nadie volvería a hacer feliz a ese hombre y que nunca, jamás de los jamases, encontraría a otra mujer como ella.

Pero resulta que Robert lleva saliendo con alguien ya unos meses. A ninguna de las chicas le cae particularmente bien su novia, pero Lizzy piensa que no es nada personal. Lo que pasa es que, aunque las tres saben lo difícil que es su madre, todavía se sienten obligadas a protegerla.

Su padre ahora vive en Greenwich, lo cual es ya una auténtica putada. Si todavía viviera en Westport, Lizzy le vería sin duda mucho más. Pero ir a su casa los fines de semana significa perderse a sus amigos y las reuniones y fiestas de Westport, lo cual no mola nada. Él está siempre dispuesto a llevarla

y traerla en el coche, pero Lizzy no quiere estar tan lejos, no quiere perderse nada, y menos cuando ser estudiante de segundo año resulta ser tan divertido. Es el curso perfecto, han decidido Jackie y ella. Ya se ha superado la novedad y lo abrumador que resulta ser nueva en un instituto, cuando el instituto es enorme y una se siente como una niña pequeña otra vez, y da miedo ir a la cafetería a la hora de comer porque te aterra no poderte sentar con tus amigas, o con nadie simpático, y si comes sola te etiquetarán de pringada para el resto de tus días de estudiante.

Y luego, el curso siguiente, tienes que pasarte la vida preocupada por la universidad, y ya el último año la presión es tremenda. Así que el segundo curso es el mejor.

Claro que no es que Lizzy haya tenido que preocuparse por tener que sentarse sola en la cafetería. De hecho, Lizzy no ha sufrido ni un momento de inseguridad en su vida. Siempre ha sido guapa, popular y perfectamente aceptada allá donde ha ido.

—Tu vida es un camino de rosas —le decía Jackie, quejándose de que a ella le rozan los muslos, que tiene un michelín por encima de la cintura de los tejanos y que su pelo encrespado siempre tiene un aspecto espantoso a menos que lo dome, lo someta y lo alise con un secador potente. La suma de todo eso, se lamenta, es que a los chicos solo les gusta como amiga—. No es justo.

—Tu vida tampoco está nada mal —replica Lizzy, que no menciona que aunque su propia vida parezca maravillosa, en el fondo envidia lo que tiene Jackie: unos padres que se quieren, una madre disponible y presente, dos hermanitos monísimos, un Golden Retriever todavía más mono y un conejito llamado *Stanley*, que vive en el porche.

Lizzy no tiene nada de eso: unos padres divorciados que se odian; una madre cuya fama se ha desvanecido en el ámbito nacional pero que sigue siendo considerada una celebridad local aquí en Westport, donde apenas para últimamente porque anda de gira con una producción regional de *A Chorus Line*. Su hermana Meredith vive en Londres, y Nell, que supo que estaba embarazada después de haber cortado con su novio, decidió ser madre adolescente y tener el bebé. Nell y su hijo, River, viven ahora en una granja en Easton. Solo queda a veinte minutos, y River no puede ser más mono, pero

Nell está muy atareada cuidando de la granja y Lizzy está muy atareada siendo estudiante de segundo año con una vida social. ¿Y Ronni? Bueno, a Ronni no se le ve mucho el pelo.

Lizzy se siente casi siempre como si fuera hija única. Y a Lizzy le encanta casi siempre sentirse hija única. Siempre ha sido la mimada de la familia, siempre supo que era especial. Estar sola tanto tiempo últimamente significa que puede hacer lo que quiera, lo cual le va de perlas.

Casi siempre.

Desayuna con Jackie en una de las mesitas de picnic del Grubb's (el chiringuito de playa en realidad no se llama Grubb's, pero algunos amigos dicen que sus padres lo llamaban así, y a Lizzy le gusta tanto el nombre que se niega a llamarlo de otro modo), y para cuando terminan, hay toda una panda de chavales sentados con ellas.

—Deberíamos hacer algo esta noche en tu casa —sugiere Ryan, un chico de quien Lizzy está empezando a pensar que podría no estar mal. Lo conoce de toda la vida, pero no han entablado amistad hasta este año, cuando él empezó a hacerla reír en el autobús escolar. Ahora forman parte de la misma pandilla, y Lizzy está bastante segura de que a él también le gusta ella.

—¿Como qué? No puedo dar una fiesta. Mi madre me mataría.

—Una fiesta no —coincide Ryan—. Algo discreto. Como, no sé, una fiesta pequeña. Solo para nosotros. Y puede que algunos más.

—¿Tu madre no está en casa? —pregunta Craig. Lizzy no conoce muy bien a este chico. Hizo la secundaria en la academia Greens Farms, por lo visto con algunos problemas. Pero ahora está de vuelta en Staples y parece muy normal, si bien un poco hiperactivo.

—Está de gira. Tenemos una chica durante la semana, pero el finde estamos solo Jackie y yo.

A Craig se le iluminan los ojos.

—¡Huy, eso es fiesta segura! Vaya, que no queda otra.

—No seas capullo. —Ryan meneaba la cabeza—. No podemos organizar nada gordo. Pero sí que deberíamos hacer algo. Tú sabes cocinar, ¿no?

Lizzy asiente con la cabeza.

—Pues sí. Me encanta.

Él se encoge de hombros.

—¿Pues por qué no vamos a tu casa a echar el rato? Hacemos una barbacoa o algo, en plan tranqui. Nos bañamos. Está el jacuzzi. Sería genial.

—Yo llevo las birras —dice Craig, mientras todos sonrían.

—Vale. —Lizzy asiente con aprobación—. Yo me encargo de la comida. Venid a las siete. Y traed el bañador.

—¿Qué? —exclama Craig malicioso—. ¿No nos vamos a bañar en pelotas?

—Como te vean la pilila esa enana que tienes, se larga todo el mundo — replica Ryan. Y todos se echan a reír.

A Lizzy le encanta cocinar. Su madre apenas se acerca siquiera a la cocina, de manera que siempre les tocaba cocinar a las chicas, o a la asistente, si querían algo que no fuera comida rápida todas las noches.

Nell es vegetariana, por desgracia (que Lizzy sepa) no de esas que viven de queso, pan y deliciosos platos de pasta, sino de esas vegetarianas que comen verdura. Cuando Nell vivía en casa y cocinaba, siempre había sopa de verdura y montones de ensaladas, frutos secos y semillas. Lo cual estaba bien de vez en cuando, pero no todas las noches.

Meredith solo cocinaba con un libro de recetas, y lo suyo, más que nada, era la repostería. Le encantaba. Se leía libros de repostería como si fueran novelas y se pasaba horas preparando una receta y otra. Y comiéndoselas, lo cual ponía de los nervios a su madre, que quiere a todas sus hijas esbeltas y hermosas.

A Lizzy la repostería se le da fatal. Es demasiado precisa. A ella le gusta ser creativa en la cocina, o sea, echar un poco de esto, otro poco de aquello, probar cosas diferentes... A menudo el resultado es incomedible, pero no pasa nada. Eso solo significa que probará otra cosa la próxima vez.

Echa un vistazo a algunas recetas para tener un punto de partida, pero una vez que las ha leído, no suele volverlas a mirar. Su madre dice de la cocina de Lizzy, con frecuencia y a todo el que se le pone delante, que es un poco como la ruleta rusa: nunca se sabe qué va a pasar. Añade que cuando es buena, es muy, muy buena, pero cuando sale mal, es espantosa.

Lo único que se le da bien de verdad es el pesto. Comenzó con un pesto básico tradicional con albahaca y añadió limón a voluntad, lo cual lo transformó en algo que su familia pide constantemente. Incluso Nell. Lizzy prepara también pesto de espinacas y nuez moscada, y un pesto genial de champiñones y nueces, a veces dándole un toque con aceite de trufa.

Jackie sostiene ser adicta a esa salsa de champiñones y nueces, y piensa que Lizzy debería venderlas todas en el mercado orgánico y en la granja de Nell en Easton. Y es verdad que veces prepara una buena cantidad para que Nell la venda, y los botes se agotan de inmediato. Nell se los pide constantemente, pero Lizzy pasa de hacer salsas con tanta frecuencia. ¡Que tiene dieciséis años! Es la época de salir y divertirse y vivir la vida de una adolescente, no de una futura empresaria en miniatura.

Hoy va a preparar pesto para acompañar a las hamburguesas que harán en la barbacoa. Casi todos sus amigos subsisten exclusivamente a base de hamburguesas, pizza, perritos calientes y queso, pero ella piensa hacer pesto de todas maneras.

Lizzy todavía no tiene el carnet de conducir definitivo, de manera que reclutan a la madre de Jackie para que las lleve al Hay Day a hacer la compra. Una vez allí, casi todo el dinero que la madre de Lizzy le ha dejado para emergencias se va en champiñones, nueces, albahaca, ajo, queso parmesano, piñones, limones, aceite de trufa, carne picada, pollo, panecillos, patatas fritas y aperitivos. Y chucherías, porque ¿cómo no vas a comer chucherías no teniendo adultos cerca para reprochártelo?

La madre de Jackie no sabe que la de Lizzy no está. De ninguna de las maneras la habría dejado quedarse en casa de Lizzy de saber que estaban solas. No es que no confíe en Jackie, pero es que hace poco la hija de una amiga, en otra ciudad, había dado un desmadre de fiesta y al final por poco no quema la casa, y ¿qué madre dejaría a su hija de dieciséis años sin supervisión?

De vuelta del supermercado, Lizzy y Jackie van muy calladas en la parte trasera del coche.

—Debería entrar a saludar a tu madre —dice la madre de Jackie, volviéndose hacia Lizzy.

Y la niña contesta tranquilamente y como si tal cosa:

—Ah, es que va a pasar el día en Nueva York, ensayando. Ya le daré saludos de tu parte.

La madre de Jackie le guiña el ojo.

—¡Anda, pues entonces no me extraña que hayáis comprado tantas chucherías! Pero no os preocupéis, que no diré nada.

En cuanto las niñas entran en casa y cierran la puerta, les da un ataque de risa.

—¡Ay, por Dios! —resuella Jackie—. ¡Pero cómo puedes ser tan buena actriz!

—Pero por supuesto —replica Lizzy con un impecable acento inglés, contoneándose por el pasillo con un imaginario cigarrillo en la mano—, ya sabes que soy la hija de la maravilloosssa Ronni Sunshine. Lo llevamos en la sangre, ¿sabes?

Las chicas lo tienen todo preparado para esa tarde. Han subido todas las velas del sótano y las han colocado en las mesas de fuera. El precioso día está acabando, pero dará paso al cálido resplandor anaranjado de las velas y la tira de luces de navidad que también han subido del sótano y que han enredado entre las ramas bajas del viejo cerezo que se alza en el césped sobre los sofás de mimbre. En el otro extremo del jardín está la piscina.

Jackie, que en realidad no sabe cocinar pero no quiere ser menos que su amiga, ha seguido, más o menos, una receta de «Pollo Marbella» del popular libro *The Silver Palate Cookbook*. Pero ella lo llama «Pollo Bella» porque le faltan las pasas, las alcaparras, el orégano y el perejil. De cualquier manera, ahí se está cocinando lentamente en el horno.

Ponen un CD de En Vogue y corren arriba a vestirse. Jackie se pone un ajustadísimo vestido corto negro. Lizzy coge un vestido de minifalda con lentejuelas del armario de su madre y se pone, también de su madre, sus altos tacones dorados de Manolo Blahnik.

—Tu madre te va a matar, ¿no crees?

—Qué va. No le importa que me ponga sus cosas. Le encanta que nos parezcamos tanto. Si quieres que mi madre te adore, dile que parecemos hermanas. Es que no falla nunca.

—Vaaaale. Solo que tu madre es vieja y tú eres joven.. y tampoco es que os parezcáis tanto.

—Ya lo sé. Pero a ella le gusta pensar que sí. Vaya, lo que le gusta pensar es que ella se parece a mí, o sea, que aparenta dieciséis años. —Lizzy pone los ojos en blanco.

—Estás alucinante. —Jackie se queda mirando a su amiga, y Lizzy percibe un atisbo de envidia en sus ojos. Pero por eso quiere a Jackie, porque es solo un atisbo.

—Tú también —sonríe Lizzy—. Vamos abajo. Van a llegar en cualquier momento.

Esto es lo que se siente siendo un adulto, piensa Lizzy, orgullosa de sí misma por ser tan buena anfitriona. Ha servido a todo el mundo algo de pesto con las hamburguesas y todos han dicho que está increíble.

Se sientan en los sillones del jardín, con las cervezas que ha traído Craig, y ven la puesta de sol sobre el agua, que los baña a todos en un resplandor dorado. Cada vez que Lizzy mira a Ryan, él también la está mirando, y cada vez que sus miradas se cruzan, tardan más en apartar la vista. Normalmente él es el primero en hacerlo, y el corazón de Lizzy da un pequeño brinco. La verdad es que es monísimo, piensa para sus adentros, ¡y le gusto! La certeza es potente, la hace más consciente de su belleza, de su poder, más consciente de que está a punto de convertirse en mujer. Apura su cerveza. No está borracha, pero sí alegre, lo suficiente para darle la confianza de ponerse en pie y anunciar que se va a bañar.

—¿Hay más cerveza? —Johnny, un viejo amigo de Ryan, desliza su botella vacía hacia el centro de la mesa.

—Se han terminado. La semana pasada perdí mi carnet falso, así que esto es lo que he sacado del garaje de mis padres. Lizzy, ¿aquí no tenéis alcohol?

—Sí, pero es intocable. Mi madre nunca se da cuenta de nada, excepto de que falta alcohol. Lo siento, tío, es una putada pero es lo que hay.

—Podemos reponerlo mañana —apunta Craig—. Venga. Estará aquí antes de que vuelva tu madre.

Lizzy menea la cabeza.

—No. Ni hablar.

—¿Y si le pedimos a alguien que tenga un carnet falso que traiga bebidas?

Johnny asiente con entusiasmo ante la sugerencia de Craig.

—Kevin siempre las compra para sus amigos. ¿Por qué no se lo pedimos?

—¡Genial! ¿Te parece bien, Lizzy? Llamamos a Kevin a ver si nos puede traer algo.

—Pero solo a Kevin, ¿eh? Y no podéis decirle que estamos solos en casa, ¿vale? Decidle... yo qué sé... decidle que es una pequeña reunión, ¿vale? No quiero que se corra la voz.

Craig niega vehementemente con la cabeza.

—No se va a correr la voz. Voy adentro a llamarle. ¿Qué pedimos, más cerveza?

—¡Y vodka! —grita Johnny. Lizzy pone los ojos en blanco.

—Yo me voy al agua. —Lizzy se sacude los tacones, se levanta y se quita el vestido sin timidez alguna, como si no tuviera fijadas en ella las miradas de todos los chicos, como si estuviera sola en su cuarto. Deja ver un bikini rojo, un vientre dorado y plano y unos fuertes y esbeltos muslos—. ¿Quién se viene?

—Yo. —Ryan se desabrocha los vaqueros y salta sobre una pierna para quitárselos. Lizzy lo mira oscilando al borde de la piscina. Sabe lo bien que le sienta el bikini y espera que el chico no sea capaz de apartar la mirada de ella. Se sacude el pelo un instante y realiza una zambullida perfecta. Bucea hasta el fondo de la piscina y sube de una patada. Al emerger se quita con las manos el agua de la cara y ve que Ryan se zambulle tras ella.

De pronto todo parece muy lejano. Lizzy es vagamente consciente de que Craig ha desaparecido en el interior de la casa para llamar a Kevin; ve que Jackie, Johnny, Chuck e Isabel siguen sentados bajo el cerezo, oye sus risas mientras los chicos van cogiendo cada botella de la mesa para apurarla por si queda algún resto de cerveza.

Ve las luces parpadear en el cerezo, oye a Puff Daddy en el radiocasete que tienen en el jardín, pero todo parece muy lejos de la aterciopelada negrura de la piscina. Las luces están apagadas y todo está oscuro excepto por el resplandor que se refleja de las luces al otro lado del jardín.

Da un grito cuando Ryan le coge las piernas para hundirla en el agua. Sale a la superficie escupiendo y salta sobre él para hacerle una ahogadilla. Ambos sonrían. Él hace pie y ella no puede hundirlo, por más que forcejee. Su piel se desliza contra la de él. Enrosca las piernas en su cuerpo para intentar desequilibrarlo.

—No vas a poder —ríe él.

Lizzy se pone a su espalda y se zambulle como un pez. Le agarra los tobillos y tira con fuerza. Y él, por fin, cae.

Los dos emergen jadeando y mirándose sonrientes.

Ryan sacude la cabeza.

—Jo, tienes superpoderes —dice suavemente.

—¿Ah, sí? —Lizzy se acerca un poco más a él en la oscuridad.

—Pues sí. —Ryan también se acerca.

—Sabes que no me parezco a ninguna otra chica que hayas conocido.

—Sí que lo sé —responde él. Y ahora ya no sonrío.

—¿Sí?

—Eres más guapa que ninguna otra chica que haya conocido —dice Ryan, acercándose todavía más.

A Lizzy le da un brinco el corazón. Ve la chispa en los ojos de Ryan. Ambos están metidos en el agua hasta el cuello. Él desliza las manos por su cintura, ella le enrosca los brazos al cuello y las piernas al torso. Y sonrío.

—Como tengo poderes mágicos —susurra—, puedo conseguir que los chicos hagan lo que yo quiera.

—¿Y qué quieres que haga yo? —Ahora la cara de Ryan está a muy poca distancia de la suya.

—Quiero que me beses.

Se besan, pero rompe el hechizo el grito de Craig desde la casa:

—¡Conseguido! Kevin viene para acá. Se trae a unos amigos. No pasa nada, ¿no?

—Da igual. —Lizzy se encoge de hombros sin prestar atención, abrazándose de nuevo al cuello de Ryan. Tiene cosas más importantes en las que concentrarse.

Para casi todo el mundo era en principio una tranquila noche de sábado en Westport. No pasaba nada. Unos cuantos grupos de chicos andaban por la playa, otros estaban en casa, hablando con sus amigos por el móvil. Hasta que empezó a correr el rumor de que había algo en casa de Lizzy Sunshine, y comenzó el juego del teléfono averiado. «Algo» se convirtió en que no había padres, en una fiesta loca, y una corriente de excitación chisporroteaba por las líneas telefónicas y por las casas de Compo Beach, alargándose hasta Greens Farms, hasta Saugatuck, hasta Coleytown, el club de caza y Old Hill. Y al cabo de poco tiempo, por todas partes había chicos que subían de un brinco a sus coches, cogían alcohol de los armarios de sus padres, de los sótanos, de los garajes. Todos se dirigieron hacia Minuteman Hill, sin saber muy bien qué casa era, pero subieron por la colina, por las sinuosas carreteras, hasta ver los coches. La señal eran los coches.

A algunos los dejaron sus padres, sin sospechar nada, al pie de la colina.

—Lizzy Sunshine ha organizado una pequeña fiesta —contaron sus hijos, todo inocencia—. Solo seremos unos quince. ¿Me puedes llevar?

Convergió con otros amigos que subían por la cuesta. Primero eran cinco, incluido Kevin con cervezas, vodka y tequila. Luego tres más. Luego quince. Luego veinticinco. Luego perdieron la cuenta.

Todo el mundo llevaba alcohol: botellas de vino escamoteadas de la cocina y escondidas en las mochilas, petacas de Jack Daniel's en los bolsillos de las chaquetas, inocentes botellas de agua que habían sido vaciadas para volver a llenarse de vodka.

Seguían a los coches, oliendo la fiesta, entraban en el jardín por la verja lateral. Subían la música y saludaban a gritos a los conocidos. Alguien llevó hierba, los porros comenzaron a pasar de mano en mano. Charlaban, fumaban, bebían, reían, colocados de hierba, ebrios de vida, alucinados con aquella casa espectacular sin adultos a la vista.

Lizzy disfrutaba como loca. ¡De eso iba el instituto! Sin duda esta sería la cumbre de la gloria de sus años de instituto! Ahora era, oficialmente, la reina de segundo grado. Todo el mundo repetía lo mucho que molaba aquello, era alucinante, era la mejor fiesta a la que habían ido en su vida.

Ryan y ella no se quitaban las manos de encima. Formaban ahora pareja

oficial, puesto que prácticamente todo el instituto estaba allí y los había visto. Estaban hasta los del último curso, y hasta ellos declaraban que era la noche más molona del año.

Ryan la metió en la casa, subieron a la primera planta. Todo estaba lleno de humo, de gente en los sillones, fumando en la cocina, bailando en el salón. Lizzy fue vagamente consciente de que derramaban algo, pero qué demonios, ella misma había bebido demasiado, demasiado para preocuparse por nada esta noche. Ya limpiaría por la mañana. Soltó una risita cuando Ryan la llevó al dormitorio equivocado, y lo guio hasta el suyo. Cerraron la puerta y cayeron en la cama besándose con furia. Él le desató el sujetador del bikini, ella suspiró de anticipación.

Pero justo cuando empezaba lo bueno, la puerta se abrió de golpe. Lizzy se cubrió con la sábana, dando un grito, Ryan se le quitó de encima y miró con ojos nublados a Jackie, que estaba en el umbral de la puerta, blanca como un fantasma y jadeando como si acabara de correr una maratón.

—¿Qué pasa? —preguntó Lizzy, con un escalofrío de alarma.

—Está aquí la policía. La gente está flipando. Por lo visto se han quejado los vecinos. Quieren hablar contigo. ¡La policía!

—¡Mierda! —Lizzy sabía que había hierba y alcohol y menores de edad por todas partes—. ¡Mierda, mierda! —repitió. Se levantó a trompicones de la cama y acudió a la puerta principal.

Resultó que al final no fue para tanto. La policía se limitó a mandar a todo el mundo a su casa. Cuando se enteraron de que Lizzy era la hija de Ronni Sunshine, decidieron dejarlo ahí. Hicieron como que no habían olido la hierba, como que no habían tropezado con botellas de cerveza vacías en el jardín. Si todos se marchaban, dijeron, se olvidarían del asunto. Si pudieran volver y conseguir un autógrafo para su abuela, añadió uno, lo dejarían pasar por esta vez. Y sonreían mientras los adolescentes borrachos iban desfilando por la puerta.

Tras un último y largo beso, Ryan también se marchó. Todos se fueron, excepto Jackie y Lizzy, que subieron trastabillando para meterse en la cama en

cuanto se quedó la casa vacía y cayeron en un sueño ebrio y profundo.

Lizzy recupera poco a poco la consciencia, notando vagamente que alguien la sacude. Le martillea la cabeza y una oleada de náuseas la invade antes de abrir siquiera los ojos. Se da cuenta despacio de que lo que está oyendo es la voz de su hermana.

—¡Por Dios, Lizzy! ¡Por Dios bendito, Lizzy! ¡Despierta! ¡Levanta! Mamá te va a matar. ¡Sal de la cama ahora mismo!

Lizzy abre los ojos y ve a Meredith con cara de espanto. No entiende nada. ¿Qué hace Meredith allí? Se supone que estaba en Inglaterra, viviendo con sus abuelos mientras estudia ese año en la universidad de Londres. A menos que esté soñando... Lizzy vuelve a hundirse en la almohada y cierra los ojos. Tiene que ser un sueño.

—¡Que te levantes de una vez, Lizzy! —le grita Meredith en la oreja.

Lizzy gruñe y abre los ojos, esta vez de par en par.

—Vale, vale, ya lo pillo. No es un sueño —masculla, incorporándose—. ¿Meri? ¿Qué coño estás haciendo aquí?

—Eso da igual. ¿Qué demonios ha pasado? La casa está destrozada.

—¿Cómo que destrozada? Solo vinieron unos pocos amigos anoche.

—¿Unos pocos? —Meredith está histérica—. La casa está hecha una ruina. ¡Pero cómo se te ocurre, Lizzy!

Lizzy se sienta al borde de la cama y se agarra la cabeza con otro gruñido.

—¿Tienes algún analgésico?

—No, no tengo analgésicos —le espeta Meredith, que desaparece unos minutos y vuelve con un vaso de agua y dos pastillas—. Tómame esto.

—Creo que necesito tres. —Lizzy se levanta gruñendo de nuevo, se toma las

píldoras y se encamina hacia las escaleras.

—Empieza con esas dos. Tienes que ponerte las pilas y ayudarme a limpiar la casa. Ya he despertado a tu amiga, que se ha puesto con la cocina. Pero ¿cuánta gente vino ayer? Ya imagino que mamá no tiene ni idea. Y además, ¿dónde está?

Pero Lizzy no contesta. Acaba de entrar en el salón y hasta ella se horroriza al ver el estado de la casa. Hay cristales rotos por todas partes, botellas de vino volcadas en el sofá, vino tinto en la moqueta, quemaduras de cigarrillo en la alfombra y en el suelo, hay puertas de los armarios de la cocina colgando, medio arrancadas de sus bisagras, y en todos los mostradores, en todas las superficies visibles, por todo el jardín, incluso en la piscina, se ven colillas y latas y botellas vacías.

—¡Madre mía, no me lo puedo creer! —masculla Meredith una y otra vez—. ¡Es que no me lo puedo creer!

—¿Por qué no dices «¡Joder, yo alucino!»? ¿Por qué no sueltas algún taco, si lo estás deseando? Sé que me estás juzgando. Venga, suéltalo.

Meredith la ignora. Entra en la cocina, llena un cubo de agua jabonosa, coge un cepillo y se pone a gatas para intentar quitar las manchas de vino de la moqueta. Jackie frota todas las superficies de la cocina con desinfectante. Está colorada como un tomate, avergonzada de que las haya pillado la hermana mayor de su amiga.

Lizzy empieza a hacer como que limpia, de mala gana. Se mueve despacio por la casa y el jardín, todavía con un martilleo en la cabeza, tirando a la bolsa de basura que lleva en la mano los desechos que va encontrando. Se dice que en realidad no es para tanto, que tampoco hay tanto que limpiar. Llena la bolsa, la ata y la deja fuera para llevar al reciclaje. Luego vuelve y se acerca a Meredith.

—Oye, dime, ¿qué estás haciendo aquí? La verdad.

Meredith se detiene. Se incorpora en cuclillas.

—Tenía morriña —confiesa—. Tenía ganas de ver a todo el mundo.

—¿Echabas de menos a mamá? —Lizzy está pasmada.

—No a mamá, exactamente.

—¡Desde luego, porque tú te has escapado! Has conseguido librarte de ella,

y no solo eso, sino poner tierra de por medio hasta Inglaterra. Menuda suerte.

—Tú estás en segundo. Dos años más y también podrás marcharte. De todas formas, contigo tampoco es tan mala. Tú eres la única que has sabido manejarla.

—Querrás decir la única que me enfrento a ella.

—Lo que sea, pero contigo es menos horrorosa. ¿Y dónde anda?

Lizzy se encoge de hombros.

—Ocupada, como siempre. Está de gira con *A Chorus Line*. ¿No te lo ha dicho?

—Hace tiempo que no hablo con ella. ¿Cuándo vuelve?

—Probablemente cuando el director de la obra se dé cuenta de que esa mujer es una pesadilla. —Lizzy sonrío y, por primera vez desde que entró en la casa, Meredith sonrío también.

—Pobre director, pobrecito. Pero no será él quien la deje.

—Ya lo sé. Lo dejará ella, en cuanto se dé cuenta de lo espantosamente gris y aburrido que es. —Lizzy imita a su madre mientras Meredith menea la cabeza.

—Es horrible lo bien que la imitas.

—Eso es porque tengo que aguantarla constantemente. Bueno, en realidad no es verdad, porque casi nunca está, pero cuando está, soy yo la que tiene que aguantarla. —Ahora se pone seria—. Ojalá no vivieras en Londres, Meri. Ojalá siguieras aquí.

—Pero aunque estuviera aquí no viviría en casa —le recuerda Meredith—. Viviría en Nueva York, en Columbia. Seguramente ni siquiera nos veríamos.

—Yo cogería el tren para ir a verte —asegura Lizzy—. Sería divertido.

Meredith se la queda mirando.

—¿De verdad te molesta estar aquí sola? Nunca has necesitado ayuda mía ni de Nell. Siempre has sabido camelarte a mamá y papá a tu antojo. Lo único que Nell y yo hacíamos era estorbarte.

—Es verdad —dice Lizzy, y las dos se echan a reír—. Pero te echo de menos. Me parece estupendo que mamá esté siempre por ahí, pero era más divertido cuando era pequeña y tenía aquí a mis hermanas, nada más.

—Estaré en casa en seis meses —le recuerda Meredith.

—¿En casa, casa?

—Bueno, no aquí, evidentemente. No volvería a vivir con mamá por nada del mundo.

—¡Joder! ¡Yo estoy deseando largarme!

En ese momento llaman a la puerta y las dos dan un brinco y se miran con los ojos desorbitados. Lizzy lleva una camiseta vieja, tiene el pelo encrespado y enmarañado, el maquillaje corrido en los ojos, la piel grisácea. Y la casa dista mucho de estar presentable.

—No sé quién será, pero pasando. Ya se irán —declara.

—No podemos. —Meredith se levanta—. Igual es algo importante.

El timbre suena de nuevo.

—Si es importante, ya volverán —discute Lizzy. Pero al ver que su hermana se dirige hacia la puerta, masculla—: Ya voy yo. Por favor, Dios mío, que no sea Ryan. —Echa un vistazo a través del cristal y exclama—: ¡Agh! Es la vecina de al lado. Por lo menos no es mamá.

8

A Meredith no le importa que Lizzy se haya ido a ver a Ryan y la haya dejado sola para limpiar la casa. Al fin y al cabo, es lo suyo: encargarse de todo y arreglar los desastres de los demás. ¿Qué más es lo suyo? No quejarse cuando vive en Londres y vuelve a casa para estar con su familia y se encuentra con que su madre no está. Ha aprendido a no quejarse de su madre. De Nell ha aprendido a no apocarse ante las iras de su madre, sino a escabullirse calladamente lo más deprisa posible. Luego averiguó ella sola que, a veces, si le llevaba a su madre una generosa copa de vino, se calmaba. Al final, esa era la diferencia entre las tres hermanas: Nell desaparecía, Meredith intentaba complacerla y Lizzy la ignoraba.

Cuando la casa vuelve a estar ordenada, incluso arregladas las puertas de los armarios de la cocina, Meredith se sienta en el porche con una cerveza, una de las pocas que han quedado de la fiesta de Lizzy. Sube los pies a la otomana y sonríe mirando los árboles, disfrutando de su reunión con las serenas vistas. Desde la casa no se ve el mar, pero se nota que está, se huele. La luz también es distinta. Por más malos recuerdos que la casa albergue, sigue siendo y siempre será su hogar.

En un rincón del jardín, oculto por el cielo que oscurece, está la cama elástica. A Lizzy era a la que más le gustaba, pero Meredith se pasaba allí horas tumbada con su amiga Rachel, charlando sobre todo lo humano y lo divino. De vez en cuando la madre de Meredith repiqueteaba en la ventana para que saltaran, para que hicieran ejercicio, pero en cuanto desaparecía, las niñas volvían a tumbarse de nuevo boca abajo.

Al pie de la colina está Longshore, donde aprendió a jugar al tenis, mal.

Donde iba todos los días durante el verano con la esperanza de que alguno de los socorristas de la piscina se fijara en ella, de tener por fin un romance de verano.

Pero nunca lo tuvo. Nunca se fijaron en la chica gordita de apagado pelo castaño y dulce sonrisa. Da igual, porque Meredith encontró su solaz, su romance, la vida que debería haber vivido en las páginas de los libros. Y ahora, a sus diecinueve años, por fin tiene novio. Un compañero de la universidad de Londres que está estudiando FPE (Filosofía, Política y Económicas). Ella cambió su matrícula para estudiar lo mismo.

Al principio había pensado en Goldsmiths o Central Saint Martins, porque quería estudiar Bellas Artes, pero su padre no lo entendió:

—¿Cómo te vas a ganar la vida con el arte? —preguntó perplejo.

De manera que Meredith solicitó plaza en varias universidades del Reino Unido, pensando en estudiar Literatura. Y no tardó en darse cuenta de que cada vez se dedicaba menos al arte que siempre había amado. No había tiempo. Se metió en el sindicato de estudiantes y en el club de bridge. Que fue donde conoció a Gavin. Formaron un equipo y forjaron una amistad que se convirtió en noviazgo cuando él balbuceó que le gustaría llevarla al cine una tarde y tal vez a cenar después.

Fueron al Everyman de Hampstead para ver *El indomable Will Hunting*, y luego al Maxwell's a tomar una hamburguesa con unas patatas fritas espantosas, grasientas y pastosas, que no se parecían en nada a las patatas que tomaba en Estados Unidos. Gavin le resultó muy agradable, si bien algo raro. Tenía el pelo denso, negro y rizado, gafas de concha y el tic nervioso de carraspear, que a ella le resultaba adorable. Siempre llevaba los pantalones un poco cortos, y los calcetines de un blanco reluciente. No era exactamente el héroe romántico que se había imaginado después de tantos años de perderse en las páginas de cientos de novelas, y tampoco se sentía exactamente atraída hacia él, pero a Gavin le gustaba Meredith de verdad, de verdad, y a ella le gustaba él lo suficiente para intentarlo por lo menos.

Lo que de verdad le gustaba era tener novio. Lo mencionaba en todas las conversaciones. A lo mejor en el quiosco decía: «Ah, y unos caramelos de menta para mi novio.» En el puesto de bocadillos: «Para mí un vegetal con

huevo y para mi novio uno de pollo.» Cuando entablaba conversación con algún desconocido, soltaba la expresión «mi novio» en cuanto podía, por si el encuentro terminaba de pronto y perdía la ocasión de mencionar al universo que alguien la quería, que por fin, por fin, era suficiente para alguien. Poder decir que tenía novio, poder meter ese hecho en las conversaciones, la transformaba a los ojos del mundo. O eso creía. Ya no la verían como una chica americana tímida y gordita que jamás encajaba en ningún sitio. ¡Ahora era uno de ellos! Quienesquiera que fueran esos «ellos».

Y era muy agradable sentirse adorada. Porque Gavin la adoraba. No lo demostraba con flores y bombones, pero sí le compró una baraja cara para jugar al bridge y siempre la invitaba a cenar y una vez le dio un beso cuando fueron una noche a casa de él para ver una película.

A Meredith le habían besado tres chicos antes, pero nunca con el entusiasmo de Gavin. Después de aquel primer beso, su relación progresó y ahora se acuestan juntos, pero tampoco eso es lo que ella esperaba. Sigue sin experimentar el esquivo orgasmo y el sexo siempre parece terminar muy deprisa, tras unas cuantas embestidas más bien torpes. Pero le encantan los arrumacos de después, y a Gavin eso se le da muy bien.

El problema es que es difícil encontrar un sitio para hacerse arrumacos. Él no puede ir a casa de ella porque vive con sus abuelos en Hampstead. El resultado es que cada vez pasan más tiempo en el piso algo cutre de Gavin en Goodge Street. Ahora que son pareja oficial, a sus abuelos no les importa que Meredith pase la noche fuera. A juzgar por las historias que corren sobre su madre, cualquier cosa que Meredith hiciera sería una sosería en comparación.

Irse a estudiar a Londres era lo mejor que había hecho en su vida. Apartarse de su madre era lo mejor que había hecho. Echa de menos a su padre y a sus hermanas... bueno, a Nell... pero el estrés de tener que cuidar de su madre y mantener la paz era demasiado. Por muy agradable que sea estar en casa, piensa, es todavía más agradable saber que es solo temporal.

No es que las cosas sean fáciles con su padre. Se ha vuelto a casar con una tal Selenia, que al principio se mostró muy simpática con las tres hermanas y las llevaba a hacerse pedicuras y manicuras cuando se quedaban en casa, y a «almuerzos de chicas» e insistía en que tenían que ser damas de honor en la

boda. Pero luego Robert y Selena tuvieron una hija, y rápidamente las dejaron de lado a las tres. Ya no eran bienvenidas, no formaban parte de aquella nueva familia. Todas lo intentaron, todas se quedaron con la nueva familia de su padre durante las vacaciones. Pero no pudieron evitar advertir que a Arianna, su hermanastra, le daban montones de regalos en Navidad mientras que ellas solo recibían algún pequeño detalle cada una. El dormitorio de Arianna era como un perfecto palacio de princesa, mientras que ellas tenían que compartir la buhardilla y dormir en camas desiguales y meter como podían la ropa en cajones que no cerraban bien.

Nell y Lizzy al final dejaron de ir. Meredith intentó ir sola, pero Selena se mostraba tan hostil, con tal actitud pasivo-agresiva en sus comentarios sobre «problemas de peso», que Meredith acabó por reconocer que sus hermanas tenían razón: ahora eran visitas indeseables en casa de su padre. No es una posición que le guste o quiera repetir, de manera que ahora habla con su padre por teléfono de vez en cuando y desea que fuera el padre que era antes de que apareciera Selena.

Meredith se incorpora al oír un coche en el camino particular. Es una vieja camioneta Ford de los años cincuenta, rojo cereza, con una plataforma de madera pulida en los costados. Nell baja por el lado del conductor y abre la otra portezuela para dejar salir a un niño rubio.

—¡Nell! —Meredith corre a abrazar a su hermana. El pequeño se queda quieto con una ancha sonrisa. Tímidamente se deja coger y estrujar por su tía —. ¿Sabes quién soy? —le pregunta ella, sorprendida por el amor que la inunda al abrazar a aquel pequeño al que solo ha visto unas cuantas veces.

—La tita Meri —dice él. Y ella ríe encantada.

—¡Eso es! ¡Ay, qué alegría verte! ¡Cómo has crecido? ¡Cuántos años tienes? ¡Doce, trece?

Él niega solemne con la cabeza y levanta cuatro dedos.

—¿Cuatro? ¡Madre mía! Pensaba que eran muchos más. ¡Es que estás muy mayor! —Meredith lo deja en el suelo y mira a Nell, maravillándose de lo mucho que ha cambiado, de lo reconfortante que resulta verla. Nell siempre ha sido reconfortante. Su solidez, su callada seguridad, su sensación de tener un propósito en la vida siempre han sido la roca de Meredith en la tormenta de la

volatilidad de su madre. Ahora se le saltan las lágrimas, pensando en lo mucho que le gustaría poder ver más a su hermana.

—¿Cómo va la granja? ¿Cómo te va todo? ¡No me puedo creer cómo está River! —El niño corre por las escaleras y entra en la casa—. ¡Madre mía! Está mayorcísimo.

—Y muy independiente —añade Nell—. La vida en la granja. Anda limpiando cuadras y dando de comer a las gallinas. Le he enseñado bien.

Entran las dos en la casa de su madre, ahora casi impecable gracias al día de limpieza de Meredith. No ha podido arreglar algunas cosas: el cristal roto de la mesita de centro, la mancha de vino tinto en el sofá, la pata rota de la silla. Pero ha tapado la mancha de vino con un cobertor, ha quitado el cristal y la silla está ahora en el garaje. El día no le ha dado para hacer más milagros. En todo caso, es un alivio que Nell no parezca notar nada fuera de lugar.

—¿Sabes algo de Lewis? —Meredith sabe que es un tema delicado y a Nell nunca le ha resultado fácil hablar de ello.

Nell y Lewis estuvieron saliendo mucho tiempo, durante todo el último año de instituto, y siguieron juntos cuando él se fue a la universidad de Washington con una beca de remo y ella a la universidad de Vermont. En segundo, Nell descubrió que estaba embarazada. De seis meses. Se había olvidado de sus reglas, supuso que el peso que estaba ganando se debía a que había empezado a comer chocolate. Cuando el niño comenzó a dar patadas, creyó que eran espasmos musculares.

Lewis se quedó destrozado. Los padres se reunieron para discutir qué hacer, pero los padres de Lewis se mostraron más que firmes: ningún niño le iba a destrozarse su futuro en el remo. Lewis parecía abrumado. Amaba a Nell, dijo, pero las cosas se habían puesto difíciles últimamente: se había dado cuenta de que no quería una relación a distancia y, desde luego, no quería ningún hijo. No quería quedarse con el niño y pensaba que la adopción era claramente la única solución al dilema.

Pero no para Nell. No podía, no quería renunciar a su hijo. Dejó la universidad, pero no volvió a casa de su madre, sino que encontró un hogar en la granja donde había trabajado con la señora Sussman.

Lewis mantuvo el contacto hasta que River cumplió los seis meses.

Meredith sabe que Nell no ha tenido noticias de él desde entonces, aunque sus padres envían un generoso cheque todas las navidades.

La granja fue la salvación de su hermana. La guardesa se acababa de marchar cuando Nell llamó para preguntar si habría algún puesto libre con alojamiento incluido.

—Le prometo que no dejaré que el niño interfiera en mi trabajo —le dijo a Theodora Dorchester, la propietaria, una encantadora y anciana aristócrata cuya familia había sido dueña de la granja durante tres generaciones.

Y Theodora le respondió que la conocía desde hacía años, que no había nadie con mejor ética del trabajo que ella y que pocos conocían la granja igual de bien. Le contó que ella misma había criado allí a seis hijos, todos los cuales salieron estupendamente.

—Excepto Peter —murmuró sacudiendo al cabeza, negándose a hablar de Peter.

Nell podía instalarse cuando quisiera. Todos estaban acostumbrados a los bebés por allí, aunque hacía tiempo que no había ninguno. Nell ya era «parte de la familia».

Por lo visto, según contaba Nell, la anciana había dicho todo esto con gran formalidad, pero apartó la vista con el brillo de una lágrima en los ojos. Theodora le había dicho a Nell una vez que siempre había querido tener una hija y que le habría encantado que fuera como ella. Meredith comprendía ahora que la situación benefició tanto a Theodora como a Nell. Y a River.

Al verla ahora, Meredith sabe con toda certeza que su hermana ha encontrado su lugar. Nell es feliz. Le había comentado hacía tiempo que ser madre soltera es duro, pero que el trabajo de la granja es más duro todavía, y que a ella le encantan las dos cosas. Además, hay un equipo de trabajadores que adoran a River, que se turnan para cuidar de él. Y ahora que el niño ha empezado a ir a la guardería, todo es más fácil. Al cabo de un año irá a preescolar, y entonces Nell dispondrá todos los días de varias horas en las que no tendrá que preocuparse en absoluto de él.

Nell saca de la nevera un zumo de arándanos.

—¿Quieres?

Meredith asiente y Nell va a por los vasos, moviéndose por la cocina que

ambas conocen tan bien. Por mucho que las dos desearan marcharse, esta sigue siendo su casa.

—¿Y tú? ¡Me han dicho que tienes novio formal! —Nell siempre ha sido una experta en desviar las conversaciones de sí misma, piensa Meredith con ironía. Pero no puede dejar pasar la oportunidad de hablar de Gavin.

—Pues no sé si será formal, pero está muy bien. Y me encanta vivir en Londres.

—Así de lejos, quieres decir, ¿no? —sonríe Nell—. Lo he pillado.

—¿Qué tal se le da a mamá lo de hacer de abuela? ¿Ve a River?

—Pues la verdad es que se le da muy bien. Es mucho mejor abuela que madre. El niño tiene todo lo bueno y nada de lo malo. Ni de las locuras.

—¡Vaya! Siempre había oído que los peores padres pueden ser abuelos maravillosos, pero nunca me lo había creído.

Nell asiente.

—Pues sí. Yo tampoco me lo habría creído. A ver, mamá sigue siendo imposible, pero no con River. Lo adora con todo su corazón. Y él a ella.

—Se me hace rarísimo pensar que mamá es abuela. Parece demasiado joven para eso.

—Es que lo es —contesta Nell—. Fui yo la que la jodí quedándome embarazada con diecinueve años. Pero bueno, se niega a que la llamen «abuela». Es Ronron.

—¿Cómo un ronquido? —Meredith se echa a reír.

—¡Exacto! —Nell también se ríe, haciendo como que ronca—. Yo le sugerí Gigi, pero dice que conoce a demasiadas abuelas que no quieren ser abuelas y se hacen llamar Gigi. Pero en fin, ¿dónde anda? ¿No tenía que estar aquí?

—Sí, eso creía yo. Sobre todo porque no la veo hace meses. —Meredith se vuelve al oír otro coche y luego una portezuela—. Hablando del rey de Roma... —Y en ese momento la madre entra por la puerta, coge a River en brazos y lo cubre de besos.

—¡Qué maravillosa sorpresa! —exclama—. ¡Mi niño del alma está aquí para darme la bienvenida! —Al entrar en la cocina, ve a Meredith—. ¡Ay, Dios mío! —Y se lleva la mano a la boca—. ¡Meredith! ¡Se me había olvidado por completo que venías! ¡Madre mía! ¡Dos sorpresas en un día! —

Abraza a su hija y luego se separa con los brazos extendidos—. Ya veo que has estado comiendo bien —comenta, en el mismo tono de júbilo. A Meredith se le cae el alma a los pies. Mira a Nell, que menea la cabeza y pone los ojos en blanco—. Está claro que la comida de Londres te sienta bien.

Meredith no contesta. Lo único que oye en su mente es la voz de su madre: *Sigues sin ser lo bastante buena. No estás bastante delgada, no eres bastante guapa. No apruebo tu aspecto y no te puedo querer mientras tengas esa pinta.* Es el mismo mensaje que Meredith siempre ha recibido de su madre: *No eres digna de amor.*

—¿Podéis alguna subirme las bolsas arriba? —pregunta Ronni, mientras se dirige a la nevera a por una botella de vino, ajena al impacto de sus palabras—. ¿Nell? Anda, sé buena y ábreme esta botella.

—Yo llevo el equipaje —se ofrece Meredith, que tiene encogido el corazón y está al borde de las lágrimas. Y una vez más se arrepiente de haber vuelto a casa.

2007

9

Durante años y años River fue el más madrugador. Cuando era muy pequeño, entraba despacito en el cuarto de su madre y se la quedaba mirando con la nariz casi pegada a su cara hasta que Nell abría los ojos y siempre sonreía al ver aquella carita tan cerca. Se levantaba de un brinco para hacerle el desayuno, sentarlo luego delante de los dibujos animados y ponerse ella a organizar la granja y realizar la rutina diaria de despertar a los animales.

Hoy se despierta a su hora habitual, las cinco y cuarto de la mañana, con el sol casi saliendo, y escucha. Nada. No hay pasos en las escaleras, ni tintineo de cacharros que indiquen que River se está sirviendo cereales, ni la débil luz de los dibujos animados en el cuartito junto a la cocina, donde el niño ve la tele.

Es un adolescente, piensa. Por fin hemos llegado a ese punto. Ahora, a sus catorce años, duerme hasta tarde, a veces no hay forma de despertarlo si no es sacudiéndolo literalmente. Se pasa despierto toda la noche con sus videojuegos o viendo la tele, y luego duerme todo el día. Parece absurdo en un chico criado en una granja, en un entorno en el que todo el mundo se despierta con el canto de los gallos, pero es lo que hay. La adolescencia. Nell echa a andar por el suelo encalado del dormitorio y huele el café recién hecho abajo. Abre las cortinas y entorna los ojos ante la claridad, aunque no ve mucho más allá del viejo muro de piedra seca a causa de la ligera niebla matutina. No es raro que en verano se levante aquella fría bruma gris por la mañana, pero casi siempre se disipa para dar paso a un día soleado, despejado y caluroso sobre el exuberante verdor de campos y árboles.

La granja sigue siendo el lugar más bello que conoce. El hecho de poder

vivir allí todavía la estremece de placer cuando mira por la ventana todas las mañanas. Incluso en los días en que no se ve gran cosa, sabe que el muro de piedra seca está allí, la vieja cerca de madera detrás, los prados más allá, los antiguos graneros rojos rompiendo el paisaje, las hileras de árboles cerrando las vistas.

A menudo se detiene a pensar lo serena que es su vida. No hay caos, no hay drama. Ningún trabajador de la granja muestra el más ligero atisbo de volatilidad o inestabilidad emocional.

Theodora Dorchester es ya anciana, en la ochentena. Y mientras los demás hablan de ella como de una abuela buena y afectuosa, para Nell ha sido más como una madre. Theodora es la madre que Nell habría elegido, de haber tenido elección. Es sabia, serena, cariñosa y constante, cualidades que Nell ha intentado inculcar en River, pero que primero tuvo que aprender de Theodora.

Nell ya no es sencillamente la guardesa; ahora gestiona la granja. Es la persona a la que todos acuden ante cualquier decisión. Es la mano derecha de Theodora, puesto que la anciana está ahora demasiado débil para recorrer la granja como hacía en otros tiempos.

Tan solo un año atrás las dos se daban un paseo por las tardes y Nell iba señalando cualquier problema que viera para pedirle consejo. Pero la mujer de pronto se ha vuelto muy frágil y no se recupera bien de una caída en la que se rompió una cadera hace unos meses. Nell está preocupada por ella a todas horas, temerosa de que no le quede mucho tiempo. Pero Theodora sigue siendo una persona alegre, siempre sonriente, siempre encantada de recibir a Nell en su dormitorio de la casa principal para que la ponga al día de los detalles de la granja.

Nell se da una ducha rápida, se pone unos tejanos, camiseta y zuecos. Nunca se ha molestado en maquillarse o hacerse peinados, de manera que se recoge el pelo aclarado por el sol en una coleta alta y se protege del frío con una sudadera.

Ni siquiera se mira en el espejo, puesto que nunca ha dado importancia a su aspecto. A sus treinta y tres años, Nell se ha convertido en lo que algunos llamarían una belleza clásica, aunque a ella no se le habría ocurrido pensarlo. Sus rasgos son fuertes y hermosos, la piel oscurecida por el sol la hace

parecer mayor, pero su cuerpo es esbelto y fuerte, lo que se llamaría un cuerpo escultural, aunque ella no está todavía del todo cómoda en su piel. Todavía no está del todo segura de quién es. Para todos los que visitan la granja, resulta un misterio que siga soltera. Debe de sentirse sola, piensan. Una joven encantadora como ella sin duda querrá conocer a alguien. De vez en cuando intentan emparejarla, pero Nell está demasiado ocupada con la granja, demasiado atareada siendo madre de un adolescente, para salir de citas. En las poquísimas ocasiones en las que ha permitido que le presenten a alguien, lo hace más por cortesía que por deseo.

Y ahora, después de tantos años, Nell está acostumbrada a estar sola, ella y River, los dos totalmente autosuficientes. Es verdad que era una niña cuando conoció a Lewis Calder, pero ya no era una niña cuando él la abandonó, no era una niña cuando se dio cuenta de que tener una relación implicaba un enorme peligro de que le hicieran daño. No tiene ningunas ganas de volver a pasar por eso. Su prioridad es River. Y la granja.

Nell se toma un café ante de salir a dar de comer a las gallinas las mondas de las verduras de ayer y echarles agua fresca. Esto ha sido el trabajo de River durante años, antes de que se metamorfoseara en un adolescente dormilón, pero a ella no le importa. Le gusta la rutina de salir ella misma, oír a las gallinas cloquear excitadas cuando se acerca, verlas acudir corriendo al borde del corral para recibirla y ver qué delicias les trae.

De vuelta a la casa, se detiene para saludar a la cuidadora de Theodora, que le hace señas para que se acerque al porche.

—¡Sí que te levantas temprano! —saluda Nell—. ¿Has visto amanecer? —Carly niega con la cabeza y Nell advierte que tiene cara de cansada—. ¿Estás bien? —pregunta, subiendo los escalones de la entrada—. ¿Va todo bien?

—Es... Creo que tal vez estamos iniciando el viaje —responde Carly en voz baja—. Apenas come nada. Le he preparado todos sus platos favoritos, pero vuelve la cabeza. No quiere comer. Ha dicho que si te veo, quiere hablar contigo. ¿Puedes entrar a verla?

Nell asiente con un nudo en la garganta.

—Ahora mismo no puedo, tengo demasiadas cosas que hacer, pero me pasaré por la tarde, cuando haya terminado. Gracias. —Y se aleja susurrando

una oración, pidiendo que cuando llegue el momento, el tránsito de Theodora sea sereno e indoloro.

El olor del estudio basta para calmar a Meredith. Por eso vuelve una y otra vez, se dice. Le encanta el ambiente meditativo de la callada sala que huele levemente a aguarrás y aceite de linaza, con sus viejos caballetes de madera y una modelo desnuda tumbada en una gran caja de madera en el centro. Está totalmente inmóvil, con una mirada vacua y perdida, una almohada bajo la cabeza, las plantas de los pies negras de polvo de carboncillo y grafito.

Meredith vuelve porque el estudio de arte ha sido siempre el lugar al que acude en busca de paz y tranquilidad. Cuando era pequeña tenía una mesa de dibujo en su habitación y se pasaba horas en ella, perdida en formas, colores y remolinos. Más tarde tomó cursos en la escuela de arte Silvermine, hasta que se trasladó a Londres, cuando dejó de lado el arte durante años. Y ahora ha redescubierto su temprano amor. Acude una y otra vez porque el arte ha sido siempre su vía de escape. Por eso ha vuelto al Centro de Arte Frogmal. No tiene nada que ver con Nicholas, el profesor, que tal vez sea el hombre más perfecto que haya conocido Meredith en toda su vida.

Lleva acudiendo dos años. Su pintura ha mejorado drásticamente, así como su aspecto, ambas cosas debidas en gran parte a Nicholas. El primer año, Meredith fue invisible. Llegó la universidad ya rolliza, y los siete kilos que engordó el primer año de universidad no tardaron en convertirse en quince y luego veinte. Y su propio velo de vergüenza, la voz de su madre resonando en sus oídos, la mantenía callada al fondo de la clase, escondida detrás del caballete. Muy de vez en cuando Nicholas le ponía la mano en el hombro o le decía algo o guiaba su lápiz, y ella se ponía roja como un tomate y el corazón se le aceleraba y mantenía la vista fija al frente deseando que su mano

reposara allí para siempre y deseando a la vez que Nicholas se alejara para poder recuperar su equilibrio y fingir que aquello nunca había sucedido, hacer como que no se había quedado sin respiración, sin habla. Ella se limitaba a asentir con la cabeza y a esperar que nadie se diera cuenta de nada.

Miraba a Nicholas cuando se inclinaba para susurrar algo al oído de las chicas más guapas, las más delgadas, las que emanaban confianza y aplomo, las que se sentaban con seguridad en sus taburetes y se movían por el taller como si fuera suyo. Eran las que flirteaban con Nicholas y se iban con él después de clase a pasar una ruidosa y bulliciosa velada en el pub. Corría el rumor de que a veces se llevaba a alguna a su casa. Meredith nunca conoció los detalles. No la invitaban al pub. Todo lo que sabía era lo que contemplaba en silencio, los fragmentos de conversación de chicas despechadas que no estaban en el radar del profesor o que habían salido de él.

Meredith nunca había estado en ese radar. Salía de su piso todos los miércoles por la tarde y tomaba el autobús número trece por Finchley Road, cruzaba al centro de arte y subía por los escalones de piedra. Todas las semanas elegía cuidadosamente su atuendo, se ponía el más leve atisbo de maquillaje, se secaba el pelo mientras la voz de su madre resonaba en sus oídos: *Tienes una cara muy bonita; si perdieras algo de peso...*

Y por fin la escuchó. Después de ser ignorada durante todo un año y ver a Nicholas coquetear con las mujeres seguras y delgadas, ataviadas con sus diminutos y ajustados tejanos agujereados y sus deportivas chulas, Meredith decidió que quería cambiar.

Comenzó una dieta que no se llamaba dieta sino «programa de alimentación». Las dietas no funcionan, decían; la única manera de cambiar el cuerpo es cambiar la manera de comer. Esa es la realidad de la vida, aseguraban. Tres comidas pesadas y medidas al día, indicaban. Nada de carbohidratos, nada de azúcar, nada de alcohol. Equipos de dos, con reuniones semanales de apoyo para el grupo y chats diarios con tu pareja de programa. Fue lo más fácil que había hecho Meredith en su vida.

Todas las semanas acudía a las reuniones a oír preguntas y quejas: cómo se podía pesar la comida en un restaurante, la vergüenza que pasaban, lo difícil que era comer fuera, y Meredith las miraba y pensaba: *No comáis fuera*. Para

ella era muy fácil: de todas formas nunca salía. Su idea de una buena velada casi siempre había sido una película de vídeo y comida china a domicilio. Y tal vez unas cuantas chocolatinas de un quiosco en el camino de vuelta a casa porque ¡ay, el chocolate inglés! ¿Quién podía resistirse? Ahora era solo una película de vídeo y un enorme bol de ensalada con un poco de pechuga de pollo a la plancha o salmón. Y nada de chocolate.

Durante un tiempo no se sintió muy distinta. Solo era consciente de que las faldas le quedaban un poco holgadas y las blusas ya no se le abrían entre los botones. Pero al final, en su empresa de contabilidad, la gente empezó a fijarse y de vez en cuando le preguntaban qué estaba haciendo porque se la veía estupenda.

Ayer se fue de compras. Toda la ropa le quedaba enorme. Era el momento. Fue a Warehouse, Top Shop y Miss Selfridge. Gastó muy poco, pero salió con todo un guardarropa nuevo: trajes de trabajo, camisas, faldas florales y bonitas camisetas veraniegas. Compró un par de prendas que no le gustaban particularmente: un vestido morado y una falda azul. La dependienta apareció justo cuando se las estaba probando y fue tan efusiva en sus alabanzas que Meredith se las llevó por no ofenderla.

Llegó a casa y tiró los cinco pares de mallas que tenía desde hacía años, con la licra tan estirada que se veía brillante y gastada. Dejó a un lado el vestido morado y la falda azul. Ya los devolvería otro día, cuando la dependienta no estuviera.

Hoy, en la clase de arte lleva los tejanos que se ha comprado, los primeros tejanos que se pone desde hace años. Cuando se vestía se acordaba de Cecilia, una de las chicas delgadas y guapas del año pasado, una chica que llamó la atención de Nicholas, una chica que, gracias a Dios, ahora se había mudado a Norfolk.

Tejanos desvaídos con artísticas roturas por las perneras. Meredith se sentó y se miró las piernas, sin poder creerse que los pantalones le cabían. Una camiseta blanca con una camisa holgada por encima. El pesado colgante de oro forjado a mano que siempre ha llevado, pero no con su fina cadena de oro, sino con una de cuero. Se probó los tacones, pero se veían ridículos con ese atuendo. Cecilia podía llevar tacones altísimos, sandalias de tiras y

plataformas al Centro de Arte Frognal, pero Meredith no. Las alpargatas de ante que compró se estropearían. Sus viejas deportivas Adidas van bien. Nunca han parecido particularmente buenas o particularmente chulas combinadas con sus deformadas y brillantes mallas, pero ahora, con los tejanos desvaídos y la camiseta blanca son el no va más de la moda, el colmo de lo elegante pero informal.

Meredith se pasó horas esa tarde pensando qué hacer con el pelo. Se parece demasiado al de su madre, para su enorme desesperación. Ronni Sunshine es famosa por su abundante melena rubia, pero las hermanas saben que realmente su pelo es tan fino y ralo como el de un bebé. De joven usaba postizos y extensiones y trucos, hasta que el estrés y el peso del pelo añadido provocaron enormes y permanentes calvas. Ahora la mitad del guardarropa de Ronni consiste en pelucas.

Meredith tiene el mismo pelo lacio, más oscuro que el de su madre, un castaño más apagado, y ni la mitad de denso de lo que querría. Normalmente se hace una patética coleta, pero el sábado fue a la peluquería a cortárselo un poco y acabó poniéndose mechadas. La peluquera le explicó que el decolorado le daría a su pelo un cuerpo y una textura que le hacía falta. Y tenía razón. Cuando terminó, el resultado fue asombroso. El pelo tenía cuerpo. Era rubio. Y sexi. Y totalmente impropio de Meredith, que llegó a lanzar una exclamación al mirarse en el espejo.

—¿Sabes a quién te pareces? —le dijo la peluquera—. A la actriz esa, Ronni Sunshine. Te juro que podrías ser su hija.

—¿Sí? —Meredith estaba tan pasmada como encantada. Nunca había visto el parecido. Nunca lo había visto nadie.

Hoy, en clase de arte, lleva de nuevo una coleta, pero no tensa, como solía llevarla, sino suelta, con mechones muy rubios que le caen en torno a la cara. Ha llegado tarde —la clase ya ha empezado— y todo el mundo mira a la modelo, una chica llamada Rosie, que es una de las habituales.

Sally, que siempre coge el caballete justo delante de Meredith, alza la cabeza con una sonrisa a modo de saludo cuando la ve y se queda paralizada y boquiabierta.

—¡Estás increíble! —susurra—. ¡Casi no te reconozco!

Meredith se encoge de hombros con una sonrisita y se sienta, abre su maletín de arte y saca los lápices.

Se queda absorta, como siempre, en el dibujo. Es lo más callado que ha hecho en su vida. No hay pensamientos, ni miedos ni preocupaciones, solo una intensa concentración en el cuerpo desnudo que tiene delante. Aunque la verdad es que no está concentrada en el cuerpo desnudo, sino más bien en las líneas y formas, las áreas de luz y sombra que aparecen en su papel.

Su cuerpo se relaja al dibujar. Primero bosqueja las proporciones: un óvalo para la cabeza, una línea de través que indica los hombros, la curva cóncava del cuerpo de Rosie, sus piernas extendidas sobre la madera. Dibuja y redibuja. La pierna izquierda no está del todo bien. Mira el espacio interior, se dice, el espacio negativo te ayudará a captar bien el cuerpo. Sombrea y oscurece con líneas cruzadas antes de sacar los pinceles y la tinta. Cada vez está más cómoda con los medios mezclados: lápiz, carboncillo, acuarela y tinta, juntos en una pieza.

Esta será monocromática, decide mientras diluye la tinta negra en un pálido gris con el que pincela el cuerpo. El boceto es rápido, pero esto lleva su tiempo, hay que ir superponiendo las capas de tinta como haría con la acuarela. Es bueno, piensa cuando se detiene para echarse un momento atrás y mirarlo bien. No siempre considera que su trabajo es bueno, y a menudo tiene poca perspectiva para juzgarlo, pero este sabe que es bueno.

Una mano en su hombro la sobresalta. Hace tanto tiempo que Nicholas no le presta atención que casi se le ha olvidado. Pero ahí está, sonriendo. Se inclina hasta poner la cabeza al nivel de la suya, ambos mirando el dibujo.

—Es estupendo —murmura él, volviendo la cara para mirarla pero sin incorporarse, de manera que sus adorables y cálidos ojos castaños están a muy poca distancia de los de Meredith.

Ella nota que se sonroja. No sabe si echarse hacia atrás, si carraspear, si apartar la mirada... Pero no hace nada. Sencillamente se pone escarlata, como suele pasarle, mientras los ojos de Nicholas recorren su rostro, su pelo, su cuerpo.

—Deberías venirte al pub con nosotros después de clase. —Su voz es tan queda como una pluma que le acariciara la mejilla.

Nicholas se incorpora y se aleja, dejando que el rostro de Meredith pueda por fin volver a su pálido, pálido tono rosado.

No hay nada en el mundo que Lizzy no crea poder lograr si se lo propone. Es esa fiera confianza lo que la ayuda a ignorar los hierbajos y la basura que el viento ha acumulado en los bordes del jardín cuando sale al porche trasero con una lata de cerveza sacada de la nevera.

Tom no viene nunca, pero no pasa nada. Su loft del Soho es mucho más agradable que esto y a Lizzy le parece estupendo quedarse allí casi siempre. No tiene ningunas ganas de estar en Queens pudiendo estar en el Soho. Alquiló este piso solo porque era barato y estaba disponible y sabía que apenas pasaría tiempo en él. Hoy ha venido porque Tom está ocupado buscando un frigorífico nuevo en Restaurant Row, lo cual le ha dado a Lizzy la oportunidad de ir a su casa a por más ropa.

Tom y ella son camareros en una cafetería cutre del centro. El apartamento de Tom es mejor porque sus padres, que viven en un dúplex del Upper East Side, creen que su hijo debería seguir viviendo como siempre ha vivido, de lujo. Lizzy está segura de que su padre estaría más que dispuesto a pagarle también un loft a ella —se quedaría horrorizado si llegara a ver la miseria de su apartamento—, pero Lizzy quería vivir a tope la experiencia neoyorquina, y parte de esa experiencia implicaba dejar atrás la comodidad de los barrios residenciales en pro de la mugre, lo cutre y las dificultades. Además, la mujer de su padre, Selena, probablemente le prohibiría darle dinero. Ya le ha impedido darle cualquier otra cosa.

A Lizzy le encanta ser una neoyorquina auténtica. El hecho de que ahora pase casi todas las noches con Tom es irrelevante: todavía puede decir que tiene alquilado un antro en Queens, si alguien se lo preguntara.

Su relación con Tom ha nacido de circunstancias compartidas, más que de un gran amor verdadero. Los unieron los espantos de su trabajo: el chef que en realidad no sabía cocinar, los alimentos congelados que se recibían regularmente... Se lamentaban juntos por no poder servir ningún pedido especial —salsa sin lácteos, pollo sin rebozar— porque toda la comida se preparaba en una fábrica muy, muy lejos. Se conmisaban ante el horror compartido de haber aterrizado allí, cuando ambos eran unos apasionados de la comida.

Tom aprendió a cocinar por su cuenta, a base de experimentar y ver el Canal Cocina. No es tan bueno como cree, y a veces Lizzy se horroriza ante sus extravagantes combinaciones. Pero lo que sí hace bien es dar el pego. Puede cortar verduras en juliana como un profesional y conoce todos los pequeños trucos del oficio, como que no hay que echar sal a las patatas al hervirlas, o cómo reavivar una lechuga lacia metiéndola en agua helada con limón.

Lizzy es buena cocinera. Probablemente es incluso mejor de lo que piensa. Tiene un instinto natural para saber lo que funciona y lo que no, de ahí su horror cuando Tom pone demasiadas anchoas y tomates deshidratados en lo que debería ser un sencillo rollo de carne.

Tiene una formación menos que mínima que no la cualifica para trabajar ni como la última de los últimos pinches de Nueva York, pero sí para saber lo que hace. Consiguió aguantar tres meses en el Instituto Culinario de América antes de aburrirse, loca por salir al mundo real y dejar su huella.

Y ahora está en la cafetería con Tom, ambos soñando con montar algún día su propio restaurante, trabajando juntos, los nuevos jóvenes chefs de moda de los que todos hablarán. No siempre tienen los mismos turnos, pero las noches son siempre largas y terminan yendo de bar en bar: demasiado beber, muy poco dormir.

Suena el teléfono de Lizzy. Es Tom.

—Eh, ¿qué hay? ¿Has comprado la nevera? —Pone los pies sobre la barandilla, enciende un Marlboro y da una honda calada.

—Pues sí. Y he conocido a un tío superguay. Sean. Hace unos años se fue de Nueva York a San Francisco, y ahora acaba de volver. Y tiene una idea genial para una especie de restaurante *pop-up*. Hemos quedado para tomar algo antes

de mi turno. ¿Te apuntas?

Lizzy se calla un momento. Se supone que debería ir a trabajar, pero hablar de un restaurante *pop-up* parece mucho más emocionante. Ya le advirtieron que como volviera a llamar diciendo que estaba enferma la despedirían, pero... qué coño. Da otra calada y suelta el humo en una larga y regular columna. Es joven y guapa. Y, sinceramente, podría obtener un puesto de camarera donde quisiera. Si quisiera. Pero ayudar a montar un restaurante *pop-up* parece una opción mucho mejor.

Lizzy nunca lleva el pelo suelto últimamente. Hace demasiado calor, demasiada humedad, y es más fácil recogerlo en un moño. Para el trabajo ya tiene que hacerse un moño, y dada la temperatura de la ciudad, lleva el moño siempre desde hace meses.

Pero no esta noche. ¿Por qué no hacer un esfuerzo por Tom y Sean, Don Restaurante *Pop-up*? Decide lavárselo y dejar que se seque con su ondulación natural. Se echa un producto para darle más cuerpo. Al mirarse en el espejo se da cuenta de que se le había olvidado lo sexi que le queda así. Se aplica un poco de colorete en las mejillas y brillo en los labios. Se pone el más corto de los vaqueros cortos, el más ligero de los tops de lino blanco y las zapatillas deportivas más voluminosas. Al fin y al cabo, esto es Nueva York. Desde luego no va a llevar tacones.

Está fantástica. Fenomenal. Lo sabe por las miradas de admiración de los hombres con los que se cruza por la bulliciosa calle. Bien. Es agradable haber hecho un esfuerzo, notar miradas de aprecio, sentirse de nuevo una mujer. El desgaste y el trajín del trabajo en un bar no es lo mejor para estar guapa. Tom se va a llevar una sorpresa, piensa Lizzy, encendiendo otro cigarrillo mientras baja por la calle.

Tom está enzarzado en intensa conversación con el hombre que debe de ser Sean. Los dos fuman en una mesa de la terraza del bar en el que han quedado. Sus ojos se iluminan cuando la ve. La saluda con la mano, le aparta una silla y la recibe con un beso.

—Esta es Lizzy —la presenta a Sean, que se levanta para darle la mano.

¡Vaya!, piensa ella, muda por un segundo. Son los ojos más azules que he visto en mi vida. Y no solo son azules, sino también chispeantes, vivos, divertidos. Y del todo irresistibles.

—Encantada. —Lizzy recobra la compostura, se sienta y entrelaza su brazo con el de Tom buscando seguridad, buscando estabilizarse.

—Encantado —replica Sean—. Tom me ha dicho muchísimas cosas estupendas de ti.

—¿Te ha dicho que tengo mucho talento y soy guapísima? —Lizzy no quiere parecer arrogante, solo hacer un chiste, pero Sean no sonrío.

—Sí. Pero es evidente que no te ha hecho justicia.

Tom frunce el ceño antes de soltar una carcajada.

—¡Oye! Que es mi novia.

Sean esboza una sonrisa fácil.

—No te preocupes. ¡Estoy casado! Te estaba tomando el pelo. Me alegro de conocerte. ¿Qué te apetece beber?

Lo cierto es que no tardan en ir directamente al grano, y pronto están discutiendo animadamente el concepto del restaurante nocturno *pop-up*. Tom está en un paroxismo de felicidad; la perspectiva de cocinar para la gente, de saltarse los escalones que le llevarían hasta el puesto de chef (si tuviera suficiente talento para llegar a ser chef, que todavía no sabe que no lo tiene) lo tiene dando brincos de entusiasmo.

—Me gustaría hacerlo al aire libre —dice Sean—. Creo que hay magia en una noche de verano, con tiras de lucecitas y farolillos colgadas de los árboles.

—Pero al aire libre ¿dónde? ¿En Central Park?

—No. En las azoteas. Van a ser eventos privados y lo haremos en plan casero. Buscamos una azotea y nos plantamos allí con todo lo necesario. Tiene que haber alguien en el edificio para tener acceso a una cocina, pero podemos llevar mesas, sillas, luces y velas y montarlo como si fuera teatro... vamos a «crear» la noche.

—¡Me encanta! —Lizzy está ilusionada—. Sí que es teatro. Teatro de una noche. No solo estamos ofreciendo comida, estamos ofreciendo a la gente una experiencia.

—¡Sí! —A Sean le brillan los ojos—. Lo has pillado. —Se vuelve hacia Tom—. ¡Lo ha pillado!

—Yo también lo pilló —replica Tom, aunque sus ojos no brillan—. Bueno, ¿y cómo empezamos?

—Pues buscamos la azotea, luego la alquilamos y después buscamos a los clientes. Se lo decimos a nuestros amigos y que ellos informen a sus amigos. Ponemos en marcha el boca a boca. Si la comida es buena, correrá la voz y cada vez serán más.

—¡Podríamos usar el terrado de mis padres! —exclama de pronto Tom, excitado con su propia idea—. Es perfecto. Hay árboles y ya tiene mesas y sillas. No tendríamos que hacer nada.

—¿Ya lo tiene todo? —pregunta Sean escéptico—. ¿Dónde está?

—En la Sesenta y ocho con Park.

Sean disimula una sonrisa.

—Ese no es el rollo que estamos buscando. Debería ser en el centro, o en el Village... no en el Upper East Side. Recuerda, tiene que ser una movida en plan casero y campechano. Se trata de crear una magia increíble de la nada, no de aprovechar lo que ya está allí.

Tom se calla, avergonzado.

—¿Tiene que ser en la ciudad? —pregunta Lizzy.

Sean se vuelve hacia ella con interés.

—¿Por qué? ¿Qué se te ha ocurrido?

—Mi hermana trabaja en una granja de Easton, en Connecticut. Queda a una hora y media de distancia, pero es un sitio precioso. Podríamos hacer algo en el huerto de manzanos y colgar allí tus famosas luces... —Hace una pausa y Sean sonrío—, entre los manzanos. Podríamos cocinar con los ingredientes de la granja. Bueno, no todo, pero huevos frescos, tomates... un menú de verano sencillo que refleje lo que se cultiva en la granja.

Sean se arrellana en la silla mirando a Lizzy.

—¡La leche! —exclama—. Me encanta. No es para nada lo que estaba pensando. Lo mío iba más en plan experiencia urbana. Pero si tu hermana tiene una granja y los tres podemos planear un menú, ver qué tal se nos da cocinar juntos, sería el laboratorio de pruebas perfecto. Y por lo que dices, parece un

sitio precioso.

—Sí que lo es. —Lizzy está casi temblando de emoción—. ¿La llamo ahora mismo?

—¿Quieres?

Lizzy coge el móvil y busca el contacto de Nell. Da por sentado que a esas horas sin duda estará en casa, cenando con River. No lo sabe con certeza porque apenas la ve. Se llevan siete años, pero siempre pareció que fueran más. De pequeñas no estaban muy unidas, y desde entonces piensa en Nell más como si fuera una tía que una hermana, o por lo menos no una hermana que comprenda en absoluto o tenga el más mínimo interés en su vida.

Sí que hablan de vez en cuando, o se ven en ocasionales festejos familiares, como el cumpleaños de su madre (celebrado en el Four Seasons de Nueva York en lo que fue una reunión agradable, si bien demasiado formal y algo incómoda), Acción de Gracias (aunque Lizzy se libró el año anterior porque fue a cenar con la familia de Tom) y Navidad.

Aun así. Nell es su hermana mayor y vive en una granja y seguro que entenderá al instante lo maravillosa que es su idea, que beneficiará a todo el mundo.

—¿Nell? ¡Soy Lizzy! —Lizzy aparta la silla y se aleja de la mesa. Nunca le ha gustado mantener conversaciones telefónicas delante de otras personas. Se inclina para dar un beso a Tom en los labios, saluda con la mano a Sean y susurra que vuelve enseguida.

—¡Lizzy! Qué sorpresa. ¿Va todo bien? —Típico de Nell, saltarse las formalidades para ir directa al grano.

—De maravilla. ¿Cómo está River?

—Vagueando por ahí en plan adolescente melenudo, gruñón y algo maloliente. —Las dos se ríen—. ¿Qué tal la vida en Nueva York?

—Maloliente, gruñona, no muy melenuda. —Lizzy se apoya contra la pared y saca un cigarrillo—. ¿Y por casa? ¿Qué tal mamá? Hace tiempo que no hablo con ella.

—Pues bien. Como siempre. Haciendo un drama de los mareos que le dan últimamente. La vi la semana pasada y estaba en cama.

—Dios. Mira que sigue siendo melodramática.

—Ya. Dice que ahora se marea constantemente.

—Supongo que ella misma se habrá diagnosticado algo espantoso, en lugar de ir al médico.

Nell suelta una risita.

—No tan espantoso. Ha decidido que tiene vértigo, según la consulta con el doctor Internet. ¿Estás fumando? —pregunta con desaprobación. Lizzy inhala bruscamente y vuelve la cabeza para exhalar el humo.

—Qué va. Solo heroína —responde, lo cual solo provoca un silencio—. ¡Que es broma! —añade con un tono sorprendentemente infantil. Se reprende mentalmente, decidida a no convertirse en una niña solo porque está hablando con su hermana mayor—. Oye, quería preguntarte una cosa. Acabo de conocer a Sean, un tío increíble que era chef en San Francisco. Allí hacían eventos privados de restaurante *pop-up*, y ahora quiere hacer lo mismo aquí.

Nell no dice nada. Lizzy le explica lo que significa el concepto, cuál es su visión, que de pronto ha caído en que la granja sería el sitio ideal para poner a prueba la idea. Cuando termina espera que Nell exclame de alegría, tan ilusionada como ella, pero solo hay silencio.

—¿Y bien? —tiene que preguntar Lizzy—. ¿Qué te parece?

—Pues no sé. Creo que en teoría es una idea interesante, pero no es algo que podamos hacer en la granja justo en este momento. Lo siento, Lizzy. Ya veo que a ti te entusiasma el tema, pero es que aquí está todo patas arriba. Hay muchos cambios y, la verdad, no es el momento.

—¡Pero si no tendríais que hacer nada! —salta Lizzy—. Nosotros nos encargáramos de todo. Ni siquiera tenemos por qué usar los productos de la granja. Si es más fácil, podemos apañarnos solo con un huerto de árboles. Nell, podríamos incluso alquilároslo si queréis. Podemos montar una cocina de catering en cualquier parte, mientras tengamos electricidad. Ya sé que suena un poco complicado, pero te prometo que ni siquiera os daréis cuenta de que estamos allí.

Se oye un suspiro al otro extremo de la línea.

—Lizzy, lo siento pero no. Ya te he dicho que no es el momento. No voy a cambiar de opinión.

Lizzy se calla un momento, sabiendo que debería dominarse, que no debería

decir las palabras que llenan su mente, su boca, su lengua. Pero no puede.

—Pero mira que eres cabrona, ¿eh? ¿A ti qué coño te puede importar que usemos uno de los huertos una noche, eh? ¡Qué cojones! Siempre me has tenido rencor, ¿verdad? —Y se calla de pronto—. ¿Oye? ¿Oye? ¿Estás ahí? ¡Vamos, no me jodas! —Esto último lo dice a gritos, mientras gira enfurecida la esquina para volver a la mesa—. Me ha colgado, ¿te lo puedes creer? Mi propia puta hermana.

La habitación estaba oscura y caliente. Nell lleva años diciendo que debería poner aire acondicionado en la casa de la granja, pero Teodora siempre insistía en que no le importaba el calor. Pero aquello no era solo calor; era un ambiente sofocante, asfixiante, y olía a viejo y a enfermedad. Olía a vida que toca a su fin.

Theodora, tumbada sobre las almohadas, no estaba despierta, como Carly le había dicho abajo, sino profundamente dormida. El movimiento de su pecho indicaba una respiración dificultosa. Nell la miró con tristeza, aún sorprendida de lo frágil que se la veía, diminuta y pálida. Sentada en la vieja silla de madera junto a la cama, con los ojos llenos de lágrimas, deslizó su mano fuerte hacia la mano frágil de la anciana.

Esas cosas pasaban a veces, explicó el médico. A esa edad, una caída y una cadera rota a veces marcaban el principio del fin. No se podía hacer nada, fuera de intentar que estuviera lo más cómoda posible. Mientras comiera y bebiera, seguiría adelante.

¿Cuánto tiempo quedará, pensó Nell, si ya no come ni bebe? ¿Días? ¿Una semana? Le acarició la mano pensando en lo mucho que la quería. Era la madre que debería haber tenido, pero daba igual, porque de todas formas Teodora siempre había sido como una madre para ella. Nell no era una mujer que necesitara consejos maternos, ni mimos ni arrumacos, pero Teodora la quería exactamente tal como Nell necesitaba que la quisieran. Y siempre la había considerado una igual. Incluso cuando tenía diecisiete años, la respetaba, le pedía consejo y la escuchaba. Siempre estaba disponible cuando Nell la buscaba. Teodora no era muy habladora, igual que Nell. Sus paseos

transcurrían a menudo en un amistoso silencio, ya estuvieran recorriendo juntas los campos o conduciendo el buggy por los huertos de árboles.

Theodora siempre era la misma, su estado de ánimo era constante, una persona siempre alegre, siempre directa. Si no le gustaba cómo hacías una tarea, te lo decía de un modo objetivo que jamás ofendía. Con Theodora siempre sabías a qué atenerte. El polo opuesto de su madre, había pensado siempre Nell. En muchos aspectos, Theodora era casi masculina. Llevaba la granja ella sola y tenía que tomar decisiones difíciles sin preocuparse por lo que pudieran pensar los demás. Y, por supuesto, justo por eso la adoraban todos los que trabajaban allí.

Y nadie la quería más que Nell. Uno de los trabajadores comentó una vez en broma que Nell había sido improntada con Theodora como si fuera un patito huérfano. Nell se puso como un tomate, aunque luego caviló que era verdad. En ausencia de una madre consistente, presente, emocionalmente estable y que la amara sin condiciones, ella había elegido a Theodora como madre sin darse cuenta siquiera.

River también consideraba a Theodora como una abuela. La anciana lo había criado mano a mano con Nell, con su enfoque práctico y sensato y la insistencia en que aprendiera lo que era la responsabilidad en cuanto fuera capaz de mantenerse en pie. Theodora fue la que le encargó labores en la granja en cuanto aprendió a andar y hablar; la que le enseñó a leer con tarjetas, como había enseñado a sus propios hijos. Sus hijos ya eran adultos y se habían marchado, sin mostrar ninguno de ellos interés en la granja.

Nell pestañeó para enjugarse las lágrimas que se le agolpaban en los ojos. Así es la vida, intentaba convencerse. Theodora ha vivido bien, y es ya muy mayor y esto es lo que hay. No puedo quedarme aquí sentada llorando.

Alzó la vista y advirtió que Theodora estaba despierta, que la miraba. Nell le apretó la mano y luego la apartó, poco acostumbrada a la intimidad. Le daba vergüenza no poder seguir sosteniendo la mano de aquella mujer a la que tanto quería, una mujer que no seguiría entre ellos mucho más tiempo.

Theodora sonrió.

—Nunca te lo he dicho, Nell, pero sabes que te quiero. Has sido mi hija todos estos años. —A Nell volvieron a saltársele las lágrimas y esta vez le

corrían por las mejillas—. Has sido la mejor hija que podía haber deseado, y mejor granjera que yo.

—Eso no es verdad.

—Sí que es verdad. Tienes la constitución de un granjero. Eres alta y fuerte. Y lo que es más, tus instintos son perfectos. —Sonríe con afecto—. Quiero que sepas que estoy lista para marcharme. No hoy —alzó la mano despacio para tranquilizarla con unos golpecitos en el brazo—, pero pronto. Y, Nell, quiero que sepas que te voy a dejar la granja.

Nell se quedó de piedra. Miró perpleja a Theodora pensando que la habría entendido mal.

—A ninguno de los chicos les ha interesado nunca. Están demasiado ocupados amasando dinero, y Jeffrey, la última vez que vino, solo hablaba del valor de la tierra y de cuántos solares podrían sacarse de aquí. Quiero que esta granja siga siendo una granja, y quiero que sea tuya.

—Pero... tus hijos... Theodora. No puedo. Eres muy buena conmigo, pero... —Pensó en el disgusto que se llevarían sus hijos, en que amenazarían con llevarla a juicio.

—Se lo dije hace ya tiempo. Tengo un seguro de vida que los dejará a todos más que colocados. Está en mi testamento y están los papeles firmados. Y los chicos están de acuerdo con todo. Quería hablarlo contigo antes, pero es que entonces me caí y... —No dijo nada más. Se limitó a encogerse de hombros y cerrar los ojos.

—No sé qué decir. —Nell meneó la cabeza, pero se dio cuenta de que Theodora había vuelto a quedarse dormida.

Bajó por las escaleras como en un estupor. Carly estaba en la cocina hablando por teléfono. Nell se despidió con un gesto que tal vez Carly viera o tal vez no, y bajó los escalones del porche. Se quedó mirando aquel paisaje reconfortante y familiar, respirando hondo, tratando de acallar el dolor de su corazón. Miró en torno a esa granja que había amado durante los últimos dieciséis años, la granja que se había convertido en su hogar. Las praderas, con sus acianos meciéndose en la brisa, serían suyas. Los huertos de árboles, al otro lado del camino, serían suyos. Los enormes graneros donde se almacenaban el grano y los aperos, suyos. ¿El ganado? Suyo. ¿Las ovejas?

Suyas. Las gallinas, tuyas. La casa grande. Todo tuyo.

En ese momento sonó el teléfono. Se quedó paralizada, sin saber quién era. Cuando se sacó el teléfono del bolsillo vio que era Lizzy. Hacía meses que no hablaba con su hermana. Las palabras de Lizzy fueron un confuso torrente del que Nell apenas entendió nada. Que quería la granja para no se sabía qué, cenas *pop-up*, cocina... No podía con ello en ese momento. Lo que fuera que Lizzy quisiera, no podía en ese momento, no con Theodora agonizando, no cuando justo empezaba a darse cuenta de la responsabilidad que estaba a punto de caerle como un peso sobre los hombros.

Intentó negarse con suavidad, amablemente, pero a Lizzy le dio un berrinche y estalló en gritos y palabrotas. Ahora no, pensó Nell, cortando la llamada y dejando a su hermana con el chillido en la boca.

Vuelve a sonar el teléfono y Nell sacude la cabeza, cansada e incrédula. Su hermana es la última persona con la que desea hablar en este momento, y menos en mitad de una pataleta. Al mirar la pantalla ve que no es su hermana sino su madre. Su madre, de la que nunca sabe nada a menos que quiera algo. Descuelga.

—¡Cariño! —La voz de Ronni es chirriante, con un marcado acento inglés que jamás se ha suavizado a pesar de haber pasado toda su vida adulta en Estados Unidos, todavía tan inglés como si acabara de bajarse del *Queen Mary*—. ¡Qué alegría dar contigo! Estoy en Nueva York, pero tienen un vestido mío en Mitchells. ¿Podrías ir un momento a Westport a recogerlo?

Nell suspira de alivio.

—¿No me llamas por Lizzy?

—¿Por Lizzy? ¿Por qué te iba a llamar por Lizzy?

—Pensaba que igual acababa de llamarte. Es que me ha pedido una cosa de la granja y cuando le he dicho que no ha terminado pegándome gritos.

—¿La granja? ¿Y qué demonios puede querer Lizzy de la granja?

—La verdad es que no la estaba escuchando. Es que acabo de recibir... una noticia.

Nell espera que su madre le pregunte si está bien, tal vez que quiera saber

cuál es la noticia, o que exprese alguna preocupación.

—Bueno, ¿puedes?

—¿Puedo qué?

—Recoger el vestido en Mitchells.

Nell sabe que no debería haber esperado otra cosa.

—No lo sé, mamá. Estoy en plena jornada de trabajo en la granja. No sé si me puedo escapar. ¿No puede ir otra persona?

—La asistenta se ha ido a su casa y no me devuelve las llamadas, y yo estoy un poco mareada, así que me voy a tumbar un rato. Por favor, Nellie. Intenta hacer algo por mí. Tampoco es mucho pedir. Ya sabes que últimamente tengo unos mareos terribles, que si no cogería el coche e iría yo misma.

Nell se niega a morder el anzuelo. Su madre tiene todo un historial de mareos o dolores de cabeza o dolores de espalda, toda una serie de misteriosas aflicciones que surgen cuando Ronni piensa que no le prestan suficiente atención.

—No es nada de que preocuparse, pero creo que estoy empeorando. La verdad es que últimamente no soy yo misma. Primero los mareos y ahora náuseas, y siento algo de debilidad en las piernas. Es muy raro.

Nell frunce el ceño, algo alarmada.

—¿Debilidad? Creo que es hora de que vayas al médico.

—Si no se me pasa en un par de semanas, iré. Estoy bastante segura de que lo que pasa es que estoy deshidratada y ha hecho mucho calor. Seguro que me pondré bien. Pero, cariño, ¿puedes ir a recoger el vestido?

—Lo intentaré. Acabo de ver a Theodora... —No sabe por qué le salen esas palabras de los labios. Más tarde pensará que debía de estar todavía en shock. ¿Qué otra cosa puede explicar que haya querido compartir noticias, buenas, malas o regulares con su madre?

—¿Cómo está la vieja bruja? —Theodora y Ronni nunca se han caído bien. Ninguna ha llegado a decirlo en voz alta, pero en las pocas ocasiones en las que Ronni ha estado en la granja, Theodora se ha mostrado formal y reservada. Nell sabe que Theodora no aprueba la cursilería, el melodrama, la manipulación, todas ellas cualidades que su madre personifica.

—Muriéndose —replica.

—Lo siento. —Ronni tiene el detalle de mostrarse avergonzada—. Si lo hubiera sabido no la hubiera llamado eso.

—Ha tenido una vida maravillosa, pero se ve que está tocando a su fin. Y... —hace una pausa—. Me ha dejado la granja.

Un largo silencio.

—¿Qué?

—Que me ha dejado la granja. En su testamento. La granja es mía.

—¿Y a ti qué te parece?

Nell se lo piensa.

—Pues no lo sé —contesta por fin—. No tengo ni idea de lo que siento. Me acabo de enterar hace un momento. Creo que estoy en shock.

—Bueno, es todo un detalle por su parte. Pero ¿no tenía un montón de hijos? Por lo menos River no tendrá que preocuparse por sus estudios. ¿Cuánto crees que vale esa granja? Hay un montón de constructores buscando terrenos. Puedo hablar con Jim, que es un cielo. Es agente inmobiliario y puede hacerte una valoración.

Nell frunce el ceño.

—No la voy a vender. Theodora me deja la granja justamente porque quiere que siga siendo una granja. Solo tengo que dar con la manera de ganar dinero con ella. La granjera soy yo. No tiene sentido ser granjera sin granja. —Nell domina la risa desdeñosa que amenaza con apostillar su frase—. A pesar de que esta todavía produzca pérdidas.

—Pero eso es una tontería —protesta su madre—. Tienes treinta... ¿treinta y cinco años? Treinta y... ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y tres. —Nell vuelve a dominar el impulso de echarse a reír incrédula.

—Treinta y tres y madre soltera de un adolescente. Lo que menos te hace falta es hacerte cargo tú sola de una granja enorme con problemas financieros. Si quieres hacer de granjera, cómprate una granjita mona por Litchfield County, no una granja gigante, tan fea, con ganado y ovejas y equipamiento y cientos de trabajadores. Es demasiado para alguien como tú.

A Nell se le tensa el mentón.

—¿Qué significa eso de «alguien como yo»?

—Nell, eres madre soltera. ¿Qué esperanzas puedes tener de encontrar marido, de tener una relación, de encontrar la felicidad si lo único que haces es trabajar en una granja? Ya tiene delito que hayas dedicado tu vida a esa granja, que le hayas dado los mejores años de tu vida, ¿y ahora quieres desperdiciar todavía más años? Si quieres dedicarte a eso, pues vale, pero esa granja es demasiado incluso para ti.

Nell se aparta el teléfono de la oreja y se lo queda mirando sacudiendo la cabeza. No tiene ni idea de qué decir. No hay nada que decir. Se acerca a un cubo de pienso junto al camino, arroja dentro el teléfono y se aleja sintiéndose mejor, olvidándose de su madre, olvidándose del vestido en Mitchells, olvidándose de todo lo que no sea Theodora y la granja.

Fue Tom quien encontró el lugar para su restaurante *pop-up*. No la azotea de sus padres, sino la de un amigo que tenía un apartamento en Gramercy Park, con un terrado que nadie utilizaba. Podrían hacerlo allí.

Se encontraron los tres en el apartamento y saltaron de emoción en la azotea: era perfecta. El hecho de que no hubiera absolutamente nada, ni plantas, nada de nada, no preocupaba ni lo más mínimo a Sean.

—Lo traemos todo —dijo—. Vamos a convertir esto en una azotea de cuento de hadas.

De inmediato se pusieron a organizar la noche de inauguración. Esta mañana, el día del primer evento, llegaron con mesas y sillas prestadas. Lo metieron todo en el ascensor de servicio y lo subieron a mano por el último tramo de escaleras.

Llevaron postes en los que atar las luces y sacos de arena para sujetar los postes, pero ahora que lo mira, Lizzy ve que aquello en realidad no funciona. Todos los postes se inclinan en distintas direcciones, las luces están muy precariamente atadas a ellos, y todo oscila con el viento.

—Les advertiremos que no se acerquen a los postes —dice Tom. Lizzy sabe que jamás ha estado tan ilusionado como ahora, ante la perspectiva de debutar con sus habilidades culinarias con un público de pago, y que además era el artífice de la idea de los postes y los sacos de arena—. Todo irá bien. Tranquilos. Va a ser genial.

Lizzy no ve cómo va a ser genial aquello, pero Sean parece confiado. Se limita a encogerse de hombros, y todos bajan al apartamento para cocinar. Será una cena pequeña: dieciséis personas. Sean va a preparar un entrante de

burrata, melocotones y aceite infusionado con albahaca. Lizzy se encarga del postre: una tarta de manzana y caramelo con crema fresca de vainilla y tomillo. Tom ha insistido en preparar el plato principal, cordero al curri braseado, con un relleno de perejil, albaricoque y piñones; quinoa con setas y trufas y crema de anchoas.

Unos amigos se han ofrecido para hacer de camareros y todos han ayudado a montar la larga mesa donde se sentarán los comensales. No es el país de cuento que habían imaginado. A Lizzy la mesa le parece bonita, con su mantel de cuadros y los tarros de flores silvestres, pero está en medio de una gran azotea cuadrada de cemento gris, rodeada de aparatos de aire acondicionado. Igual queda mejor por la noche, piensa. O eso espera. A lo mejor las luces no se caen y las velas arrojan un cálido resplandor y nuestros invitados se ven como transportados a otro lugar.

La cocina del apartamento es diminuta. Tom está en la estrecha galería, intentando alinear su cordero y picar bien los piñones y el perejil para el relleno. Lizzy está en el salón, amasando sobre una tabla de mármol sobre una destartada mesa de madera. Sean ha salido a comprar burrata fresca en el mercado. Todo es dificultoso y emocionante y estresante, y están hacinados, y Lizzy tiene que pasar constantemente por detrás de Tom para alcanzar los ingredientes de la nevera y debe ideárselas para cocinar todas las tartas en el horno diminuto que también tendrá que encargarse del cordero de Tom.

Tom se muestra seguro. Lizzy se queda en el salón, pero cada vez que le pregunta si le puede ayudar como sea, él la rechaza con un gesto que dice «Está todo controlado». De vez en cuando Lizzy piensa en que podrían estar ahora en la granja de Easton y rechina los dientes furiosa acordándose de la rápida negativa de Nell. No ha hablado con su hermana desde aquella pelea. Y para empeorar las cosas, su madre le contó en un mensaje que Nell iba a heredar la granja. Un pedazo de cabrona, se dijo. Que le dieran por culo, a ella y a su maldita granja. Pero es que vamos a ver, le decía a Tom una y otra vez, ¿eso quién lo hace? ¿Qué clase de persona obstaculiza a propósito la carrera de su hermana pequeña?

Tom opina que Nell le tiene envidia.

—Es que mira cómo es ella y mira cómo eres tú —comentaba, insistiendo

en que Lizzy abriera en el móvil una fotografía familiar—. Ella parece un tío rubio de pelo largo, y tú eres preciosa y divertida y vibrante. Ella parece seria y aburrida.

Lizzy siente el impulso de defender a Nell. Al fin y al cabo, es su hermana. Y no es como un tío de pelo largo; es... guapísima. Muy guapa, de verdad, si bien un poco masculina. Y en realidad no es seria y aburrida, en todo caso un poco callada y un poco introvertida. Y ni por un segundo piensa que pueda tenerle envidia. Nell no le tiene envidia a nadie. A Nell en realidad le da igual todo el mundo, quitando a River, y desde luego no se le ocurriría compararse con nadie y menos sentirse inferior. No es su estilo para nada. Lo único que le importa es River y la granja. Y en otros tiempos Lewis Calder, y mira cómo salió aquello.

Que le den por culo. De verdad, que le den mucho por culo. Mientras coloca unas tajadas de manzana con cuidado, si bien con demasiada energía, Lizzy conviene vociferante con todo lo que Tom comenta, y añade sus propios comentarios.

—Tampoco ha sido un puto desastre total —se consuela Sean, que enciende dos cigarrillos y le tiende uno a Lizzy. Ella da una honda calada, apura de un trago su vodka y sirve otra ronda para todos.

Tom está sentado en la repisa, con los codos en las rodillas, la cabeza gacha y la vista en el suelo. Se mece levemente.

—Solo un puto desastre parcial —replica Lizzy—. ¿Hemos tenido que devolver el dinero a alguien más, aparte de los dos que montaron el pollo?

—Solo a uno más. Todos los demás han sido muy comprensivos. Aunque no me he molestado en preguntarles si quieren unirse a nuestra lista de correo. Tampoco quería pasarme. —Sean mira a Lizzy a los ojos y sonrío—. Ay, venga ya —le dice a Tom—. Hay que reírse, Tom. Estas cosas pasan. La hemos cagado, supéralo.

Tom se balancea y alza la cabeza para beberse el vodka de un trago.

—Mi comida era una mierda. —Se le traba la lengua—. Sabía a mierda.

—No, no sabía a mierda —le consuela Sean—. Era... interesante. Las

anchoas resultaban un poco...

Tom lanza un gruñido.

—Sé que las anchoas realzan el sabor del cordero. Lo que no sabía es que iban a quedar tan fuertes.

—Y no es culpa tuya que se levantara el viento.

—Fue culpa nuestra, por querer poner las luces —opina Sean—. Si no hubiera habido viento, desde luego no se habrían hecho añicos contra el suelo.

Lizzy intenta disimular una sonrisa, pero fracasa.

—Mira, que os den —exclama Tom—. Qué dos listillos. Solo porque vuestra comida estaba rica. Ya lo sé, ya lo sé: todo lo que ha salido mal esta noche ha sido por mi culpa. Ya lo he pillado. Tampoco tenéis que restregármelo por las narices. Joder. Me largo. —Apura otra copa de vodka y se marcha.

—¿Hemos sido crueles con él? —pregunta Lizzy, que por unos segundos piensa que probablemente debería ir detrás de Tom, pero al final decide que no. Su comida ha sido un espanto. Horrorosa. Fue un recordatorio instantáneo y evidente de que trabajar en el Food Network no te convierte en chef.

—¿Estás de broma? —resopla Sean—. Ninguno de los dos habéis trabajado en una cocina profesional. Por lo menos sé que Tom no lo ha hecho. No solo porque su comida era una mierda, sino porque lo primero que te pasa es que te vuelves más duro que el pedernal. En cualquier restaurante, ese cordero habría acabado en la basura y a él le habrían despedido. Tiene suerte de que la gente tuviera la cortesía de limitarse a menear la comida por el plato sin decir nada.

—Menos los que exigieron que se les devolviera el dinero.

—La comida asquerosa junto con los postes tambaleantes y las luces hechas añicos fue un poco demasiado para ellos. Pero de las experiencias se aprende. ¿Sabes lo que he aprendido yo esta noche?

Lizzy da un respingo.

—¿Que trabajar con aficionados es una pésima idea?

—Solo cuando no tienen talento. Pero tú, por lo menos, eres una cocinera excelente. La tarta de manzana estaba de miedo. Has salvado la noche. Creo que tú y yo deberíamos plantearnos hacer esto otra vez, pero como es debido. Buscaremos un sitio mucho mejor. ¿Qué te parece?

—¿Qué le digo a Tom?

—Ni idea. Pero a mí no me interesa Tom. A mí me interesas tú. Y creo que tú y yo podríamos hacer algo bueno de verdad. ¿Qué opinas?

Lizzy suspira. Sabe que tiene razón, pero se siente un poco traidora. Tom es dulce y cariñoso y no se merece la humillación de esta noche. Y desde luego no se merece que le humillen todavía más dejándolo de lado.

—No sé. A lo mejor. Entiendo lo que me dices, pero me lo tengo que pensar. Me voy a buscar a Tom.

—No te lo pienses mucho. —Sean alza la cabeza para mirarla—. Es fácil encontrar chefs con talento.

Mira, vete a la mierda, piensa ella, dedicándole una tensa sonrisa y un abrazo antes de marcharse a buscar a Tom. Le pedirá perdón, intentará que se sienta un poquito mejor.

Han pasado un par de semanas desde la primera noche que Meredith acudió al pub con sus compañeras y el profesor. Esta noche está otra vez con ellos y comienza a sentir que forma parte de aquel bullicioso pub. Los habituales se agolpan en torno a la barra, hablando a gritos entre ellos, saludando a gritos a los amigos que llegan. Los camareros conocen bien a Nicholas, que entra y saluda con la mano antes de reunir a sus alumnas favoritas en torno a la mesa.

Invita a la primera ronda. Meredith no bebe, pero todo el mundo lo hace, y pedir una Coca-Cola light quedaría fatal. No va a pedir una coca light. Sally pide un gin-tonic, de manera que Meredith hace lo mismo.

Al principio de la tercera ronda, Meredith está agradablemente, deliciosamente embriagada. De hecho, tal vez haya cruzado la línea entre estar alegre y estar un poquitín borracha, pero se lo está pasando de miedo. Nicholas está sentado enfrente de ella, y aunque charla con dos alumnas a ese lado de la mesa, sus ojos vuelven a Meredith una y otra vez. Con la desinhibición de tres gin-tonics, ella le sostiene la mirada por un segundo o dos más de lo normal. Nicholas la aparta al final con una sonrisita en los labios. Meredith se sonroja ante su propia osadía, sabiendo que la atención de Nicholas, o tal vez el alcohol, le dan una confianza que de otro modo jamás sentiría. Meredith es más ruidosa, más divertida, más brillante bajo la mirada de Nicholas. Ven a mi lado de la mesa, piensa. Ven y siéntate conmigo. Si te gusto, vendrás a sentarte a mi lado.

No es hasta el final de la noche, después de que suene la campana que anuncia las últimas comandas, cuando Nicholas responde a su silenciosa llamada. Se sienta en el banco junto a ella, tan cerca que Meredith nota su

pierna apretada contra la suya, siente el calor de su cuerpo a través de los vaqueros. Piensa en apartar la pierna, pero un temblor recorre su cuerpo, un temblor tan delicioso que solo desea detener el tiempo en ese instante y disfrutarlo para siempre.

Él tiende la mano para coger su pinta. Meredith se fija en el brazo. ¿Qué edad tendrá?, se pregunta. Tiene la piel bronceada, el brazo delgado de venas marcadas, el vello decolorado por el sol. Ahora su pelo es gris, pero ¿cómo sería de joven? Castaño claro, tal vez, o castaño apagado.

No es capaz de mirarlo. Flirtear de un lado a otro de la mesa era algo seguro. No tenía que hablar con él, no tenía que mirarlo de frente. Conoce esos ojos castaños muy bien, los ha contemplado de lejos durante dos años ya. Conoce las hondas arrugas en torno a sus ojos cuando sonrío, los dientes ligeramente torcidos. Para su vergüenza, conoce también muy bien su culo, lo ha observado atravesar la sala tantas veces que ha perdido la cuenta. Conoce sus botas de invierno y sus sandalias Birkenstocks de verano. Meredith ha odiado las Birkenstocks durante más años de los que puede recordar. Hasta que Nicholas apareció con ellas. De la noche a la mañana se convirtieron en el colmo de lo *cool*, y ahora cada vez que las ve por la calle, piensa en él.

Parece un cantante de rock o un actor de cine, ha pensado a menudo. Como una mezcla de Keith Richards y Sam Shepard o Bryan Adams. Con ese acento arrastrado de las clases altas que siempre le ha encantado. No tiene ni idea de su edad. Es mayor. Mayor que ella. En la cuarentena sin duda, tal vez tenga incluso cincuenta. No, cincuenta no. Pero da igual. Tiene una vivacidad, una energía, una curiosidad que permite ver, más allá de las arrugas y marcas de su rostro, su joven corazón.

—Me han dicho que eres americana. —Meredith oye su voz y se vuelve sobresaltada. Está claro que habla con ella, porque no hay nadie más en su lado de la mesa, pero no la está mirando.

—Pues sí —contesta.

—No hablas como una americana.

—Ah, bueno, es que soy una mezcla. Mi madre es inglesa y yo he venido aquí a la universidad.

—¿Y qué ha pasado con tu acento?

—Fue desapareciendo desde que llegué. Viví con mis abuelos y... supongo que soy una de esas personas a las que se les pega el acento de dondequiera que estén. Sé que cuando vuelva a casa empezaré a sonar más americana otra vez.

—Me alegro de que no tengas el acento arrastrado de la costa atlántica — dice Nicholas, que apura su vaso y se vuelve hacia ella—. ¿Estás lista?

—¿Para qué?

—Nos vamos.

—Ah. —Meredith ve que las otras tres siguen allí, sentadas al otro lado de la mesa, charlando sobre no sé qué de Klimt *versus* Schiele y quién las inspiraba más—. ¿Pero nosotros...? —No termina la pregunta, no se puede creer que dos años de fantasías puedan hacerse realidad esta noche, de esta manera, así, tan fácil. La vida real no es así. Su vida no es así.

Nicholas se levanta, se despide de las otras y la coge del codo para guiarla fuera del pub. De nuevo, cuando la toca, Meredith siente un fuerte hormigueo en todo el cuerpo. Le sigue como ebria.

—¿Adónde vamos? —pregunta.

—A un bar de Chalk Farm. Allí podemos seguir bebiendo y charlando. Tienes muchísimo talento, Meredith. No sé por qué has mantenido tu luz tan escondida. Tu trabajo de hoy ha sido indescriptiblemente hermoso. Y ahora estoy —se detiene y se vuelve hacia ella enarcando una ceja— oficialmente intrigado. Quiero saber quién eres. Quiero conocer —se inclina hacia ella, hasta que sus cabezas están casi pegadas, y baja la voz— tu historia. —Esboza una sonrisa lobuna y llama a un taxi. Mientras abre la puerta, se vuelve para añadir—: Y esta noche es tan buena como cualquier otra.

Meredith se sonroja de placer, pero con un atisbo de temor. ¿Su historia? ¡Por Dios! Su historia no puede ser más aburrida. Una vez a la semana acude a clases de arte, que es probablemente lo más interesante que tiene que contar. Aparte de eso, trabaja en una empresa de contabilidad, cosa que a Nicholas no puede interesarle nada. ¿Su historia? ¿Pero de qué habla?

—Bueno, Meredith, empieza por el principio —le pide él, ya en el taxi. Sus dientes relumbran al pasar por las luces de neón de los establecimientos. Meredith se relaja. Puede que no tenga historias que contar, ¡pero mira quién

es! ¡Mira su familia! Ahí tiene historias de sobra. Meredith nunca habla de su familia. En su trabajo nadie sabe quién es su madre. Nadie sabe que se crio en Los Ángeles y luego en Connecticut. No lo saben porque si lo supieran, todo cambiaría. Meredith ya no podría seguir viviendo en la sombra. La verían de modo diferente, como si la fama de su madre, en cierto modo, se le hubiera pegado un poco a ella.

Pero a Nicholas sí podría contárselo. A lo mejor así la encontraría más interesante. Le mira a la cara. Tal vez sea el momento.

—Nací en el hospital Cedars-Sinai y pasé mis primeros años en Los Ángeles, con mi madre, que era actriz, y mi padre que era empresario. Los dos trabajaban mucho y básicamente me criaron las niñeras... —Mientras habla, Nicholas apoya el brazo sobre el respaldo del asiento tras ella y juega con los mechones sueltos de su pelo.

—¿Qué clase de niñeras? —pregunta. Ella sonríe. Pensaba que le preguntaría más bien «¿Qué clase de actriz?», lo cual llevaría a lo inevitable.

—Pues de las agradables. Algunas eran inglesas, muy estrictas, y otras, mexicanas, muy cariñosas y muy buenas. La verdad es que no teníamos mucha disciplina. —Se interrumpe para recuperar el aliento. Los dedos de Nicholas han comenzado a trazar suavemente su nuca, arriba y abajo, un roce tan leve que resultaría casi imperceptible, de no ser por el estremecimiento de su cuerpo.

—Sigue —le pide él.

—Tengo dos hermanas. Nell es la mayor y Lizzy la pequeña.

—¿Estáis muy unidas? —Sus dedos han pasado al frente y ahora recorren su clavícula. Meredith contiene el aliento.

—De pequeñas sí, aunque ahora nos hemos distanciado. Mi madre es muy dramática, muy egocéntrica, y todas lidiamos con eso a nuestra manera. Mi hermana mayor, Nell, se encerró en sí misma. Es muy callada, muy introvertida y muy seria. Se ha distanciado de todas nosotras. Lizzy es la pequeña. Ahora tiene veintiséis años y es un poco loca. Trabaja de camarera en Nueva York. Es una chef con un talento increíble, pero no se centra. Nunca ha tenido que esforzarse mucho para nada, y no estoy segura de que sepa hacerlo.

—¿Pero quiere ser chef? —Su voz es tan suave como los dedos que le

recorren el brazo como si la estuviera pintando en su mente.

—Yo creo, la verdad, que lo que quiere es ser reconocida. Quiere ser vista. Como nuestra madre. De adolescente bebía y se drogaba, pero creo que ahora lo ha dejado. Lizzy es sin ninguna duda la que más probabilidades tiene de conseguir lo que quiere.

—¿Y tú? —Ahora le acaricia la curva inferior de un pecho. Ella ahoga una exclamación, con todo el cuerpo en llamas—. ¿Qué es lo que quieres tú? —Su voz es un susurro. Ella se vuelve hacia él en la parte trasera del taxi, en penumbra. No dice nada, solo lo mira, observa su cara acercarse, ese rostro con el que lleva soñando tanto tiempo. Y sus labios por fin se rozan, muy levemente. Nicholas toma su labio superior entre los suyos, ella inclina la cabeza y sus lenguas se encuentran. Y el cuerpo de Meredith amenaza con derretirse en el asiento.

Meredith no puede borrar la incrédula sonrisa de su rostro. Nicholas por fin ha caído en un sueño profundo, de espaldas a un lado de la cama, roncando bajito. Ella sonríe, las sábanas subidas hasta cubrirle el pecho (en caso de que él se despierte; vale que ha adelgazado, pero sigue siendo tímida). Vuelve la cabeza para ver el cuerpo de Nicholas en la oscuridad, tiende la mano y le acaricia el pelo. ¡Es real! ¡Puede tocarlo! ¡Puede besarlo! ¡Puede abrazarlo!

Ha podido hacerlo esa misma noche, cuando se besaron mientras subían por las escaleras hasta su piso, cuando él encendió la luz de una diminuta sala con botellas de vino vacías sobre la mesa de centro y periódicos y bocetos diseminados por todas partes. Fue abriéndose camino a patadas hasta una cama deshecha, la arrojó a ella y le desabrochó la blusa, le desabrochó los tejanos, se los quitó y se detuvo solo para desnudarse él también.

No fue tan romántico como en los sueños de Meredith, ni tan dulce, tan excitante, tan provocador como las suaves caricias en el taxi. Nicholas fue muy al grano, le agarró las piernas y se las levantó para penetrarla, y embistió sonriendo entre sus piernas, como si debieran felicitarle por tal hazaña, por ser capaz de embestir así de bien y durante tanto tiempo.

Meredith, todavía embelesada por poder tocar de verdad a Nicholas, por

haber despertado su interés, por estar acostándose con él, no se detiene a considerar lo que ha sacado ella del encuentro. Pero es que de verdad siente que el mero encuentro ya es suficiente. ¿Por qué iba a importarle no haber tenido un orgasmo, que a él le diera igual que lo tuviera o no, que en cuanto se corrió, le diera un besito en los labios, se pegara media vuelta y se echara a dormir?

¡Está en la cama con Nicholas! Le acaricia el hombro, la espalda. Él gruñe y la aparta de un manotazo. Saciada, plena y más que feliz, Meredith se acurruca bajo el edredón y lo baja cuando advierte que no huele a lavanda, como sus sábanas siempre tan pulcras, sino a cuerpos sin lavar y a tiempo. Aun así. ¡Nicholas! Cierra los ojos y cae en un sueño feliz y algo ebrio.

—¿Cariño? ¿Cariño? —Meredith es consciente de una voz lejana. Abre los ojos y ve el rostro de Nicholas muy cerca del suyo. ¡Nicholas! ¡Anoche! Todo le vuelve de golpe y se incorpora sobresaltada.

—Tienes que irte —dice él—. Me voy a trabajar y tengo que cerrar con llave.

—Ah. Ya. Claro. —Meredith estruja el edredón contra su pecho mientras se inclina sobre la cama en busca de su ropa interior. De ninguna de las maneras va a salir de esa cama desnuda mientras él siga en la habitación.

—Te voy a poner un café en la cocina. —Nicholas se aleja y a ella la invade una oleada de desilusión. ¿Y el beso matutino? ¿Y el afecto del taxi de la noche anterior? ¡Han hecho el amor!

Bueno, a la fría luz del día, tal vez sea justo decir que no fue exactamente hacer el amor, pero sí fue sexo, que es lo más íntimo que se puede hacer con alguien. Desde luego es lo más íntimo que a Meredith se le puede ocurrir, y no es algo que haga con regularidad. Nicholas es la cuarta persona con la que se ha acostado. A sus casi treinta años. No es algo de lo que se sienta particularmente orgullosa, pero tampoco se siente cómoda acostándose con alguien a menos que signifique algo. Y que sea algo serio. Preferiblemente con alguien con quien tenga una relación comprometida.

Es obvio que con Nicholas no tiene una relación comprometida, pero es el

principio. Nicholas es hombre de mundo, mucho mayor que ella, y es evidente que así es como se hacen las cosas con alguien como él: se zanja el sexo en la primera cita y luego ya se irán conociendo. En realidad no fue una cita, piensa, mientras se pone la ropa del día anterior. Fue más bien un polvo de borrachera tras una noche de copas. Pero no pasa nada. Ya habrá tiempo de sobra para citas. Al fin y al cabo, anoche él quería llevarla a un bar, antes de que los besos en el taxi los pusieran tan a mil que cuando Nicholas sugirió ir directamente a su casa habría resultado infantil y grosero negarse.

Meredith termina de vestirse y se dirige a la cocina, un poquito asqueada por el piso. Con la luz de la mañana, y sobria, comprueba lo desastroso y mugriento que está. Lo que se ve de la superficie de la mesa está cubierto de anillos de vasos y manchas. Igual que la alfombra.

Aun así. ¡Nicholas! Al entrar en la cocina ve una taza de café y a Nicholas apurando el suyo.

—¡Genial! —Salta a la vista que está aliviado de verla vestida. Meredith espera a ver si le da un beso, si la rodea con el brazo, si le da alguna señal de que esto es el comienzo de algo especial, de que no ha sido (oh, no, por favor, no) un polvo de una noche.

—¿Has dormido bien? —Meredith intenta charlar un poco, esperando, todavía esperando, una mano en su cintura, una nariz enterrada en su pelo, algo de afecto, cualquier gesto cariñoso que la ayude a librarse de la creciente certeza de que lo de anoche ha sido un terrible error.

—Sí, bastante. Me pasé un poco con el alcohol anoche. —Apenas la mira cuando habla—. ¿Estás lista?

—Sí. —Meredith deja la taza y sale tras él. Aguarda a que cierre con llave y echa a andar pesada y tristemente escaleras abajo.

—Bueno. —Nicholas se detiene al salir del portal y por fin la mira, directamente frente a ella, y le coge los brazos—. Gracias por una noche estupenda, Meredith. Es evidente que los dos habíamos bebido demasiado.

Se echa a reír y Meredith intenta sonreír, pero su rostro solo se contorsiona en una extraña mueca.

—Nos vemos en clase. —Nicholas le da un ligero beso en la mejilla y un apretón en los brazos y se aleja por la calle sin mirar atrás ni una vez.

Meredith se queda allí plantada, sumida en la humillación. Jamás había echado un polvo de una noche, jamás le había ofrecido su cuerpo a un hombre con el que no se sintiera completamente a salvo, hombres que sabía que la querían, o por lo menos que sentían algún afecto. Una lágrima amenaza con escapar. Parpadea furiosa para enjuagarla y saca el móvil para ver la hora. Mierda. Encima va a llegar tarde al trabajo.

Pasa el día como puede, escabulléndose de vez en cuando al servicio para llorar en silencio. No es que Nicholas sea tan fantástico. Si realmente se detiene a pensarlo, su piso estaba asqueroso y el sexo fue horrible. Una eternidad de meterla y sacarla sin juego previo, y desde luego él no mostró la más mínima preocupación por ella. El edredón apestaba. Y el café de la mañana era instantáneo y repugnante.

Aun así. Le habría gustado llegar a esas conclusiones ella solita, y no que la llevaran a rastras con aquel claro rechazo. Porque Nicholas la había rechazado. Ni siquiera había fingido interés por verla otra vez. No le pidió el número de teléfono, no dio señal alguna de que aquello significara para él más que un desliz de borrachera. Meredith no se ha sentido tan humillada en su vida. Es obvio que no puede volver a esas clases. ¿Cómo iba a mirarle a la cara? Por no hablar de las compañeras que la vieron marcharse con él. ¿Cómo iba a verle flirtear con cualquier chica nueva que le apeteciera a continuación, sabiendo lo que pasaría, temiendo que tal vez con esa sí querría quedarse? No como con Meredith.

La decisión de no volver a poner el pie nunca jamás en la vida en el Centro de Arte Frogmal la hace sentirse un poquito mejor. Pero echará de menos las clases, eran el punto álgido de la semana. Claro que siempre puede encontrar otras clases. No tiene ni idea de dónde, pero buscará un poco más lejos y encontrará algún sitio fabuloso. Tal vez con una profesora, en lugar de profesor. O si es profesor, al menos que esté casado y que sea fiel, no dado a flirtear con las alumnas.

A la hora de almorzar se dirige a la tienda de bocadillos de la esquina. Hace mucho tiempo que no va, porque se llevaba sus verduras y proteínas a la oficina o compraba una ensalada en el Pret. Hoy aguarda en la cola de la tienda de bocadillos que solía ser su favorita, mirando los paneles para

decidir lo que quiere. Y lo que quiere es todo. Quiere atiborrar la soledad, la humillación, la decepción, la vergüenza, la tristeza hasta no poder sentir las ya. ¿Con qué puede llenar todo eso?

Ya en la barra pide uno de pavo y queso con tomate, uno de pepino y extra de mayonesa en pan integral. Sin pausa añade otro de beicon, lechuga y tomate en baguette con queso fundido, unas patatas fritas y cuatro brownies.

Meredith se come el bocadillo de pavo con queso y un brownie en el parque. En el banco frente al Gap se zampa la baguette de beicon, lechuga y tomate, las patatas fritas y otro brownie. De camino de vuelta a la oficina compra dos chocolatinas y se las come en el baño. Con otro brownie.

Pasa el resto del día en un coma de azúcar. Está tan cansada que apenas puede mantener los ojos abiertos. Su jefe sale a las tres y le pregunta amable si se encuentra bien.

—Creo que estoy cogiendo algo —miente ella. Puede que no muestre síntomas de gripe, pero emocional, física y espiritualmente está sin duda enferma.

La mandan a casa, donde se mete en la cama a pensar qué otra cosa puede comer para dejar de sentir. Se pone a ver películas antiguas en blanco y negro y duerme. A las seis se despierta de nuevo con hambre. No tolera la idea de salir, de manera que llama al restaurante chino y pide chuletas de cerdo, algas, pan de gambas y noodles. Y cuatro Coca-Colas light. Para que piensen que es comida para cuatro.

Meredith come en la cama, sin saborear nada. Devora la comida como si estuviera muerta de hambre, traga sin masticar, engulle intentando sentirse mejor, y si no mejor, al menos aturdida. Se bebe dos Coca-Colas antes de correr al baño a vomitar. Ver algo de comida en el váter es el único alivio que ha sentido en todo el día. Por lo menos habría podido ser peor; por lo menos algunas de las calorías no cuentan.

Hace años que no ha comido así. Desde que vivía en Westport, desde que era adolescente y cuando bajaba por las escaleras para salir siempre veía a su madre menear la cabeza tristemente, casi de forma imperceptible, mientras apartaba la vista de los muslos de su hija. No ha comido así desde que su madre le retiraba la cesta del pan para acercársela a sus hermanas, con los

ojos muy abiertos en una mirada de advertencia: no comas más pan.

¿Y qué hacía Meredith siempre cuando se sentía sola o falta de cariño? Ir a su cuarto y sacar las Oreos de debajo de la cama, las bolsas de patatas fritas del último cajón, los bombones de menta del armario. Dulce, salado, crujiente... era lo único que la hacía sentirse mejor, lo único que la hacía sentirse querida.

Cuando Meredith termina, se lava los dientes y se libra de todas las evidencias. Entierra las bolsas de papel de plata bajo el resto de la basura del cubo, echa spray de lavanda sobre las sábanas, se pone una camiseta limpia sin manchas de noodles. Vuelve a la cama sintiéndose hinchada y culpable. Ha estado comiendo tan bien durante tantos meses... Y ahora lo ha tirado todo por la borda y a lo bestia. Mañana empiezo de nuevo, se promete, mirándose el vientre hinchado, sumida en el asco por sí misma.

Da un brinco cuando suena el teléfono. Ve que es Nell.

Qué raro. Nell nunca la llama.

—¿Sí?

—Hola, Meredith.

—¿Cómo estás, Nell?

—Bien. ¿Y tú?

Meredith está a punto de decir que está bien, pero lo cierto es que no está bien. Se ha pasado todo el día hundida en la vergüenza y tomando decisiones autodestructivas.

—Pues hecha una mierda, la verdad —responde, cosa en sí misma inusual, puesto que nunca dice tacos—. Ayer eché un polvo de una noche con mi profesor de arte, lo cual fue una idiotez porque no solo tuve la ingenuidad de pensar que le gusto y quería una relación conmigo, sigo porque ahora me he jodido las clases de arte, una de las poquísimas cosas en mi vida que me hacían feliz. He engullido comida como para diez personas y acabo de vomitar. Y me siento imbécil y humillada. No me puedo creer que me enamorase de ese asco de tío. —Se calla de pronto, acordándose de que es Nell la que está al otro lado de la línea, Nell, que nunca ha tenido ninguna paciencia con las penas de amores, ni las suyas ni las de nadie.

Silencio.

—¿Nell? ¿Sigues ahí?

—Estoy aquí. Estaba escuchando.

—¿Tienes algo que decir?

—¿Qué quieres que te diga?

Meredith sacude la cabeza asqueada.

—Pues estaría bien oír que lo sientes, o que comprendes mi dolor, o en fin, cualquier señal de empatía. Eso es lo que quiero que me digas.

—Lo siento —dice Nell—. Es obvio que eres mi hermana y no quiero verte sufrir. Y la comida no es la solución, como tú bien sabes.

—¡Pues claro que lo sé, qué coño! —salta Meredith—. ¿Tú te crees que me siento bien? ¡He comido tanto que he tenido que vomitar?

—¿Has bebido mucho?

—No lo suficiente.

—Oye, ¿por qué no hablamos mejor mañana, cuando te encuentres mejor?

—Me has llamado tú, Nell. Nunca me llamas. Querrías hablarme de algo, ¿no?

—No pasa nada. Puede esperar a mañana.

—No, dímelo. Estoy bien.

—Te iba a pedir si podías echar un vistazo a unos papeles de contabilidad que acabo de recibir. Son de la granja. No tengo dinero para pagar a un contable y pensaba que a lo mejor podrías echarles un vistazo y explicármelos.

Meredith guarda silencio. Muy propio de su hermana, evitar las emociones, no querer involucrarse en nada incómodo, no querer saber nada de sentimientos, sino ir directamente al grano, a lo que fuera. Hoy es el primer día que Meredith no está dispuesta a participar en el juego. De pronto se ha hartado de lo mucho que toda su familia se aprovecha de ella.

—¿Nell? ¡Vete a la puta mierda! —Y cuelga.

2016

Derek le pone la mano sobre la suya. Ella sabe lo que eso significa. Es para que deje de hablar, para que deje de hacer lo que quiera que vaya hacer, para poder inmiscuirse él y decidir por ella.

—Mi prometida tomará el bistec, al punto, sin patatas y con guarnición de espinacas, por favor. Para mí, el pastel de carne. Y nos trae otra botella. Gracias.

Mira con aprobación la mesa, y Meredith se arrellana en la silla. No habría pedido el bistec. Esta noche le apetecía mucho el pollo, aunque es cierto que llevaba salsa de champiñones, pero vaya, una salsa de champiñones tampoco es para tanto, ¿no?

—Tenemos que entrar en los trajes de boda —explica Derek a la pareja que se sienta frente a ellos—. Intento ayudar a Meredith a estar perfecta para el gran día.

Tilly, la mujer, mira a Meredith esperando su reacción. Pero Meredith se limita a sonreír y coger su copa de vino.

—¿Se te permite beber vino? —pregunta Tilly con sarcasmo. Es evidente que no le gusta Derek.

—La verdad es que no lo he preguntado. —Meredith se da cuenta de que está algo borracha. Últimamente siempre anda algo achispada, sobre todo cuando se ve obligada a hacer de esposa en una cena de clientes como esta noche—. ¿Puedo? —le pregunta a Derek—. ¿Se me permite beber vino? —Lo mira fijamente mientras bebe un largo trago y le ve componer una sonrisa.

—Pues claro que sí. —Derek se vuelve hacia sus clientes—. Al fin y al cabo, hay que divertirse un poco.

Salta a la vista que a Tilly le cae mal Derek. Derek cae bien a las personas parecidas a él: conservadoras, estiradas, pedantes y pomposas. Siempre pomposas. Su cliente, Richard, es pomposo. Tilly, por otra parte, la mujer de Richard, de pronto resulta muy simpática. Casi nadie se da cuenta de lo espantoso que es Derek, piensa Meredith de vez en cuando. Todos quedan deslumbrados, como le pasó a ella, por su atractivo. Porque es muy atractivo, y esa belleza le ha abierto puertas, le ha allanado caminos y asegurado relaciones. Cuando la atosigan las dudas, Meredith se encuentra mirando su nariz aguilina, sus dientes perfectos, y recuerda la suerte que tiene de que alguien con la planta de Derek esté interesado en ella.

—¿Dónde os vais a casar? —pregunta Tilly, mientras los hombres charlan sobre la declaración de la renta de Richard.

—En una iglesia de campo en Somerset. Es preciosa. La eligió Derek.

—Estupendo. Oye, me parece captar un ligerísimo acento americano... — Meredith asiente con la cabeza—. Ya decía yo. ¿Vendrá tu familia?

—No. —Meredith sonríe—. Mi madre no se encuentra muy bien últimamente, así que en estos momentos le resultaría difícil viajar. Y hace años que estoy distanciada de las locas de mis hermanas.

—¿Pero está bien tu madre?

—Bueno, tampoco es que hable mucho con ella. Mi madre es muy dramática, así que una nunca sabe muy bien si la cosa es real o si lo que quiere es llamar la atención.

—¿No crees que esté enferma?

—Creo que una persona normal iría al médico a que le recetara algo. Pero los síntomas de mi madre consisten en que tiene que guardar cama para que todo el mundo vaya corriendo a su alrededor.

—O sea, que es como lo del pastor y el lobo.

—Exacto. —Meredith pone los ojos en blanco—. Mi madre es la quintaesencia del «que viene el lobo».

—¿Y tus hermanas? Yo siempre he querido tener hermanas. No concibo tener hermanas y no estar hablando con ellas todo el santo día.

—Te aseguro que si tuvieras a mis hermanas, no querrías hablar con ellas todo el día. Más bien estarías rechazando sus llamadas. Bueno, si es que

alguna llamara —añade, con un atisbo de tristeza.

—¿Cuántas hermanas tienes?

—Una mayor y otra pequeña.

—Ah. —Tilly se echa atrás en la silla—. Así que tú eres la que tiene que complacer a todo el mundo.

—¿Es una observación, o un rasgo clásico de la hermana mediana?

Tilly guarda silencio mientras Meredith vuelve a beber vino.

—Pues... las dos cosas. —Ahora baja la voz—. Y dime, ¿la boda con Derek es tu sueño hecho realidad?

Meredith lanza una carcajada.

—Yo no diría tanto. —Mira con afecto a su prometido—. Es un buen tipo. Me quiere. Y será un esposo fantástico.

—¿Y tú le quieres?

Meredith se la queda mirando.

—¡Pues claro! Si no, no me casaría con él. ¿Tú quieres a Richard?

Las dos hablan en voz muy baja, acercando las cabezas por encima de la mesa. Se vuelven un momento para comprobar que los hombres siguen enzarzados en su conversación.

—No —dice Tilly con los labios—. Mayormente, le odio.

Meredith se echa hacia atrás, horrorizada.

—No debería haber dicho eso. Es que estoy agotada. Tenemos dos gemelos de seis meses y me da la impresión de que tengo que hacerlo yo todo. Lo siento. No lo he dicho en serio. Ahora mismo le odio porque tengo que levantarme ochenta veces todas las noches desde hace meses. Los gemelos duermen fatal. Estoy cansada, nada más. —Menea la cabeza e intenta quitar hierro al asunto con una risa—. ¿Y tú? ¿Vais a tener hijos?

Era la pregunta que tenía que llegar tarde o temprano. La pregunta que siempre llega tarde o temprano. Una vez zanjado el tema de los detalles de la boda y el vestido, todos preguntan por los hijos, por lo general con una cierta reticencia en la voz, porque Meredith, a sus treinta y ocho años, no está precisamente en la flor de la vida. Pero cuando responde eso mismo, resulta que todo el mundo tiene una amiga que tuvo un hijo a los cuarenta y cinco, cuarenta y seis, cuarenta y siete. Tiene tiempo de sobra, le aseguran. A nadie

se le ocurre pensar que para Meredith pueda ser un alivio que la fábrica de niños esté ya casi cerrada, a nadie se le ocurre que hay una razón por la que cada vez que sale el asunto a colación, ella sonrío y cambia de tema.

Hace mucho, mucho tiempo, mucho antes de Derek, antes de nadie, cuando Meredith era pequeña, recuerda haberle dicho a su mejor amiga que nunca tendría hijos. Le decía a todo el mundo que jamás tendría hijos. Y aunque sus amigas de aquel entonces asentían solemnes, a medida que Meredith crecía le empezaron a decir que cambiaría de opinión, que todavía no estaba preparada, que tenía que esperar a ser un poco mayor, que entonces verás como sí quieres hijos. Meredith aprendió a cerrar la boca y no replicar.

Ahora sacude la cabeza con una risita.

—El único bebé para el que tengo tiempo es Butch, mi perrito, un schnauzer enano y el verdadero amor de mi vida. No se lo digas a Derek.

—Butch es perfecto para guardarle el sitio a un niño de verdad —dice Tilly. Y Meredith sonrío y calla. Tilly es más joven, todavía piensa en tener hijos. Por más que sus gemelos la tengan exhausta, jamás sería capaz de comprender que alguien se niegue de forma tan absoluta a ser madre.

La última vez que Meredith contó que no quería tener hijos fue durante una de sus primeras citas con Derek. Cuando él le pidió salir por primera vez, ella le admiraba mucho. Desde luego lo encontraba espectacularmente guapo. Como todo el mundo. Por lo menos eso es lo que ahora se dice constantemente. No es que le cayera muy bien cuando entró a trabajar en la firma contable donde él ya estaba. Pero él le dedicó toda una campaña de seducción, y el simple hecho de que se mostrara tan atraído por ella ya era todo un cebo para una persona tan complaciente como Meredith, una persona complaciente con muy baja autoestima que no podía creerse que alguien tan atractivo pudiera fijarse en ella.

Derek llamaba a la puerta de su despacho con algún pretexto absurdo, se sentaba junto a su mesa y se ponía a charlar de todo y de nada. Meredith escuchaba, halagada de que un socio de la firma se tomara tanto interés.

Meredith hacía años que no tenía una relación. Había llegado a pensar que algún día tendría ahorrado bastante dinero para dejar la contabilidad y dedicarse a hacer algo creativo. Pero no volvió a dar clases de arte tras su

encuentro de una noche con aquel profesor, y el sueño se fue desvaneciendo poco a poco hasta convertirse en una vaga idea que se le venía a la cabeza una vez cada dos años o así.

Dejó de debatirse contra el aburrimiento de la contabilidad. Seguía las reglas de vestimenta de las mujeres de la oficina: conjuntos y perlas, tacones discretos, vestidos color pastel en verano con cinturas ceñidas y medias blancas. Olvidó que en otros tiempos le horrorizaban las medias blancas y comenzó a llevarlas, con manoletinas (ni siquiera Meredith era tan absurda como para llevar medias blancas con sandalias, aunque muchas mujeres de su oficina lo hacían).

En general está contenta con su vida. Sigue deseando ser más guapa, más delgada, más de todo, pero no se siente mal. Cuando Derek la invitó a cenar, ella aceptó, halagada a más no poder. Y cuando le entran las dudas, recuerda que debe seguir sintiéndose halagada. Si esta es la vida que va a vivir, incluso aunque no sea la vida que una vez quiso, entonces Derek es sin duda el marido ideal. Al fin y al cabo, Meredith ya tiene treinta y ocho años. Tendría que estar casada y con hijos hace mucho tiempo. De manera que cuando Derek la llevó en avión a Nueva York por su cumpleaños y clavó la rodilla en el suelo en el Rainbow Room, ¿cómo podía haber dicho que no?

El atractivo de Derek oculta el hecho de que es, o puede ser, condescendiente y arrogante. Meredith se siente culpable solo con pensarlo. Le resulta mucho más fácil centrarse en sus buenas cualidades, aunque a veces sea difícil caer en cuáles son. Derek es... afable... y amable, ¿no? Por lo menos no es malo. Pronto cumplirá los cincuenta y la trata como a una princesa, o así la trataba al principio, antes de su compromiso. Parecía no poderse creer que alguien como Meredith quisiera salir con él, y mucho menos casarse con él. Y Meredith no estaba acostumbrada a esa atención y esa adoración.

La experiencia con Nicholas, que la trató como un pañuelo de usar y tirar, la alejó de los hombres durante años. No había vuelto a confiar en ninguno hasta que apareció Derek como un príncipe azul para devolverle la fe.

Vale que es un poco aburrido, pero eso es bueno, ¿no? ¿A ella qué le ha traído la diversión? Es mucho más seguro entregar el corazón a alguien como Derek. Aunque a veces no está del todo segura de haberle dado su corazón.

Pero tal vez sea mejor así. Es más pragmático, más sensato. Sin duda así es como se crean los matrimonios más fuertes. Elegir a tu compañero es mucho más sabio que enamorarte de alguien que sin duda te romperá el corazón.

En el trabajo todo el mundo se lleva bien con Derek. Todos se ríen de sus chistes y se disputan su atención, aunque claro, Derek es socio de la empresa, eso sí. ¿Lo encontrarían tan divertido si no fuera él quien firmara sus cheques todas las semanas? Porque Meredith no lo encuentra divertido en absoluto. No lo encuentra ni siquiera simpático.

En su familia no cae bien, lo cual en parte explica por qué Meredith se ha distanciado tanto. Ya se sabe que Lizzy jamás oculta sus sentimientos. Derek las conoció a todas cuando fueron a Nueva York y su madre insistió en que se reunieran para una cena familiar. Lizzy les consiguió mesa en el Jean-Georges en el último minuto. Allí no hay quien haga una reserva, pero Lizzy se ha convertido en toda una experta con su restaurante *pop-up*, la gente acude de todas partes a sus cenas y su nombre es bien conocido en toda la zona de los tres estados. Y ahora los restaurantes con listas de espera de meses encuentran por arte de magia una mesa para Lizzy en un tiempo razonable.

Lizzy ya estaba allí cuando llegaron. Nell llegó tarde con su madre. Lizzy se comportó con su habitual frenesí y pedía vino constantemente y charlaba con los camareros, a algunos de los cuales parecía conocer. Nell observaba en silencio. Ronni intentaba encandilar a Derek, pero Meredith vio al instante que venían de distintos mundos, que su dramática y dominante madre no aprobaba a su novio de los barrios residenciales.

Por suerte, Ronni no estaba tan insultante como de costumbre. Se la veía enferma y andaba con bastón después de sufrir una caída en su casa. Y algo le pasaba en la mano izquierda, que debió de recibir un buen golpe en la caída. Por primera vez Meredith pensó que podía haber algo de realidad en sus quejas. Empezaba a preocuparse y estaba a punto de preguntarle a su madre cuando Derek se excusó para ir al servicio.

—Tú estarás de coña, ¿no, Meri? —saltó Lizzy, inclinándose hacia ella.

—¿De qué hablas? —Meredith miró sin comprender a su hermana.

—Pues que es... Mira, no sé ni cómo decirlo. Pero, ¿de verdad? ¿De verdad? ¿Piensas pasar el resto de tu vida con ese tío?

Meredith se arrepintió al instante de haberle dicho a su madre que la relación era seria. Era evidente que Ronni se había ido de la lengua.

Lizzy había hecho su pregunta poniendo acento inglés y enseñando los dientes con un gesto que era muy inglés y muy de Derek, en una imitación sorprendentemente precisa.

Meredith se puso tensa.

—Derek y yo vamos en serio y somos muy felices juntos. No te he pedido tu opinión, Lizzy. Si quisiera saberla, te la habría preguntado, pero resulta que no.

—¡Ay! —exclamó Lizzy—. Tienes razón. Lo siento, Meri. Es que es tan... tan... en fin, un contable.

—Yo también soy contable —replicó Meredith poniéndose colorada, del exacto tono tomate que siempre había odiado—. ¿Por qué no aprendes a cerrar la boca, Lizzy? Solo la abres para ofender.

Lizzy abrió mucho los ojos.

—Ay, Dios, Meri. Lo siento. ¡Se me había olvidado por completo! Te lo juro. Solo quería decir que a lo mejor es demasiado... no sé, formal para ti.

—¿Cuándo dices «formal» quieres decir aburrido? —Meredith echó un vistazo a su madre y vio que intentaba contener la risa—. Mira, déjalo. No pienso quedarme para esto.

Y quiso marcharse, pero Nell salió tras ella y le pidió perdón, le recordó que Derek seguía en el servicio y la llevó de vuelta a la mesa para que su madre y Lizzy también pudieran disculparse. De manera que Meredith se sentó antes incluso de que Derek volviera. No volvió a dirigirles la palabra a su hermana o a su madre durante el resto de la cena.

El caso es que Derek es probablemente demasiado formal para ella, signifique eso lo que signifique. Y es aburrido. Pero no todo el mundo puede ser interesante, y sí que tiene otras cualidades maravillosas. Meredith está segura de que nunca encontrará a alguien tan agradable como Derek, ni a nadie que la quiera como la quiere él. La cuida tanto que incluso le elige la cena, le impide tomar decisiones que ambos saben que lamentará al día siguiente. En cuanto a lo de aburrido, Meredith ha aprendido a asentir cuando hay que asentir y a fingir interés en lo que él esté diciendo mientras por dentro piensa

en cómo redecorar el salón o en lo que preparará para cenar.

Tal vez el mayor problema —aunque, a ver, ¿es un problema o sencillamente una preferencia suya?— es que Derek no parece verla de verdad. Ni oírla. Ni escucharla. Tiene una opinión muy clara de cómo es Meredith, de cómo debería vestir (por ejemplo, con medias blancas), de lo que quiere (bistec) y de lo que le gusta (espinacas), y se niega a considerar la posibilidad de estar equivocado. Si Meredith intenta contradecirlo, él se ríe condescendiente y le da unas palmaditas o le acaricia el brazo o la mejilla como si fuera un gatito travieso.

Meredith le ha dicho que se siente demasiado mayor para tener hijos y que de todas formas nunca ha querido tenerlos. Lo que no le ha contado son sus razones. No le ha dicho que siempre la ha aterrado ser madre, siempre la ha aterrado ser una madre como la suya. Le dijo que no tenía el más mínimo resquicio de instinto maternal. Derek la sorprendió con el schnauzer enano, en parte, sospechaba ella, para desmentir su teoría, para mostrarle lo muy capaz que es de amar a una criaturita que depende por completo de ella. Pero Meredith sabe que un perro es algo muy distinto de un niño, aunque Derek lo ignore. La última vez que mencionó que no quería ser madre, Derek se echó a reír y comentó con condescendencia que muchas mujeres sienten eso mismo hasta que les ponen a su hijo en los brazos. Y entonces la miró radiante, con un brillo en los ojos, asintiendo con la cabeza como si comprendiera algo que ella no alcanzaba a entender, y fue la primera vez que a Meredith le dieron ganas de abofetearle. No quiere hijos y sabe que no va a cambiar de opinión. Lo que no sabe es cómo hacer que Derek la escuche.

Desde entonces ha tenido muchas veces ganas de darle un bofetón. Está bastante segura de que eso no es nada bueno. Pero Meredith, la niña buena, la que siempre complace a todo el mundo, se ha metido en una vereda y no tiene ni idea de cómo salir de ella. De manera que se dice una y otra vez que Derek será sin duda un buen marido, ¡y quiere casarse con ella! La cree bastante especial para casarse con ella. Hace años que nadie la ha creído bastante especial para tener una relación con ella.

¿Quién es ella para decir que no?

De pronto le vibra el teléfono, lo cual es muy de extrañar. Lo saca del bolso

y ve el nombre de su madre en la pantalla. Qué raro. No ha hablado con su madre, ni con ninguna de sus hermanas, desde aquella desastrosa reunión en la que Lizzy tachó a Derek de aburrido. La llamada no puede ser nada bueno. Ronni solo llamaría si hubiera pasado algo. Meredith se disculpa de la mesa y sale de prisa del restaurante para contestar, pasmada al comprobar que, por muy fría que se crea, hay un atisbo de ansiedad en su corazón.

El sol cae a plomo. Lizzy, con su carpeta en la mano, dirige a los hombres que acarrearán gigantescas jardineras de hortensias por la azotea.

—¡No! ¡No! —grita, mientras se acerca corriendo—. Ahí no. He dicho a un metro y medio de distancia. Y eso no está derecho. ¿Lo veis? Tienen que estar derechos. —Y suspira mientras los hombres vuelven a deslizar el carro bajo la jardinera, sin dejar de mirar a Lizzy para asegurarse de que van bien, temerosos de su desaprobación—. Vale. Bien. Gracias. ¿Cuántas más quedan? ¿Tres? —Los hombres asienten y retroceden—. Genial. Me voy a quedar hasta que estén aquí todas, para que queden bien colocadas. —Lizzy se mete en el moño un mechón suelto de pelo. Por lo menos hoy tiene el pelo limpio. Últimamente se lo lava solo una vez a la semana, eso con suerte, y se lo recoge para que no le estorbe cuando cocina o cuando, como esta noche, está organizando una cena *pop-up*.

La azotea, que era una mera superficie vacía con un sencillo suelo de madera, ha sido transformada en un elegante y maravilloso enclave. Enormes sofás balineses blancos en un lado, con montones de cojines que invitan a sentarse y echarse; mesas de centro indias cubiertas de velas y farolillos y rodeadas de sillas blancas. Hay plantas por todas partes, árboles y arbustos que se han traído para la ocasión y que luego devolverán a la granja que se los alquila, justo a las afueras de Tarrytown.

Esta noche sentarán a los invitados alrededor de una mesa enorme que serpentea por el salón que han creado con los muebles y accesorios en la terraza. Han cubierto la mesa con arpillera, el centro adornado con las velas que son el distintivo de Lizzy, todas de distintos tamaños y alturas. Las sillas

son de bambú, los manteles de lino, una mezcla de blanco y color natural. En el plato de cada comensal irá un pequeño pote de acero galvanizado que contiene una ensalada de entrante, con platitos blancos de ingredientes que cada uno puede añadir a su gusto: nueces pacanas glaseadas con chile, taquitos de dorado queso halloumi frito, cebolla caramelizada, chicharrones crujientes de una granja de Ridgefield. Todo lo que se sirve en las cenas de Lizzy es orgánico, criado en libertad y lo más local posible.

Algunos productos provienen de la granja de su hermana Nell, por más que Nell no se involucre más allá de hacerle a Lizzy un buen precio. Lizzy la invitaba con frecuencia al principio, cuando por fin le cogió el tranquillo a las cenas *pop-up* y supo que tenía entre manos algo grande. Pero Nell estaba siempre ocupada, siempre se disculpaba con algún mensaje de texto, siempre decía que tal vez para la siguiente. Lizzy dejó de invitarla, pero no ha dejado de comprarle lechuga, berzas, tomates y fresas, sobre todo porque no las ha encontrado mejores en ninguna parte.

Los hombres suben el resto de las plantas mientras Lizzy se asegura de que todo esté en su sitio. Siempre cuelgan farolillos en los terrados, forma parte de su estilo particular. Pero ahora tienen postes largos con bases de hormigón y ganchos para sostener las luces. Ahora las luces jamás se caen para hacerse añicos, sino que crean un árbol mágico sobre los comensales que les hace olvidar que están en Nueva York y los transporta al campo. Lizzy advierte que el trabajo no está bien terminado.

—¿Puede alguien asegurar esas luces, por favor? —grita por encima del hombro, sin dirigirse a nadie en particular, porque hay un montón de trabajadores circulando por allí, cada uno de los cuales, realmente, tenía que haberse ocupado de ello—. Joder. —Lizzy menea la cabeza y masculla intentando enganchar el cable de luces al poste, pero es demasiado alto y no llega.

Aparece entonces un joven que le quita el cable de las manos y realiza la labor sin esfuerzo, sonriendo. Sus ojos brillan en su rostro bronceado, y su densa barba estilo hípster enfatiza sus ojos azules.

—Espero que no te importe, pero ¿me podrías dar tu autógrafo para mi novia? Es toda una fan. Vaya, que yo también, ¿eh? Los dos somos muy fans

tuyos. Ella fue al Culinary Institute of America por ti, y ve siempre tu programa.

—Gracias. —Lizzy todavía no está acostumbrada a que la traten como a una celebridad—. Claro. ¿Tienes un boli? ¿Cómo se llama tu novia?

Jamás se acostumbrará a esto. No es una celebridad, es una chef que resulta que ha tenido un gran éxito con las cenas *pop-up* y por crear maravillosos escenarios en las azoteas para los neoyorquinos dispuestos a pagar casi quinientos dólares por cabeza por una experiencia única y posiblemente una de las mejores cenas de su vida.

A esto ha contribuido que hace tres años la contactara el Canal Cocina para ofrecerle un programa semanal sobre fiestas en los jardines. Al principio dijo que no, porque le parecía demasiado trabajo, pero la cadena insistió, le ofrecieron un productor y un equipo de investigadores que darían sus ideas para el programa. Lo único que ella tenía que hacer, además de aparecer para la grabación, era aprobar o vetar. La primera temporada se hizo entera con sus propias ideas, y el programa fue un gran éxito. Su atractivo, su encanto, el hecho de que fuera hija de Ronni Sunshine, la convirtieron en una estrella al instante.

Ahora está en negociaciones con una gran cadena de establecimientos para lanzar una línea de productos Lizzy Sunshine, todos relacionados con la restauración. Sus velas en sus portavelas de mimbre, sus típicos manteles de lino con los bordes deshilachados, los cuencos y platos de cerámica desiguales, sus enormes ollas de hierro en gris oscuro con asas de cobre, sus tablas de pan y sus queseras y sus losas de mármol para repostería, pronto disponibles en su establecimiento más cercano.

El año que viene sale su libro de recetas. Lizzy nunca ha estado tan ocupada, pero no olvida sus orígenes, no puede dejar de cocinar para las cenas *pop-up*, porque ahora ella es la que atrae a los clientes, tanto como el evento en sí: ahora la gente acude desde todo el país para probar su comida, sí, pero también por la posibilidad de ver en persona a la mismísima Lizzy Sunshine.

Su ayudante, Candy, le da un golpecito en el hombro.

—Sean está abajo. Quiere que vayas a probar el plato principal.

—Gracias, Candy. —Lizzy sonrío y le da un apretón en el brazo. Ya no ve

los brazos tatuados, el pelo teñido de negro azabache, los piercings en las orejas, la nariz, los labios y sabe Dios dónde más. Candy es la mejor ayudante que ha tenido en la vida.

El ascensor baja traqueteando hasta el apartamento donde Sean y ella cocinan, o por lo menos donde supervisan el cocinado. Cada vez que lo hace, Lizzy se acuerda de aquel primer apartamento, la diminuta cocina, los tres partiéndose los cuernos para tener lista la cena sin ayuda ninguna... Ahora solo tienen en cuenta una azotea si va emparejada con un apartamento grande y una cocina de calidad profesional. Tiene que haber sitio para los segundos chefs, para emplatar, para que los miembros del personal puedan cenar todos juntos antes del evento.

Entra en el apartamento y vuelve a maravillarse de las cocinas de hoy en día. Los electrodomésticos siempre son lo más puntero: marcas La Cornue, o Ilve o Wolf. ¿Quién dijo que los apartamentos de Nueva York son pequeños?, piensa más de una vez. Esta cocina en concreto es diez veces más grande que la de su casa de Brooklyn. Cuenta con congeladores que ocupan toda una pared, un fregadero Nantucket y barras de mármol más gruesas que una enciclopedia.

Sean remueve algo en los fogones. Lleva sus pantalones de chef, un delantal atado a la cintura y una camiseta blanca, fina y desgastada, con la que luce sus brazos bronceados. Se vuelve un momento cuando entra Lizzy y vuelve a atender a la comida.

—¿Qué tal va? —Lizzy comprueba que no hay nadie por allí antes de rodearle la cintura con los brazos y enterrar la nariz en su camiseta para aspirar su aroma. Siempre le sorprende que el olor de un hombre pueda ponerla tan loca.

—Está riquísimo. Prueba. —Sean se vuelve hacia ella y le mete una cucharada en la boca, sin apartar los ojos de los suyos.

—Mmm. Fantástico. Con la cantidad perfecta de mantequilla. ¡Muy bien!

—Y hablando de fantástico. —Sean deja la cuchara—. ¿Sabes que ahora mismo estamos solos en el apartamento? Todo el mundo está en la azotea.

Lizzy se inclina contra la isla de la cocina y Sean se acerca a ella.

—¿Ah, sí? Mira qué bien.

—¿Sabes lo que estoy pensando?

—No tengo ni la más remota idea de lo que estás pensando.

—Estoy pensando que ahí mismo hay una despensa más grande que toda mi casa y estoy casi seguro de que no ha sido... bautizada.

—Anda, ¿a qué te refieres? ¿Qué estás proponiendo?

Sean avanza hasta que sus cuerpos quedan pegados. Baja la mirada y entrelaza los dedos con los suyos. Lizzy respira más hondo, sus pupilas se dilatan, pero en cuanto los labios de Sean rozan los suyos, lo aparta.

—Aquí no —dice bajito, con los ojos vidriosos de deseo—. La despensa.

Sean la lleva hasta allí, una sala ridículamente enorme, la coloca contra los tarros de especias y cierra la puerta. Toma su rostro en las manos y le pasa la lengua por los labios. Le quita la cinta del pelo, enreda sus dedos en él y la estrecha contra su cuerpo.

Le sube la camiseta impaciente, le saca los pechos del sujetador y acaricia los pezones con la lengua mientras ella culebrea contra él y baja la mano a la cintura de sus pantalones. Se los baja, se quita las bragas y las aparta de una patada, abriendo las piernas. Él la penetra y la embiste contra las especias, pero a ella no le importa. Lo único que siente es su miembro duro, moviéndose deprisa en su interior, su boca que busca la suya, su lengua, su polla, las caricias de sus dedos, la excitación, su olor, su piel, su sabor y... ¡Ah! ¡Ah! ¡Ya! ¡Ya! Y la ola de su orgasmo estalla y la engulle.

Respira agitada, deprisa, repetidamente, con agudos y trémulos gemidos, intentando no hacer mucho ruido, las piernas temblando. Sean explota dentro de ella y se deja caer contra su cuerpo. Alza la cabeza para besarla en los labios y sonríe mirándola a los ojos, justo cuando suena el teléfono de Lizzy.

—¿Quién coño es? —susurra—. No se puede ser más inoportuno.

Lizzy mira la pantalla y se muerde el labio.

—Mierda. Mi marido. —Aparta a Sean y frunce el ceño al leer el mensaje—. Connor tiene fiebre y vuelve de su excursión. Tengo que volver a casa. Mierda, mierda, mierda. —Se baja la camiseta, encuentra sus bragas en la otra punta de la despensa, se las pone, se arregla un poco y vuelve a recogerse el pelo en un limpio moño—. Esto no se puede volver a repetir —le dice a Sean—. Y esta vez lo digo en serio. No puedo soportar seguir mintiendo.

—Lo que tú quieras —replica Sean, que la ha oído decir eso muchas, muchas veces.

—Mierda —repite Lizzy, mientras ya coge su bolso—. ¿Me da tiempo de llegar a Brooklyn y volver? ¿Qué hora es?

—Vas bien de tiempo. Son las doce. Aquí está todo controlado. Todo el mundo llegará en cualquier momento, así que mientras estés de vuelta para las cuatro, vamos bien.

—Gracias. —Lizzy lo mira, lo devora con los ojos, da media vuelta, se gira de nuevo y se acerca a él—. ¡Qué coño! —exclama, dejando caer el bolso para echarle los brazos al cuello—. Pero ¿tú qué demonios me has hecho?

—No lo sé —murmura él en su cuello—, pero sea lo que sea, es lo mismo que me has hecho tú a mí.

Hace ya meses que Stephen se pasa por el Coffee Barn de la granja Fieldstone fingiendo que va a tomar un café y echar un vistazo a los periódicos, cuando en el pueblo todo el mundo sabe que va allí por Nell.

Nell lo sabe. Nell siempre se ha dado cuenta cuando un hombre la busca con la mirada y sabe por qué: admiran su fuerza, su valentía, el hecho de que dirige la granja ella solita y la ha convertido en un floreciente negocio. Ha transformado el granero grande junto a la carretera en la cafetería Coffee Barn, y trae café gourmet de una pequeña tostadora en el norte de Connecticut y productos frescos y bocadillos recién hechos todos los días. No ofrece desayunos completos —para eso ya está la taberna del Old Blue Bird—, pero sus bollos y magdalenas son los mejores en kilómetros a la redonda, y su café es inmejorable.

El Coffee Barn no tardó en convertirse en el centro de reunión en el que enterarse de las últimas noticias y chismorreos, leer los periódicos y encontrarse con todo el mundo. Hay gente que acude temprano, de camino al trabajo, y las madres jóvenes pasan por allí con sus hijos antes de llevarlos al colegio. Los hombres consideran a Nell una mujer guapa. Ella lo sabe porque se lo dicen, le preguntan si pueden presentársela a algún amigo, en algunos casos la invitan a salir. Ella siempre dice que no. Criar a su hijo y llevar la granja son trabajos de jornada completa. No tiene tiempo para relaciones.

Stephen es un poco distinto. Para empezar, es excepcionalmente alto. Nell no es ninguna enana, con su metro ochenta de estatura, y aunque desde luego está ahora mucho más cómoda con su altura que cuando estudiaba en el instituto, el mero hecho de que Stephen, con sus dos metros, le saque más de

una cabeza la hace sentirse pequeña y vulnerable. Su altura le recuerda a Lewis Calder. Muchas cosas de Stephen le recuerdan a Lewis Calder. Es grande y fornido, tiene la sonrisa fácil y pocas expectativas.

Le gustó la primera vez que entró en el bar, notó que la miraba mientras ella iba de acá para allá recogiendo tazas, deteniéndose a charlar con los parroquianos, limpiando con la fregona algún charco derramado en el suelo. Nell no había salido con nadie desde hacía años. Intentaba no pensarlo demasiado, porque si lo pensaba, a veces le preocupaba tener algún tipo de trastorno, porque lo cierto es que jamás había echado de menos tener a un hombre en su vida. Durante años se enfrascó en su papel de madre soltera de River, consumida por la tarea de ser madre, padre, niñera, granjera, dueña de una cafetería, todo.

A menudo le preguntaban dónde vivían sus padres, y cuando contestaba que su padre se había mudado a California hacía unos años pero que su madre estaba en Westport, siempre exclamaban «¡Qué suerte!» ¡Su madre debía de ser una gran ayuda!

Y aunque es cierto que era mejor abuela que madre, con Ronron no se podía contar para nada. Era más una abuela de pasarlo bien: divertidísima si estaba de humor y no tenía otros planes. Pero jamás cancelaría ni lo más mínimo para hacer algo por alguien. Ronni sigue siendo de un egocentrismo asombroso. Eso es lo que Nell diría de su madre si es que alguna vez se sintiera inclinada a hablar de ella. Pero ¿para qué? Nell no es de las que se quejan y lloriquean por su terrible infancia o por las deficiencias de sus propios padres que la han llevado a ella a una vida de soledad.

Tampoco necesita castigar a su madre por ello, a diferencia de Lizzy, que le cuenta a todo el que se le pone por delante lo narcisista que es su madre; o Meredith, que se ha ido bien lejos, al otro lado del charco, y nunca, o casi nunca, vuelve a casa.

Ninguna de las hermanas es capaz de aceptar a su madre con todos sus egocéntricos y melodramáticos defectos. Le guardan rencor por su falta de cariño, de interés, de preocupación por ellas, por no haber sido maternal. Pero Nell aprendió a no esperar nada de nadie desde que Lewis Calder la dejó tirada con un niño en el vientre. Ha descubierto que la vida resulta en general

más fácil de esa manera. Y como resultado, no está tan enfadada con su madre.

Tampoco es que la haya aceptado. Lo que pasa es que al vivir cerca, es siempre a ella a quien Ronni recurre, de manera que Nell la cuida de manera bastante básica. Fue ella la que insistió en que su madre fuera de una vez por todas al médico. Cada vez se desplomaba con más frecuencia, y la última vez que estuvo en su casa, vio que se le caía de la mano una taza de té caliente.

Ronni lleva años y años quejándose a todas horas para luego insistir en que está bien. Y Nell adquirió hace mucho tiempo el hábito de creerla, por la legendaria hipocondría de su madre y su necesidad de llamar la atención. Si de verdad le pasara algo, seguramente estaría explotándolo todo lo posible.

Y a pesar de todo... Nell insistió en que fuera al médico. Luego Ronni no informó de inmediato, como habría hecho de normal. Y cuando Nell fue por fin a verla, se la encontró cojeando y con bastón. Ronni le contó que sufría no sé qué problema neuromotor, pero que tenía tratamiento. Que había modificado la dieta, prescindiendo de carbohidratos y azúcar para reducir la inflamación. Era de esperar, comentó, que pronto pudiera volver a andar sin bastón.

—A lo mejor River puede venir a pasar unos días conmigo, cuando le den vacaciones en el instituto.

Nell se quedó pasmada. Su madre había ido de vez en cuando a ver a su nieto, pero jamás había propuesto que fuera a pasar unos días con ella.

—A lo mejor podríamos irnos los tres de vacaciones a algún sitio — prosiguió Ronni. Nell tuvo que dominarse para no quedarse boquiabierta con los ojos como platos.

Nell no se ha ido de vacaciones desde hace años. Es demasiado controladora para dejar la granja en manos de nadie. ¿Por qué demonios iba a querer su madre irse ahora de vacaciones con ellos? Francamente, a Nell no se le ocurre nada peor. Y además, ¿qué iba a hacer estando de vacaciones? ¿Tumbarse en la playa para acentuar todavía más su ya oscuro moreno de granja? Solo de pensarlo se estremece de horror. Siempre ha sido más feliz trabajando.

Trabaja mucho. Cría a su hijo, lleva la granja, prescinde de vacaciones. Y ha sido perfectamente feliz con su vida, aunque a medida que River se fue haciendo mayor, sí que imaginaba de vez en cuando lo que sería tener a

alguien con ella. Pero cada vez que se le ocurría algo así, se acordaba de que vivía en un pueblo relativamente pequeño, un pueblo en el que conocía prácticamente a todo el mundo, y si pasaba el resto de su vida sola, pues también estaría bien. Tenía más que de sobra para estar ocupada.

Y entonces entró Stephen en la cafetería. Una persona de trato fácil que se quedaba más tiempo que nadie, mucho después de que todo el mundo se hubiera marchado. Hacía ya algunas semanas que Nell se servía un café tras el ajetreo matutino y se sentaba con él en el porche para charlar amigablemente.

Stephen había llevado una granja en Montana cuando era joven y sabe muy bien lo que implica, lo que es cuidar las cosechas y criar animales. Nell ya no tiene ganado, solo la clase de animales que se considerarían propios de una granja escuela. Pero aun así. Stephen sabía cómo era su vida sin que ella tuviera que explicárselo, gracias a lo cual Nell se sintió de inmediato a gusto con él.

Es padre soltero de dos hijas ya mayores. Estas últimas semanas Nell aguarda con ganas sus charlas con él, se alegra cada vez que lo ve llegar. Cuando hablan, se siente comprendida.

Sabía que Stephen acabaría por pedirle una cita y había decidido, mucho antes de que sucediera, que diría que sí. Ahora ya han salido a cenar tres veces, y las tres han sido estupendas. Es un hombre a la antigua, cortés, de los que ceden el paso y se ponen en pie cuando ella se tiene que ausentar de la mesa y cuando vuelve, de los que rodean el coche para abrirle la portezuela. Y a Nell, que es tan autosuficiente, que nunca ha visto mucha diferencia entre hombres y mujeres, le gusta cómo se siente con él. Solo le falta sentirse atraída por él. Debería, pero no. O por lo menos cree que no.

No es que tenga mucha experiencia, pero una vez conoció la pasión, aunque han pasado muchas lunas, con Lewis Calder, que lo único que tenía que hacer era rozarle el dorso de la mano con los dedos para que una corriente eléctrica le recorriera todo el cuerpo y la dejara sin aliento. Pero eso fue hace muchísimo tiempo. Tal vez esas cosas ya no le pasan a una mujer en la cuarentena, piensa. Tal vez es que ella es así. Tal vez es que no haya química con Stephen. Porque todo lo demás es perfecto. Es alto, listo, gracioso, bondadoso y bastante guapo. No de los que llaman la atención, pero bueno,

Nell tiene que admitir que ella tampoco. Ni tampoco le ha interesado nunca demasiado el aspecto de los demás.

La última vez que salieron a cenar, cuando Stephen la llevó en su coche de vuelta a la granja, Nell no supo si pedirle o no que entrara, temerosa de estarle dando falsas esperanzas, sintiéndose estúpida por preocuparse por una cosa así a sus cuarenta y dos años.

Al final no lo invitó, pero él salió del coche y la acompañó por el sendero hasta la puerta y en el porche, con bastante torpeza, la atrajo hacia él. Ella soltó una risita avergonzada y de pronto los labios de Stephen se posaron en los suyos. Y ahí estaba ella, devolviéndole el beso, rodeándolo con los brazos para notar la gran anchura de su espalda. Curiosamente, cuando se separaron, Nell no sintió nada más que un vago bochorno por haberse estado besuqueando en el porche.

No fue desagradable, solo... fue. No estuvo mal. Le gustó que la abrazara, eso tenía que admitirlo. Hacía mucho tiempo que no estaba entre los brazos de un hombre, algo que era muy agradable. Pero el beso en sí... No, ella no sintió nada, lo cual suscitó de nuevo la antigua preocupación. ¿Sería ella? ¿Sería él? ¿Acaso es que —y esto era lo que siempre, siempre la había preocupado— era... frígida? ¿Sería posible que Lewis Calder fuera el único hombre que había encontrado —que encontraría— la clave para hacerla exclamar de placer, electrizarla de arriba abajo, estremecerla de deseo? ¿Y si jamás volvía a sentir eso? ¿Sería soportable? ¿Podría establecerse con un hombre maravilloso como Stephen, que la estrechaba entre sus brazos, con quien se sentía segura? ¿Podría dormir con él, acostarse junto a él todas las noches, a pesar de no sentir nada cuando la tocaba?

Se sacude mentalmente cada vez que revolotean en su mente estos pensamientos. Qué ridiculez estar pensando a largo plazo, preocuparse por su vida juntos, por su futuro.

Y aun así hay algo cautivador en él. ¿Se puede tener una cosa sin la otra? ¿Se puede tener una fantástica amistad, compañerismo, confianza, sin pasión? Nell ha visto, durante años, cómo se va perdiendo la pasión en otras relaciones. A veces desaparece y ya está, pero otras veces sucede algo peor: esa pasión se convierte en ira y resentimiento, en miedo y soledad.

Pero desaparecer, desaparece siempre. Y si es así, ¿hasta qué punto puede ser importante en primer lugar? Sabe muy bien lo que otros le dirían. Lizzy diría que la pasión no puede faltar al principio porque aunque luego desaparezca, como ha desaparecido entre ella y James (y Lizzy es la primera en admitirlo, incluso delante de James; James se limita a encogerse de hombros, sabiendo que tratar de impedir que su mujer exprese en voz alta lo que piensa es una causa totalmente perdida), todavía hay momentos en los que miras a tu pareja, o lo hueles, o lo ves entrar de pronto en la habitación, y te parece guapísimo y el corazón te da un brinco y sabes que la pasión todavía está ahí, aunque escondida. Esto, diría, son los cimientos sobre los que se construye una relación fuerte.

Meredith no diría eso. Meredith no diría absolutamente nada sobre el tema de la pasión, pero Nell está bastante segura de que es porque no siente la mínima pasión por Derek. Porque aparte de su cara de niño bonito, ¿quién diablos podría sentir ninguna pasión por Derek?

En la cena en que se conocieron, Nell lo encontró una persona sin sentido del humor, condescendiente y arrogante. ¿Y qué razones puede tener para sentirse arrogante, aparte de la bendición genética de su cara, algo en lo que él no ha tenido arte ni parte? Podría añadir que es además mezquino hasta decir basta y estrecho de mente, pero ¿para qué? Está casi segura de que Meredith piensa exactamente lo mismo de él. No se puede imaginar por qué se le ha ocurrido a su hermana comprometerse con un tipo así, como no sea que es incapaz de ver más allá del atractivo de Derek o, lo que es más probable, que piense que no puede aspirar a nada mejor.

Si estuvieran un poco más unidas, le hablaría del tema. Pero Meredith no ha hablado con ella ni con Lizzy desde aquella espantosa cena, y Nell no quiere arriesgarse a alejarla todavía más. Claro que tampoco es que pudieran estar mucho más alejadas, algo que ahora Nell lamenta mucho. Le gustaría tener más relación con sus hermanas. Entiende que su lejanía tiene que ver con su historia familiar, con el hecho de que ninguna de ellas tenga un concepto sano de lo que es una familia. No obstante, le gustaría dejar atrás el pasado, perdonarse mutuamente cualquier ofensa que hayan podido infligirse a lo largo de los años y poder contar unas con otras.

Esta noche Stephen la ha invitado a cenar a su casa. Le preocupa que pueda tratarse de una cita elegante y no tiene ni idea de qué ponerse. Pero sabe que después del beso de la otra noche, hoy será sin duda el día que la invite a su cama. A lo mejor su indiferencia ante aquel beso fue solo cosa del momento. A lo mejor esta noche se toma un par de copas de vino y vuelve a sentir el hormigueo, aquel hormigueo que tantos años atrás le producía Lewis Calder.

Cada vez que Lizzy se acerca a la casita de piedra en su arbolado barrio de Brooklyn, se detiene un momento poseída por la incredulidad y el deleite. Es cierto que de pequeña siempre tuvo cualquier cosa que deseara; es muy consciente de que tuvo una infancia privilegiada, al menos en cuestión de posesiones materiales, las casas en las que vivían, los viajes que hacían... Pero en aquel entonces nada de eso era suyo.

Y esta encantadora casita es toda suya, comprada con sus ahorros, el contrato con la televisión y los adelantos de su libro de recetas y su línea de productos. Vio la casa ella sola, cuando James todavía estaba trabajando en Manhattan y no pudo escaparse para acompañarla. Recorrió de puntillas las habitaciones, casi conteniendo el aliento, mientras la sonrisa en su rostro se ensanchaba más y más. Le resultaba casi incomprensible poder permitirse una casa en un barrio bonito con estupendos bares y restaurantes en cada esquina y, lo que era todavía mejor, fantásticos colegios.

Advirtió que cada planta contaba con dos habitaciones cuadradas y comunicadas. Todas las ventanas tenían viejos postigos que se podían cerrar, aunque la agente inmobiliaria comentó que había vendido muchas casas con postigos similares y que nadie los utilizaba. Era muy fácil quitarlos, añadió, que es lo que hacía todo el mundo.

Yo no, pensó Lizzy. Yo voy a quitar las capas y capas de pintura vieja hasta dar con la fantástica madera cálida debajo de todo y los admiraré todos los días acurrucada en el viejo sofá que nos encontramos en una tienda de saldos, cubierto con un suzani y cojines indios artesanos, con los pies en la suave alfombra de bambú. Yo no, pensó, mientras bajaba a la cocina y el salón del

sótano, ambos pequeños y oscuros, sabiendo que las paredes color burdeos podían pintarse de un soleado amarillo o un azul aciano y se podrían añadir luces y seguro, seguro que las ventanas se podían hacer más grandes, que la pared trasera podría convertirse en cristal...

Arriba había una biblioteca forrada de estanterías de arriba abajo, con muchos más libros de los que cabían. Y al entrar, vio que todos eran de gastronomía.

—¿De quién es esta casa? —susurró para sí misma.

Se acercó a la mesa a mirar los papeles que se apilaban por todas partes. Y lanzó una exclamación al ver el nombre: una crítica de cocina a la que ella había seguido de manera obsesiva durante años. ¿Aquí es donde escribe? Lizzy se volvió con actitud reverente para mirar la casa con nuevos ojos. ¿Aquí es donde recibe a sus invitados? ¿En esta mesa destartalada con las sillas desaparejadas en la cocina color burdeos oscuro?

Es el destino, le anunció a James por teléfono, ilusionadísima, después de despedirse de la agente inmobiliaria y volver a su coche casi dando brincos. Es *bashert*, dijo, una palabra hebrea en la que no había pensado desde hacía años, desde que se sentaba en las rodillas de su encantador abuelo judío cuando iban a Londres a ver a los abuelos, cuando era pequeña.

—¿El qué? —James se reía con su excitación.

—Significa que es el destino. Que tiene que ser nuestra casa.

James fue a verla esa misma tarde. Y estuvo de acuerdo. Y aunque ya ha pasado un año, todos los días cuando llega a casa, Lizzy se detiene y se abraza. Todavía no se lo puede creer.

James está en el salón con unas gafas enormes, un mando en cada mano y unos auriculares puestos. Se mueve despacio, con cuidado, y de vez en cuando dispara con el gatillo de uno de los mandos. A Lizzy se le cae el alma a los pies. Por lo menos, piensa sarcástica, no está viendo porno. Por lo menos es el juego de los zombis.

—¡James! —berrea, sabiendo que lo único que él puede ver ahora mismo son grupos de zombis avanzando hacia él y sus armas, seguramente metralletas, al final de sus manos virtuales. Le quita los auriculares, y él se vuelve sobresaltado—. ¿Dónde está Connor? ¿Y qué hemos dicho de jugar con

la consola cuando Connor está en casa?

—Está durmiendo. —James se quita los auriculares y las gafas y deja los mandos con aire culpable—. Está bien. Acabo de acostarlo.

—¿Cómo que está bien? Me dijiste que tenía fiebre. ¿Tiene fiebre o no tiene fiebre?

—Pues sí, pero solo treinta y siete y medio. Pensé que era mejor echarlo a dormir y que se le pasara.

—¿Pero eso es fiebre siquiera? —Lizzy lo mira, pero James se encoge de hombros—. ¿Le has dado algo para que le baje?

—No. ¿Debería?

—¿Por lo demás cómo está? ¿Estaba cansado, con sueño, se quejaba de alguna otra cosa?

—Desde luego sí que está cansado. —James no la mira a los ojos.

—¿A qué hora se acostó anoche? —La noche anterior Lizzy había sido la oradora principal de una cena en Midtown que recaudaba fondos para dar alimento a los niños sin hogar. Fue una larga velada, aunque Lizzy está acostumbrada a las largas veladas. En otros tiempos, antes de Connor, James la acompañaba a todas partes. Eran una pareja. Pero últimamente parece que sean más bien... colegas. Colegas que no se llevan especialmente bien, obligados a permanecer juntos en el proyecto compartido de criar a un hijo. Y la noche anterior era James quien estaba con él.

—Más tarde de lo que pensamos.

Lizzy pone los ojos en blanco internamente ante el uso eufemístico del plural.

—¿A qué hora? ¿Las nueve? ¿Las diez?

James hace una mueca.

—Creo que más bien hacia las once.

—Joder, James. Que tiene cinco años y hoy se iba de excursión. Pues claro que estará agotado. ¿Cómo le dejaste quedarse levantado hasta tan tarde? ¿Qué estabas pensando?

Lizzy está en la puerta, con el bolso todavía al hombro, las manos en las caderas, fulminándolo con la mirada. James sigue rondando por la sala, guardando los chismes de realidad virtual, pero ignorando, según advierte

ella, los muchos cuencos y tazas vacías dispersas por todas las superficies.

—Mira, de verdad. ¿En serio? ¿No has metido nada de esto en el lavavajillas? No puedo soportarlo, James. Me estoy partiendo los cuernos trabajando para mantenerte a ti y a Connor y te aseguro que no pido mucho. Pido que seas un padre responsable y que mantengas la casa limpia y ordenada cuando yo no puedo. Y no haces ni eso. No sé qué decir.

—He estado ocupado. Ya sé que me has pillado jugando, pero antes he estado trabajando en un proyecto *freelance* —masculla él, ahora sí recogiendo los cacharros sucios.

Lizzy sabe, sin acercarse un paso más, que todos son de hoy y que todos contienen las últimas migajas de Choco Krispis, Frosties y Smacks. Si tiene que hacerse él la comida, eso es todo lo que come. Tiene guasa que su mujer sea chef.

—¿Qué proyecto? Siempre dices que estás trabajando en un proyecto, pero luego nunca te encargan nada. Ya no te creo. —Lizzy detesta el tono acusador de su voz. Le recuerda tanto a su madre que le da la impresión de estar haciendo un viaje en el tiempo. Pero no puede contenerse—. Es una mentira de mierda. Lo tuyo no es más que mierda.

James se frena en seco para mirarla.

—Si eso es lo que sientes, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué seguimos juntos? ¿Para qué? Eres tú la que tuvo una aventura, así que ahora no me vengas haciéndote la santa. ¿Quieres marcharte? Pues vete. ¿Por qué seguimos con este paripé de matrimonio?

—Muy buena pregunta —le espeta ella. Da media vuelta y empieza a subir por las escaleras—. Hace meses que me pregunto eso mismo.

Debería marcharme, piensa, sentada en la cama de Connor y acariciándole con suavidad la espalda. El niño duerme abrazado a su elefante de peluche. Las persianas están bajadas.

No, debería marcharse él, es lo siguiente que piensa. Tenía que haberlo echado hace años. No basta con tener un hijo juntos. Seguro que para Connor es más perjudicial que sus padres vivan bajo el mismo techo cuando no se soportan. No quiero que Connor crezca en una casa llena de gritos, resentimiento y rabia... como yo.

¿En qué casa querría que creciera Connor?, se pregunta, con el rostro de Sean en mente. Dios, no. Sean no es precisamente el marido ideal. Mira su pobre esposa, en casa con cuatro niños pequeños mientras él anda de juerga por toda Nueva York... conmigo.

Lizzy se estremece. Ahora mismo no puede pensar en Sean. Cuando James se enteró, ella le prometió que la aventura se había acabado. ¡Aquello fue una pesadilla! Sean y ella habían ido al centro a comprar algunos equipamientos y luego fueron a Starbucks a tomar un café. Estaban sentados en un rincón de la ventana, lejos de todo y de todos los que conocían, a salvo, con las cabezas juntas, charlando, murmurando, besándose de vez en cuando. Sean le había cogido los dedos, ambos con las manos sobre la barra, cuando algo impulsó a Lizzy a volver la cabeza. Todavía recuerda que sonreía al girarse, y entonces vio a su marido fuera, horrorizado. La sonrisa se evaporó y ella salió de un brinco corriendo tras él.

Esa noche hubo llantos, y los días siguientes, también. James se trasladó a la habitación de invitados, aunque a esas alturas no era tan raro que abandonara el lecho marital. Habían hecho el amor tal vez un puñado de veces en los últimos cuatro años, y ninguna vez en los últimos dos, cada uno de ellos achacándolo a la paternidad, el trabajo, el estrés y el trajín de la vida moderna.

Unos días después, con voz temblorosa, James reconoció que había problemas en la relación, pero que nunca se le había ocurrido que ella fuera a tener una aventura. Iría a terapia de pareja si le prometía poner fin al asunto. Quería que le prometiera que no volvería a ver nunca a Sean.

—No puedo —respondió Lizzy, tan atormentada por la culpa que habría dicho que sí a casi cualquier cosa—. Es mi socio. Pero te prometo que nuestra aventura se ha terminado. En realidad no es ni una aventura —mintió entonces—. Solo nos hemos acostado un par de veces.

—¿Cuántas?

—¿Qué? —No se podía creer que James quisiera saberlo.

—Siete —volvió a mentir. Parecía un número creíble, ni mucho ni poco, y desde luego ni de lejos los cientos de veces que habían tenido relaciones en dormitorios, armarios e incluso servicios públicos durante dos años.

¡Dos años! Ni ella misma daba crédito. Le prometió a James que terminaría con Sean y creyó que mantendría su promesa. Fueron una temporada a terapia de pareja, y a Sean le dijo que se había terminado. Y se terminó. Por un tiempo.

Hace tres meses, Sean y ella acabaron los últimos al final de un evento. Salieron y, mientras esperaban en una esquina un coche de Uber, él le puso la mano en la espalda y la dejó allí y a Lizzy la recorrió un escalofrío de arriba abajo. Mierda, pensó. Merezco ser apreciada, pensó. Merezco saber lo que es sentir esto otra vez.

Se volvió y lo besó y ambos se olvidaron del Uber y acabaron yendo a un hotel.

¿Qué hago con James?, se pregunta ahora, todavía sentada en la oscuridad, todavía acariciando la espalda de Connor. Al principio le quería muchísimo, tantos años atrás. Lo conoció tan solo un año después de que Sean y ella empezaran a trabajar juntos. Aquellos días el trabajo la absorbía, y tenía la sensación de estar ocupada veinticuatro horas diarias todos los días de la semana sin un momento de descanso. James era un recién llegado a una agencia de publicidad y acudió a uno de sus eventos, que su empresa ofrecía a unos clientes. De inmediato le llamó la atención. Luego él se quedó cuando todos se marcharon, después de que recogieran, y acabaron charlando toda la noche. Desde el primer momento sintió paz con él, como si fuera un oasis en el mar de su caótica vida. Su serenidad calmaba a Lizzy, le bajaba el ritmo. Y James la amaba. A veces lo sorprendía mirándola con los ojos inundados de amor. Lizzy, impulsiva, salvaje, voluble, notaba físicamente que el corazón se le apaciguaba cuando estaba con él. Y con eso se sentía sólida, más segura con él de lo que se había sentido jamás.

¿Cuándo cambió todo eso? No cuando nació Connor. James estuvo fantástico. Dejó su puesto de director creativo en una agencia de publicidad para trabajar como autónomo y poder estar con Connor mientras Lizzy se labraba una carrera. James sabía de forma instintiva cómo ser padre, a diferencia de Lizzy: cambiaba los pañales, se levantaba en plena noche cuando el niño lloraba, dejaba dormir a Lizzy porque las cenas *pop-up* empezaban a tener éxito.

¿Y ahora? Sigue siendo el progenitor que se queda en casa, pero para no hacer apenas nada. Lizzy se lo imagina jugando a sus juegos de realidad virtual y rechina los dientes. En ese momento suena el teléfono. Su madre. ¡Me cago en todo!, piensa. ¿Ahora qué pasa?

Nell saca una barra de labios color ciruela del bolso, en el asiento del pasajero, y se pinta rápidamente. Se mira en el espejo. No parece ella misma con el carmín. Con un suspiro, saca un pañuelo de papel y se lo quita todo de inmediato. El maquillaje no le va. Stephen siempre la ha conocido natural y con la cara lavada. No entiende por qué se le ha ocurrido que esta noche tendría que tener otro aspecto. Los nervios, deduce, mirando su casa. ¿Sabrá Stephen que está allí parada en la puerta, demasiado nerviosa para entrar?

Ya ha pasado dos veces por delante de Compo Beach, por delante de los grupos de amigos que disfrutan de unos cócteles al atardecer en las hamacas de playa y en las mantas, con las neveras llenas de vino y comida. Qué poco ha cambiado esto, piensa. La casa de su madre está a la vuelta de la esquina, pero Ronni está en cama con uno de sus mareos. Y esta noche Nell no está allí para ver a su madre.

Stephen le contó que heredó la casa de sus padres, un bonito chalet de los años treinta en una callecita particular justo pegada al agua, y durante años lo estuvo alquilando pero el año anterior se mudó allí. Aunque no cree que se vaya a quedar. Los constructores no paran de dejarle notas en el buzón, desesperados por su terreno, desesperados por construir una nueva casa enorme de playa, y no va a poder esquivarlos toda la vida. Además, prefiere el campo, le contó a Nell. Admite que vivir en la playa es estupendo y todo eso, pero lo que a él le llega al corazón es el verde, los árboles, los campos, no el rumor de las olas ni el olor a mar.

Nell se vuelve a recoger el pelo con una gomilla en una lacia coleta que le cuelga a la espalda y respira hondo. Stephen debe de saber que está allí. Tiene

que entrar. Se vuelve a detener ya fuera del coche, aspirando el aire salobre, volviendo a su infancia con el olor de las algas y las posibilidades.

Lleva unas viejas botas cómodas de tacón bajo, una falda de flores larga y una camiseta. Nell, que no se quita los tejanos, la ropa vieja, los zuecos y los forros polares, se siente a un tiempo rara y guapa. Y otra persona totalmente.

El aire es aquí distinto. Todo es distinto. Viene a la playa tan poco que cada vez advierte los cambios. Las casas en las que creció, la casa de Emily Sussman en Compo Mill Cove, las casas de sus otras amigas del instituto, casi todas han desaparecido ya, muchas sustituidas por casas más grandes que se extienden hasta el borde de sus pequeños terrenos, con sus jardines protegidos con altas vallas.

Emily y ella pasaron la adolescencia de piscina en piscina, colándose en los jardines ajenos para darse un baño nocturno y salir corriendo chillando de risa y adrenalina si el propietario por casualidad se despertaba y las sorprendía. Entonces no había vallas. Conocía a todo el mundo en aquel barrio de playa. Fue su hogar, hasta que descubrió la granja Fieldstone.

En Easton, a pesar de que queda a menos de veinte minutos de distancia en un buen día, siempre ha tenido la sensación de vivir en el campo. Entendía muy bien a Stephen cuando hablaba con tanto entusiasmo de los campos y los árboles. Salta a la vista que la casa de Stephen está esperando que llegue un constructor a derribarla, piensa. Hay un arce enorme en el jardín y dientes de león diseminados por el descuidado césped. La casa es amarilla y encantadora, aunque Nell sabe que ese tipo de encanto ya no se lleva. Tiene un aspecto cansado, con el tejado hundido y las ventanas torcidas.

Con una botella de vino en la mano, por fin sube al porche. La falda hace frufrrú en torno a sus piernas. Abre la mosquitera y saluda. Al ver que nadie contesta, entra. Está en una sala grande, dividida en secciones. A un lado, una mesa de comedor con sus sillas, al otro, sofás y un par de butacas y al frente, una pequeña cocina.

¡Pero qué vistas! Deja el vino en la mesa de la cocina y se acerca a los ventanales del fondo. El resplandor del atardecer le ilumina la cara y arroja una vibrante luz rojiza y anaranjada sobre toda la sala.

—¡Justo a tiempo! —Tras un ruido de pasos en las escaleras, aparece

Stephen, que se inclina para darle un abrazo—. No quería que te lo perdieras por nada del mundo. Te debería haber dicho que vinieras antes.

—Me alegro de haber llegado a tiempo. Las vistas son increíbles. —Nell mira alrededor—. Se me había olvidado cómo eran aquí los atardeceres. La verdad es que me había olvidado de la playa. Vengo ya tan poco a esta zona... Y es preciosa. ¡Esto es una maravilla! —exclama, haciendo un gesto hacia el ocaso.

—Lo he encargado especialmente para ti —sonríe él—. Pero precisamente por eso lo quieren los promotores. Y por la tierra. Aquí pueden meter por lo menos quinientos metros cuadrados de construcción y hacer una piscina.

—¿Cómo puedes pensar en vender la casa? Es algo muy especial.

—Gracias. Aunque como ya sabes, prefiero vivir en el campo, sí que sé lo especial que es esto. Pero es que la casa se cae a pedazos y no tengo fondos para arreglarla. Más que querer venderla es que no tengo más remedio. Hay que hacer demasiadas reformas. No se ha tocado desde los años cincuenta, y se nota.

—Qué pena. A mí me parece perfecta. —Nell acepta la copa de vino que él le ofrece—. Me recuerda al Westport en el que me crie. ¿Tú qué crees que habría que hacerle?

—Pues las ventanas están podridas del todo, igual que el tejado. Y habría que apuntalar toda la casa. Ese es el problema. En realidad no vale la pena invertir dinero en ella, porque solo la quieren para derribarla. Cualquier dinero que metiera, sería dinero perdido. Y tampoco me importa demasiado. Vale que para mí es perfecta, pero hoy en día esto no lo quiere nadie. ¿Encimeras de formica y un cuarto de baño de color verde aguacate? Ha llegado un punto en el que no sé siquiera si podría alquilarla.

—Pero ¿por qué la ibas a alquilar? Ahora vives aquí.

—Es verdad. Y de momento estoy aquí muy feliz, y además esto me lo puedo permitir. Todo cuadra. —Stephen brinda con ella y Nell le sigue a la cocina, donde algo delicioso se está cocinando en un antiguo fogón eléctrico.

—¿Tú cocinas?

—Solo en ocasiones muy especiales. —Y abre la tapa de la olla para que Nell pueda oler—. Guiso de maíz.

—¡Mi plato favorito!

—¿A quién no le gusta el guiso de maíz? Voy a echar unas langostas en la parrilla. Tenemos ensalada de col y rollitos. ¿Te parece bien? —Parece preocupado, pero Nell asiente con la cabeza.

¿Qué esperaba? Que Stephen, el Stephen que parece recién salido de un rancho de Montana, le sirviera unos platitos pijos de cocina francesa? Ha preparado lo típico en él: cocina casera, buena, sustanciosa, con barbacoa y un guiso. Exactamente la clase de comida sin pretensiones que a Nell le encanta.

Salen con el vino a las sillas de la pequeña playa de guijarros mientras el sol se va hundiendo poco a poco en el agua. El cielo relumbra rosado, púrpura y naranja y las rocas de la costa parecen en llamas.

—¿Cómo pudiste marcharte de aquí? —Nell se hunde en la silla, notando el calor del vino que se extiende por su cuerpo. Piensa en lo feliz que se siente en ese momento, el agua chapaleando en las rocas, el vino en la mano, un buen hombre a su lado.

Sí, piensa. Podría acostumbrarme a esto.

Stephen sonríe, contento de verla tan a gusto. Hasta ahora solo la ha visto en la granja, donde siempre está atareada, algo distraída, o cuando salen a cenar, cuando ella se muestra encantadora pero formal. Aquí, con esa falda que deja ver algún destello de sus fuertes piernas, Nell advierte su admiración y el placer que siente al saber que ella está bien.

Cierra los ojos un momento y luego se vuelve hacia él interrogante.

—Me marché porque quería explorar el mundo.

—¿Y lo hiciste?

—No —se ríe él—. Exploré unos cuantos estados. Viví unos cuantos amores. Luego decidí volver a casa.

Nell ya había oído de sus amores, durante sus citas. Que había sido siempre muy monógamo, que nunca se había casado pero había pasado de una relación larga a otra. A menudo se encontró junto a mujeres que describía de mala gana como «demasiado exigentes», lo cual era la razón, decía, de que le gustara tanto Nell. Nell sabía cuidarse sola. Era independiente, una persona totalmente autónoma.

Era cierto, pensó Nell. Pero a veces deseaba no ser tan autónoma. Tal vez si

no lo fuera, no estaría tan sola. Tenía a River, por supuesto, pero River había hecho ni más ni menos lo que se suponía que tenía que hacer: crecer y marcharse a estudiar. Ahora sí que estaba sola. A menos que se le presentara alguien. Alguien tal vez muy parecido a Stephen. Nell se da cuenta de que Stephen es diferente en aquel entorno, que está más a gusto consigo mismo.

Apura el vino, se levanta y se sienta despacio en su regazo al tiempo que le rodea el cuello con los brazos. Con el beso de la otra noche no sintió nada, es cierto. Sin duda esta es la oportunidad perfecta para demostrar que estaba equivocada.

El dormitorio está oscuro. Stephen ronca suavemente a su lado. Nell se suelta de sus brazos con cuidado de no despertarlo. Recoge su ropa sin hacer ruido, baja por las escaleras y se viste en silencio antes de salir de la casa, cerrar despacio la puerta y meterse en el coche. Conduce despacio por las calles desiertas, por Merritt Parkway y más allá, hasta llegar a la granja. Entra en los baches del camino particular y frena en el patio delante de la casa.

Aunque es plena noche, el gallo se despierta y cacarea mientras ella entra, y Nell le canturrea como suele hacer. Algunas gallinas despiertan también y cloquean suavemente antes de volver a acomodarse en su percha para dormir. El aire huele a cálida noche de verano, las cigarras cantan, y Nell entra en la casa con el peso de la decepción sobre los hombros.

Se sirve una copa de whisky de malta y se deja caer en el sofá con un hondo suspiro para dar un largo trago.

Le gustaba mucho Stephen. Deseaba con toda su alma que saliera bien, que hubiera entre ellos, si no algo serio, por lo menos un poco de diversión. Pero cuando él la besó allí en el césped frente al mar, ella no sintió nada más allá de una leve curiosidad. Y más tarde, cuando ella le tiró de la mano para llevarlo al dormitorio, para deleite de Stephen, Nell confiaba en que a lo mejor lo que no funcionaba eran los besos y que todo iría bien una vez que se acostaran juntos.

Y eso hicieron. Y estuvo... bien. Pero «bien» no era lo que ella quería. No esperaba sentir lo mismo que sintió hacía ya tanto tiempo con Lewis Calder,

eso estaba claro, pero sí sentir algo al menos. ¿Era tanto pedir, sentir algo?

Le preocupaba que la culpa fuera suya, le preocupaba tener algún problema, y ahora, después de esta noche, después de que aquel hombre dulce, guapo y encantador no lograra obtener de ella respuesta alguna, Nell sabe que es cierto. Es frígida. Tiene que ser eso. ¿Qué otra explicación habría?

El teléfono suena. Nell se lo saca del bolsillo temiendo que fuera Stephen para preguntarle dónde estaba, de manera que sonrío encantada al ver que es River.

—¡El hijo pródigo! —exclama, con un afecto en la voz que solo surge cuando habla con River o de River.

—Madre —dice él muy formal—. ¿Te he despertado? ¿Es muy tarde?

—Nunca es muy tarde para llamar a tu madre. Y no, no me has despertado. Estoy en el salón, tomándome un whisky.

—¿Tú sola? ¿Debería preocuparme? ¿Llamo a Alcohólicos Anónimos? ¿Necesitamos organizar una reunión familiar?

—No te pases. —Nell se echa a reír—. Esta botella lleva aquí como unos dos años. Es todo un lujo y estoy disfrutando de cada sorbo.

—Sorbos, no tragos, ¿no? Entonces vale. En fin, que te llamo porque estábamos pensando en ir a casa, Daisy y yo.

Nell se incorpora en el sofá y deja el vaso con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿De verdad? ¿Cuándo? ¡Tengo muchas ganas de verte!

—Pues a lo mejor la semana que viene. Daisy tenía trabajo en un vivero durante el verano, pero resulta que no hay nada que hacer, que la mujer le había ofrecido el puesto para hacerle un favor a su madre. Así que ahora estamos pensando en hacer un viaje en coche en agosto. Y se nos ha ocurrido que podríamos ayudar en la granja en julio, ¿qué te parece?

—¡Perfecto! Siempre necesitamos manos extra durante el verano, y Cheryl quería marcharse, pero no le he dicho que sí porque no puedo llevarlo todo yo sola. ¡Ay, River! ¡Me has alegrado la noche!

—Oye, ¿y te parece bien que venga también la madre de Daisy? Daisy le prometió pasar al menos una parte del verano con ella, así que como ahora resulta que no vamos a estar aquí, pues igual podría venirse con nosotros. Te caerá bien, ya verás. Y es una repostera buenísima, así que podría ayudar con

eso también.

Nell no sabe qué decir. No le apetece demasiado pasar el verano con alguien que no conoce. Y tampoco es que conozca mucho a Daisy, solo la ha visto un par de veces. Cuánto menos a su madre. Pero en fin, Daisy parece una buena chica y adora a River, y Nell está dispuesta a cualquier cosa a cambio de tener a River en casa una temporada.

—Si Cheryl no está, a lo mejor la madre de Daisy podría quedarse en la casita de la guardesa, ¿no? Ya sé que tú no quieres desconocidos en casa, pero Daisy y yo sí podemos quedarnos, ¿no?

—Pues claro. —Nell se relaja. Es cierto que es un ser de costumbres y no le gusta compartir su espacio con desconocidos. El año anterior una mujer del pueblo intentó convencerla para que fuera con ella a un retiro de meditación. A Nell le entusiasmó la idea, hasta que se enteró de que tendría que compartir habitación y cuarto de baño con otras dos mujeres. Se excusó educadamente. Es demasiado mayor para compartir espacio con desconocidos, está demasiado apegada a sus costumbres para compartir el espacio incluso con gente que conoce. Aparte de River, que no cuenta. Y Daisy, que cuenta un poco pero se libra por asociación.

—¿Tiene nombre la madre de Daisy?

—Greta.

—¿Y sabe Greta algo de vuestros planes? ¿Está de acuerdo? ¿Tendría que llamarla para presentarme?

—Todavía no hemos hablado con ella. Queríamos consultarlo antes contigo. Pero le parecerá bien. Es una tía muy tranquila. Seguro que os llevaréis muy bien.

—Bueno, esperemos.

Nell acaba de pedirle a su hijo que llame a su abuela por la mañana, cuando de pronto ve en la pantalla que Ronni está en la otra línea. Lleva varios días evitando sus llamadas. Sacude ahora la cabeza, sabiendo que esta vez tendrá que contestar, aunque solo sea por quitársela de encima. ¿Por qué la llamará su madre tan tarde?

—Tengo que colgar —le dice a River—. Tengo a la abuela por la otra línea y lo mismo es importante. Te quiero, cariño.

—Yo también te quiero.

Billy Hart se agita mientras espera en la puerta, repasando mentalmente su lista. Seguro que ha metido la grabadora y el cuaderno, la videocámara... pero ¿y las baterías extra? No lleva, pero está bastante seguro de que allí habrá. Una vez se le rompió una grabadora en mitad de una entrevista y decidió viajar siempre con una de sobra, pero al final nunca lo ha hecho.

Mira alrededor y olfatea el fresco aire salobre, nervioso de pronto ante la perspectiva de conocer a una actriz que ha visto en infinidad de películas, una actriz a la que vio actuar una vez en el teatro en Nueva York, una actriz a la que ha admirado toda la vida. Después de aquella obra de teatro, esperó en la puerta de su camerino para conseguir un autógrafo. Entonces era joven y acababa de mudarse a Nueva York, fue antes de sentirse hastiado, antes de decidir que tenía que marcharse.

La razón por la que se marchó, según le cuenta Billy a todo el que quiera oírlo, es que no era capaz de seguir el ritmo de la ciudad. Por eso se fue a Litchfield, Connecticut. Toda su vida había sentido pasión por vivir en el campo, es lo que dice, y todo el mundo que ha estado en Litchfield asiente comprensivo.

—Qué sitio más bonito —dicen—. A mí también me encantaría vivir allí.

Algunos se muestran sorprendidos de que alguien con esa pinta de joven urbano se trasladara a la paz bucólica. Todo el mundo da por sentado que los periodistas o creadores de documentales tienen que vivir en Nueva York para ganarse la vida. Sus amigos se quedaron pasmados cuando anunció que se marchaba. Pero ¿qué demonios iba a hacer alguien como él en Litchfield? ¿Qué historias podría cubrir? ¿Qué tertulias literarias pensaba que iba a

encontrar allí?

Pues resulta que hay tertulias literarias de sobra. No tanto en Litchfield, pero los pueblos de alrededor —Washington Depot, Roxbury, New Preston— están a rebosar de refugiados de la escena neoyorquina: escritores, actores, directores de cine... Billy no está ni de lejos tan apartado del mundo como se imaginan. Y lo mejor de todo es que puede entrar y salir a su antojo de esos círculos. Conoció a alguien en una biblioteca que le presentó a un gran director de cine en Washington, que le invitó a un fiesta donde todo el mundo era interesante y amistoso, y a partir de ahí le cayó encima una lluvia de invitaciones a lo que parecía una fiesta continua ambulante que se prolongó durante meses en distintas casas.

A veces iba y a veces no. Le encantaba estar rodeado de gente interesante y luego despertarse y ver por la ventana los campos y las vacas. Le encantaba que en aquel pueblo no hubiera nada que le recordara remotamente a Nueva York, donde a cada paso lo asaltaban recuerdos de su exmujer.

Ya le resultó bastante doloroso enterarse de que Veronica había tenido un lío con George Salisbury, el apuestísimo agente literario y rey de la escena literaria neoyorquina. Pero lo peor es que no fue, tal como él pensó en ese entonces, una aventura fugaz, sino que Veronica y Salisbury se acababan de casar, con toda una página del *New York Times* dedicada a las gozosas nupcias.

Billy había intentado por todos los medios evitar el *Times* ese día, pero al final, igual que uno toquetea una costra dolorosa, no pudo resistirse. Una enorme fotografía de Veronica y George besándose, con una fastuosa descripción de su boda en el campo. Billy leyó sobre las divertidas balas de heno colocadas por los terrenos de su granja de Millbrook, en las que la flor y nata de la sociedad se sentó para verlos unirse en matrimonio. Se enteró de que se sirvieron tortas de tomate y queso de cabra, tomates de su gran huerto orgánico vallado al tradicional estilo inglés para que, reía George, las cabras no pudieran entrar y comérselo todo. El queso de cabra, naturalmente, era de sus propias cabras.

Billy examinó las fotografías con ojo atento. Había en la boda muchos invitados a los que en otro tiempo consideró sus amigos. Gente que le llamó al

enterarse de que se había separado de Veronica, que le aseguraban que no creían en eso de tomar partido, que tenían unos límites muy claros y jamás hablarían del uno con el otro. Ninguno de ellos se dio cuenta de que Billy solo quería oír hablar de Veronica, por muy doloroso que fuera.

Les había creído, había pensado, el muy ingenuo, que sería posible continuar con las amistades, hasta que se enteró de que habían estado en la fiesta de Veronica y George. O los pillaba en la inauguración de una galería del Soho, riéndose en un rincón con Veronica y George (él se marchó de inmediato). O los veía en las páginas del *New York Times*, con sus flautas de cristal de Tiffany llenas de champán, sentados en balas de heno, radiantes, mientras Veronica y George se miraban con ojos de cordero degollado con las manos entrelazadas, a punto de casarse. Y Billy sabía que no era lo bastante maduro para volver a verlos.

Había intentado de verdad reaccionar como un adulto. Trató de evitar las fiestas, de hacer nuevos amigos. Pero solo consiguió encontrarse cada vez más solo en su nuevo y aséptico apartamento del East Village, un apartamento que para empezar él no había querido.

Veronica se quedó con la casa que habían compartido, el apartamento de renta antigua en el que ella había vivido casi veinte años, en el que Billy había vivido con ella los últimos siete, hasta que descubrió su aventura y se largó, figurándose que ella acudiría tras él corriendo en menos de un mes. No fue así. De hecho, la relación con George se hizo más seria y Veronica dejó el apartamento para mudarse a la célebre y preciosa casa de piedra de George en Chelsea.

Eso fue lo que más rabia le dio desde que se enteró de su aventura. ¿Veronica había dejado un clásico piso de antes de la guerra, de ocho habitaciones, en un precioso edificio muy en boga, con un alquiler tirado? Se lo podía haber quedado él. Bueno, podría habérselo quedado, sí. Lo cierto es que ella se lo había ofrecido, llevada por el sentimiento de culpa, pero Billy, por no mitigar esa culpa, dijo que no. Pero por supuesto luego se había dado de cabezazos contra la pared.

Un día de enero acabó en Litchfield, Connecticut, más que nada por casualidad. Hacía un frío helador, pero el lugar era hermoso. Subió para pasar

el fin de semana con su antiguo amigo del colegio, Henry, que vivía en un viejo granero a las afueras del pueblo con su mujer, Georgia, y sus dos hijos. Y todo resultó idílico. Pasearon por el centro y tomaron chocolate caliente en el Village, cenaron en el West Street Grill, donde había tantos neoyorquinos de los pueblos de los alrededores que Billy echó un vistazo y pensó: Esto no está nada mal; yo podría vivir aquí. He encontrado a mi gente. Aquí es donde por fin conseguiré escribir el libro.

Billy llevaba años haciendo documentales y escribiendo artículos para varias revistas. Hacía mucho que pensaba en escribir una novela que había pergeñado numerosas veces en su mente. Había tomado copiosas notas a lo largo de los años, pero siempre se veía viviendo en el campo para escribirla. Los apartamentos de Nueva York, tanto el que había compartido con Veronica como el que alquiló después, jamás se ajustaron a su fantasía, de forma que el libro no llegó nunca a escribirse.

Pero aquí estaba ahora, en el idílico pueblecito de Litchfield, bastante tranquilo pero a la vez bastante cultural para satisfacer todas las necesidades de Billy. Era, en resumen, el lugar perfecto para escribir su libro.

Henry y Georgia, por supuesto, estuvieron encantados. Cada vez que tenían algún invitado se esforzaban por convencerlo de los encantos de Litchfield, pero jamás habían logrado hasta ahora tentar a nadie para que se mudara. Y ahora aquí estaban con Billy, no solo paseando con un agente inmobiliario, ¡sino mirando casas!

Billy se enamoró de una casa en North Street, pero le quedaba totalmente fuera del presupuesto. Después de haber vivido de alquiler tantos años en Nueva York, había dado por sentado que alquilaría allí también, pero no encontró nada que le gustara demasiado, hasta que le enseñaron una vieja casa de techo abuhardillado junto a un estanque, cerca del pueblo. Se vendía o se alquilaba, de manera que hizo un contrato de alquiler por un año con opción a compra.

Se mudó el pasado marzo, y de momento sigue flotando en la nube rosa de felicidad viendo que su fantasía campestre es todavía mejor que la realidad. Se acabó eso de colarse de mala manera en fiestas pijas para intentar dar jabón a los diversos editores y escritores del *New Yorker*. Se acabaron las

risas nerviosas con la gente del *Vanity Fair*, esperando que le encargaran otro artículo. Se acabó el codearse con los editores del *New York Times Magazine*, verse con ellos en restaurantes y tratar de venderse allí mismo porque podría ser la única oportunidad de su vida. Bueno, en realidad eso no es verdad, porque aquí se topa con mucha de esa misma gente, pero es un ambiente menos competitivo. Todo en su vida es ahora más relajado.

Billy no gana ni de lejos lo que ganaba desde que dejó atrás estas oportunidades, pero tampoco necesita ya tanto dinero. Se ha apartado de la cinematografía para escribir más, aunque todavía hace algunos artículos para las revistas y tiene una columna en una de las revistas para hombres más de moda. Se llama *Con el corazón en la mano*. Los primeros meses escribió valientemente sobre la ruptura de su matrimonio, el dolor y la desolación de sentirse traicionado; contó que su mujer se dejó el iPhone cuando fue a clase de yoga, y la terrible tentación de cogerlo, sabiendo que estaba mal mirar sus mensajes, sabiendo que tenía que hacerlo; contó que incluso antes de empezar a leerlos sabía exactamente lo que encontraría, pero verlo allí escrito, relumbrando ominosamente en una pequeña y pesada pantalla (era pequeña, todavía no había salido el iPhone 6 Plus), fue suficiente para hacerle vomitar. Escribió que ya esperaba la tremenda pelea que tuvieron, que lo empujó a salir hecho una furia del apartamento, y que sus esperanzas de que el sentimiento de culpa la llevara a correr tras él suplicando quedaron en agua de borrajas. Escribió sobre sus primeras incursiones de nuevo en la vida de soltero una vez que se dio cuenta de que ella no iba a volver, a pesar de que ya la había perdonado y habría hecho cualquier cosa por recuperarla. Contó que en Nueva York había decidido que la mejor manera de superar una ruptura es considerar a tu ex como una resaca y adoptar el método de un clavo saca otro clavo. Que encontrar a alguien con quien practicar fue tan fácil como marcharse del apartamento, y que al cabo de tres meses (después de pasarse los dos primeros meses llorando a moco tendido), se había acostado con ocho mujeres, y que todo ello solo le había hecho sentir más vacío y más solo y le había terminado de convencer de que jamás volvería a encontrar la felicidad.

Escribió sobre la visita a Henry y Georgia; contó que en Litchfield encontró una paz que no existía en la ciudad. Billy se había criado en Redding,

Connecticut, que aunque no era el campo más salvaje, sí era bastante rural, tanto como para sentirse en casa en Litchfield, para sentir una serenidad que ni siquiera sabía que echaba de menos.

De vez en cuando le llega algún correo electrónico o una llamada de uno de sus supuestos amigos, que desde luego ya no eran amigos de verdad porque siempre le pedían que dejara de escribir sobre Veronica. El argumento básico era que Veronica se sentía cada vez más avergonzada de él, de que expusiera de esa forma su vida juntos, ¿y no se daba cuenta de que a quien más daño estaba haciendo era a él mismo?

Las dos o tres primeras veces, Billy se esforzó por explicar que no tenía la mínima intención de hacer daño a Veronica, lo cual era cierto. No escribía sobre Veronica para hacerle daño, sino porque era la única manera que conocía de mitigar su propio dolor. Nunca se le había dado bien expresarse a menos que fuera con los dedos o con una cámara de vídeo, donde su rigurosa honestidad le había reportado un leal número de seguidores y trabajo constante. Incluso después de marcharse de Nueva York.

Tenía que escribir todo lo que había pasado para poder entenderlo, para asimilarlo y, finalmente, para pasar página. Empezó entonces su novela. Era vagamente autobiográfica, como lo son tantas óperas primas. El protagonista creía que pasaría el resto de su vida con la mujer a la que consideraba su alma gemela, hasta que un día llegó temprano de su trabajo como publicista para una gran editorial y se encontró a un colega —su jefe, para ser más específicos— en la cama con ella.

La novela iba bien. Billy descubrió que todo lo que le había pasado se iba hilando en su cabeza mientras escribía, que fluía de sus dedos de una forma que le alegraba el corazón. Su protagonista, Julius, estaba por supuesto basado en él mismo por completo las tres primeras páginas, pero no tardó en convertirse en un personaje independiente, un personaje que le dictaba a Billy lo que haría a continuación. Y Sophia, la que pronto sería la exmujer, era fría y despiadada como Veronica no lo había sido nunca. Pelirroja, en lugar de rubia como Veronica, y mucho más calculadora y cruel que la Veronica en la que se inspiraba.

De vez en cuando Billy se preguntaba qué pensaría ella de todo aquello, se

planteaba reescribir algunas partes para hacerla menos reconocible ante las personas que los conocían. Pero se trataba de ficción, aunque inspirada en una particular circunstancia de su vida, y para él estaba claro que Sophia, igual que Julius, era un personaje por derecho propio.

Y francamente, ya no le importaba lo que pensara Veronica. No mucho.

Siguió trabajando como autónomo, con su equipo de filmación bien guardado ahora en el sótano. Todo iba bastante bien, y se sentía más feliz de lo que hubiera pensado posible, cuando de pronto la otra noche resulta que no podía dormir, puso la tele y al instante le llamó la atención una película con una joven Ronni Sunshine de protagonista. ¿Qué había sido de Ronni Sunshine?, se preguntó. Encontró en Internet fotos de ella en varias galas, pero nada desde hacía más de un año. Y luego dio con una pequeña nota que anunciaba que habían recoloreado una de sus primeras películas y la volverían a lanzar al año siguiente.

¿No era ya hora, se dijo, de que se haga un gran reportaje sobre ella? El relanzamiento de una de sus películas clásicas sería el gancho perfecto, por no mencionar que una de sus hijas era ahora una chef famosa. Sin duda ahí había un buen artículo. Tal vez incluso un documental.

Encontró la página web de su agencia y mandó un correo a su agente, presentándose, asegurando que era un gran admirador de su trabajo y preguntando si la actriz podría estar interesada en un reportaje sobre ella, tal vez incluso un documental. ¿Por qué no? Billy no había pensado en hacer otra película, pero a lo mejor podía realizarle una entrevista... o igual una combinación de ambas cosas. Con todo lo que se publicaba en Internet, era muy posible que pudiera escribir un reportaje con una parte filmada, añadiendo antiguos clips de sus películas clásicas. Podría haber una buena audiencia para ello, y un buen pellizco para él.

Dos días después la agente le contestó. Ronni Sunshine estaba interesada, y Billy podría ir a almorzar a su casa para charlar con ella. Billy se quedó tan pasmado como encantado. No había esperado una respuesta tan rápida, y mucho menos que lo invitara a comer a su casa.

Total, que aquí está, en la puerta de una casa encantadora al fondo de una calle particular, en una colina cerca de la playa en Westport. Se oye algo en el

interior y por fin la abre una menuda mujer filipina.

—Hola. Usted debe de ser el señor Hart. La señora Sunshine le está esperando en el porche. Le acompaño. ¿Le apetece algo de beber? ¿Un té helado? ¿Un vino?

—Un té helado, muchas gracias.

Billy la sigue a través del vestíbulo, fijándose en todo, puesto que todo puede valerle para un artículo o una película. Bajan unos escalones hasta el salón y salen al porche, donde Ronni Sunshine aguarda sentada en un sofá, mirando la pantalla de un iPhone con unas gafas en la punta de la nariz. La filipina le quita con delicadeza el móvil de la mano para dejarlo en la mesa junto a ella. Billy se lleva un sobresalto al ver lo distinta que es Ronni Sunshine en persona. Es cierto que, a pesar de sus sesenta y cinco años, conserva su glamur, va exquisitamente maquillada y luce su maravillosa melena rubia que se había convertido en su marca personal. Sus tobillos siguen siendo esbeltos y delicados, sus dedos, cargados de grandes piedras y gemas. Pero el rostro bajo el maquillaje está demacrado, y parece tener problemas con la mano izquierda, que yace yerta en su regazo mientras con la derecha estrecha la de Billy. Y la filipina le había quitado el iPhone —una cosa ya rara de por sí— con el cuidado y consideración que se emplea con personas enfermas.

Billy se sienta en la butaca junto a ella y alaba su preciosa casa, aquella hermosa sala, su buen aspecto.

—Mi aspecto ya no es el que era —dice ella, con tono realista.

—Como nos pasa a todos.

—Cierto. —Ronni sonrío—. ¿Desde dónde viene?

—De Litchfield. ¿Lo conoce?

—Una vez tuve una aventura con un director que tenía allí una casa de vacaciones. Nos enrollábamos cuando su mujer no estaba. Qué cosas tan terribles hice en mi juventud. Es un pueblo muy bonito. Me habría gustado vivir allí, solo que quedaba muy lejos de Nueva York. Westport era un punto medio más sensato.

—¿Lleva aquí mucho tiempo?

—Una eternidad y un día. Me encantó su documental sobre los galgos.

—Gracias. —Diez años atrás, Billy rodó un documental sobre las carreras de galgos y el destino de los perros una vez que los retiraban. Ganó varios premios y fue la comidilla de la ciudad por un breve periodo de tiempo, y de vez en cuando, como hoy, todavía hay quien lo saca a colación y le felicita por el trabajo.

—Mostró muchísima compasión, y la filmación era preciosa.

—Viniendo de usted, es un cumplido tremendo.

—Es verdad. Tomé nota de su nombre, pensando que algún día me gustaría trabajar con usted. Fue una sorpresa maravillosa que mi agente me pasara su correo.

—No tenía ni idea de que todo sería tan rápido. Gracias por ser tan abierta, y por esta invitación. Sé que hace mucho tiempo que no concede grandes entrevistas, y a mí me encantaría hacer algo. Estoy pensando tal vez en un reportaje para el *New York Times Magazine* o el *Vanity Fair*. Podríamos filmar algo también, añadir algún contenido digital para nuestros lectores online.

—Así que está pensando en hacer algo más que un artículo superficial, ¿eh?
—Ronni sonríe y se mira la mano. Luego vuelve a mirar a Billy, que por primera vez advierte el bastón apoyado a un lado de su asiento.

—Creo que tiene usted una historia fascinante que no se ha contado. Sus comienzos en Inglaterra, y los primeros años en Hollywood, cuando tomó la ciudad por asalto. Creo que ha llegado el momento de contar su historia.

—A lo mejor tiene razón. Que quiera hacer algo así resulta tremendamente halagador en esta etapa de mi vida —sonríe ella—. Pero como ve, no estoy bien. —Señala entonces el bastón—. Lo ignoré durante mucho tiempo, pensando que algún día me despertaría y volvería a ser yo misma. Pero no ha sido así. Dicen los médicos que tengo ELA. ¿Sabe lo que es la ELA?

Billy asiente, horrorizado.

—Esclerosis lateral amiotrófica, también conocida como la enfermedad de Lou Gherig. Y sabrá que es un deterioro progresivo para el que no existe cura.

—Lo siento muchísimo. —Billy se sorprende al darse cuenta de que se le han saltado las lágrimas. Ronni se muestra tan estoica, tan resignada, tan valiente... Es lo último que se podía haber imaginado—. No sé qué decir.

—No tiene que decir nada. Yo ya he investigado de sobra y parece ser que mi destino es ineludible. Los médicos no hacen más que hablarme de Stephen Hawking y de que vivió una vida muy plena y muy importante y muy relevante y además muy larga. Pero Hawking es más bien una anomalía. —Suspira—. Y yo no quiero una vida así. La cuestión no es si moriré, sino cuándo. No tenía pensado morirme antes de los setenta, pero, como suele decirse, la vida es lo que sucede mientras una hace otros planes.

—¿Qué puedo hacer yo? ¿Cómo podría ayudar?

—Le voy a hablar un poquito de la ELA. En la mayoría de los casos, como me pasó a mí, empieza con cansancio y mareos. A partir de ahí, empecé a tropezar y a veces a caerme. Cuando mueren los nervios, sufren espasmos bajo la piel, además de los calambres musculares. A medida que nos vamos debilitando, nos hacemos torpes. He perdido el uso de mi lado izquierdo y solo puedo andar con bastón. No tardaré mucho en ir en silla de ruedas. Con el progreso de la enfermedad, la parálisis se irá extendiendo hasta llegar al cien por cien. Al final, no podré comer, beber ni hablar. Me alimentarán por un tubo hasta que mis órganos acaben por colapsar. Y entonces me moriré. No es una manera muy bonita de marcharse.

Billy sacude la cabeza, todavía con un nudo en la garganta.

—Y no pienso marchar de esa manera. No lo sabe nadie, aparte de Lily, a quien ha conocido al llegar. Mis hijas no lo saben. Mis amigos no lo saben. Mi agente no lo sabe. Ni mi mánager ni mi publicista. Aparte de Lily, usted es la única persona que lo sabe. No me puedo morir así, señor Hart. No me voy a morir así. Y siento haberle hecho venir hasta aquí para explicarle por qué no voy a aparecer en ningún artículo que no sea mi obituario.

Ronni hace una pausa y suspira.

—Lo siento. Estoy hablando demasiado. Es que hace mucho tiempo que no veo a nadie que no sea mi doncella. He sido muy discreta con todo esto y, la verdad, es un alivio poder hablar del tema. Mis hijas y yo estamos bastante distanciadas, aunque Nell vive aquí cerca, en Easton. Me hace algún recado de vez en cuando, pero apenas la veo. Lizzy está en Nueva York, y Meredith, en Londres. Hablo con cada una de uvas a peras, y entre ellas hablan todavía menos. No fui una buena madre, señor Hart. Estaba demasiado concentrada en

mi carrera. —Ronni vuelve a suspirar—. Estaba demasiado centrada en mí misma. Era egoísta, egocéntrica y no estaba interesada en mis hijas. Para cuando se hicieron mayores y quise llegar a conocerlas, las que no tenían interés eran ellas. Y no es de extrañar. Yo habría hecho lo mismo. Pero ahora las he llamado para que vengan a casa y tengo pensado pedirles perdón por haber sido tan mala madre. Las quiero conmigo cuando me muera.

Billy abre unos ojos como platos.

—¿Sabe cuánto tiempo le queda?

—Huy, no pienso esperar a que me lleve la enfermedad. Lo voy a hacer yo misma. Y quiero a mis hijas conmigo en ese momento.

Billy se adelanta en su silla, alerta, como cada vez que por casualidad da con la historia oculta, con la noticia inesperada.

—Señora Sunshine...

—Por favor, llámeme Ronni.

—Ronni, siento muchísimo todo esto y tal vez sea de lo más impertinente pedírselo incluso, pero si quisiera usted al menos considerarlo, yo sigo dispuesto a escribir un reportaje. Puede ser sobre esto: su extraordinaria valentía, la determinación de decidir sobre su propia vida. Estaría ayudando a mucha gente, no solo al contar su historia, sino mostrándola. Sería su legado, junto con sus películas, obviamente, pero esto es muy importante: que la gente la vea, que vea lo que ha decidido. Si quisiera al menos pensárselo, para mí sería un honor venir a dar testimonio, con palabras, fotografías y película.

Ella se lo queda mirando.

—Me siento halagada. En cualquier otro momento de mi vida, me habría hecho una ilusión loca, pero tengo demasiado trabajo ahora. He sido una madre terrible. La típica actriz —añade con una sonrisa sarcástica—: egoísta, egocéntrica. Y desatendí a mis hijas. Y ha hecho falta este diagnóstico para darme cuenta del daño que he hecho y de todo lo que tengo que enmendar para que puedan contar la una con la otra cuando yo no esté. Creo que ser filmada, o incluso tenerle a usted aquí, podría ser una distracción tremenda.

—Pero esa es justamente la historia. —Billy no puede disimular el entusiasmo en sus ojos—. Su redención. Que usted y su familia se unan en sus últimos días.

Ronni lo mira.

—Perdone, me estoy muriendo, pero todavía no estoy muerta. Y si fuéramos a hacer esto, y no he dicho que sí, pero si lo hiciéramos, hay ciertas cosas que serían importantes para mí. ¿Mostraría lo que es sufrir una enfermedad debilitante y por qué la eutanasia es la única opción para una actriz vieja y vanidosa como yo? ¿Explicaría con benevolencia que hasta aquí es hasta donde he querido llegar? Quiero morir siendo todavía capaz de andar. Quiero morir todavía hermosa. Quiero marcharme con la misma pasión con la que he vivido. Y quiero que mis hijas me perdonen. ¿Puede capturar todo eso? ¿Puede aceptar ese reto?

Ronni guarda silencio, pero Billy es paciente y espera a que prosiga.

—A lo mejor podría entrevistarme a mí, a solas. Tal vez podría hablarle de mis hijas, dejarles algo para que me recuerden. Algo que les ayude a recordarme bajo otra luz.

Vuelve a callar. Billy asiente con la cabeza, intentando asimilarlo todo. No era ni mucho menos la historia que tenía planeada, no era la clase de documental que había imaginado, pero el hecho de que Ronni Sunshine decida poner fin a su propia vida es —por macabro que suene— justo el tipo de reportaje sobre el que se habría abalanzado cuando vivía en Nueva York. El tipo de reportaje que podría poner su nombre de nuevo en el candelero.

El proyecto es mucho más grande de lo que esperaba cuando envió aquel email. Significaría cambiar su vida, vivir allí un tiempo, conocer a la familia, formar parte de todo. No era lo que se había imaginado para los siguientes meses. ¡Pero menudo reportaje! Menudo privilegio. ¿Cómo se va a negar?

—¿Así que me permitiría entrevistarla y filmarla?

—Sí.

—¿Y sabe que necesitaré estar aquí todo el tiempo? ¿Sabe que así es como trabajo? Un documental desde una observación constante, por así decir. Voy a pasar desapercibido, pero tendré que estar aquí siempre.

Ronni sonrío.

—No crea que no sé exactamente lo que esto implica. Mis hijas vienen todas de camino. No saben nada y yo estoy casi lista para contárselo. He estado esperando algún cambio, alguna cura, pero está claro que no hay nada que

hacer. Necesito que las chicas intenten establecer de nuevo entre ellas una relación. Una vez que se hayan reunido aquí, se lo diré. Y usted probablemente debería estar presente, ¿no?

Bill asiente.

—Sí. Y gracias. Es un honor que me permita hacer esto. ¿Cree que a sus hijas les parecerá bien?

—Me imagino que sí. Toda mi vida ha girado en torno a mi ombligo, y lo único que he logrado con mi desastroso egocentrismo es apartar a mis hijas de mí y distanciarlas entre ellas. Tengo tres hijas a las que apenas veo, con las que rara vez hablo. Y lo que es peor: entre ellas tampoco hablan. Si puedo hacer una última cosa, será intentar unir las de nuevo. En cuanto sepan que me muero, todo volverá a girar en torno a mí. De manera que voy a esperar un poco. —Ronni le mira a los ojos—. ¿Qué me dice?

Billy se lo piensa un momento.

—Me ha dicho que podría hacerle una entrevista sobre sus hijas, dejar un legado. Tengo la cámara en el coche. ¿Estaría dispuesta a hablar conmigo esta tarde? ¿Me permitiría filmarla un poco mientras habla de sus hijas?

—Sí —contesta Ronni—. Pero primero voy a pedirle a Lily que nos traiga el almuerzo.

Meredith tiene la impresión de que son muchas las cosas que no se le permiten hacer desde que está con Derek, y algunas de ellas de verdad le gustaban. Meredith antes fumaba. Derek se horrorizó al encontrar un paquete de tabaco en la mesilla de noche, incluso cuando ella le explicó que no es que fumara habitualmente, sino solo cuando se tomaba una copa o ya tarde por la noche, a solas. Derek sacudió la cabeza al tiempo que su boca se arrugaba en una prieta mueca.

—Pues eso se acabó —declaró, y estrujó en la mano el paquete de cigarrillos, salpicando hebras de tabaco sobre la alfombra. Meredith tuvo que pasar luego la aspiradora.

Ya no come marisco porque Derek no come marisco, y cada vez que menciona que va a pedirlo en algún restaurante, Derek la mira con desdén y le pregunta cómo puede comer unas criaturas tan asquerosas, que se alimentan de porquerías y que no son aptas para el consumo humano. Meredith no menciona, cada vez que van a cenar al restaurante favorito de Derek, que las chuletas de cerdo que mordisquea están atiborradas de hormona del crecimiento, ni que tiene toda la cara manchada de densa salsa marrón.

Meredith ha aprendido a mantener la boca cerrada sobre política. Derek se define como un verdadero conservador, fascinado por la política de Estados Unidos. Cuando se lanza a despotricar sobre la conspiración de los medios de comunicación de izquierdas, Meredith no dice nada. Intenta marcharse. No se involucra en lo más mínimo.

A Meredith antes le encantaba ver lo que ella llamaba «televisión de palomitas»: tonta, entretenida y fácil de digerir sin tener que pensar siquiera

en ello. Podía pasarse horas viendo los programas americanos que baja de Internet: *La voz*, *The Real Housewives*, *Catfish: mentiras en la red*. Ahora ve las noticias con Derek. O *Poldark* o *Downton Abbey*. Lo único en lo que están remotamente de acuerdo es en la serie *Ley y orden: unidad de víctimas especiales* por cable, pero al cabo de los primeros cinco minutos de cada episodio Meredith se da cuenta siempre de que ya lo ha visto. Igual que Derek, solo que él nunca se acuerda hasta el final, y entonces frunce el ceño y suelta:

—¿Sabes? Esto me suena. ¿No lo hemos visto ya?

Cuando llamó su madre y le dijo que necesitaba que volviera a casa el viernes, al igual que sus hermanas, Meredith supo de inmediato que tenía que ir. Y casi al mismo tiempo pensó: ¿por qué no tomarse el día libre el jueves y pasar un día tranquilo en el que nadie le exigiera nada? Qué demonios, ¿por qué no salir el miércoles? ¿Por qué no convertirlo en unas minivacaciones? Bien sabía Dios que hacía años que no disfrutaba de unos días para ella sola. La mera idea de estar sola en un hotel la ponía a saltar de alegría. Pero ¿dónde podía ir? A Westport no, eso hasta el viernes. Antes iría a algún sitio donde no conociera a nadie. Algún sitio con un spa, tal vez, tranquilo y sereno. Buscó en Google «mejores spas en Connecticut» y se paró sobre uno en Washington. Había estado en Washington Depot hacía años y lo recordaba bonito y tranquilo. Era perfecto. También costaba una fortuna, pero... ¿Y qué?, se dijo. ¿Cuántas veces hacía algo así? Sería una noche memorable. O varias.

Le dijo a Derek que su madre la había convocado (Derek estaba tan impresionado con el hecho de que Ronni Sunshine fuera la madre de Meredith que jamás la cuestionaría) y que tenía que salir después de comer el miércoles. Con una combinación de culpa e ilusión, reservó dos noches en el spa, con un masaje cada día. Qué demonios, ¿por qué no? Lo que de verdad deseaba era tumbarse sobre impolutas sábanas de hotel ella solita. Quería coger el teléfono y pedir el desayuno en la habitación, y al diablo lo que costara. Quería enormes tortillas americanas rebosantes de queso, bollitos de pan y pastas danesas que pudiera untar bien de mantequilla si le apetecía, fuentes de fruta tan bien presentadas que parecieran cuadros abstractos. Quería pasarse todo el día en pijama y ver horas y horas de televisión. Quería ponerse al día de sus programas favoritos en tiempo real; descubrir en qué

andaban metidas Ramona y Bethenny esta temporada y qué operación estética se habría hecho Brandi en la cara.

Quería salir del hotel solo si le apetecía y solo si se le antojaba ir a una gasolinera a comprar M&M y Smarties a porrillo. Se había pasado años sin darse caprichos con la comida, sin utilizarla para lidiar con sus sentimientos. Hasta que conoció a Derek. Entonces comenzó a encontrar, otra vez, consuelo en ella. Derek lo advirtió y se lo reprochó. Y cuanto más se lo reprochaba él, más deseaba ella comer lo que le diera la gana y comérselo sin que nadie la mirase mal ni la criticara ni le dijera, como si fuera una niña traviesa, que eso no estaba permitido.

Y si le apetecía, quería pasear por el pueblo. Tal vez encontrar una galería de arte.

Quería estar sola. Quería poder respirar.

Y aquí está, disfrutando de las impolutas sábanas blancas que había imaginado, despertándose otra vez después de su segundo sueño, tras el gran desayuno que se ha zampado alegremente en la cama. Derek no permite los desayunos en la cama, no quiera Dios que una sola miga vaya a saltar de la bandeja a las sábanas. Ahora hay migas de tostadas por todas partes, que ella sacude como si nada con un barrido de la mano.

Más tarde tiene programado un masaje, y luego mucho tiempo libre. Demasiado tiempo para estar viendo la televisión, piensa. Hace sol, pero sopla un viento frío. Me iré de compras a ver si encuentro un chal, decide. Seguro que en alguna de las *boutiques* de la plaza habrá algo bonito. Igual me doy un paseo. Hace tanto que no vengo a Estados Unidos...

De manera que se levanta, se viste y sale. No encuentra un chal, pero sí una chaqueta de punto. Se envuelve encantada en ella y sigue paseando por el pueblo, curioseando. Recuerda que hay una librería por allí cerca, una librería que ya conoce, una librería que le encantaba.

Y ahí sigue. La Hickory Stick. Sonríe nada más entrar. La hace feliz rebuscar entre los estantes, sacar cualquier libro que le parezca interesante, leer tranquilamente de pie unas cuantas páginas y añadirlo a la pila que ya lleva en

los brazos o dejarlo con cuidado en su sitio. Se le había olvidado lo mucho que eso le gustaba, porque las únicas librerías a las que tiene fácil acceso en Londres son grandes e impersonales y es imposible sencillamente echar un vistazo. No le apetece. No la hacen feliz como esta librería pequeña.

—Ese es genial.

Alza la cabeza y ve a un hombre más o menos joven, con gafas. Cierra el libro que tiene en la mano para ver la cubierta, porque no sabe muy bien siquiera qué está leyendo.

—Lo leí hace un par de meses —prosigue él—. Te aconsejo que te lo lleves.

—Vale. Gracias. ¿Alguna otra recomendación?

—Depende. ¿Qué es lo que te gusta?

—La verdad es que no lo sé. Tengo un par de días libres y pensaba pasarlos viendo programas tontos de televisión y leyendo. Tal vez mis lecturas deberían ser algo más sustanciales que la telebasura.

Él sonríe.

—¿Has leído esto? —Saca de las estanterías un libro grueso, un libro que muestra entusiastas reseñas de todo el mundo. Pero a Meredith le preocupa que sea demasiado serio, le preocupa no ser capaz de acabarlo.

—Pues no. Es que no sé si...

—¿... será demasiado denso? —termina él la pregunta, y los dos se echan a reír—. Sí, yo también lo pensaba, y es verdad que los primeros tres capítulos son un poco lentos, pero luego no lo puedes dejar. Te prometo que será lo mejor que hayas leído en todo el año.

Se lo tiende con una ligera reverencia, le dedica luego una sonrisa con la que arruga toda la cara y se aleja saludando con la mano a la otra punta de la librería. Qué simpático, piensa Meredith. Y qué mono. Probablemente tenga su misma edad, tal vez un poco menos. Con su cara de niño, es difícil calcularlo.

Va vestido como un típico dependiente de librería, con una camiseta vieja y desvaída, de color rosáceo, unos tejanos azules, zapatillas de cuero. Unas zapatillas muy bonitas, la verdad. Más chulas de lo que cabría esperar. Lleva unas gafas muy estilogas tipo Elvis Costello, y el pelo de punta. Y le salen patas de gallo al sonreír. No es guapo, pero sí tiene un encanto como de niño, piensa Meredith, echándole otra vez un vistazo.

Tal vez debería pedirle algún otro consejo. Pero ¿para qué?, se reprocha, cortante. ¿Para seguir con la conversación? ¿Y con qué fin? Déjalo ya. Estás prometida para casarte con un hombre maravilloso. Es lo que se dice a menudo cuando se encuentra hablando con un hombre de su edad razonablemente atractivo, cuando su mente se pone a vagar en todas direcciones prohibidas.

Meredith conoce su tendencia a emparejarse. La mitad, o mejor dicho, tres cuartas partes de las personas con las que ha salido, ni siquiera le gustaban mucho. Solo salía con ellas porque se lo pedían. Meredith, la complaciente por naturaleza, se veía impulsada a decir que sí incluso cuando no sentía el más mínimo interés.

Igual que ahora tiene el impulso de proseguir la conversación con ese dependiente tan mono de la librería, solo porque la comenzó él. No es que el chico quiera nada con ella, por supuesto. De eso nada. Pero aun así. Meredith le echa un vistazo de reojo y ve que se acerca al otro extremo de la librería. ¿Qué habrá en ese extremo?, se pregunta. Igual debería ir a verlo. ¡Para ya! Mejor vete a tomar un café. Había un bar justo a la vuelta de la esquina. Y con unos pasteles de coco de aspecto delicioso en el escaparate.

Se sienta en una mesa tranquila, en un rincón. Hay dos mujeres dos mesas más allá, una con una voz alta y penetrante. Meredith saca del bolso sus auriculares y se pone a escuchar una playlist de música clásica. Coge el primer libro de la pila y lo abre por la primera página. No oye nada, no es consciente de nada, hasta que nota un golpecito en el hombro y ve al librero tan mono, que ahora se sienta junto a ella con un café y un bocadillo.

—No quería molestarte —le dice—. ¿Qué tal el libro?

—Denso. Y lento. Pero me voy a fiar de ti. ¿Es tu pausa para el café?

—¿Qué?

—Te dejan un tiempo libre para venir a por un café. Qué considerados.

Él se echa a reír.

—No, no trabajo aquí. Solo echaba un vistazo a los libros, igual que tú.

Meredith se pone como un tomate.

—Huy, perdona.

—¿Por qué? Si no me dedicara a lo que me dedico, me moriría por trabajar

en una librería así. Es justamente donde más feliz sería.

El rubor desaparece, para alivio de Meredith.

—Anda, pues entonces ahora tienes que decirme a qué te dedicas.

—Soy escritor —confiesa él, con una avergonzada risita—. No es de extrañar que me guste una buena librería.

—Y a mí —replica ella, sonriendo. Confía en no tener ninguna hebra de coco seco en los labios—. Vaya, que yo no soy escritora, pero no hay nada que me guste más que una buena librería.

Lizzy no está nada contenta. Se suponía que hoy iban a filmar en un huerto orgánico del norte del estado de Nueva York, propiedad de un excéntrico exbanquero. Se suponía que iba a probar las manzanas, le iba a hacer una entrevista y luego prepararía en su cocina un chutney de manzana y coco y un lomo de cerdo relleno de manzana. Después se sentarían a una mesa con una selección de amigos del propietario, allí mismo entre los manzanos, con los platos, las velas y los manteles de lino natural de su inminente línea de productos.

Ha tenido que cancelar todo, lo cual costará una fortuna, por no mencionar que sabe Dios cuándo va a poder organizar a todo el mundo otra vez. Su madre ha llamado para exigir que acuda a su casa con sus hermanas porque tiene que darles no se sabe qué noticia. De normal, Lizzy no habría hecho ni caso, o habría insistido en que su madre le diera la noticia por teléfono, pero por lo visto Meredith acudía desde Londres, de manera que tenía que ser algo gordo, con lo cual se veía obligada a estar allí.

Ahora va sentada en el tren Metro-North que pasa por Westchester y llega a Connecticut. Mira el mar por la ventana, los barcos que cabecean en Greenwich Harbor, y desea sentirse más apegada al lugar donde se crio, le gustaría tener la sensación de volver a casa. Pero no tiene raíces en aquel lugar, ni allí ni en ninguna parte.

Fue la hija que se quedó más tiempo en casa, la que pareció sufrir menos, a la que más se permitió salirse con la suya. Pero cuando se fue, se fue. No mantuvo el contacto con nadie de la familia, jamás pensaba en ellas. Cuando le preguntaban de dónde era, decía que era neoyorquina. Y mentía: se sentía

neoyorquina, y sin duda eso era lo importante.

—Espero que sea algo verdaderamente gordo —masculla para sus adentros, sin dejar de mirar por la ventana.

Pero en realidad, en el fondo es un alivio haber cancelado lo de hoy. Sean iba a ser el chef principal, algo que normalmente la habría entusiasmado, pero la cosa empieza a salirse de madre: el secreto, las mentiras, la montaña rusa de subidones y bajones. Necesita un respiro, necesita pensar, decidir qué hacer.

Y así, aunque nunca ha sido de plegarse a las exigencias de su madre, en cierto modo se da cuenta de que esta convocatoria en realidad le viene de miedo. Preparó una bolsa de viaje y le dijo a James que su madre la necesitaba y que estaría fuera unos días. Tal vez el fin de semana, o igual un poco más.

Lo cierto es que James y ella apenas se hablan. El resentimiento es un campo de fuerza invisible entre ellos; sus sonrisas y sus risas y sus conversaciones son falsas y forzadas, todo por el bien de su hijo. Antes de marcharse, abrazó fuerte a Connor y le dijo que fuera bueno, y a continuación se fue a la estación Grand Central a coger el tren. A James ni lo tocó. Solo se quedó un momento en la puerta antes de irse y dijo adiós encogiéndose de hombros y prometiendo llamar. Él alzó la vista de su ordenador portátil y dijo que vale. Y Lizzy se fue.

Ahora apoya la cabeza en el cristal contemplando el cambio de paisaje, consciente de que algunas personas del tren la han reconocido. Nota sus miradas constantes. Su fama —ay, cómo ha llegado a odiar la fama— no deja de llamar la atención, incluso cuando lo único que está haciendo es apoyar la cabeza en una ventana, sumida en sus pensamientos.

En la estación de Westport, saca su bolsa del portaequipajes y atraviesa el compartimento. Cuando la reconocen por la calle, a veces dedica una radiante sonrisa a quien sea, pero hoy no hace ni caso. Que les den por culo. Están acostumbrados a ver sus malhablados cabreos en televisión —de hecho, es famosa por sus cabreos en televisión—, pero solo cuando las cosas no son tan perfectas como ella exige, cuando su equipo no lo da todo, cuando los chefs la cagan, todo lo cual sucede con regularidad. Por lo general, en el mundo real

intenta ser cortés y encantadora, la celebridad perfecta. Pero hoy pasa de todo.

Sale al andén con el ceño fruncido y baja por las escaleras hasta los taxis. En los viejos tiempos, aquí había un hombre que de muy mal humor te dirigía hacia los coches, recuerda. Siempre con un cigarrillo colgado de los labios y una tablilla en la mano, te señalaba un taxi impregnado de un fuerte olor a humo de tabaco y al falso pino de cartón que colgaba del retrovisor. Los taxis siguen siendo los mismos, pero el hombre ha desaparecido. Lizzy abre la ventanilla para respirar aire fresco mientras el taxista sale del aparcamiento.

Esto no ha cambiado, piensa, mientras atraviesan Bridge Street, con sus viejas casas victorianas de estilo italianizante a la derecha, exactamente igual que estaban. Ahora ahoga una sonrisita al acordarse de las ebrias noches de botellón en alguno de los garajes de aquellas casas, muchos, muchos años atrás.

Cuando giran por Compo, le sorprende la cantidad de casoplones nuevos que se extienden hasta el borde de sus terrenos, los jardines protegidos de miradas indiscretas por altos y densos setos. ¿Cuándo fue la última vez que estuvo allí?, se pregunta. ¿Un año, dos? Y se sobresalta al darse cuenta de que han pasado casi cuatro. Ve a su madre unas pocas veces al año, pero en la ciudad, y normalmente cuando Ronni quiere impresionar a alguien y lo lleva a una de las cenas de Lizzy. Esa es la concesión de Lizzy a la relación con su madre: encontrarle siempre un sitio, por muy agotadas que estuvieran las entradas a sus cenas.

Ronni la visita también de vez en cuando para estar con Connor, pero eso lo organiza James ahora que Lizzy tiene una agenda tan ocupada. El caso es que no tiene razones para volver a Westport, como demuestra el hecho de que no haya estado allí en tanto tiempo.

El taxista sube por la cuesta, se detiene frente a la casa y se vuelve hacia Lizzy.

—Ya me lo parecía. Usted es Lizzy Sunshine. No estaba muy seguro, pero es que he llevado a su madre y conozco la casa. ¿Se va a quedar un tiempo?

—No lo sé. Espero que no sea mucho. Demasiadas cosas que hacer en Nueva York.

—Buah, yo odio Nueva York. —El hombre sonrío dejando ver un par de

mellas en los dientes—. Demasiado para mí. A mí me gusta esto. Y mire este vecindario. El mejor de la ciudad.

—Quédese con el cambio —le dice ella, tendiéndole un billete de veinte.

Al salir, se para un momento para mirar la casa de su madre, que no ha cambiado nada, para oler ese aire familiar, resistiendo el impulso de ser transportada a su adolescencia. No está exactamente nerviosa, pero hace años que no se lleva bien con sus hermanas y no sabe muy bien qué sentir ante la perspectiva de verlas. La última vez que estuvieron todas juntas fue en aquella cena en Nueva York de la que Meredith salió hecha una furia. Desde entonces no han vuelto a hablar. Lizzy puede perdonar y olvidar, pero de Meredith ya no está tan segura. En fin, piensa, abriendo la puerta, ahora lo vamos a saber.

—¿Hola? —dice, y oye la voz de Nell en la cocina. Suelta la bolsa y se adentra en la casa.

No importa los años que hayan pasado, lo maduros que nos creamos, lo mucho que presumamos de haber cambiado o evolucionado, cuando volvemos al hogar de nuestra infancia, nos convertimos exactamente en lo que siempre hemos sido, piensa Meredith. Seguro que todas nos metemos en los roles que siempre hemos interpretado, ya estemos cómodas con ellos o no. Se alisa el vestido, se mete el pelo tras la oreja y respira hondo preparándose para subir por el sendero del jardín hasta la casa de su madre.

Están a punto de reunirse de nuevo: las chicas Sunshine. Y aunque apenas han hablado desde hace años, aunque se hayan casado o se vayan a casar, cuando las tres están juntas, siempre serán las chicas Sunshine, las tres hijas de la famosa estrella de cine.

Nell ya ha llegado. Ahí está su baqueteada camioneta *vintage*, la misma que conduce desde hace diez años, en el último espacio libre para aparcar. Meredith ha tenido que dejar el coche en la calle, dos casas más allá para no bloquear el camino particular de nadie. En fin, ahí está: ella siempre ha sido la Buena Chica. Con cuidado de no aparcar en lo poco que quedaba del sendero porque el maletero del coche sobresaldría un poco a la carretera y lo mismo, no lo quiera Dios, entorpecía a alguien. Meredith siempre se ha fijado en los que se saltan las colas, a un tiempo odiándolos y envidiándolos. Querría ser de esas personas que se saltan las colas, en lugar de la que espera con paciencia al final, maldiciendo en silencio a los que marchan con toda confianza hasta la delantera y entran en el avión mucho antes que ella y meten sus bolsas cómodamente en los compartimentos, mientras que Meredith tiene que abrirse paso como puede entre toda la muchedumbre al fondo del avión y

encontrar sitio para su equipaje para luego tener que volver a abrirse paso hasta su asiento, normalmente a punto de echarse a llorar.

A veces le gustaría ser así de egoísta. Pero casi siempre se siente ofendida cuando alguien rompe las reglas, se salta una cola, se muestra grosero con los camareros. Ha llegado a romper con alguna pareja por no tratar con cortesía a un camarero. Y volvería a hacerlo. Es una de las cosas que de verdad le gustan de Derek: que es educado con todo el mundo. Excepto tal vez con ella, pero eso no cuenta. Nunca se salta una cola. Sigue las reglas con la misma escrupulosidad que ella. Tal vez incluso más.

Y aquí está ella, a punto de entrar en el seno de su familia, aparcada en la calle con cuidado de no estorbar a nadie. Jamás entraría para pedirle a Nell que adelantara un poquito su camioneta para hacerle sitio. Meredith siempre encontrará la forma de apañárselas sin decir nada, ignorando cualquier vestigio de resentimiento que pudiera acechar en su interior. Después de toda una vida haciendo esto, alberga tanto resentimiento contra sus hermanas, sobre todo contra Lizzy, que ha sido un alivio no verlas durante tanto tiempo y no tiene especiales ganas de verlas ahora. Lizzy dijo una vez que Meredith la odiaba desde que nació, por ser la pequeña, una recién llegada indeseable, la niña que robó la atención de su madre. No era cierto. Bueno, tal vez en parte. Pero era sobre todo porque Lizzy nació saltándose las colas y no ha vuelto la vista atrás ni una sola vez.

Nell no estuvo muy presente durante su infancia. Recuerda, en un pasado lejano, que Nell a veces era su aliada contra la tormenta de los berrinches de su madre. Pero también recuerda una especie de desesperada lucha por la supervivencia entre ellas. En los peores momentos, aquello era un sálvese quien pueda. De manera que, ahora que son adultas, tampoco tiene mucha relación con Nell.

Y la última vez que estuvieron juntas fue la gota que colmó el vaso, por lo que a ella respecta. Meredith acabó harta de los comentarios mordaces sobre Derek. No quería que señalaran sus defectos, ni con sarcasmo ni sin él, porque era una grosería. Y porque, eso al menos podía admitirlo ante sí misma, porque entonces tal vez tendría que enfrentarse a ellos. ¿Y de qué iba a servir eso? Como si pudiera salirse del camino marcado por el que ahora avanza a

toda velocidad.

Ya está todo reservado para el otoño. Es decir, dado que están a principios de junio, solo quedan tres meses. Ya tienen fecha en la iglesia de Somerset, ya han pagado el depósito en el ayuntamiento. Jane Packer se encargará de las flores: albaricoques y melocotones, marrones rojizos y tonos crema, perfecto para una boda de otoño. Hicieron una cata de menús y se decidieron por unos vasitos de crema de nabo, con unos delicados crujientes de remolacha, y sopa francesa de cebolla, también en copa, con una diminuta *baguette* cubierta de queso fundido. El plato principal sería una elección de cerdo asado con manzana caramelizada y patatas gratinadas *dauphinoise*, o salmón asado con *ratatouille* y *crème fraîche* de verduras de invierno. De postre, tartaletas de limón con trufas de chocolate y caramelo salado en todas las mesas. Después pasarían bandejas con vasos de leche caliente, cada uno con una enorme galleta de chocolate casera. Por si alguien se había quedado con hambre.

La lista de boda está en Harrods. Y no solo ya se han comprado regalos, sino que incluso han recibido alguno. Una tía lejana de Derek les envió unas fuentes de porcelana marrón que por lo visto a ella le habían regalado en su propia boda; había estado esperando la ocasión de pasarlas a otro miembro de la familia.

—Porque no quiera Dios que alguien llegue a utilizarlas —masculló Meredith al abrir la caja y físicamente encogerse de horror ante las fuentes más feas que había visto en su vida.

—Es todo un detalle —comentó Derek, colocándolas en el aparador para que pudieran ser admiradas públicamente.

Cuando se durmió, Meredith bajó, volvió a empaquetarlas y metió la caja en el garaje.

—No se vayan a estropear —le explicó a Derek más tarde, cuando él se acordó y preguntó dónde estaban—. Tenemos que preservarlas para nuestros sobrinos o sobrinas... o nuestros hijos —se apresuró a añadir al verle la cara—. Y tienen que estar en perfectas condiciones. Son muy delicadas —señaló, aunque no lo eran. Eran de cerámica más gorda que un ladrillo.

Se ha comprado hasta el vestido, por Dios bendito, y se lo están ajustando. Se supone que tendría que adelgazar para la boda, pero lo que parece es que

está engordando. Será el estrés. En lugar de meter las costuras del vestido, las habían estado sacando, centímetro a centímetro, cada vez que iba a probarse.

La madre de Derek le dio los pendientes de perlas y diamantes que ella había llevado en su boda. ¿Y eran imaginaciones de Meredith o hubo cierta reticencia en su gesto? Las perlas eran grandes, los diamantes, pequeños. Eran muy bonitos, pero Meredith se sintió fatal al aceptarlos cuando era tan evidente que la mujer no quería dárselos.

Todo marcha a toda máquina: la boda, las conversaciones, las charlas, su futura vida juntos, los hijos que van a tener (incluso cuando Meredith no ha cambiado de opinión lo más mínimo sobre lo de tener hijos), y lo único que quiere ella es escapar, salir corriendo, desaparecer en la noche.

Cuando Derek percibe sus vacilaciones, piensa que es porque el padre de Meredith se fue a California hacía años renunciando a cualquier responsabilidad parental. Ninguna de las chicas lo ha ido a ver y ni siquiera han hablado apenas con él en los últimos años. Su nueva esposa se aseguró de dejar claro a las chicas que no eran bienvenidas. Meredith, por puro sentido del deber, le preguntó si quería ser su padrino de boda. Él le explicó que por desgracia no podía, puesto que la fecha coincidía con un viaje que tenía planeado con su mujer y su hija. Meredith no se sorprendió. Y aunque ha fingido que esa es la causa de su tristeza, no es así. Claro que es triste que su padre no acuda a la boda, y más triste todavía que ni ella ni sus hermanas hayan mantenido una relación con él una vez que volvió a casarse y tuvo a la espantosa Arianna. Pero esa no es la razón de que cada vez se sienta más deprimida al pensar en la boda, hasta el punto que ya no puede disimularlo del todo delante de Derek.

Anoche, después de un día magnífico, un día perfecto, de hecho, después de su charla con aquel chico tan mono de la librería y el masaje que le dieron al volver al hotel, Meredith pidió servicio de habitaciones —una hamburguesa ¡con patatas!—, se comió las dos chocolatinas que le habían dejado en la almohada y se tumbó más contenta que unas pascuas. No vio la televisión ni leyó nada, aunque tenía la pila de libros sobre la mesilla. Pero en su rostro había una enorme sonrisa. No tenía ni idea de que estaba sonriendo, y cuando se dio cuenta, no supo ni por qué. Solo sabía que se sentía feliz de estar en un

hotel, sobre sábanas fantásticas, comiendo comida riquísima.

No podía admitir de ninguna manera que era por el enorme alivio de estar sola.

—¡Meri! —Lizzy sale lanzada desde el comedor y rodea con los brazos a Meredith, que acepta el abrazo al principio un poco tiesa pero luego sube por fin los brazos hacia la espalda de su hermana—. ¡Hermana mayor! —canturrea Lizzy, balanceándola de un lado al otro hasta que a Meredith no le queda más remedio que dejarse estrujar y mecerse al ritmo de Lizzy, hasta que esta decide liberarla. Pero es solo para volver a estrecharla en otro abrazo, y Meredith sabe que solo lo hace porque ha notado que está incómoda (reconoce esa mirada traviesa en los ojos de Lizzy).

Y es cierto que Lizzy se siente traviesa. Y contenta. Más contenta de lo que ha estado en meses, lejos de James, lejos de Sean, lejos del terrible estrés y el esfuerzo de mantener secretos, de llevar una doble vida.

—Voy a conseguir que me quieras otra vez —le susurra a Meredith al oído antes de soltarla—. De verdad. Lo voy a conseguir, ya verás. Para esta noche vas a querer ser mi mejor amiga.

Y a pesar de sí misma, Meredith se echa a reír.

—¿Dónde está mamá?

—Arriba. —La sonrisa abandona el rostro de Lizzy—. Nell está en la cocina. Ven a saludar.

—¿Tienes idea de por qué nos ha llamado a todas?

—A lo mejor nos va a decir que se está muriendo o algo —comenta Lizzy como si nada.

Meredith se pone blanca.

—¿Eso crees de verdad? —Y entonces se da cuenta de que no lo ha pensado ni un momento en realidad: ¿por qué las ha llamado su madre a todas, cuando apenas se hablan siquiera?

—No. Quiero decir que no lo he pensado. Hasta ahora. O igual sí que lo pensaba pero no me daba cuenta. Joder. —Lizzy suelta un silbido entre los dientes—. ¿Tú crees que será eso?

—Pronto nos enteraremos. A lo mejor Nell sabe algo.

Encuentran a Nell junto al mostrador de la cocina, estrujando limones. Algo empieza a burbujear en una sartén. Baja el fuego y se limpia las manos en un trapo que lleva enganchado a la cintura de los vaqueros.

—Ey, Meri —saluda.

Meredith nunca sabe cómo saludar a su hermana. Cuando era pequeña idolatraba a Nell, pero ahora la encuentra fría y reservada. Francamente se sorprende cuando la ve acercarse, y más cuando le da un torpe abrazo.

Lizzy siente una curiosa punzada de nostalgia. ¿Acaso no hubo una época en la que las tres estaban muy unidas? Tiene la impresión de que cuando eran muy pequeñas debían de refugiarse de las iras de su madre en el cuarto de Nell, o que su hermana mayor las sacaba a toda prisa y las llevaba corriendo hasta Longshore, donde se sentaban a la sombra de un enorme arce, las tres juntas, a salvo lejos de casa. Tiene la sensación de que eso pasaba. Pero la verdad es que no recuerda muy bien cuándo fue.

¿Cómo han llegado a distanciarse tanto?, se pregunta con tristeza. Y le asalta un destello de resentimiento al acordarse de que Nell se negó a ceder su granja para las cenas *pop-up*, pero lo reprime diciéndose que es algo irrelevante, que eso ya no importa, teniendo en cuenta que gente de todo Connecticut, Nueva York y Nueva Jersey le ofrecen sus granjas todos los días, todos desesperados porque Lizzy celebre allí una de sus cenas. Qué pena que la única granja que ella quiera sea la que su hermana le niega.

Ahora no, se dice. No pienses en eso ahora.

—¿Dónde está mamá? —pregunta Meredith.

—Arriba, en la cama. Lily ha ido a despertarla. Todavía no la he visto. — Nell apaga el fuego de la sartén y remueve el contenido con una cuchara de madera. Lizzy se acerca.

—Pero ¿no se suponía que aquí la gran cocinera era yo? —comenta, echando un vistazo—. ¿Qué estás haciendo? ¿Una simple limonada?

—Sí. Lily dice que mamá tiene un antojo. La hago en la granja todos los días. Por lo general con limón y moras, o menta, pero aquí solo había limones. —Nell se fija en Lizzy—. Pareces cansada. ¿Qué tal el trabajo?

Lizzy suelta una risotada.

—¡Gracias, Nell! ¡Tú siempre sabes cómo animarme!

—¡Ay, Lizzy, no empieces! Estás preciosa. Siempre has sido preciosa. Decir que pareces cansada no significa que estés horrible. Es solo que parece que trabajas demasiado. ¿Cómo está Connor?

—Tienes razón, perdona. Es que cuando estoy cansada me pongo muy susceptible. —Sonríe entonces—. Connor está para comérselo, y el trabajo es fantástico y un no parar. Siempre pienso que una vez que pase el torbellino volveré a estar un poco tranquila, pero luego la tranquilidad nunca llega. —Lizzy se detiene para tomar aliento—. ¿Por qué estamos aquí, Nell? ¿Qué pasa?

—No tengo ni idea. Hace tiempo que no la veo. Sé que todavía tiene sus mareos y ahora problemas con el lado izquierdo. Pero no sé. Supongo que le habrán diagnosticado algo, porque si no, no me imagino para qué nos ha llamado a todas.

—Yo pensaba que era vértigo.

—Vete a saber. Ya conoces a mamá. Podría ser hipocondría, ganas de llamar la atención o cáncer.

—¡Ay, por Dios, no digas eso! —Lizzy da un respingo, alarmada—. ¿Tú crees que es cáncer? —pregunta en voz más baja.

—No sé qué será. Pero la última vez que la vi era evidente que no estaba bien.

—Un cáncer sería horrible —dice Lizzy—. ¿Te lo imaginas? O sea, que el cáncer es una cosa terrible ya de por sí, pero ¿mamá con cáncer? Lo iba a exprimir al máximo.

—No digas eso, que como sea cáncer de verdad te vas a sentir fatal. La limonada está lista. —Nell acerca una jarra llena de cubitos de hielo—. Dale cinco minutos para que se enfríe.

—Pero a ver, ¿por qué creéis que nos ha llamado? —insiste Meredith—. ¿Pensáis que igual no es nada?

—No, eso no lo creo —contesta Nell—. Le han hecho unas pruebas por los hormigueos.

—¿Hormigueos? —Meredith no sabe nada de esto.

—Sí, y calambres en las piernas. Parece que es algún tipo de daño

neurológico, aunque la última vez que hablamos me dijo que todavía no habían dado con ningún diagnóstico.

—Vaya, pues eso es bueno, ¿no?

—Yo creo que es mejor tener un diagnóstico, para saber cómo tratarlo.

—¿Tú estás segura de que le pasa algo? —Lizzy pone los ojos en blanco—. Porque esto tiene pinta de que ha querido reunirnos para que le hagamos caso.

—En fin, pronto nos vamos a enterar —dice Meredith, al oír unos ruidos—. Lily la debe de estar trayendo por las escaleras. Vamos a llevar la limonada al porche cubierto.

—Pero acordaos: hay que ir con cuidado —comenta Lizzy, mientras las tres recogen sus cosas y salen al pasillo—. Nunca se sabe de qué humor estará —añade en un murmullo.

Cuando su madre se reúne con ellas unos minutos más tarde en el porche, hasta Lizzy, que tan decidida estaba a comenzar esta visita con todo el optimismo del mundo, se queda parada. Se la ve diminuta, vieja, increíblemente frágil. Necesita la ayuda de Lily, usa bastón y salta a la vista que anda con muchísimas dificultades. Ronni se deja caer en una silla y Lily le pone unos cojines a la espalda y coloca una pequeña almohada en el reposabrazos, le levanta el brazo y se lo coloca sobre ella.

Meredith y Lizzy intercambian miradas de alarma. Saben que su madre no es la mujer que ve el resto del mundo. Saben que se maquilla esmeradamente para cada aparición pública, que su melena rubia pertenece a toda una colección de pelucas, que se pone chaquetas Chanel de bucle y faldas hechas a medida muy bien seleccionadas solo para entrevistas, inauguraciones, estrenos y fiestas. Saben cuál es de verdad su aspecto cuando baja a primera hora de la mañana, después de que Lily le haya llevado el desayuno a la cama. Tendrá ojeras y una piel ligeramente descolgada cuando le toca volver a ponerse inyecciones de Botox y Sculptra y sus tratamientos de Thermage. Tiene el cabello totalmente blanco, fino como el de un bebé, recogido en la más rala de las coletas, de dos centímetros de largo, sujeta por una minúscula gomilla azul de las que coge en el ortodoncista: nada más grande le sujetará un pelo tan ralo.

En casa siempre viste bien pero sencilla. Siempre en pro de la comodidad,

con un mínimo atisbo de elegancia, y es una persona totalmente distinta a su personaje público tan extravagante, tan glamuroso, tan requetemaquillado y tan superestiloso. En casa lleva camisetas viejas y pantalones de chándal. Su gruesa cadena belcher victoriana no se aparta de su cuello, y un pesado anillo de oro adorna su mano izquierda, pero esas son sus únicas joyas. Calza zapatillas deportivas y chanclas. Jamás saldría así de casa, por si hay algún fotógrafo al acecho, pero así es como sus hijas la conocen. Y eso era lo que esperaban ver. Pero no hoy. Hoy su madre parece haber envejecido veinte años. Ha perdido un peso que no se puede permitir perder y parece un pajarito allí sentada.

Ronni les hace un gesto con la mano buena para que se acerquen. Las besa una por una, poniéndoles la mano en la espalda y manteniendo los labios en sus mejillas, como reticente a dejarlas ir, en lo que parece una expresión de amor, afecto y gratitud que ninguna de ellas ha visto antes. Porque aquello no parece un *show*, parece algo genuino. Es como si las quisiera de verdad. Y ninguna de ellas sabe muy bien qué hacer ante el amor de una mujer que tan rara vez es capaz de mostrarlo. Hasta ahora, siempre que su madre ha mostrado algún afecto, ellas no se lo han creído. Pero hoy a todas les sorprende ver que aquella expresión de amor parece auténtica.

Ninguna sabe qué decir.

—No lo entiendo —comenta Lizzy unos minutos después—. Así que saben el nombre, pero nada más. ¿No tienen ni idea de cuál es la causa? Esa neuropatía de... de... ¿cómo era?

—Neuropatía de fibras pequeñas —contesta Nell, mirando a su madre, que asiente con la cabeza—. Y no saben qué lo provoca o si es un síntoma de algo peor.

—¿Algo peor como qué? —pregunta asustada Meredith.

—Podría ser algo de tiroides, diabetes, enfermedad celíaca... —Lizzy está leyendo en su móvil, tras consultar en Google en cuanto Nell repitió con más claridad lo que había dicho su madre—. Podría ser algo idiopático, que creo que significa que no saben. Ay, Dios. —Lizzy mira a su madre—. Podría ser algo terrible, como el sida.

—No es sida —replica Nell con desdén—. Estoy segura de que las posibilidades de que sea sida son infinitesimales. Y aunque lo fuera, ahora hay unos cócteles de drogas con los que se trata perfectamente. —Se vuelve de nuevo hacia Ronni—. A ver, ¿qué pruebas te están haciendo ahora?

—No me acuerdo. Pero son unas cuantas, y quiero que os quedéis todas aquí hasta que sepamos lo que pasa. Hace años que no os he visto a ninguna de las tres como es debido, y vosotras tampoco os veis. Hasta que sepamos algo más de mi salud, quiero que os quedéis aquí.

—Yo vivo a veinte minutos —dice Nell—. No querrás que nos quedemos a vivir en esta casa, porque yo tengo una granja que gestionar, así que...

—Sí. Y yo ya he cancelado un día de filmación hoy, lo cual me ha costado una fortuna, y no puedo quedarme aquí indefinidamente —se apresura a añadir

Lizzy—. No es que no quiera, pero, mamá, de verdad que tengo una vida muy ajetreada y un montón de compromisos.

Meredith, sentada junto a su madre, cogiéndole la mano buena, intenta contener las lágrimas.

—Yo me quedo —promete—. Yo me quedo lo que haga falta.

—Ya. Cualquier excusa es buena para escapar de Derek —le espeta Lizzy.

—Sí, y seguro que tú estás deseando volver con el parado de James —le replica Meredith a su vez.

—¿Tú estás de puta coña? —Lizzy, que ha olvidado lo que era hablar así, se alza como una serpiente—. No tienes ni puta idea de cómo es mi vida. ¿Cómo te atreves a hablar así de mi marido?

Meredith recula de inmediato.

—Perdona. No lo decía en serio. Lo siento, de verdad. Ya sé que es la figura materna mientras tú trabajas.

Lizzy la fulmina con la mirada.

—Por favor —pide Ronni en voz baja—. Chicas. Por favor. Hoy no.

Las dos parecen avergonzadas. Lizzy se calla, pero con una última mirada fulminante en dirección a Meredith.

—Quiero que os quedéis aquí hasta que salgan los resultados de las pruebas. —Ronni las mira una a una, sabiendo que Lizzy no ve razones para quedarse—. Hay una pequeña posibilidad de que sea algo grave.

—¿Grave como qué?

Ronni no sabe si sacar a colación la ELA, prepararlas para la noticia que aún no está dispuesta a darles. Pero es demasiado pronto.

—Todavía no lo saben. Y hay otra razón por la que quiero que os quedéis. Hay un cineasta que planea hacer un documental sobre mi vida, y andará por aquí para ir filmando. Quiero que hable con todas vosotras.

Nell se queda mirando a su madre, cada vez más enfadada. ¿Y si todo aquello no es más que una estratagema para obligarlas a participar en una película? ¿Y si su madre no tiene ninguna enfermedad? Se fija en ella, en su mano yerta, en su pie sin fuerza, y traga saliva. Su madre está enferma, de eso no hay duda.

—¿Hablar con él de qué?

—De vuestra infancia, probablemente. Vuestros recuerdos.

Nell se echa a reír.

—Yo no tengo recuerdos. Apenas me acuerdo de nada de mi infancia.

—Ni yo —tercia Meredith—. Sería inútil. Además, yo no quiero que me graben de ninguna de las maneras.

—¿Por qué? —pregunta Lizzy. Meredith la mira furiosa. Está claro que Lizzy sabe por qué. Porque la cámara te pone encima... nunca se acuerda si son cinco kilos o un diez por ciento de tu peso corporal. De cualquier forma, se ha pasado toda su vida evitando las cámaras—. Si eres muy fotogénica —añade Lizzy, sorprendiendo a su hermana—. Tengo fotografías tuyas preciosas. No debería preocuparte lo de la cámara. Siempre sales guapísima en las fotos.

Meredith se ha quedado tan pasmada que no sabe ni qué decir.

—A ver, a mí no me importa hablar para la cámara —prosigue Lizzy, mirando a Ronni—. Pero de verdad que no sé cuánto tiempo me puedo quedar. ¿Tienes pensado cuántos días?

—Algunos resultados deberían salir en una semana —miente Ronni—. Y los demás en dos. Entiendo que igual dos semanas es mucho pedir, pero me gustaría que las tres os quedarais una semana.

—¿Aquí? —pregunta Lizzy. Y Ronni sonríe, porque sabe que esa pregunta significa que se quedará.

—Eso me encantaría. Pero conque sea por aquí cerca, me vale. Sé que os gusta tener vuestro espacio.

—También podríais quedaros en la granja —ofrece Nell, aunque salta a la vista que de muy mala gana—. River viene la semana que viene con su novia y la madre de su novia, pero podría hacer algo más de sitio esta semana. Si es que hace falta.

Lizzy se echa a reír.

—Nell, tú siempre tienes sitio. Vives sola en una vieja granja de, no sé, cinco habitaciones o así, ¿no? ¿O seis? River podría llevarse a toda su fraternidad y todavía cabrían.

—En primer lugar, está ya haciendo el máster, y en segundo lugar, River nunca estuvo en ninguna fraternidad.

—Pues claro que no —dice Lizzy—. Que estamos hablando de River.

Seguro que ni siquiera había fraternidades en su universidad. Pero vaya, que no es a eso a lo que voy. Lo que digo es que andas sola en una granja enorme, tú solita, así que no nos vengas con que no tienes sitio.

—No empecéis —suspira Ronni, y vuelve a mirar a sus hijas una a una. Yo las he creado, piensa. Crecieron en mi vientre, y a pesar de todo son muy distintas, y qué poco se parecen a mí. Reconoce que Lizzy es tal vez la más parecida: es su niñita, su niña preciosa, chispeante, resuelta, alguien que necesita destacar, igual que lo ha necesitado siempre Ronni. Pero cuando mira a las tres mujeres que ahora tiene delante, casi se pregunta de dónde habrán salido.

Nell, tan fuerte, tan autosuficiente, aterrada de parecer vulnerable, de bajar la guardia. Nell, que está tan sola por culpa de esos miedos. Y la dulce Meredith, que podría ser guapísima si perdiera algo de peso, que se va a casar con un hombre atractivo pero espantoso porque cree que no puede aspirar a nada mejor. Ninguna sabe que su madre se está muriendo. Ninguna lo sabrá hasta el último momento, porque Ronni necesita que se centren en conocerse mejor entre ellas. Por primera vez en su vida, hay algo más importante que su propio drama, que sus propias necesidades. La muerte ha modificado las perspectivas. Ya no se trata de ella, porque en muy poco tiempo, ella ya no existirá.

Tal vez, más que nada, es que estos últimos meses ha llegado a conocer una nueva emoción: el miedo. Y al permitirse aceptar y sentir ese miedo, ha podido reconocer también lo sola que está. Las únicas personas a las que quiere cerca son sus hijas, que son las personas por las que nunca sintió ningún interés cuando era joven. No es demasiado tarde, piensa. No puede ser demasiado tarde. Una sonrisa asoma a sus labios al darse cuenta de lo novedoso que resulta pensar así. Podría ser el primer acto verdaderamente altruista que ha realizado en su vida.

Sabe cómo terminará esta producción en particular, pero solo necesita unidad entre sus hijas para llegar a ese final. Ronni está decidida a marcharse a su manera: rodeada de sus hijas, que la ayudarán.

Probablemente con pastillas. Ya no puede ni abrir los botes de sus analgésicos opiáceos, de manera que se los pide a Lily, pero luego en lugar de

tomarlos, los esconde en la mano mientras bebe un sorbo de agua y finge con muchos aspavientos que se los traga. Por Dios. Ha ganado un premio Tony como actriz; esto es lo más fácil del mundo. Está haciendo acopio de pastillas en una lata al fondo del cajón de su mesilla. Finge grandes dolores y hace que le renueven su receta de Oxycodona todos los meses. Los espasmos y temblores, los terribles calambres son cada vez peores, es cierto, pero prefiere guardar las pastillas para la traca final, para cuando de verdad las necesite. Mientras tanto, recurre a la lidocaína tópica, un tubo detrás de otro.

Hay gente que puede ayudarla, pero todavía no ha decidido si pedirlo o no. Preferiría estar solo con su familia. Y el cineasta. Pero ha encontrado a un abogado del derecho a una muerte digna que viaja por el país ayudando a la gente a «pasar al otro lado». Llevan ya unas semanas enviándose emails, y aunque él está deseando conocerla y ayudarla, Ronni no está segura de necesitarlo. Tiene su creciente alijo de pastillas. Aunque supone un alivio poder contar sus sentimientos a alguien que los comprenda, y el abogado parece comprenderla. La noche pasada, Ronni le escribió:

No quiero desaparecer. Quiero que me recuerden exactamente como estoy ahora, aquí sentada, de forma que tiene que ser cuanto antes. Tengo tres hijas y planeo contárselo en breve, en cuanto esté segura de que se apoyarán unas en otras, que encontrarán unas en otras el apoyo y el amor incondicional que, para mi vergüenza, yo no fui capaz de darles. No sé lo que pensarán de mi decisión de terminar con mi vida a mi manera. No tenemos mucha relación, lo cual siempre he aceptado, pero ahora que mi vida toca a su fin, de manera irrevocable, es algo que lamento. He tenido miedo, pero sobre todo me he sentido aturdida, aunque mientras le escribo, soy consciente de que me siento más fuerte. Confío en expirar suave y calladamente, habiendo puesto en orden mis asuntos y habiéndome despedido.

Él contestó, como siempre lo hacía, expresando su comprensión y su apoyo. Ahora Ronni mira de nuevo a sus hijas y se pregunta si encontrará en ellas lo mismo cuando se decida a contarles la verdad. Meredith lo entenderá, piensa. Pero Lizzy no. De Nell no está segura.

—Habládme de vuestras vidas —pide ahora, volviéndose hacia Lizzy—. Lizzy, ¿qué tal la casa nueva? ¿Le gusta a Connor su habitación? Nell, ¿te importa subirme la pierna a la otomana? Ay, chicas, es estupendo teneros en casa.

—Necesito una puta copa. —Lizzy hunde la cabeza en las manos.

—Hay vino blanco en la nevera —ofrece Nell.

Meredith entra en la cocina.

—¿Qué pasa? —pregunta Lizzy al verla.

—Dice que está cansada. Me he quedado con ella hasta que se ha dormido.

—Todo un detalle, Meredith. —Meredith se sonroja de placer. Por lo general Lizzy la acusa de hacerle la pelota—. ¿Todavía tiene tres mil cojines viejos y apestosos en la cama?

Nell sacude la cabeza.

—Lizzy, no seas cruel. Está enferma. Está clarísimo que algo grave le pasa. El mero hecho de que estemos todas en casa y ella haya aguantado como una hora antes de que le diera un mareo y tener que tumbarse es prueba de que no está fingiendo. No creo que sea uno de sus habituales gritos de atención, porque entonces se habría quedado en el salón y nos tendría a todas corriendo de acá para allá haciéndole recados. Se ha ido arriba a meterse en la cama. Ella sola.

—No está sola —masculla Lizzy—. Tiene tres mil cojines mugrientos para hacerle compañía.

—Ya no están mugrientos —replica Meredith—. Lily ha lavado con lejía los tres mil cojines, de manera que ahora están blancos blanquísimos.

—¿Y todavía tiene cuatro millones de archiperres polvorientos junto a los tres mil cojines blancos blanquísimos? —pregunta Lizzy sin perder comba. Las otras dos se echan a reír, imaginándose las mesillas de su madre, a rebosar de cajas de pastillas, pero no las cajas de farmacia, sino los

decorativos pastilleros ingleses, victorianos, de porcelana, además de papeles, jarrones, tazas y platillos, figuritas, libros, guiones...

—Ahora son cinco millones —dice Meredith, riéndose a pesar de todo.

—Oye, en serio, ¿podemos tomar una copa? No digo tomar un vino aquí, sino salir a alguna parte. —Lizzy ahora está inusualmente seria—. Necesito ir a algún sitio que no sea la casa de mi infancia y tomarme unos cuantos martinis.

—¿Unos cuantos? ¿No decía papá siempre que los martinis son como los pechos de una mujer...?

Lizzy se echa a reír.

—Sí, pero se equivocaba. Tres no son demasiados. No son ni de lejos suficientes cuando vuelves a la casa de tu infancia con tus hermanas a las que nunca ves —lanza una mirada torva a Nell— y con una madre narcisista, que por primera vez no se está haciendo la enferma para que le presten atención, sino que de verdad parece enferma.

Las otras se callan porque saben que es cierto. La de veces que se quejaba de dolores de cabeza (que nunca eran dolores de cabeza sino «migrañas», a pesar de que ni vomitaba ni le molestaba la luz), de dolores de espalda (que siempre eran lo más seguro una hernia discal), de herpes, de la enfermedad de Lyme o de tobillos rotos que no eran más que esguinces. Tantos años tumbada en el sofá... Y todo era para llamar la atención. Ahora que salta a la vista que no es ella misma, ahora que posiblemente esté enferma de gravedad, Ronni se muestra callada y apagada. No es la madre que las tres conocen.

—Podríamos ir a la playa —propone Nell—. Nos llevamos las sillas de playa del garaje y bajamos a Compo.

Lizzy lo piensa un momento.

—Me encantaría ir a la playa, pero ahora mismo lo que prefiero es un bar, con un camarero excelente que me prepare unas copas bien fuertes. Lo siento —añade, al ver la cara de Nell, horrorizada ante la idea de meterse en el tumulto de un bar—. Ya sé que no es lo tuyo, pero necesito gente y ruido. Es mi zona de confort. Prometo que mañana podemos hacer lo que vosotras queráis.

—Lo cual significa que vas a estar sentada a la mesa de la cocina en mi

granja —responde Nell—. Soy una ermitaña total.

—Perfecto. —Lizzy apoya la barbilla en la mano con una sonrisa—. Por fin me voy a poder quedar en la granja.

—¿Te vas a quedar en la granja? —Nell se ha quedado de piedra.

—Tú lo has ofrecido. Incluso te ayudaré a hacerme algo de sitio. —Lizzy sonrío traviesa—. En una de tus numerosas habitaciones vacías. ¿Adónde vamos a por esa copa?

—¿Al Black Duck? —sugiere Nell—. ¿Al Dunville's?

—Demasiado antiguos. Yo quiero ver qué hay de nuevo por aquí. Esperad, que busco en Google. —Un segundo después alza la vista—. Nos vamos a Bartaco. ¿Nell? Eres la mayor, así que conduces tú. Vámonos.

—¡Madre mía! —exclama Lizzy una y otra vez mientras atraviesan en coche la ciudad en dirección al bar—. ¿Os acordáis de cuando eso era un cine? ¿Y qué ha pasado con el Max's? ¿Lo han cerrado? ¡No! ¡Qué horror! Joder, ¿y qué ha pasado con la YMCA? ¿Qué va a ser, todo tiendas y bloques de pisos? Por Dios qué marciano todo. ¡Madre mía! Anda, llévame por Main Street. ¿No? Bueno, pues mañana. ¿Eso qué es? ¿Vespa? Mola. ¿Habéis estado? Deberíamos probar. ¿Ha cerrado el National Hall? ¡Pero si era mi hotel favorito! ¡Agh! Odio los cambios.

Aparcaron la camioneta y avanzaron entre los edificios hasta el Bartaco. Ya había algunos clientes sentados en los sofás de fuera.

—Aquí se está bien. Es tranquilo —comenta Nell, señalando un grupo de asientos vacíos—. Y hay una vista estupenda del río. ¿Nos quedamos?

—De eso ni hablar. —Lizzy sigue avanzando hacia la puerta—. Yo necesito música y una barra. Venga, venid. —No ve que Meredith y Nell se miran, ni que Meredith pone los ojos en blanco. Tampoco oye a Nell susurrarle a su hermana, encogiéndose de hombros:

—Es solo por una noche.

—Vamos a la barra —le dice Lizzy a la recepcionista, que se ha quedado con la boca abierta al ver quién acaba de entrar. La mujer asiente con entusiasmo y sale disparada a susurrarle a un compañero que Lizzy Sunshine

está en el local.

Lizzy se detiene a mirar alrededor: las lámparas de mimbre en el techo, las enormes fotografías antiguas enmarcadas en las paredes, las cabinas de madera blanqueada y la gigantesca, ajetreada y animada barra en el medio.

—¡Me encanta! Espero que el barman prepare unos martinis mortales. —Se va directa a sentarse en un taburete, sus hermanas se sientan una a cada lado. Puede que sea la más joven, pero su personalidad la convirtió en la estrella mucho antes de que fuera una estrella.

El barman hace una burlona reverencia.

—Señorita Sunshine —saluda, con una chispa en los ojos—. Qué honor tenerla aquí.

—Gracias. Soy Lizzy. Estas son mis hermanas, Nell y Meredith. ¿Cuáles son tus especialidades?

—Hago un Red Sonja de miedo.

—Genial. Pues ponnos dos, lo que quiera que sean, y para mí un Dirty Martini, con hielo.

—La verdad es que yo solo quiero una cola light —objeta Meredith.

—Meri, no. Es la primera noche de lo que seguramente van a ser dos semanas muy largas. No sé ni siquiera si puedo eludir mis compromisos durante dos semanas, pero de cualquier manera, el tiempo que estemos va a parecer muy largo, y todas necesitamos un combustible como es debido. Es solo una copa. —Se vuelve entonces y se fija de verdad en su hermana—. Y además no deberías beber cola light. No solo es veneno, es que engorda. Si no quieres beber alcohol, pues bebe agua. Pero a menos que seas alcohólica y no puedas arriesgarte a recaer, esta noche te vas a tomar conmigo una copa.

—En ese caso tomaré un Red Sonja —dice Meredith, hundiendo los hombros en un gesto de resignación.

—No sabía que te gustaran los martinis sucios —comenta Nell.

—Herencia de papá. ¿Habéis tenido noticias de él?

Nell niega con la cabeza. Meredith la imita.

—Hace años que no sé nada.

—Ni yo.

—Joder, vaya puta mierda que se las apañara para convertirse en un puto

topicazo: primero se casa con una zorra que le impide que se relacione con sus hijas de su primer matrimonio, y luego se larga a California y desaparece del mapa. —Lizzy suspira—. En fin. Todo tiene su lado positivo —sonríe con una mueca—. Por lo menos ya no tenemos que volver a ver a Arianna *la Grottesca*.

—Venga, Lizzy, que es tu hermanastra.

—Ya. Me temo que a esa no pienso reconocerla.

Todas piensan en Arianna, una niña caprichosa y mimada hasta decir basta, quien a pesar de sus veintiún años sigue montando una pataleta cada vez que no consigue lo que quiere y que vive totalmente a costa de sus padres. Y encima, Selena, que parecía muy guapa cuando su padre la conoció, era guapa solo gracias a numerosas operaciones de cirugía plástica. Arianna, por desdicha, no solo ha heredado la espantosa personalidad de su madre, sino también sus desafortunados rasgos: un mentón débil, ojos saltones, nariz grande y ganchuda. Y a pesar de que esa nariz ha sido afinada y remodelada igualito que la de su madre, ninguna cirugía plástica del mundo puede ocultar el hecho de que es fea por dentro y por fuera.

—Le pedí que fuera mi padrino de boda —comenta Meredith—. Por supuesto, tenía un compromiso y no podía.

Lizzy resopla.

—¿Qué, tenía que guardar la manguera del jardín o algo?

—¿Estaba demasiado ocupado ganando dinero para comprarle a Arianna un Ferrari? —tercia Nell, asqueada.

—Brindo por las hijas sin padre. —Lizzy alza la copa que acaban de ponerle delante.

—Y las hijas sin madre —añade Nell.

—¡Coño! ¡No digas eso! —exclama Lizzy—. Ya sé que no ha sido precisamente la madre del siglo, pero vaya. Tampoco quiero que se muera. Venga, por una vida larga y llena de salud.

Y todas brindan y beben.

—Es increíble lo que ha cambiado el pueblo. —Lizzy mira alrededor—. Se me hace rarísimo estar de vuelta.

—¿Cómo es que no vienes más? Vives a una hora de aquí —dice Meredith—. Para mí sí que es raro, viviendo en Londres.

—Estoy liadísima, una locura. —En ese momento aparecen dos camareros con bandejas de comida.

—No hemos pedido nada —protesta Meredith.

—Cortesía del chef. Les ha preparado una selección de tacos: pescado estilo Baja, champiñones portobello y entrecot con sésamo, y nuestro guacamole. Espero que lo disfruten.

—¿Esto es gratis? —pregunta Meredith cuando se van los camareros.

—Ventajas del trabajo. —Lizzy se encoge de hombros y coge una gran cantidad de guacamole con el nacho.

—Pues qué trabajo tan fantástico.

—Y hablando de trabajo, ¿qué tal el tuyo? —pregunta Lizzy.

—Bien.

—¿Y Londres?

—Bien también.

—¿Cómo está Derek?

Meredith la mira muy seria.

—Ya sabía yo que saldría el temita.

—Joder, Meri, en serio. No seas tan susceptible. Es el hombre con el que te vas a casar. Pues claro que te voy a preguntar por él.

—Es que me da la sensación de que siempre te vas a burlar o te pondrás a decir que es horrible.

Lizzy bebe otro largo trago.

—Meri, te quiero. Ya sé que no estamos muy unidas, pero vosotras dos sois las dos únicas hermanas mayores que tengo. Si Nell y yo nos burlamos de Derek...

—Yo nunca me he burlado de Derek —interrumpe Nell.

—Vale, pues yo. Pero si hemos dicho en algún momento algo que parezca negativo, es solo porque queremos que seas feliz, y yo no estaba tan segura de que Derek fuera de verdad el amor de tu vida.

—Es el amor de mi vida —dice Meredith, aunque ya mientras lo dice se pregunta si es verdad. No, admite, sabe que no es verdad. Pero es el hombre que la ha elegido, piensa. Y será muy buen marido. Todo el mundo lo dice.

—Genial. Pues como mujer casada que soy, a pesar de ser la más joven

aquí, te aseguro que tienes que estar locamente enamorada y pensar que es fantástico antes de la boda. Porque Dios sabe que la vida de casada ya es bastante dura sin que encima tengas que mirarle cada día y preguntarte por qué coño te casaste con él. —Lizzy llama al camarero para pedir otra ronda, aunque su vaso es el único que está vacío. No advierte que Meredith y Nell intercambian miradas preocupadas.

—¿Cómo está James? —se aventura a preguntar Meredith.

Lizzy menea la cabeza con un hondo suspiro.

—Mira, ni me lo preguntes. Necesito por lo menos otras dos copas antes de meterme en ese tema. Pero tú hazme caso: el matrimonio ya es bastante duro si empiezas pensando que es lo mejor que te ha pasado en la vida. Dios sabe lo que sería meterse en ese berenjenal solo porque crees que es lo mejor a lo que puedes aspirar.

Meredith no dice nada. No quiere pensar en eso ahora.

—¿Y tú, Nell? —cambia de tema—. ¿Cómo va la granja?

—Pues como siempre. —Nell se encoge de hombros.

—¿Le llegaste a pedir a alguien que te ayudara con el tema financiero? Siento mucho no... —Meredith deja en el aire la frase. No quiere recordarle a nadie la difícil conversación que mantuvieron en su día—. En fin, que yo encantada de echar un vistazo a lo que sea mientras estoy aquí.

Nell mira pensativa su copa. La verdad es que en lo que respecta a las finanzas, su táctica es enterrar la cabeza en la arena. Nada más heredar la granja se dio cuenta de que tenía que realizar grandes cambios para que fuera viable. Ahora sirven productos a muchos de los restaurantes locales y algunos de Nueva York y Nueva Jersey. Tienen la cafetería, que ha crecido y se ha ampliado y ahora es más un restaurante. Tienen la granja escuela y piden donaciones voluntarias a los padres para llevar allí a sus hijos. Así que ha introducido innovaciones. Pero siempre, siempre, les vendría bien un poquito más. Y ella nunca ha tenido a nadie con quien hablarlo.

Lo bueno es que no hay hipoteca. Lo malo es que hay que pagar a los trabajadores, cosa que cada pocos meses es toda una lucha, y encima nunca sabe muy bien por qué. Está convencida de que Meredith no podrá decirle nada que ella no sepa: que no ganan lo suficiente, que no tienen ningún colchón

de seguridad, que la capacidad de pagar a los trabajadores depende del tiempo, de la cosecha y de tener muchísima suerte. No necesita que nadie le diga que por mucho que trabaje —y realmente no sabe cómo podría trabajar más de lo que ya trabaja—, no hay manera de introducir más cambios.

—Gracias, te agradezco la oferta —contesta por fin.

Lizzy se saca deprisa el móvil del bolsillo al oírlo sonar y mira la pantalla. Se excusa y se aleja.

—Hey, tú —la oyen sus hermanas, con voz de pronto baja y malhumorada—. Ya era hora de que llamas. —Sale con el teléfono, dejando que Nell y Meredith terminen el guacamole.

—No me había dado cuenta del hambre que tenía —comenta Meredith—. Creo que será el cansancio y el *jet lag*. Siempre me entra hambre cuando estoy cansada.

—Bueno, pues solo quedan como unos tres meses para la boda, ¿no? ¿Cómo te sientes?

—Ilusionada —contesta Meredith, sin entusiasmo—. Lo que pasa es que hay tantas cosas que hacer...

—Ya me imagino.

—¿Y tú? ¿Algún futuro pretendiente en tu vida? —quiere cambiar de tema Meredith—. ¿Algún granjero cachas que te acelere el corazón?

—¡Ja! —Nell sonríe—. Ni de lejos.

—Ahora que River ya está fuera de casa y todo, no puedes poner la excusa de que dedicas todas tus energías a la maternidad. Tienes que empezar a salir con gente.

—¿Y quién te dice que no he salido con nadie?

—¿De verdad? ¡Bien hecho! ¿Con alguno que esté bien?

Nell se encoge de hombros.

—Estaba viendo a un tío, pero... no sé. No había química.

Meredith se queda un momento mirando su copa.

—¿Tú crees que la química es tan importante? Cuando una es joven, pues claro, pero creo que la química solo te trae problemas. Yo creo más bien que es mejor tener estabilidad, amistad, compañerismo... No química. —Meredith habla sin mirar a Nell a los ojos.

—Así que... ¿Qué piensas del sexo?

—¿Cerrar los ojos y pensar en la patria? —Meredith se echa a reír, como si bromeara, pero tanto ella como Nell saben que no es una broma.

—No lo sé. Igual tienes razón —dice Nell, queriendo corresponder a la sinceridad de Meredith—. Yo ya intenté lo de cerrar los ojos y pensar en la patria, pero a mí no me funcionó. Quería que funcionara, porque el tío es estupendo, pero de verdad que tengo una vida muy plena, y lo que no tengo es tiempo. Tendría que ser algo especial, algo grande, para que yo me abriera y dejara entrar a alguien en mi vida. Y este tío no lo era.

—Sí. Te entiendo. —Meredith está pensando que su vida es muy pequeña, y bastante aburrida, y que tal vez haya puesto el listón demasiado bajo. Quizás el problema no sea Derek, sino que ella no vive la vida que debería vivir. Pero ya es demasiado tarde, piensa. Tiene treinta y ocho años. Es una suerte que alguien quiera casarse con ella, y encima un socio de una empresa de contabilidad, alguien que puede amarla y mantenerla y evitar que entre en la madurez ella sola. Se estremece ante el horror de que la vida se extendiera ante ella sin tener a nadie al lado. Por lo menos intenta convencerse de que eso es lo que la horroriza.

—¿Me entiendes?

—Sí. Pero es que yo no creo que el sexo sea tan importante.

—Igual tienes razón —dice Nell, que también piensa que el sexo no es tan importante, pero que tampoco lo son las relaciones, y que vivir sola está perfectamente bien.

Lizzy entra y se sienta en su taburete.

—¿Cómo está James? —pregunta Meredith.

—¿Qué?

—Que cómo está. ¿No era él?

Lizzy se la queda mirando un momento.

—¡Ah! ¡No, qué va! Era mi socio, Sean. Teníamos que organizar algunos detalles de la cena *pop-up* del domingo. Obviamente yo no estaré, así que le toca encargarse a él.

—¡Vaya! Pues tenéis una relación muy... íntima.

—Es lo que pasa cuando trabajas con alguien tan cerca —contesta Lizzy.

Pero a nadie se le pasa por alto que se ha puesto colorada como un tomate—. ¿Otra ronda? —cambia ella de tema, mientras espera a que se le pase el rubor.

—Bueno, ¿qué pasa con ese socio tuyo? —pregunta Nell más tarde esa noche, en el coche por Merritt Parkway de camino a la granja. Han dejado a Meredith en casa de su madre, pero han prometido volver a almorzar al día siguiente.

—¿A qué te refieres?

—«¡Hey, tú!» —dice Nell, en una muy creíble imitación del tono sexi de Lizzy cuando cogió la llamada de Sean—. Ese saludo siempre significa que algo pasa.

—Dijo la experta en relaciones. —Lizzy suelta una risotada.

—Venga, Lizzy. Me tienes preocupada.

—Pues no lo estés. Sé lo que me hago.

—Tienes un marido que te quiere y un niño pequeño que quiere a sus padres y quiere que estén juntos. Y te lo digo porque sé muy bien lo que es que los padres de una se divorcien. —Vuelve la cabeza para mirar a Lizzy en la oscuridad.

—Bueno, yo desde luego también sé perfectamente lo que es eso —le espeta ella. Pero luego mira por la ventana—. Creo que James ya no me quiere —dice con voz queda—. Y yo a él tampoco. Lo que suelo pensar más bien es que le odio.

—Joder, Lizzy. Eso es terrible. ¿Y Connor?

—¿Por qué te crees que seguimos juntos? Justamente por eso. ¿Y Connor? No quiero hacerle lo que nos hicieron a nosotras.

—O sea, tener una aventura y que tu marido se entere y te abandone y luego básicamente pasar de la maternidad porque estás demasiado centrada en tu carrera para hacerte responsable de tu hijo... o tus hijas.

—Coño, tampoco tienes que decirlo así.

—Estaba hablando de mamá.

—Ah. —Se produce un silencio—. Joder. —Lizzy suelta un largo suspiro—. No tengo ni idea de lo que voy a hacer.

—A lo mejor el principio es terminar con tu aventura.

—Ya lo he hecho. Un montón de veces.

—Tienes que acabar de una vez por todas. Estás poniendo muchas cosas en peligro. No solo tu matrimonio y tu relación con tu hijo, sino también tu negocio. No veo que esto pueda salir bien para ti de ninguna manera. Es tu socio. Si estás liada con él, no te puedes centrar en lo que te tienes que centrar.

—Tienes razón, tienes razón. Sé que tienes razón. Pero es que es muy difícil.

—No es tan difícil. Es solo sexo. Eso no tiene ninguna dificultad.

Se quedan en silencio al entrar en Sport Hill Road y luego giran y vuelven a girar y a girar una vez más hasta llegar a una vieja puerta de madera. Lizzy sale para abrirla y la cierra cuando pasa la camioneta. Antes de volver a subir, se detiene a aspirar el dulce olor del campo.

—No he estado aquí desde que era pequeña —comenta. Baja la ventanilla para seguir oliendo el aire—. Se me había olvidado lo guay que es. A veinte minutos de casa de mamá, pero parece que estuviera en mitad de la nada.

—Está en mitad de la nada. —Nell aminora la velocidad para rodear el enorme bache que provocó un camión de reparto la semana anterior—. Por eso me encanta.

—Esto está muy cambiado. —Lizzy entorna los ojos para distinguir el nuevo granero y los edificios, advirtiéndole que están distribuidos de distinta manera. Llegan a un patio de grava, con enormes jardineras cuadradas de madera con hortensias.

—Esto es precioso. —Lizzy sale de la camioneta y se estira—. Nosotros usamos jardineras iguales para nuestras cenas.

—¿Sí? Qué bien. ¿Te apañas con tu bolsa? Te voy a poner en la habitación al lado de la mía, si te parece bien.

—Me apaño. —Lizzy saca su bolsa, muy acostumbrada a acarrear bultos pesados—. Joder, esto es precioso —comenta mientras suben al porche de la granja—. Si yo viviera aquí, no saldría nunca.

—Pues eso hago yo —replica Nell, abriendo la puerta principal.

En la cocina hay un cierto jaleo, que comienza como un estrépito en su sueño, y solo cuando Nell empieza a medio despertarse se da cuenta de que el ruido es en su casa. Ha dormido hasta muy tarde. Tardísimo. Son las 7:23 de la mañana, y ya hay muchas cosas que tenía que haber hecho. Se le acelera el corazón. ¡Nunca duerme hasta tan tarde! ¿Y que es todo ese jaleo ahí abajo?

Lizzy. Se acuerda de pronto de que la noche anterior trajo a Lizzy a casa. Debe de estar buscando el café. Mierda. ¿Por qué ha dormido tanto? Se pone los tejanos de ayer y una camiseta limpia del armario y baja corriendo hasta la cocina, esperando encontrarse con Lizzy.

Solo que no es Lizzy la que está en la cocina, sino una mujer a la que no conoce, vestida con unos vaqueros cortados, una camiseta blanca y un delantal atado a la cintura. Está vertiendo la leche de una jarra medidora en un bol blanco. ¿Quién diablos es esta? Lo primero que se le ocurre a Nell es que será una intrusa, pero ¿qué clase de intrusa se mete en una casa, se pone un delantal de flores y procede a preparar... magdalenas? ¿Tortitas? ¿Bollos? Sea lo que sea parece saber lo que hace. Debe de tener en torno a su misma edad, piensa Nell. Está tan concentrada en lo suyo que por lo visto no se ha dado cuenta de que la dueña de la casa está en la puerta. Tiene el pelo rubio rojizo, recogido con un clip, y unos ojos muy separados. Frunce el ceño mientras vierte la leche, y se muerde el labio en gesto de concentración. Luego vuelve a guardar la leche en la nevera y se pone a abrir armarios en busca, Nell imagina, de una sartén.

—¿Una sartén? En el armario al lado de la cocina —dice Nell por fin—. ¿O un molde para magdalenas? Si es eso lo que buscas, están al otro lado, en el

hueco.

La mujer se vuelve sobresaltada hacia ella. Y sonríe. Y Nell queda al instante desarmada por su sonrisa. No, más que eso. Se ha quedado como hipnotizada por aquella sonrisa radiante.

—Tú serás Nell. —La mujer deja el cuenco y se limpia las manos en el delantal.

—Pues sí. Pero no tengo ni la menor idea de quién eres tú. —Nell entra en la cocina, coge una taza grande del estante y se vuelve hacia la desconocida.

—¡Ay, madre! —La mujer se lleva la mano al pecho y se echa a reír—. ¿No sabías que íbamos a venir antes?

—¿Quiénes?

—Los chicos. River dijo que te llamaría.

Nell deja la taza, y se le ilumina la cara.

—¿River está aquí?

—Están dormidos, arriba. —La mujer sacude la cabeza—. Le dije que te llamara para avisarte. Él quería darte una sorpresa, pero a mí no me parecía tan buena idea. Si llego a saber que no te había avisado, jamás me habría puesto a preparar nada en tu cocina.

—¡Eres la madre de Daisy! —cae por fin Nell.

—Greta Whitstable —se presenta la mujer, tendiendo la mano. Sus ojos están muy separados, las mejillas son demasiado redondas y el mentón demasiado afilado, pero todo ello unido resulta cautivador. No es guapa, pero sí llamativa, con su pelo rubio recogido hacia atrás y unos cuantos mechones en torno al rostro. Algo le resulta familiar en ella, pero no sabe qué.

—¿Nos conocemos de algo? —acaba por preguntar.

—Lo dudo. A menos que hayas estado por St. Louis. —Greta coge la cafetera—. ¿Por qué no te sientas y te preparo el desayuno? Iba a meter las magdalenas en el horno. Estarán listas en un momento, ahora que sé dónde están los moldes —añade con una risa—. Anda, siéntate. ¿Cómo tomas el café?

—Solo. Sin azúcar.

—Eres fácil —comenta Greta Whitstable con una sonrisa. Nell se sorprende al notar que se sonroja.

De pronto es muy consciente de estar sentada en su propia cocina, delante de una desconocida, con el pelo de recién levantada y los dientes sin lavar. No le importa presentar a su hermana las greñas y el aliento matutino, pero de pronto se siente incómoda con esa pinta delante de aquella mujer. Se le olvidan todas sus tareas.

—Me voy arriba un momento —dice, carraspeando.

Greta se limita a sonreír. Se mueve por la cocina de Nell como Pedro por su casa, como si hubiera estado allí ya mil veces.

—Vuelvo enseguida. —Y Nell se encamina hacia la puerta.

Greta Whitstable, piensa mientras sube por las escaleras. Qué nombre más interesante. Qué mujer más interesante. A solas en el baño, se lava los dientes y la cara, comprueba que no le quedan legañas y se susurra ese nombre otra vez, sorprendida. ¿Por qué le suena tanto?

—Greta Whitstable —repite—. ¿Qué clase de nombre es ese?

Sonríe mientras se cepilla el pelo y se lo recoge en su habitual coleta.

Se detiene en la puerta de River, sin saber si despertarlo. Al final decide dejarlo dormir y vuelve a bajar hacia la desconocida que parece ser de la familia.

—¡River!

Ha pasado una hora cuando River por fin sale de su cuarto para entrar adormilado en la cocina y rodear a su madre con los brazos. Nell se ha pasado esa hora en la mesa mientras Greta Whitstable trasteaba haciendo las magdalenas y luego unos bollos. Por lo visto River le había contado que Cheryl, la guardesa, estaba fuera, y que cualquier cosa que ella preparara sería muy de agradecer.

Había rellenado la taza de café de Nell varias veces, y le llevó una magdalena y luego un bollo, y luego, sin una palabra, cortó una naranja y la emplató como un pequeño sol y se la puso delante sin preguntar si la quería. Nell se la comió, pensando que podría ser la naranja más deliciosa que había probado jamás.

Greta Whitstable se siente totalmente a gusto en esta cocina, piensa Nell,

deseando ser mejor cocinera, mejor ama de casa. Se pregunta si tendría tan buen aspecto con unos tejanos cortados y un delantal de flores. Tal vez debería sujetarse el pelo con horquillas, con mechones en torno a la cara, en lugar de la coleta tan tiesa que lleva todo el tiempo.

Greta advierte que Nell la mira, se aparta con un soplido un mechón de los ojos y se echa a reír. Nell está tan encandilada con sus atenciones, tan distraída por aquella energía femenina que ha aparecido como de la nada para cuidar de ella (cuidar de Nell, que hasta hacía una hora no sabía que necesitaba que la cuidaran), que se ha olvidado por completo de su madre, de sus hermanas y de por qué no ha oído el despertador y se ha quedado dormida hasta que le llegó el jaleo de Greta en la cocina.

—¡Vaya, buenos días! —entra Lizzy, con los ojos medio cerrados, bostezando y estirándose—. ¡Sobrino! —Al ver a River en la mesa, se abalanza sobre él, lo rodea con los brazos y lo estruja mientras él se ríe—. Hola —saluda a Greta—. Yo soy Lizzy, la hermana pequeña errante. ¿Tú eres la cocinera?

Greta se echa a reír.

—Más bien no. Soy la madre de la novia. O sea, de Daisy. La novia de River. Greta —se presenta, estrechándole la mano.

—¿Has hecho tú todo esto? —Lizzy mira las bandejas de magdalenas y bollos.

—Ha hecho muchos más, que ya se han enviado a la cafetería —explica Nell.

Lizzy se vuelve hacia ella y advierte lo sonriente que está, y la desconocida chispa en sus ojos.

—¿Puedo? —Coge una magdalena, ligera, espolvoreada con semillas de amapola. Rompe un pedazo y lo mantiene en la boca antes de masticar despacio y notar un estallido de intenso sabor a limón—. Joder, está riquísima —suspira—. O sea, rica que te mueres.

—Gracias. —Greta le sirve un café—. Son receta de mi madre.

—¿Y eso qué son, bollos? Un color interesante.

—De café y chocolate.

Nell enarca una ceja.

—¿También receta de mamá?

Greta sonríe.

—No, esta es mía. Probad. —Parte un bollo en trocitos y los distribuye por la mesa.

—Ya te dije que la madre de Daisy es una repostera increíble —comenta River con la boca llena, mientras Lizzy mastica pensativa.

—No me acordaba —dice Nell.

—¿Cocinas de manera profesional? —Lizzy se centra en Greta, que niega con la cabeza—. ¿Cocinarías de manera profesional?

—Creo que no. Me encanta hacerlo por diversión, pero tengo otras muchas cosas.

—Me encantaría que me prepararas unas de estas para alguna de mis cenas *pop-up*. Podrías ser la repostera invitada.

Greta arruga la frente.

—¿Cenas *pop-up*? ¿Eso qué es?

Lizzy sonríe. Desde que tiene el programa de televisión, es como si todo el mundo la conociera. Incluso cuando no dicen nada, incluso cuando fingen no reconocerla, en algún momento de la conversación revelan que saben quién es. A veces por un comentario casual, o lo que sea, pero siempre la conocen. Por lo general.

—¿No ves el programa? —River sonríe.

—La verdad es que no veo la televisión. ¿Qué programa?

—Mi tía tiene un programa de cocina muy famoso. *El club de las cenas*. Y organiza cenas *pop-up*, o sea, de una sola noche, en azoteas de Nueva York. La gente paga una fortuna por acudir.

—¿Eres chef?

Lizzy agacha la cabeza con falsa modestia.

—Pues sí.

Greta se sonroja levemente.

—No lo sabía, perdona.

—Tranquila. —Lizzy está sorprendentemente complacida con este inesperado anonimato—. Yo encantada. Creo que jamás he probado un bollo como este.

—No es cosa mía, todo está en los ingredientes —comenta Grace con modestia.

—Tú y yo sabemos que eso no es verdad. Si no quieres cocinar para mí, que sepas que voy a intentar dar con esta receta.

—Tú misma —replica Greta—. Pero si quieres te la doy. No soy tan exquisita.

—Me gusta esta mujer —dice Lizzy, volviéndose hacia River con una sonrisa. Luego se sienta y coge otro bollo—. Doy mi aprobación.

Nell frunce el ceño. ¿A qué se refiere Lizzy?

Cuando se oye el timbre de la puerta, todo el mundo da un respingo. ¿Quién diablos llama a esas horas de la mañana? Nell asoma la cabeza por la puerta trasera, se vuelve hacia los demás y anuncia:

—Es Meredith.

—¿Y qué hace aquí? —pregunta Lizzy, mientras Meredith ya entra con un suspiro. Su rostro se anima por un instante cuando ve a River y le presentan a Greta—. ¿Una mala noche? —inquire, cuando Meredith ya está sentada con un café.

—La noche bien, pero hoy tenemos el velo echado. Tenía que salir de allí.

—¡Ay, Dios! —gime Nell, disimulando una sonrisita—. Se me había olvidado lo del velo. La veo tan poco que normalmente se comporta lo mejor posible. ¡El velo! —Por un segundo entierra la cabeza en las manos—. Se suponía que íbamos a ir a almorzar. No puedo con ella cuando está el velo echado.

Greta se inclina.

—Espero no ser impertinente, pero ¿qué es eso del velo?

—Nuestra madre puede ser de lo más encantadora, divertida y dulce —comienza Lizzy.

—Y cuando está el velo echado, es como si la poseyera el diablo —prosigue Meredith—. Está furiosa, es cruel y dañina.

—Cuando éramos pequeñas, siempre sabíamos, en cuanto entraba en la habitación, de qué humor estaba —explica Nell—. Cuando tenía una de sus rabietas, sus ojos eran distintos. Era como si estuvieran cubiertos por un velo. Y entonces nos quitábamos de en medio.

—Eso cuando ya teníamos una edad —aclara Meredith—. De pequeñas, muchas veces no nos quedaba otra que aguantar el chaparrón.

—Joder, podía llegar a ser espantosa —interviene Lizzy—. ¿Te acuerdas de cuando te gritaba que estabas gorda y que nunca tendrías novio? —Se vuelve hacia Nell—. Y a ti te decía que parecías lesbiana.

—Gracias, Lizzy —replica Nell con frialdad—. Si no recuerdo mal, tú eras la única que te librabas.

—La peque de la familia, ¿yo qué culpa tengo? Tampoco es que me librara del todo, pero es que nunca se le ocurrían buenos insultos porque soy perfecta.

Todos se echan a reír meneando la cabeza.

—Pues no parece muy divertido —comenta Greta—. ¿Cómo podíais sentirnos seguras ninguna de las tres?

Meredith sonríe.

—No nos sentíamos seguras. De ahí que me marchara a Londres. Ay, Dios, espero que se le pase.

—Pues yo os digo una cosa —Nell se levanta para retirar los platos—, si está así no pienso ir allí a comer.

—Ni yo —asegura Meredith—. Y hasta puede que me traiga aquí mis cosas. Es que no me lo puedo creer: no llevo allí ni veinticuatro horas y ya está así. Me dan ganas de coger un avión ahora mismo y volver a Londres. Le he dicho a Lily que ya llamaré más tarde.

—Es tan típico de ella —suspira Nell—. Con lo encantadora que estaba ayer, tan contenta de tenernos a todas juntas de nuevo en casa... Y luego va y lo sabotea. Siempre tiene que estropearlo todo.

Nell está en el fregadero. Lizzy le lleva el resto de los platos y le frota suavemente la espalda. Nell se sobresalta. No está acostumbrada a que la toquen, no está acostumbrada a sentir afecto de... de nadie. Se excusa abruptamente para ir al baño y se marcha a toda prisa. Lizzy friega en silencio.

El teléfono de Nell suena mientras se mira en el espejo del baño, inquieta sin saber muy bien por qué. Es su madre. No contesta. Llega un mensaje de texto, luego otro. «Urgente», dice el tercero. «Llama.» Nell se sienta en el borde de la bañera y hace la llamada, prometiéndose colgar a la menor provocación.

—¿Qué pasa, mamá?

—Tengo que verte. Ahora mismo.

—Mamá, tengo cosas que hacer en la granja. No creo que pueda ir esta mañana.

—Es una emergencia —insiste su madre, imperiosa—. No se lo digas a tus hermanas. Estate en mi casa en media hora.

Nell vuelve a la cocina.

—He sido convocada —anuncia secamente—. Y me han dicho que no os diga nada.

—¿Vas a ir? —Lizzy está impresionada.

—Dice que es una emergencia. Lily no coge el teléfono. Así que voy a ver qué es de una vez. Si se pone borde, me largo.

—¿Quieres que vaya contigo, mamá? —se ofrece River, apartando la silla.

—No, cariño. Pero si pudieras abrir la granja y ver que todo el mundo tiene lo que necesita, te lo agradecería.

—Yo ayudo también —dice Greta.

—Y yo. —Esta es Lizzy.

—Y yo, ya somos tres. —Aunque Meredith no tiene ni idea de lo que hay que hacer en una granja.

Nell aparca la camioneta y entra en casa de Ronni preparándose para la ira de su madre. Pero Lily, en la cocina, le dedica una sonrisa radiante.

—La señora no está muy contenta hoy —anuncia serena.

Nell se disculpa por su madre. La ha visto desahogarse con el servicio toda la vida y le pasma que nadie aguante allí mucho tiempo. Lily lleva años en la casa, y su sonrisa y su ánimo alegre son un bálsamo para el mal humor de Ronni. Cuando Ronni se pone violenta, Lily se limita a reírse y, curiosamente, Ronni suele calmarse. Se parece un poco a la dinámica que existía entre Ronni y Lizzy cuando era pequeña.

—¿Dónde está?

—En la cama. Hoy le duelen las piernas. Le estoy preparando una bolsa de agua caliente para aliviarle un poco los calambres, pero son muy fuertes. La verdad es que no puede andar.

—¿Cómo que no puede andar?

Lily frunce el ceño.

—Últimamente ha estado mucho peor. A pesar de llevar el bastón no puede andar mucho. Las piernas no le responden.

—¿Y no crees que lo único que quiere es que le prestes atención?

—No. Esto es otra cosa. Está muy cansada y a veces hasta le cuesta respirar.

—¿Has llamado al médico?

—Lo vio la semana pasada. Dice que no se puede hacer nada.

—Ya, esa es mi madre, siempre tan melodramática. Si sirve de algo, podría hablar yo con él. Algo se podrá hacer. Trae, ya le subo yo la bolsa de agua caliente.

Nell sube por las escaleras estrechando contra su pecho la bolsa de agua caliente forrada de cachemira, sonriendo al pensar que es justamente una bolsa de agua caliente vestida de cachemira. Solo se le ocurre a su madre, piensa. Llama a la puerta y cuando la abre se encuentra a Ronni en la cama, sin peluca, sin maquillaje, el pelo ralo y fino, la piel pálida, casi gris. Tiene los ojos cerrados y la respiración rasposa.

—¿Mamá? —susurra, sobresaltada al ver a su madre tan cambiada desde el día anterior. Sin el esfuerzo de parecer normal, Ronni tiene un alarmante aspecto frágil, de anciana. De enferma. Por primera vez Nell comprende que esta vez no se trata de uno de los melodramas de su madre. Es evidente que le pasa algo muy grave.

Ronni abre los ojos y parece desorientada un momento.

—Nell —dice por fin, recuperando la compostura—. ¿Me ayudas a incorporarme?

Nell incorpora a su madre con cuidado y le ahueca las almohadas antes de ayudarla a reclinarsse sobre ellas. Intenta no pensar en lo poco preparada que está para hacerle de enfermera, porque eso es lo que parece que le toca.

Ronni tiende la mano buena para aferrarse a la de Nell.

—Siéntate.

Nell se sienta de mala gana en la cama, nada acostumbrada al afecto de nadie y mucho menos de su madre. Le estrecha la mano con torpeza, deseando interrumpir el contacto y a la vez aliviada de que, por lo visto, el velo haya desaparecido.

—¿Qué ha pasado con Meredith? —pregunta.

—Que me he levantado con el pie izquierdo —replica su madre con ironía.

—Creo que igual prefiere quedarse conmigo. No puede contigo cuando estás... en fin, cuando te levantas con mal pie.

—Ya lo sé. No ha podido nunca. Lo cual siempre ha empeorado las cosas. Se disgustaba tanto que me ponía más furiosa. Tú te limitabas a encerrarte en ti misma.

Nell se encoge de hombros, impasible, sin sorprenderse de que su madre conozca a la perfección sus diversas estrategias para lidiar con ella. Al ver su rostro inexpresivo, tan perfecto ejemplo de su táctica para escapar de la

situación, Ronni sonríe.

—Y a Lizzy no le importaba una mierda.

—No le importaba nada ni nadie.

—No, eso no es verdad. —Ronni mira a Nell a los ojos—. Yo entiendo a Lizzy porque... es la que más se parece a mí.

Nell no sabe si está preparada para esa conversación. Desde luego no está acostumbrada a conversaciones íntimas con su madre. De manera que cambia de tema.

—¿Qué era tan urgente, mamá? Tengo muchas cosas que hacer y no me puedo quedar.

—En primer lugar me tienes que prometer que no se lo dirás a tus hermanas.

—Vale.

—No lo dices en serio. Júralo por... por la vida de River.

—No, de eso nada. Solo te lo puedo prometer, y yo no rompo mis promesas, eso lo sabes.

Ronni asiente con la cabeza.

—Además de esa neuropatía de fibras pequeñas... Sé que hay otra cosa.

—¿Sí? ¿Y por qué no nos lo has dicho?

—Porque no estoy preparada para que lo sepa todo el mundo. Antes necesito que tus hermanas se reconcilien. Necesito que os encontréis unas a otras de nuevo.

—¿Pero de qué hablas? ¿Qué está pasando?

Ronni suspira.

—Tengo esclerosis lateral amiotrófica.

Nell se la queda mirando, pensando en que a su madre siempre le han gustado los latinajos, cuanto más largos y más complicados mejor, sobre todo a la hora de describir sus muchos males, que nunca son tan graves como suenan.

—ELA —añade entonces Ronni, sin emoción alguna—. También conocida como la enfermedad de Lou Gherig.

—¿Qué? —Nell por fin lo ha entendido, pero no lo puede asimilar—. ¿Qué me estás contando? —Venía preparada para su histrionismo, sus llantos, sus susurros y sus melodramas, no para esto. Pero su madre está serena, tranquila.

—Tengo una enfermedad terminal. Probablemente desde hace años. ¿Te acuerdas de aquellos mareos que me daban hace tanto tiempo, cuando tenía que tumbarme porque las náuseas eran horribles? Y se me partía el pelo y tenía hormigueos en el cuero cabelludo... Todo eso eran síntomas tempranos de la ELA.

—Pero te hicieron pruebas de todo y no encontraron nada.

—Cierto. Tiene gracia que todas las analíticas salieran bien. Bueno, no la tiene. La ELA es difícil de diagnosticar. La descubrieron cuando me empecé a caer y luego advirtieron los espasmos musculares.

—Así que... cuando dices que es terminal... —Nell por fin parece haber asimilado las palabras de Ronni y se le ha hecho un nudo en la garganta. Traga saliva, respira hondo—. ¿Cuánto tiempo...?

—La esperanza de vida suele ser de tres a cinco años después del diagnóstico. Pero puesto que el mío ha llegado muy tarde, por lo visto ya he vivido más de lo que me tocaba. Estoy muy cerca de acabar paralizada del todo, incapaz de comer o incluso de respirar sin ayuda.

Ronni guarda silencio. A Nell se le ha cortado el aliento. Si alguien le preguntara si quiere a su madre, diría que sí, por supuesto. Pero la verdad es que nunca ha sentido amor por su madre. Si su madre ha significado algo en su vida, ha sido más bien una fuente de irritación o infelicidad, una obligación que cumplir, un deber que Nell atiende mínimamente. Y aun así ahí está. Ha olvidado que su madre y ella están cogidas de las manos en un gesto de afecto sin precedentes, ha olvidado que cinco minutos atrás estaba deseando salir de allí lo antes posible. Tiene los ojos llenos de lágrimas, abre y cierra la boca sin saber qué decir. Lo que sí sabe es que esto es real. Que no son histrionismos de su madre. Que es cierto.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta con un hilo de voz.

Su madre la mira serena y le aprieta la mano.

—Me niego a que se me lleve esta enfermedad —contesta—. Me niego a quedar paralizada. Me niego a convertirme en un vegetal, sabiendo exactamente lo que me está pasando y sin poder hacer nada.

Nell se la queda mirando.

—Voy a quitarme la vida, Nell —dice Ronni por fin—. Y quiero que me

ayudes. Quiero irme tranquilamente, rodeada de mi familia. Tengo las piernas básicamente paralizadas ya. Puedo arrastrarme a veces de un lado a otro, pero estoy perdiendo la fuerza en los brazos, sobre todo el izquierdo. No quiero saber nada de hospitales, médicos, enfermeras o cuidadores. He tenido meses para pensar en esto y estoy lista. Os quiero a todas conmigo y quiero hacerlo pronto.

Nell la sigue mirando.

—¿Nell? Di algo. Te lo cuento a ti porque eres la que está más unida a mí. —Ronni esboza una sonrisa triste—. Ya lo sé, no es que estemos unidas, pero tú eres a la que más veo. Es en ti en quien me apoyo. No sé cómo decírselo a tus hermanas.

Por fin Nell parpadea.

—Pues a mí te las has apañado para contármelo estupendamente.

—Porque tú puedes enfrentarte a ello. Siempre has sido la más fuerte. Siento haber sido siempre tan dura contigo.

Nell calla de nuevo, sin saber qué decir.

—Quiero que estés preparada para cuando se lo diga a tus hermanas — prosigue Ronni.

—¿Y cuándo piensas decírselo? Porque esto no es justo. No es justo que me obligues a llevar esta carga yo sola. —La voz de Nell suena como la de una niña pequeña.

—Se lo puedo decir esta noche. Si crees que es lo que debo hacer.

—¡Y yo qué sé! —salta Nell—. No tengo ni idea. No tengo ni idea de qué decirte. Joder. ¿Cuándo planeas hacer eso?

—Yo ya estoy lista. Quiero hacerlo mientras estéis todas aquí, antes de empeorar más. Y quiero saber que os cuidaréis unas a otras cuando yo no esté.

Nell lanza un largo suspiro.

—Mamá, no sé si vamos a poder hacerlo. No sé si vamos a poder quedarnos de brazos cruzados viéndote morir.

—Me vais a ver morir. —Ronni sonrío de nuevo con tristeza—. La cuestión es cuándo.

Nell vuelve a casa aturdida, sin lágrimas, solo con la sensación de estar debajo del agua. El paisaje pasa de largo por la ventana como desconocido, todo borroso y extraño. Cómo puede estar pasando esto, piensa. ¿Cómo no se lo va a contar a sus hermanas, cuando las vea dentro de un momento? No hay duda de que se darán cuenta de que pasa algo en cuanto pase por la puerta.

Nell no está unida a su madre, nunca lo ha estado, pero Ronni es su madre al fin y al cabo, la única madre que ha conocido, y no está preparada para su muerte. Y desde luego no está dispuesta a ayudarla en modo alguno. Y aun así, su madre es la criatura más vanidosa que ha conocido, entiende que no quiera quedar paralizada, que no quiera perder el control, que no quiera quedar por completo en manos de enfermeras y cuidadoras. No. Ronni Sunshine jamás elegiría algo así.

¿Acaso no es lo más valiente, quitarse ella misma la vida? Pero es que no quiere quitarse la vida ella misma exactamente, lo que quiere es que lo hagan sus hijas. La idea resulta inconcebible.

¿Por qué se lo ha dicho a ella?, se pregunta. Pero ya conoce la respuesta: porque yo puedo encajarlo. Porque yo soy la más fuerte.

La casa está en silencio, la cocina recogida y limpia, arriba el ruido del agua indica que alguien se está duchando. En el mostrador hay una nota con la caligrafía de Lizzy:

¡En Westport de compras con Meri! Llama si necesitas algo. ¡Obsesionada con esta granja!

¿Cómo se lo va a decir? ¿Se lo va a decir? ¿Esperará a que su madre se lo diga esta noche? Al fin y al cabo, lo ha prometido.

¿Por qué yo?, se repite. ¿Por qué esto? ¿Por qué ahora?

Entra en su pequeño despacho y se sienta a su mesa con la mirada perdida, la mente en blanco. Está acostumbrada a encerrarse allí para evitar pensar en sus problemas. Sobre su mesa hay una pila de cuentas y documentos que no ha tenido estómago para mirar desde hace días. De hecho, esa misma semana los tapó con una revista para no verlos siquiera. Desde entonces ha sido capaz de fingir que no tiene problemas financieros en la granja. Y ahí siguen los papeles, aguardando con paciencia a que lidie con ellos.

Pero la enfermedad de su madre no puede evitarse tan fácilmente. Es real y está sucediendo ahora. Si finge lo contrario, pasará de todas formas. Nell respira hondo, se vuelve hacia su ordenador y desliza el ratón para leer sobre la ELA, saltando de página en página y deteniéndose cada pocos minutos para garabatear ideas y preguntas en un cuaderno sobre la mesa.

Dedica más tiempo a leer sobre Stephen Hawking, que sufrió la enfermedad durante años. A lo mejor su madre podría vivir una vida plena, piensa, mirando la fotografía del científico. No, admite. Su madre jamás querría una vida así, incluso si la enfermedad se lo permitiera.

Se oye una suave llamada a la puerta y Greta asoma la cabeza.

—Espero no interrumpirte —comienza. Al mirar en derredor su expresión se ilumina—. ¡Vaya, esto es precioso! ¡Qué sala más bonita!

—Pasa. —Nell cierra la pantalla del ordenador, agradecida por la distracción, inexplicablemente encantada de que Greta la interrumpa.

Está sorprendida de sí misma. Por lo general no permite que nadie entre allí, en ese espacio que ella considera verdaderamente suyo. Su santuario. Ha puesto mucho esfuerzo en que así sea. En los tiempos de Theodora era un despacho oscuro, opresivo, forrado en madera. Cuando heredó la granja, le contó a su madre que pensaba pintar los paneles y Ronni se horrorizó:

—¡No puedes pintar la caoba!

Pero Nell podía. Y lo hizo. Pintó los paneles de las paredes de un azul muy

claro, y los suelos de un gris tan pálido que era casi blanco. En una esquina hay un jarrón blanco de cerámica, gordo y achatado, lleno de vistosas flores cosmos color rosa del jardín. En un lado hay un sofá con un cobertor blanco, con un estampado indio artesano en un color café tan pálido que resulta casi indetectable, y varios cojines grandes, azul claro y blanco. Las paredes están llenas de pinturas enmarcadas que realizó River en la escuela elemental, aunque nadie lo diría. Son cuadros abstractos que costarían, piensa Nell, miles de dólares en una galería de arte. Latigazos de pintura, salpicaduras de tinta, garabatos a lápiz. Resultan sorprendentemente sofisticados, y cada vez que los mira se acuerda de las manos regordetas de River y su sonrisa dulce, de cuando entraba con sus torpes andares en su cuarto y la despertaba susurrando muy alto: «¿Mami? ¿Estás despierta?» Y ella seguía con los ojos cerrados y con una sonrisa respondía: «No», y luego lo cogía y lo cubría de besos mientras él se retorció muerto de risa.

Qué felices eran.

—¿Me puedo sentar? —Greta se sienta sin esperar respuesta. Nell se pregunta si se moverá con tanto desparpajo en todas partes—. Solo quería ver si estabas bien —pregunta, clavando en ella su mirada serena. Nell se sienta al otro lado del sofá—. Ya sé que nos acabamos de conocer, pero estaba en el asiento de la ventana de arriba cuando has vuelto y te he visto entrar, y me ha parecido que venías muy pensativa. ¿Estás bien?

Nell no sabe qué decir.

—Eres muy perspicaz. —Lo he prometido, piensa.

—Tu madre parece ser una mujer algo difícil.

—Pues sí, pero lo de hoy no es eso. Es... otra cosa. Creo que todavía no puedo hablar de ello. Lo siento. Espero que lo entiendas.

—Pues claro. No quiero entrometerme en nada. ¿Te puedo traer algo? He pensado en preparar la comida para todos. No tengo ni idea de cómo funcionan aquí las cosas, pero sí he visto que hay verduras para parar un tren. Si se me permite coger alguna, podría hacer una ensalada grande, y en la nevera hay pechugas de pollo. Yo con poca cosa puedo tirar millas.

—No tienes que cocinar. Desde luego es todo un detalle que te ofrezcas, pero después de todo lo que has trabajado esta mañana, no hace falta. Está

Lizzy, y si alguien debería cocinar es ella.

—Me siento fatal por no saber quién era. Daisy me ha puesto al día. ¿Tú crees que se habrá ofendido?

Nell se echa a reír.

—Hace falta mucho más que eso para ofender a Lizzy.

—Me cae muy bien. Y Meredith. Tienes una familia maravillosa. Y de verdad que no me importa nada hacer la comida.

—¿Siempre cuidas así de todo el mundo? —le pregunta Nell, con una inexplicable gratitud, un inexplicable deseo de tender el brazo y ponerle la mano en la mejilla. No sabe qué está pasando, solo que allí sentada, en aquel sofá, tan cerca de aquella mujer, desearía estar todavía más cerca.

Nell parpadea. ¿Qué demonios le está ocurriendo? Es el disgusto, piensa. No es ella misma.

—Sí —sonríe Greta—. Cuidar de los demás es lo mío. Y ahora que Daisy se ha ido de casa, no hago más que recoger patitos huérfanos por todas partes.

—¿Eso piensas de mí? ¿Que soy un patito huérfano?

Greta se lo piensa un momento.

—No —contesta por fin—. Me pareces una mujer tremendamente fuerte y autosuficiente. Un león solitario, tal vez, más que un patito huérfano. Fuerte, pero sola.

—Joder. —Nell exhala y asoma a sus labios el primer atisbo de sonrisa desde que llegó a casa—. Eso suena fatal. Creo que prefiero ser un patito huérfano.

—Era un cumplido. Vale, pues una leona. Regia. Hermosa. Fuerte.

—No me siento nada fuerte —replica Nell, pensando: ¿Regia? ¿Hermosa? ¿Lo soy?

—Muchas no reconocemos nuestras mejores cualidades ni cuando una mujer tan sabia como yo las estoy señalando. River me ha contado que no os lleváis muy bien con tu madre, ni entre vosotras las hermanas, dice que es muy raro que estéis las tres juntas en esta casa. Así que seguro que para ti es muy difícil esta... reunión. ¿Qué sientes teniendo aquí a todo el mundo? A juzgar por esta mañana, nunca me habría imaginado que no estáis unidas. A lo mejor este viaje es como una cura para todas, ¿no?

¿Una cura?, piensa Nell. Eso es lo que quería su madre. Pero ¿cómo puede resultar una cura cuando están a punto de recibir una noticia que las cambiará para siempre, una noticia que cambiará el resto de sus vidas?

Nell aparta la vista, sintiendo el irresistible impulso de contárselo todo a Greta. Le prometió a su madre que no diría nada a sus hermanas, pero Greta no es su hermana. Y parece una mujer buena y sabia, alguien que sabe escuchar, alguien que no la juzgará. Nell nunca habla de su madre con nadie. De hecho, no habla de gran cosa con nadie. Mantiene una relación amistosa, cordial y agradable con todos los que trabajan en la granja, pero a ninguno puede considerarlo un amigo exactamente. Habla con Cheryl, la guardesa, todos los días y la considera tan amiga como a todos los demás.

Pero lo que ahora sabe es un peso demasiado grande para ella sola. Y allí está Greta, tan serena, tan comprensiva, tan cariñosa. ¿Por qué no contárselo a ella? ¿Por qué no decirle que sabe que esta vez es real? Que su madre se ha pasado toda la vida buscando llamar la atención, pero que ahora que tiene una enfermedad terminal y podría contar con la atención de todo el mundo, lo que planea es otra cosa. Quiere que sus hijas la ayuden a poner fin a su vida y por lo visto se cree que está realizando un gran último acto altruista al unir a sus hijas, pretende restablecer no se sabe qué fuerte lazo familiar que para empezar nunca ha existido. Y mientras tanto, Nell es la única que lo sabe. Ha prometido fingir que todo es normal, ha prometido no contar el secreto, tal como le ha pedido su madre, pero la tristeza y el *shock* se han apoderado de ella, forman en su interior una burbuja que amenaza con estallar ante la comprensión y la preocupación de Greta.

Nell no dice nada. No puede hablar. Cierra los ojos unos segundos y mueve la cabeza. Y nota la mano de Greta sobre la suya.

—No pasa nada —susurra Greta con voz serena—. Todo se arreglará.

Y para su sorpresa, Nell nota las lágrimas que le corren por las mejillas. Porque sí, sí que pasa algo. Y no se arreglará, no tiene arreglo. La vida no volverá a ser como antes. Ya no tendrá el problema de que su madre la llame para exigirle cualquier cosa, no tendrá que ir obligada a su casa, sintiendo más agotamiento que rencor. ¿Por qué siempre le toca a ella? ¿Por qué su madre no le pide nada a cualquier otra? Porque Meredith está demasiado lejos, y a Lizzy

le importa una mierda. Lizzy está demasiado ajetreada con sus célebres cenas y su célebre programa de televisión y su magnífico matrimonio y su hijo perfecto para dedicar tiempo a su madre. De manera que le toca a Nell. Lizzy y Meredith no hacen absolutamente nada. Aparecen por vacaciones, pasan dos o tres días con Ronni y allá que se van a seguir viviendo sus vidas, como si eso fuera todo lo que se requiriese de ellas.

Y eso es todo lo que se les requiere, porque Nell está ahí, siempre ha estado ahí, para encargarse de todo. Y como su madre no quiere alejar a Lizzy y a Meredith más de lo que ya lo ha hecho, cuando se disgusta, con ellas o con la vida en general, las quejas son para Nell. Y cuando está furiosa, como pasa tan a menudo, con quien se desquita es con Nell. Y cuando se está muriendo, y quiere morirse en el momento que ella elija, a su manera, la persona a la que pide ayuda para enfrentarse a dolor, el miedo y la tristeza es Nell. Ella es la más fuerte. Sus hermanas no pueden afrontarlo. Necesita a Nell.

Por lo general a Nell no le importa. A veces se enfada por tener que lidiar con su madre ella sola, pero por lo general lo hace y en paz. Pero hoy, el peso de todo lo que sabe es demasiado. Y ahora, la mano amable sobre su mano, la expresión preocupada de la mujer a su lado, es demasiado. Y de pronto, tan culpable como avergonzada, estalla en sollozos que estremecen todo su cuerpo, y Greta la rodea y la estrecha entre sus brazos.

Como una madre con su hijo, piensa más tarde, cuando ya se ha calmado. Como yo he abrazado a River tantas veces, cuando era pequeño y frágil y estaba asustado.

Como he querido que me abracen durante tantos años.

Se lo cuenta todo a Greta, pasmada de lo fácil que le resulta, de lo libres que fluyen las palabras de sus labios. Le habla de su infancia, de la relación con sus hermanas, de lo duro que le resulta lidiar con lo que ahora mismo solo ella sabe, y encima teniendo en cuenta lo dura que ha sido siempre su madre con ella.

Y al hablar, el dolor se mitiga. Mientras habla y llora, animada de vez en cuando por Greta, se pasma al ver que la carga se aligera. No desaparece,

pero jamás había creído que fuera verdad eso de que una carga compartida es la mitad de la carga. Jamás se le había ocurrido compartir sus cargas con nadie. Y ahora piensa que la vida habría sido muchísimo más fácil de haberlo hecho.

—Lo siento mucho —se disculpa por fin, ruborizada, avergonzada por lo mucho que ha contado, por la extraordinaria intimidad que ahora contienen esas paredes—. No quería soltarlo todo así. Si ni siquiera nos conocemos. No sé ni cómo ha podido pasar.

—¿Tú es que no has oído eso de que casi siempre es más fácil revelar tus intimidades a un desconocido? Aunque de todas formas yo no soy una desconocida. Por lo menos, tú a mí no me pareces una desconocida.

—Ahora ya no, desde luego. Después de la última media hora seguramente eres la persona que mejor me conoce en el mundo.

—Seguro que no es verdad —dice Greta. Pero Nell sabe que es cierto. Nunca ha hablado así con nadie.

Greta la mira entonces con curiosidad.

—¿Sí es verdad?

—¿Tendrías peor opinión de mí si te dijera que sí? —pregunta Nell de mala gana.

—No cambiaría mi opinión de ti en absoluto. Era evidente que necesitabas soltar algo de todo esto. Me alegro de haber estado aquí.

—Lo siento mucho. Me da un poco de vergüenza, la verdad. Nunca se me ha dado bien hablar de sentimientos.

—¿Por qué no?

Nell se lo piensa un momento.

—Porque me siento vulnerable.

Greta se echa a reír.

—¿Y eso es malo?

—¿Ah, no?

Greta meneaba la cabeza.

—Así es como se establecen las relaciones humanas: mostrando nuestra vulnerabilidad. Si no mostrásemos a los demás nuestro verdadero yo, nuestros defectos y debilidades, ¿cómo íbamos a dejar que nos conocieran?

—Me parece que yo nunca he querido que me conozcan.

—Entonces te estás perdiendo el noventa por ciento de lo que la vida ofrece. —Greta se encoge de hombros—. Para conectar con la gente, te tienen que conocer. Y yo creo que hemos venido a este mundo para conectar con otros. Sin ello, la vida sería una soledad terrible.

Sí, piensa Nell. Es una soledad terrible. Y se sobresalta al comprobar que por fin ha sido capaz de admitirlo.

—En momentos como este se supone que es cuando somos más vulnerables, y no tenemos que estar solas. Tu madre se está muriendo —dice Greta con suavidad—. Y ha decidido hacerlo a su manera. Debe de ser una mujer muy valiente. Pero siempre es más duro para los que se quedan.

—Pero no debería resultarme tan duro —se sorprende Nell diciendo—. No debería ser tan duro para ninguna de nosotras. Hemos tenido una relación muy difícil con ella. Y entre nosotras también. Nunca hemos sido una familia unida. No entiendo por qué me resulta esto tan doloroso.

—Pues por eso —sonríe Greta—. Es más duro cuando el amor no es fácil. Lo cual no significa que no haya amor. Y tampoco significa que no puedas decir ahora lo que no dijiste hace tanto tiempo. No es demasiado tarde, Nell. Todavía no.

—¿Cómo es que sabes tanto? —pregunta Nell, queriendo cambiar de tema porque tiene miedo de echarse a llorar otra vez—. ¿Es que eres terapeuta? No sé nada de ti.

—Estoy graduada en trabajo social. Ahora trabajo con una organización que financia retiros terapéuticos. No ejerzo de terapeuta, pero tengo mucha experiencia en hablar con gente que pasa por momentos muy difíciles en su vida. Sé escuchar.

—Y cocinar —añade Nell—. ¡La mujer perfecta! ¿Hay algo que no sepas hacer?

—¡Un montón de cosas! —ríe Greta—. Pero no pienso ni empezar a nombrarlas, porque no me volverías a ver igual. Pero ya que no quieres que prepare la comida para todo el mundo, a lo mejor podríamos hacer otra cosa. La verdad es que tenía ganas de ver Westport. ¿Quieres que vayamos allí a almorzar? Estaría bien conocernos un poco mejor a solas.

—Me encantaría. Tengo algo de trabajo que hacer, pero lo del almuerzo suena genial.

—¿Nos vemos en la cocina a la una menos cuarto?

—Es una cita. —Y Nell se sonroja. No era eso lo que quería decir.

Después de la charla con Greta, se siente mucho mejor. Sigue con el nubarrón en la cabeza, pero ya no es tan denso. Piensa que puede evitar esa tarde a sus hermanas, seguro, y luego su madre que se lo cuente por la noche. Nell no quiere llevar a solas esa carga. Lo que todavía no le ha dicho a Greta, lo que tal vez no le diga, ni a ella ni a nadie, es que además de tristeza, siente alivio.

Nell va a su mesa, se vuelve de nuevo hacia el ordenador y con un suspiro teclea «Greta Whitstable» en Google. No encuentra gran cosa. Una página de Facebook, con perfil privado. Una sonriente fotografía. Pecas. Nell no las había advertido antes y sin darse cuenta traza con el dedo el puente de su propia nariz. Siempre ha querido tener pecas, piensa. En ese momento llaman a la puerta. Sobresaltada, sintiéndose culpable, cierra la ventana con un clic.

Es River.

—Daisy y yo vamos a casa de Ronron. ¿Le llevamos unas magdalenas?

—Le encantarán —contesta Nell, aunque no tiene ni idea de lo que come su madre estos días, si mantiene alguna de sus reglas sobre alimentación ahora que está enferma. Se acuerda de todo lo que ha hecho su madre a lo largo de los años para mantener la línea y salir bien ante la cámara: la dieta Scarsdale, la dieta del pomelo, la dieta de la sopa de repollo, Weight Watchers, Jenny Craig, Nutrisystem, la dieta del doctor Atkins, la dieta paleo, la vegetariana, la vegana, ayunos de zumos, la Master Cleanse. Agh. Esa fue la peor. Ronni convenció a Meredith de que la probara y Meredith vomitó al primer vaso de agua de mar que se tomó. Hace años que en aquella casa no entra un carbohidrato. Pero nada de eso importa ahora. River debería llevarle magdalenas.

River vacila un momento. Luego entra y estrecha a su madre en un abrazo como no lo ha hecho desde hace mucho. Su pequeño, ahora tan grande, tan

maduro. A veces hasta se sorprende de que sea suyo, de haberlo tenido en brazos de bebé, de haber logrado crear a un chico tan guapo, tan bueno, tan listo y tan perfecto. Nell se anima entre sus brazos.

—Te quiero, mamá.

Y Nell sonríe, abandonándose al amor que siente por su hijo. Es la única persona a la que ha sido capaz de amar totalmente, incondicionalmente. Siempre ha sido fácil porque es su madre. Nunca ha tenido que mostrarse vulnerable ante él. No ha sido vulnerable ante nadie desde que Lewis la abandonó, desde que se dio cuenta de que su madre jamás la antepondría a nada. El mero concepto de vulnerabilidad le resulta novedoso. ¿Podría amar a alguien tan completamente como a River, pero de igual a igual? La idea la intriga, la sorprende. Pero lo que más le sorprende es que por primera vez piensa que le gustaría intentarlo.

—¿Hola?

Es la voz de Lizzy. Nell había estado contando los minutos para encontrarse con Greta en la cocina y no esperaba que su hermana volviera tan pronto. Sale de mala gana del despacho y se la encuentra junto al mostrador, comiendo unas uvas del frutero tranquilamente como si estuviera en su casa. Nell sonríe. Es a la vez una bendición y una maldición esa capacidad de su hermana para sentirse en casa en cualquier parte. Nell desearía sentirse más cómoda en el mundo, aunque no cambiaría su vida por la de Lizzy ni en un millón de años.

—Hola. ¿Dónde está Meredith? —pregunta.

—La he dejado en casa de mamá. Se sentía culpable.

Nell se echa a reír.

—Pobre Meredith. No me lo puedo creer: tiene casi cuarenta años y todavía anda pendiente de lo que la gente pueda pensar de ella.

—Ya. —Lizzy pone los ojos en blanco—. Yo lo que no me puedo creer es que siga pensando en casarse con el horror de Derek. ¿Tú crees que llegará hasta el final?

—No lo sé, pero no puedes decirle nada, porque lo único que conseguirás es que se enfade y no la ayudarás en absoluto. Todos tenemos que cometer

nuestros propios errores.

—Sí, no me lo tienes que recordar. No pienso decir nada. —Lizzy se sienta y pone los pies en otra silla mientras sigue masticando uvas y mirando en torno a la cocina—. Jamás pensé que diría esto, pero de verdad que es estupendo estar aquí. Siento una paz que no sentía hacía muchísimo tiempo.

Nell sonrío.

—¿Por fin vuelves a tus raíces suburbanas?

—Esto qué va a ser suburbano, esto es el campo. Solo que está cerca de todo. Realmente tuviste mucha suerte con el regalo de esta granja.

Nell se muestra precavida:

—Pues sí, pero no fue exactamente un regalo. Fue una herencia. Y es también un montón de trabajo. No es que funcione sola precisamente mientras yo me rasco la barriga.

—Sí, ya lo sé. Ya veo todo el trabajo que has hecho. Y todos los empleados a los que tienes que manejar. —Lizzy guarda silencio un momento—. Mira, ya sé que no debería sacar el tema, pero de verdad que es una pena que no quieras considerar lo de celebrar cenas campestres.

—O sea, tus cenas *pop-up*.

—Mis cenas, sí. Y comidas en la granja. La gente paga ahora una fortuna por sentarse a una vieja mesa de caballete en una pradera. Podrías ganar una pasta.

Nell clava la mirada en su hermana, fingiendo desinterés, aunque lo que necesita en ese momento es justo «ganar una pasta». Si «ganara una pasta» podría dejar de esconder sus papeles de contabilidad debajo de una revista.

—¿Cuánto dinero calculas? —Nell intenta hablar como si no le importara demasiado, como si el futuro de la granja no dependiera de ganar dinero de verdad como fuera.

—A ver, yo no llevo lo de las finanzas; de eso se encarga Sean. Pero sí te puedo decir que celebramos dos o tres cenas a la semana con un mínimo de cincuenta comensales que pueden llegar hasta trescientos si se hace en el campo. La gente paga hasta quinientos dólares por cabeza en la ciudad, por lo general doscientos cincuenta en cualquier otra parte...

—¿Doscientos cincuenta dólares por cabeza? ¿Están locos? —Nell no se da cuenta de que está chillando mientras va haciendo cuentas mentalmente—.

¿Que sacáis setenta y cinco mil dólares por una noche?

—A ver, no. Todos los costes salen de ahí: la comida, el personal, el alquiler del sitio... Pero sacamos un buen pellizco, sí. Podríamos sacar más —ahora mira fijamente a su hermana— si nos asociáramos con una granja, cosa que rebajaría nuestros costes de manera notable. Si tuviéramos un productor que nos vendiera a precio de mayorista, seguramente podríamos partir los beneficios con él. —Lizzy se encoge de hombros y se mete otra uva en la boca.

—Tendría que echar un vistazo a los números.

Lizzy se endereza de golpe.

—Te los puedo enseñar.

—¿Cuántas veces se haría?

Lizzy mueve la cabeza.

—Ni idea. No he pensado en ello desde que dijiste que no estabas dispuesta para nada. Tendría que hablar con Sean, pero mi sueño sería tener base en una granja, tal vez incluso un restaurante propio... Podríamos seguir celebrando cenas al aire libre como eventos especiales durante el verano.

—No tenemos sitio para un restaurante —replica Nell—. Ni los fondos para construirlo. Tenemos la cafetería, pero es pequeña para eso...

—No, pero está el granero grande. —Lizzy se ha pasado la última hora paseando por la granja, fijándose en los edificios, y con los engranajes mentales a tope, pensando y pensando—. Lo podríamos reformar. Al final hasta podríamos poner una cocina al fondo. Estamos acostumbrados a montar cocinas improvisadas para nuestras cenas... Eso funcionaría de manera temporal.

Nell piensa en el granero. Es enorme, demasiado grande para la cantidad de heno que recogen. Todos los años, en otoño, hacen un laberinto de balas de heno para los niños, con el fin de darle algún uso, pero no sería el fin del mundo mover el heno a un granero más pequeño, que además resultaría mucho más barato de construir que un restaurante. Y entiende que el viejo granero mantendría esa sensación rústica de las cenas de Lizzy.

Vuelve a fijarse en su hermana, que la mira expectante.

—¿De verdad crees que la gente vendría a Easton, Connecticut, para cenar en un granero?

—Te digo que vienen de toda Nueva Jersey, Dutchess County y Westchester. Nell se sigue mostrando escéptica.

—¿Y tú vendrías a trabajar desde Brooklyn?

—Sí, supongo. No sé. No tengo ni idea de cómo sería la cosa. Pero si de verdad lo estás pensando, podríamos hablarlo. A lo mejor... A lo mejor podría vender la casa de Brooklyn y mudarme aquí.

—¡No querrás vivir en la granja! —exclama Nell con una visible expresión de horror—. Porque no veo cómo iba a funcionar eso.

Lizzy se echa a reír.

—No, no te preocupes. Está claro que la granja es tuya. Pero a lo mejor podría comprar algo en Easton. O en Redding. Una cosa así. A lo mejor Connor podría crecer rodeado de naturaleza y animales. Podría montar en bicicleta con sus amigos y coger manzanas del huerto.

—Sabes que estás idealizando totalmente la vida aquí.

—Ya, pero así es más divertido. Podría hacerme con un coche con chófer para cuando tuviera que filmar. —Lizzy se ríe de nuevo—. No, en serio. Podríamos usar ese granero, ¿no? Lo estás viendo, ¿verdad? Podríamos hacer una prueba este verano, a ver cómo va. ¡Y podríamos sentar a la gente en balas de heno! Les va a encantar.

—¿La gente pagaría doscientos cincuenta dólares por sentarse en balas de heno y cenar en un granero sucio? —Ahora es Nell la que se echa a reír.

—Ay, Nell, no tienes ni idea. Les vamos a ofrecer una «experiencia». Al final podríamos incluso montar una tiendecita para vender mi línea de productos. ¿Te acuerdas de cuando trabajabas aquí, de adolescente, y vendíais mis salsas? Pues sería lo mismo, ¡solo que a lo grande! Nell, podríamos ser socias. Tengo que hablarlo todo con Sean, pero seguro que se apunta. Aquí en las zonas residenciales todo el mundo quiere las azoteas de Nueva York, pero en la ciudad lo que quiere la gente son huertos y graneros.

—Bueno, pues lo único que podemos ofrecerles son huertos y graneros. Y balas de heno. —Nell sonrío. Setenta y cinco mil dólares en una noche, no deja de pensar. Aunque se quedaran solo con una cuarta parte, eso la sacaría del hoyo. Incluso si no lo hiciera de manera permanente y solo dejara que Lizzy celebrara sus cenas este verano, con su cocina de catering y unas mesas

en el huerto de árboles, lo mismo podría despertarse por las mañanas capaz de respirar, sin la espada de Damocles de las preocupaciones económicas pendiendo sobre su cabeza.

—¿Nos vamos a comer juntas para hablar del tema? —le propone Lizzy, con los ojos brillantes de excitación.

Nell había olvidado ese rasgo de su hermana: cómo se entusiasmaba con un proyecto. Parte del éxito que tiene ahora se debe no solo a que sea una chef con talento, fotogénica y tranquila y relajada ante la cámara, sino también porque no para, porque enseguida se pone manos a la obra. Probablemente lo mejor que Nell puede decir sobre su hermana Lizzy es que jamás se ha amedrentado ante el trabajo duro.

—Hoy no puedo —contesta—. Voy a comer con Greta.

—Oh. —Lizzy hace un mohín—. ¿Y no lo puedes cancelar? Estoy como una moto ahora mismo, ya me conoces, y necesito seguir hablando de esto.

Nell se echa a reír.

—Ya lo sé, pero te vas a tener que buscar a otra persona para hablar. Le he prometido llevarla al pueblo.

—No la llesves al pueblo —dice Lizzy—. Vaya, llévala si quieres, pero ¿dónde vais a comer? Los sitios buenos de siempre han desaparecido —explica con una mueca—. Pobre Acqua.

—Déjate del Acqua. ¿Y el Oscar's?

—¡Agh! —Lizzy menea la cabeza—. Es un horror que el Oscar's haya cerrado. Llévala a Southport Harbor. Es precioso. Podéis comprar la comida en el Spic and Span y llevároslo al puerto, y así coméis viendo los barcos. Es muy romántico —añade como si nada.

A Nell de pronto le arden las mejillas. ¿A qué se refiere?, quisiera preguntar, pero no se atreve. No puede defenderse teniendo las mejillas como antorchas.

—Allí es donde yo iría a comer —dice Lizzy, como si nunca hubiera mencionado el romanticismo.

—Me voy a cambiar —se excusa Nell, para poder salir de allí. Sube las escaleras al trote y se mira los ojos brillantes en el espejo. ¿Qué ha querido decir Lizzy? ¿Por qué ha dicho eso? ¿La madre de Daisy es lesbiana? ¿Ha

captado Lizzy algo que a ella se le escapa? Se siente incómoda y... ¿Qué son esas mariposas en el estómago? Parece emoción, pero no puede ser. Será que se siente incómoda. Aunque Nell no recuerda la última vez que se sintiera tan cómoda con alguien, y mucho menos con alguien que acaba de conocer.

Sonríe al pensar lo fácil que resulta hablar con Greta. A Nell nunca le ha resultado muy fácil hablar de nada que no sea superficial. Años atrás, cuando Lewis se había marchado y ella criaba sola a River, alguien le sugirió que igual podía ir a terapia. Y Nell se rio a carcajadas. Era la última persona sobre la tierra que iría a la consulta de un desconocido a contarle sus secretos.

Aunque no es que tenga secretos. De eso está segura. Por lo menos no es consciente de tener ninguno.

Derek descubrió el FaceTime hace unos seis meses, y desde entonces parece que haya perdido la capacidad de llamar por teléfono, por lo menos a Meredith. Está ella donde esté, a cualquier hora del día o de la noche, si Derek quiere contactar con ella, hace una videollamada por FaceTime.

Meredith está tumbada en la cama de su infancia, en casa de su madre. Se acaba de despertar de una siesta. Está triste y todavía atontada por el *jet lag*. Allí no ha cambiado apenas nada: los estantes bajo la ventana todavía contienen los libros de Laura Ingalls que tanto le gustaban de pequeña, las immaculadas muñecas alineadas en otro estante, la colcha de un radiante amarillo. En cuanto Nell se marchó de casa, de adolescente, su habitación fue convertida al instante en un taller de manualidades, algo muy raro puesto que su madre era la persona menos dada a las manualidades que pudiera imaginar. A día de hoy no está segura de que Ronni haya puesto el pie allí ni una vez. Pero la habitación de Meredith y la de Lizzy se preservaron tal como estaban.

Su madre ha estado espantosa esta mañana, como era su costumbre cuando Meredith era pequeña, indefensa, sin capacidad para responder. Y aquí está ella ahora, a sus treinta y ocho años, ya no tan pequeña, pero todavía indefensa y sin capacidad para responder. ¿Cómo es posible, cuando a su madre se la ve tan anciana, tan enferma? Seguro que no decía en serio las cosas tan crueles que dijo. Ronni nunca las dice en serio. Más tarde su madre se des hizo en disculpas, le dijo que la quería, le pidió que se quedara en casa con ella. Total, que ahí está Meredith, en su habitación de adolescente, resentida con todo el mundo. Oye el pitido del teléfono y lo coge. Es Derek, por FaceTime. Meredith apoya el iPhone en la cama y se vuelve de lado para verlo. Ahí está,

tan guapo como siempre, sonriendo radiante.

—¡Cariño! ¡Pero bueno! Si parece que te acabas de despertar. ¿Qué hora es ahí? ¿No es casi la hora de almorzar?

—Pues sí, pero tengo *jet lag*. Anoche no dormí bien, así que me había echado una siesta. —Meredith es consciente de que está en un ángulo poco favorecedor, que aparecerá hinchada y con papada, pero es Derek. Que la quiere tenga el aspecto que tenga.

—No puedes echar siestas, mi vida. Es lo peor que hay para el *jet lag*. Tienes que entrar directamente en la nueva zona horaria y aguantar hasta la hora de acostarse. ¡Se acabaron las siestas!

—Es que se me cerraban los ojos.

—¿Cómo está tu madre? ¿Cuál es la gran noticia?

—No está bien, sufre no sé qué neuropatía, y están haciéndole pruebas para ver si hay alguna otra cosa.

—¿Qué clase de neuropatía? —Derek se cree un médico aficionado y se enorgullece de su vocabulario médico en latín—. ¿Diabetes tal vez? Suele ser causa de neuropatía periférica. ¿Qué síntomas tiene?

—Y yo qué coño sé. —Meredith está cansada y Derek la está irritando. Pero al instante se arrepiente de haber soltado un taco.

—¡Meredith! —exclama Derek—. Que hay gente en la sala. ¡Por Dios bendito! Lo siento muchísimo, se le ha escapado —le oye ella disculparse con quienquiera que esté con él—. ¡Meredith! —la reprende de nuevo. La expresión jovial de su rostro ha desaparecido.

Idiota, piensa ella. Lo hace siempre: la llama por FaceTime sin decirle que hay otras personas viéndola y oyéndola, totalmente ajeno a la cortesía de avisar cuando pones a alguien en manos libres. Pues se lo merece, piensa Meredith. De todas formas, a quién diablos le importa.

—¿Por qué no me has dicho que estabas con gente?

—No pueden verte. Creía que te molestaba que te vieran otros por la videollamada.

Meredith cierra los ojos.

—Mira, ¿sabes qué? Ya hablaremos más tarde. Me tengo que ir.

—Vale, vale. —Es evidente que Derek sigue disgustado—. Te quiero —

dice, sin ningún énfasis.

Meredith no responde. Se limita a colgar.

Todavía tiene el teléfono en la mano cuando suena el timbre de la puerta principal.

—¡Meredith! —la llama su madre desde su dormitorio—. Lily ha salido de compras. ¿Puedes ir a abrir?

—¡Voy!

Baja por las escaleras y se detiene un momento ante el espejo del recibidor, vagamente divertida al verse el pelo todo de punta por un lado, con un aspecto bastante ridículo. Intenta peinárselo con la mano, pero no responde. En fin. El repartidor que sea tendrá que aguantarse.

Se abrocha los botones de la camisa que se le han abierto y abre la puerta con una sonrisa cortés.

El hombre al que se encuentra la mira inquisitivo y frunce el ceño.

—Ah. Yo esperaba a la asistenta.

Meredith arruga la frente. Algo en aquel hombre le resulta familiar. De pronto, su sonrisa se desvanece.

—¿Nos conocemos? —pregunta él, con expresión de estar rebuscando en su memoria.

—Yo estaba pensando lo mismo.

Y en ese momento, el hombre sonrío y la señala.

—¡La chica de la librería! —exclama con una risa.

Las manos de Meredith vuelan a su pelo. ¡Es él! Aquel tipo tan mono de la librería. ¿Pero qué diablos hace allí?

—¿Qué haces aquí? —le pregunta, porque no se le ocurre qué otra cosa decir.

—Podría preguntarte lo mismo, pero acabo de caer: ya sé quién eres. Llevo ya días viendo fotografías tuyas y de tus hermanas. Perdona, eso ha sonado un poco a acosador.

—Bueno, sí, un poco —admite Meredith, que entrecierra la puerta ligeramente y retrocede un paso. Pero entonces se da cuenta de que es una ridiculez. Aquel hombre no parece amenazador, sino más bien amistoso y cálido—. ¿Y tú quién eres? ¿Y qué haces aquí?

—¡Lo siento muchísimo! —se disculpa él, meneando la cabeza. Y Meredith reza en silencio para que no sea un bicho raro. Es demasiado mono para ser un tío raro—. Soy Billy, periodista. ¿Tu madre no te lo ha dicho? Soy también cineasta, y tu madre y yo hemos hablado del proyecto de filmar un documental sobre ella, o tal vez escribir un reportaje. Teníamos hoy una reunión.

Meredith lo mira perpleja.

—¿De verdad no os ha dicho nada? —Billy frunce el ceño, azorado.

—No. Pasa, por favor. Iré a avisarle.

—Gracias. —Billy deja su bolsa en el recibidor—. Tengo tiempo de sobra. ¿Espero en el... solarío?

Meredith intenta toquetearse sutilmente el pelo en un intento por aplacárselo. Ahora esboza una gran sonrisa.

—¡Sí! Una idea estupenda. Yo voy a ver si mi madre está lista. Igual tardo un ratito. Le cuesta mucho moverse. ¿Te ha contado lo de su neuropatía?

—Sí. Quiere que lo filme todo: su enfermedad... Una... retrospectiva de su vida.

—Sí. Es verdad que lo mencionó, aunque no dijo nada de que ibas a venir. Pasa, por favor. Bajamos en un momento.

Billy echa a andar por el pasillo mientras Meredith sube al galope a su habitación y gruñe de horror al mirarse en el espejo.

—Mierda... —masculla, horrorizada al pensar que el guapo de la librería está ahora en su casa y la ha visto con esa pinta.

Se arranca la gomilla de la coleta y se moja las manos en el lavabo para humedecerse el pelo antes de peinárselo bien con el secador. Se quita a patadas los pantalones del pijama y se embute en unos tejanos que solo son una talla más pequeña que la suya. Estoy voluptuosa, se dice. Por lo menos tengo una cintura más o menos estrecha. Si Beyoncé y Nicki Minaj pueden presumir de sus culazos y sus muslos gordos, yo también. Se calza unos zapatos de cuña y se los quita. Se ven ridículos, como si se estuviera esforzando demasiado. Pues nada, unas chanclas. Un pelín de maquillaje, casi imperceptible, lo justo para realzar sus rasgos naturales. Rímel para alargar las pestañas, un poco de colorete para que parezca que tiene pómulos, un toque de brillo rosa pálido en sus labios turgentes. Retrocede para verse en el

espejo. El año pasado se cortó el pelo al estilo bob, por sugerencia de Derek, a quien le gusta perfectamente peinado, como está ahora, que no es como le gusta a Meredith.

Saca del tocador un rizador de pelo que no ha tocado en más de una década y trabaja deprisa, rizándose lo justo para darle un aspecto sexi, algo alborotado, playero. Echa la cabeza abajo y se sacude la melena. Y esta vez, cuando se mira en el espejo, sonrío de verdad.

Entra en el dormitorio de su madre y se sienta en la cama.

—Estás muy guapa. —Su madre no pasa nada por alto—. Es atractivo ese Billy. Era él quien llamaba, ¿no?

—¿Ah, sí? No me había dado cuenta —miente Meredith—. ¿Qué peluca te pongo hoy?

Nell le da a Greta un paseo turístico con la camioneta por Westport. Sale de Merritt Parkway, sube por Partrick Road, baja por Old Hill señalando las casas históricas y los antiguos muros de piedra seca. Luego paran en el Neat a pedir un café y se lo toman en un banco que da al río Saugatuck. Le va contando historias de Westport, sin darse cuenta de que son también historias de su vida. Vuelven a la camioneta para recorrer Riverside y entran al sinuoso camino del club de remo.

—Esto era muy distinto cuando yo era joven —comenta Nell. Y le habla de Lewis Calder, del club de remo original, del entrenador Mangan, de lo que sentía al estar sobre el agua.

—¿Y no seguiste con el remo?

—Ojalá —sonríe Nell—. Pero una vez que tuve a River y la granja, ya era demasiado.

—A lo mejor podrías recuperarlo ahora —sugiere Greta—. Yo creo que nunca es tarde para buscar la felicidad. Sobre todo cuando ya sabes lo que te hace feliz.

—A lo mejor. —Nell contempla la rampa de varada en el río, la piragua de cuatro que pasa con los remos moviéndose al unísono. Se ha quedado totalmente inmóvil, recordando la magia, la gracilidad de estar en una embarcación que se mueve así—. A lo mejor —repite—. ¿A ti qué te hace feliz? —pregunta, volviéndose hacia Greta.

—Mi hija. Mis amigos. Me gusta vivir en St. Louis, aunque estoy dispuesta a la aventura. De joven era una gran viajera, y ya hace tiempo que no voy nada más que a los retiros de California. Me gustaría ir a alguna otra parte, ahora

que Daisy ya es mayor.

—¿Qué tienes en mente?

—Prefiero que la vida se vaya desarrollando tal como va. Estoy segura de que el universo revelará sus intenciones a su tiempo.

—Eso a mí no se me da bien —confiesa Nell—. A mí me gusta saber exactamente lo que va a pasar. No me gustan las sorpresas.

—¿De verdad? —Greta ladea la cabeza—. Pues las mejores partes de mi vida suelen ser las más inesperadas.

Nell considera preguntarle a qué se refiere, pero al final calla. En parte le da miedo preguntar, miedo de la respuesta.

—¿Nos vamos? —es lo que dice.

Y siguen con su viaje por los recuerdos. Nell la lleva a Main Street y señala los locales, ahora cerrados, que fueron importantes durante su infancia. La librería Remarkable Book, el Klein's, el Sally's, el estanco de Bill, el mercado de productos de granja, donde Lizzy ayudaba. El Villano, donde la hermana mayor de una amiga confesó, después de dos meses trabajando allí de camarera, que guardaban un arma en el cajón calentador detrás del pase. El Backstage, donde iban a beber y a bailar siendo menores de edad porque Lewis tenía un amigo en la puerta que los dejaba entrar. El teatro Westport Country Playhouse, donde su madre apareció en incontables obras y lecturas de guiones, e incluso perteneció a la junta directiva varios años. El centro de arte, donde Meredith trabajaba como voluntaria y donde presentaba cuadros para las exposiciones de sus asociados.

—¿Meredith pinta? —pregunta Greta al cabo de un momento, cuando el paseo las ha llevado a Southport.

Aparcan junto al Spic and Span y piden unos bocadillos para comer en el puerto, tal como sugirió Lizzy, con unas botellas de té helado y una bolsa de patatas.

—Más o menos. Vaya, esto es precioso. —Se sientan en un banco a ver el cabeceo de los barcos, y aquello es tan hermoso y tan sereno como Lizzy aseguraba—. Meredith ya no pinta —prosigue Nell. Da un mordisco al bocadillo y bebe un trago de té—. Parece ser que la contabilidad le ha borrado a la artista del alma.

—¿Era buena?

—Meredith diría que era malísima.

—¿Y eso es verdad?

Nell niega con la cabeza.

—Tiene muchísimo talento. Sus cuadros no eran tan buenos, pero eso es porque no estaba cómoda con los óleos. Nunca llegó a pillarles el tranquillo, y además intentaba conseguir demasiado. Pero hacía unos bocetos preciosos, y cuando daba clases de arte en Londres hizo unas obras magníficas. Siempre pensé que en realidad no había encontrado su vocación, que de pronto un buen día se daría cuenta de que se le daba de maravilla la joyería o el diseño. Pero eligió la contabilidad y ya no hace nada artístico, que yo sepa.

—Qué pena. ¿Y por qué le dio por la contabilidad?

—Por nuestro padre. Se había vuelto a casar y apenas teníamos contacto con él. Creo que Meredith pensó que si optaba por algo que él aprobara —derecho, empresariales, contabilidad o algo así—, a lo mejor volvía a prestarle atención.

—¿Y funcionó?

—¿Acaso funciona alguna vez?

Greta sacude la cabeza.

—Es algo muy triste que los padres que se vuelven a casar y forman otra familia se alejen por completo de sus primeros hijos. ¿Por eso tú no te has casado? ¿Por River?

Nell se sobresalta.

—No. Por lo menos no conscientemente. Aunque tal vez haya algo de eso... La verdad es que después de Lewis no he conocido a nadie, o sea, a nadie que fuera bastante... importante para que yo quisiera abrir mi vida y aceptar en ella a otra persona. —Nell come de nuevo—. ¿Y tú? No sé nada de ti, aparte de que estás casada con el padre de Daisy. ¿Fue vuestra relación difícil para Daisy? —Nell se sonroja, poco acostumbrada a mantener esa clase de conversaciones, a revelar las intimidades y entresijos de su vida.

Greta abre la bolsa de patatas.

—Daisy fue fácil —responde—. Y no ha habido más hijos que la hayan hecho sentirse desplazada. Y su padre y yo hemos seguido siendo grandes

amigos.

—Pues qué suerte. No es muy habitual.

—En nuestra relación había muchas cosas poco habituales. No deberíamos habernos casado, pero yo quería hacer lo correcto, hacer felices a mis padres, seguir el camino que se esperaba de mí, en lugar del camino que yo quería seguir, aunque me daba demasiado miedo admitirlo.

Nell calla, aguardando.

—Me atraían las mujeres, aunque no era muy consciente en aquel tiempo — prosigue Greta, como si tal cosa. A Nell le empieza a palpar fuerte el corazón—. En el último año de instituto, mi mejor amiga y yo tuvimos relaciones. Por fin confesamos que las dos sentíamos algo por la otra. Sus padres nos descubrieron y se pusieron furiosos. A ella la mandaron a estudiar a Tejas para separarnos. Mis padres tampoco me comprendían, de manera que me esforcé mucho por dejar contento a todo el mundo buscándome un joven agradable cuando fui a la universidad y sentando la cabeza con él, obligándome a fingir que era como todo el mundo.

Nell sigue callada, con el corazón palpitante, las mejillas enrojecidas.

Greta la mira un instante antes de proseguir.

—Estuvimos casados doce años, y fueron años buenos. Unos años maravillosos, aunque no había nada físico entre nosotros. No hubo sexo durante diez de esos doce años, y yo probablemente podría haber seguido con ese paripé. Había renunciado por completo a esa faceta de la relación, y me decía que era lo normal, que todas las parejas ancianas se sienten así.

—Pero tú no eras una anciana.

—Exacto.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué os separasteis?

—Porque me enamoré de una compañera de trabajo. Era una de las moderadoras del retiro. Yo nunca pensé que sería infiel, pero... —Sonríe al acordarse y se encoge de hombros—. Me enamoré.

—¿Tuviste una aventura con una mujer?

—Bueno, no es tan sencillo. Estábamos juntas en los retiros durante largos periodos de tiempo, y supongo que tuvimos una aventura emocional. No pasó nada, por lo menos nada físico, porque yo seguía casada con el padre de

Daisy. Pero teníamos muy claro que algo pasaría, y que no había sucedido aún porque las dos nos estábamos conteniendo con toda nuestra fuerza de voluntad. Para mí era obvio que aunque me había sentido atraída hacia los hombres, me atraen mucho más las mujeres. —Ahora Greta mira a Nell a los ojos.

A Nell le parece que no puede respirar.

—¿Cómo se lo tomó tu marido?

—No fue ninguna sorpresa. Creo que los dos sabíamos que era solo cuestión de tiempo. Podía seguir casada con mi mejor amigo siempre que no conociera a una mujer. Y había conocido a una mujer.

—Así que lo dejaste y...

Greta sonrío de nuevo.

—Le dejé y seguimos siendo amigos, y Marsha y yo vivimos juntas diez años. Nos separamos hace tres.

—Lo siento —dice Nell, que no lo siente en absoluto. Lo que siente, increíblemente, es el cuerpo en llamas, lo que siente es un zumbido y un hormigueo por todo el cuerpo. Se reconoce en la historia de Greta y sabe al instante y sin duda alguna que es porque la ha vivido sin darse cuenta.

—Anda y ¿por qué lo sientes? —Greta deja el bocadillo y mira la mano de Nell, en el banco entre las dos.

Nell también baja la vista. Las manos de ambas están casi pegadas. Con el corazón en la boca, con todo el cuerpo encendido, sus dedos, como con voluntad propia, buscan los de Greta. La mira a los ojos, confusa. Esa es su historia, lo sabe, y saberlo le provoca alivio, miedo y emoción. De pronto toda su vida cobra sentido. Al tocar los dedos de Greta, siente una descarga de lo que parece sospechosamente electricidad, se siente como ebria, mareada. Sonríe extasiada, aliviada, mira sus manos entrelazadas, se maravilla ante sus sensaciones.

Mira entonces a Greta a la cara, su pelo que el viento agita en su mejilla, sus ojos cálidos, su mirada inquisitiva, y Nell solo puede pensar en que desea besarla. No ha sentido algo así desde Lewis Calder, desde que era adolescente. Y ahora está pensando en una mujer. Aunque para ser sincera, ha sentido eso mismo antes con una mujer, pero jamás permitió que la idea se formara siquiera; se sintió avergonzada y culpable y enterró esos pensamientos

en lo más hondo de su ser, se negó a prestarles atención, se negó a reconocer que podrían haber sido reales.

Abre la boca para decir algo, pero no sale nada. Mira alrededor, pero no hay nadie. Solo ellas dos, en el banco, cogidas de la mano. Cuando Greta se inclina y la besa, cuando sus labios suaves rozan los suyos en el más breve de los besos, Nell suspira de deseo y todo su cuerpo se derrite.

—¡Te echo de menos! —gimotea Lizzy a través de la cámara, intentando contener las lágrimas. No se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos a su hijo hasta ver su carita en la pantalla del teléfono y oírle contar su día en el colegio.

—Déjame ver las gallinas —pide el niño, que se lleva el móvil de su padre al salón y se acurruca en el sofá.

Lizzy recorre el patio hasta el gallinero y da un paseo enseñándole a Connor la granja de Nell.

—Aquí están. —Sostiene el móvil a un brazo de distancia—. ¿Ves esas grandotas con las colas de plumas? Son los gallos. ¿A que son preciosos?

—A ver —dice Connor—. Yo quiero ir allí. Yo quiero ver los gallos.

—Ojalá estuvieras aquí. —Y Lizzy se sorprende al darse cuenta de que es cierto, se sorprende de amar tanto a su hijo, aunque es la primera en admitir que no tiene ni un atisbo de instinto maternal. James le dijo una vez, muy al principio, que su energía era masculina, y ella entendió lo que quería decir. No es que fuera un marimacho ni pareciera un hombre, pero era ambiciosa, resuelta, y no le importaba lo que la gente pensara de ella. Nunca se le había pasado por la cabeza tener que contentar a alguien que no fuera ella misma. Y por eso era James el encargado de estar en casa con el niño. Ambos estuvieron de acuerdo en que era el progenitor más comprensivo, en muchos aspectos el más maternal. Tenía toda la lógica del mundo: Lizzy debía ser la que ganara el sueldo y James el que se quedara en casa con los niños.

El niño. Porque no parece que haya ningún otro en perspectiva, teniendo en cuenta su vida sexual de los últimos años. Lizzy pensó que el parto había

acabado con su libido, con cualquier deseo. Incluso cuando se sentía cariñosa hacia su esposo, no quería saber nada de sexo. Le bastaba con tener un compañero que la quería, meterse en la cama por la noche y sentirse segura junto a su cuerpo dormido. Agradecía llegar a casa tan tarde como llegaba, agradecía que James estuviera siempre dormido, no tener que apartarle las manos ni evitar sus gestos de cariño por si se convertían en otra cosa. Había dado por concluida esa parte de su vida, como si hubieran apagado un interruptor. Sin duda era algo normal.

Flirteaba de manera inocente con Sean, lo cual le daba suficiente chispa, sin pensar que jamás ocurriría nada. Ambos estaban casados. Felizmente casados. Hasta que una noche se encontraron a solas después de una cena y el flirteo se hizo más intenso, algo diferente, y antes de darse cuenta, y para su sorpresa, su cuerpo respondía a las caricias de alguien como jamás pensó que volvería a responder.

Era solo sexo, se dijo, atormentada por los remordimientos las primeras veces. Y cada vez le decía a Sean que era la última, que aquello no podía volver a pasar. Pero luego descubrió que podía separar los distintos aspectos de su vida, y además apenas veía a James, y a ninguno de los dos le interesaba ya lo más mínimo la parte física de su relación, así que a lo mejor... tal vez... no era lo peor del mundo.

A lo mejor... a lo mejor si nadie lo sabía... a lo mejor podía tener las dos vidas.

Fue fácil mantener esa decisión, encontrarse de pronto inmersa en una aventura, dado lo poco que veía a su marido. Para cuando ella se levantaba por la mañana, él ya había salido para llevar a Connor al colegio, hacer la compra o encargarse de cualquier recado. Tal vez se cruzaban en el almuerzo o a primera hora de la tarde, pero con la agenda del programa de televisión de Lizzy, cada vez se veían menos. Y cada vez veía menos a Connor.

Y ahora todo sigue igual, y nada de ello le gusta. Todavía intenta terminar con Sean, pero es como si no pudieran mantenerse apartados el uno del otro. Todavía intenta cambiar su agenda, contratar a alguien que se encargue del grueso del trabajo en las cenas *pop-up*. Pero cada vez hay más trabajo. Y cada vez que ha intentado meter a alguien, ha habido problemas y nunca se prepara

la comida de la misma manera.

Necesito ser mejor madre, piensa ahora viendo a Connor en la pantalla de su iPhone. Le sopla besos y cuelga. Necesito dar con la manera, porque esto no es justo para ninguno de nosotros. Vuelve a la casa con las manos en los bolsillos, admirando el campo, maravillada de saber apreciar ahora las bucólicas vistas como no lo había hecho nunca.

¿Y si se trasladara allí? Por un segundo se permite recrearse en una fantasía en la que intenta no pensar mucho. ¿Y si Sean dejara a su mujer, cosa de la que a veces habla? Su matrimonio es como el de ella y James. Ama a su esposa, pero ya no está enamorado de ella; ahora son como hermanos. ¿Y si Sean dejara a su mujer —aunque seguirían siendo grandes amigos, por supuesto— y ella dejara a James y empezaran de nuevo allí? ¿Y si compraran una casita, hicieran nuevos amigos, dejaran totalmente atrás sus antiguas vidas? ¿Y si dejaran las cenas *pop-up* y montaran un restaurante rural, como hizo Dan Barber con Blue Hill en Stone Barns? ¿Por qué no podía ella hacer lo mismo en Connecticut? Sean tendría a sus hijos un fin de semana de cada dos, y tal vez podría ir a verlos un par de noches a la ciudad. Y ella podría traerse a Connor pero dejar que fuera a ver a James a la ciudad. Podría funcionar. Podría salir todo bien.

Lizzy se frena. ¿En qué está pensando? Nunca se había imaginado a Sean y ella juntos. Se suponía que era solo sexo. ¿No? ¿Por qué de pronto fantasea sobre una vida que ni siquiera creía desear? Vuelve a sonar el teléfono. Es Francine, una de sus jóvenes camareras.

—*Necesito hablar contigo. Es urgente. ¿Puedes llamar?*

Lizzy frunce el ceño. Esas jovencitas y sus dramas. Por lo general no se involucra, le gusta mantenerse al margen. Ella es la chef. Sean es el que se encarga del aspecto empresarial del negocio, y los problemas de personal, por lo que a Lizzy respecta, caen bajo el aspecto empresarial.

—*¿Está Sean por allí? Habla con él.*

—*Tengo que hablar CONTIGO.*

Lizzy suspira.

—*Estoy en CT con la familia. ¿Tan urgente es?*

—*Sí. Puedo ir en coche. Tengo que verte. ¿Puedo ir hoy?*

Lizzy domina el impulso de tirar el teléfono en el cubo de agua más cercano.

—*No, esta noche no. Mañana por la mañana.*

Le da la dirección. Ojalá la dejara todo el mundo en paz. Alza la vista al oír la camioneta de Nell y se acerca mientras su hermana y Greta bajan.

—Qué hay, chicas —las saluda con un suspiro—. ¿Cuál es el plan para esta noche?

—Vamos a casa de mamá a las seis.

—Vale. ¿Tengo que cocinar?

—Meredith dice que va a asar un pollo y preparará una buena ensalada. Y Greta nos va a hacer unos falafel, como opción vegetariana.

Lizzy se vuelve hacia Greta.

—¿Vienes a cenar con nosotros?

—No. Pero Nell llevará los falafel. Es una cena familiar.

—Gracias.

Por más que la cocina sea la pasión de Lizzy, no hay nada como que otra persona cocine para ella. Nadie la ha invitado a su casa a cenar desde hace años, a menos que cuente con algún chef de altos vuelos y estén seguros de que Lizzy quedará debidamente impresionada. No se dan cuenta de que el mero hecho de que cocinen para ella es muy especial para Lizzy, independientemente de los resultados. Es cierto que no le apetece mucho un bistec duro o correoso ni un brócoli recocado, pero casi todo el mundo puede hacer lo que propone Meredith esta noche: salpimentar un pollo, echar un poco de aceite de oliva, rellenar la cavidad con un par de limones cortados, unos dientes de ajo y hierbas, y luego meterlo al horno una hora más o menos. Casi todo el mundo puede echar una bolsa de ensalada en un cuenco, añadir algo de aguacate, tal vez unos tomates, y aliñarlo todo con aceite de oliva y vinagre balsámico. Todo lo cual a Lizzy le sabrá mejor que cualquier cosa que haya

preparado ella misma. En este caso, porque lo ha hecho su hermana para ella. Y los falafel son un delicioso e inesperado extra.

—Sí, pero Meredith dice que mamá no come casi nada, porque se atraganta. Así que tomará líquidos.

—Suena terrible. De verdad creo que deberíamos hablar con sus médicos. Es una locura que no sepan lo que le pasa. Le prepararé un batido. ¿Puedo coger espinacas y repollo del huerto?

—Pues claro. —Nell advierte que Lizzy la mira con ojos entornados—. ¿Qué?

—¿Qué has hecho? —Lizzy le escruta el rostro.

—¿Qué quieres decir? No he hecho nada —se apresura a contestar Nell, mientras acude a su mente el recuerdo del beso con Greta y se sonroja de... ¿qué? ¿Culpa? ¿Vergüenza? ¿De qué se siente culpable o avergonzada? No quiere que nadie se entere, piensa... antes de pensar: ¿Por qué no? ¿A quién le importa? ¿Qué más le da a nadie?

—Tienes algo distinto —insiste Lizzy, como solo ella puede insistir—. En serio, no sé, ¿te has puesto Botox o algo?

Nell lanza una risotada y Greta sonrío.

—A lo mejor es que tu hermana está contenta —dice. Y las dos suben por las escaleras, dejando atrás a Lizzy con el ceño fruncido, perpleja.

—No tenía ni idea de que cocinabas tan bien —comenta Lizzy. Arranca un trozo de piel crujiente del pollo, y da un mordisco extasiada—. ¡Pero bueno! ¡Tiene el color ideal! Y está sazonado a la perfección. Meri, has usado la sal exacta. Me tienes impresionadísima.

Meredith saca del horno una bandeja de patatas asadas y Lizzy se echa a reír.

—¡Venga ya! ¿Tú cómo sabes hacer patatas así? Si vives en Inglaterra y allí la comida es un horror.

—Mira, no digas eso —replica Meredith con toda seriedad—. Cada vez que oigo a alguien hablar de lo mala que es la comida en Inglaterra, pienso que no hace más que mostrar su ignorancia y un paladar paleta y muy limitadito.

—Hummm, lo dudo —ríe Lizzy—. Perdona, pero estás hablando conmigo. Una chef famosa y todo eso. Creo que sé de lo que hablo.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste en un restaurante de Londres? ¿Nunca?

—Hace quince años. Y no se me ha olvidado.

—Chorradas —replica Meredith, con una sonrisa petulante—. Si fueras tan sofisticada como te crees, no solo habrías ido a Londres, sino que te habrías dado cuenta de que allí la comida viene a ser la mejor del mundo.

—Tú qué vas a decir, si vives allí. Pero bueno, ya volveré para tu boda con Derek.

Meredith calla. No piensa decirles que no están invitadas. No piensa hablar de Derek para nada.

—Y además, esta es la receta de pollo de Julia Child.

—¡Ajá! Así que tu increíble receta de pollo al horno no es inglesa, sino americana, con lo cual se demuestra que la mejor comida la tenemos aquí.

—Eso lo único que demuestra es que Julia Child tiene una receta de pollo estupenda, aprendida, por cierto, en París. Las patatas asadas que tanto estás admirando —y sí, puedes coger una— están arañadas con un tenedor después de escaldarlas para que se pongan crujientes en cuanto toquen la grasa de pato caliente.

—¡Grasa de pato! —se maravilla Lizzy—. ¿Dónde has aprendido a asar patatas con grasa de pato?

—De una americana no. De Nigella o de Delia, no me acuerdo, pero en cualquier caso, de una inglesa. —Se fija en Lizzy mientras mastica la patata—. Y ahora dime que no es la mejor patata asada que te has comido en tu vida.

—Tengo que admitirlo —dice Lizzy de mala gana, metiéndose otra patata en la boca—. Son la puta leche. —Se inclina entonces hacia ella y baja la voz en tono conspiratorio—: ¿Has visto a Nell?

—No desde esta mañana, ¿por qué?

—Porque está como cambiada. Aunque no sé muy bien en qué.

—¿Cambiada? ¿Cómo?

—Parecía... no sé, feliz. Lo cual es muy raro, ¿no te parece? Nell nunca está feliz. Siempre está con el ceño fruncido y muy seria. ¿Por qué está tan contenta?

—¡Lizzy! —le reprende Meredith, intentando contener la risa—. ¿Y por qué no te alegras, en plan, «¡Bien! Nell por fin está contenta».

—No, si me siento así: «¡Bien por Nell!» Solo quiero saber qué la hace tan feliz. O quién. ¿Tú crees que habrá conocido a alguien? Mi sentido arácnido me dice que ha conocido a alguien. ¿Quién será? ¿Será alguien que conocemos?

Meredith sacude la cabeza.

—No tengo ni idea. Y, francamente, no es asunto mío.

Oyen el timbre y Meredith se alisa el pelo.

—¿Es el periodista? —pregunta Lizzy.

Meredith se encoge de hombros.

—Ya voy yo.

Y deja a Lizzy en la cocina, comiendo más patatas, mientras ella se encamina hacia la puerta intentando calmar las mariposas que de pronto revolotean en su estómago.

—Qué hay. —Billy entra, se detiene, y Meredith tiende la mano algo cohibida, sin saber muy bien cómo saludarle—. Creo que ya nos conocemos lo suficiente para darnos un beso. —La besa en una mejilla y ella se sonroja—. Estás muy guapa.

—Quieres decir que no estoy en pijama con el pelo desgredado y los ojos hinchados —replica Meredith, intentando reírse de su aspecto la vez anterior que le abrió la puerta. Billy no tiene ni idea de que ese mismo día ha salido a comprar ropa, aburrida con las faldas y blusas siempre conjuntadas y los vestidos de señora que a Derek le gusta que se ponga. No tiene ni idea de que miró con verdadero asco los zapatos de cuña baja que Derek aprueba y los tiró a la basura. Se fue a Calypso, que estaba de rebajas. Encontró la clase de ropa que le encantaba, la ropa ante la que siempre se paraba cuando la veía en las páginas de una revista, la clase de ropa que Derek aborrecía. Túnicas flotantes con cuentas y bordados, elegantes pantalones holgados de lino, femeninas faldas sedosas. Se probó un conjunto tras otro, feliz de lo femenina que se sentía, y qué guapa, y qué gusto daba vestirse con un estilo que jamás llevaría en Londres. Era... Ah, qué bien le sentaba, enfatizaba lo mejor de su figura y ocultaba lo peor. Y la sensación era... ¡oh, maravillosa! Las túnicas y pantalones sueltos ocultaban su barriga, los kilos que había ganado, aunque no se sentía rechoncha, pensó de pronto. Los últimos días se había sentido bastante guapa, y ni una sola vez se le vino a la cabeza el habitual pensamiento de que si pesara siete kilos menos todo sería perfecto. Y esta tarde, con un sencillo vestido de caftán, con un collar de cuentas, se siente segura como jamás se siente en Inglaterra, aunque todavía no tiene ni idea de cómo aceptar un cumplido, sobre todo si proviene de un hombre como Billy.

—Yo ya pensé que estabas fantástica en pijama, con el pelo desgredado y los ojos hinchados —dice Billy muy serio—. Lo que digo es que las mujeres creéis que estáis mejor muy arregladas, pero a la mayoría de los hombres nos gusta el aspecto natural.

—Me lo voy a tomar como un cumplido.

Meredith lo lleva a la cocina, arrepintiéndose de haberse puesto tanto maquillaje y planteándose excusarse para subir a quitarse un poco de sombra de ojos.

—Porque lo es —replica él. Entra y se presenta a Lizzy.

—Llega el famoso periodista. —Lizzy entorna los ojos mientras le estrecha la mano y lo mira de arriba abajo—. Supongo que debería estar en guardia, ¿no?

—En absoluto —dice él, con una sonrisa fácil y radiante—. Tienes mi palabra de que esta noche todo es confidencial. Todavía estamos en las primeras etapas, planeando qué es lo que vamos a hacer. He traído una videocámara, así que igual grabo algo, solo de la familia. Pero lo que de verdad quiero es conoceros un poco. Andaré por aquí y haré algunas preguntas, pero más bien desapareceré en segundo plano.

—No pareces un tío que desaparezca en segundo plano.

—Créeme, lo soy.

—Me suenas de algo. ¿Has venido alguna vez a alguna de mis cenas?

—¡No! ¡No hay quien consiga entrada! Si me lo estás ofreciendo, me encantaría ir. Todo el mundo dice que son alucinantes.

—Ya sabes que los halagos te llevarán a cualquier parte.

—Soy periodista, claro que lo sé. Pero no tengo que decirte a ti lo buscadas que están las entradas a tus cenas.

—Ya pensaremos algo. ¿Seguro que no nos conocemos?

—No lo creo.

—¿Cómo te llamabas?

—Billy Hart.

—¡Anda, claro! ¿No eras el marido de Verónica?

Billy se queda blanco.

—¿De qué conoces a Verónica?

—Me encargué del catering de su boda. Su... segunda boda. —Lizzy hace una mueca—. ¿Es aquí donde nuestra incipiente amistad se va al garete?

—Depende. —Billy se ha quedado muy agitado, pero se niega a mostrarlo—. ¿Qué piensas de ella?

—Que es guapísima. Y muy dulce. Pero su marido es como una pesadilla.

—Podemos ser amigos. —La tensión de Billy desaparece.

La puerta principal se abre de nuevo y entran Nell, River y Daisy.

—¿Dónde está tu madre? —le pregunta Meredith a Daisy—. ¿No viene?

—Dice que no quiere entrometerse en una velada familiar —explica River—. Mamá le insistió en que viniera, que no pasaba nada, pero no ha querido.

—Vaya —dice Meredith, mientras Nell se va al otro extremo de la sala.

«¿Vaya?», piensa Lizzy, viendo que Nell se ha puesto colorada. Una idea le acude de pronto a la mente. No, se dice. No, no, esa no puede ser la explicación. ¿Nell? Qué va.

River y Daisy suben a ver a su abuela. Lizzy llama a Nell al mostrador. Billy ha sacado una botella de tequila del estante superior y le está quitando el polvo.

—¿Tequila? —Lizzy está impresionada—. ¡Mola! ¿Unos chupitos? ¿Tenemos lima y sal?

—No pensaba en chupitos —dice Billy, después de presentarse a Nell—. Soy alérgico al vino, y el vodka me da dolor de cabeza. Parece ser que el tequila es lo único que tolero.

—¡Eres justo mi tipo! —Lizzy sonrío a Meredith, que la fulmina con la mirada.

¿Por qué se pone Lizzy a flirtear con Billy cuando tiene un marido y un hijo a los que ni menciona, de los que por lo visto ni se acuerda?

—¿Qué tal está James? —pregunta—. ¿Y Connor? ¿No es pronto su cumpleaños?

—Mi marido y mi hijo están bien, gracias. ¿Alguien quiere hielo? —Al pasar junto a Meredith, Lizzy se inclina y le susurra muy bajito—: No te preocupes, es todo tuyo. —Y se marcha antes de que Meredith tenga ocasión de decir que Billy no le interesa.

Porque Billy no le interesa. ¿Cómo le iba a interesar Billy cuando está a punto de casarse con Derek? Además, Billy no está interesado en ella. Es demasiado guapo para interesarse por ella. Vale que en otros tiempos alguien como Billy podría haberse interesado por alguien como ella, pero eso fue hace más de diez años, cuando fue atractiva durante unos cinco minutos, cuando se sentía alguien que valía la pena. No ahora, que se acerca a los cuarenta, con

sus ojeras y sus kilos de más, por no mencionar que está prometida. Qué suerte tener a Derek, piensa.

Al alzar la cabeza ve que Billy la está mirando. El periodista alza la copa y sonrío. Meredith devuelve la sonrisa y le sostiene la mirada un poco más de lo necesario. ¿Pero esto qué es?, se dice. Billy no puede estar interesado en ella. Es imposible. Se acuerda de Derek, de que al mirarlo no lo encuentra guapo sino... agradable. Accesible. Fácil. Piensa en lo agradecido que está de que quiera ser su esposa.

Derek. Su felicidad futura, su tranquilidad, están con Derek. Este joven puede que sea atractivo, y puede que me esté prestando atención, o fingiendo que me presta atención, pero no significa nada. Seguramente lo que quiere es acercarse más a mi madre o sacarme información. No voy a flirtear con él. No voy a ser tan ingenua.

—Perdonadme.

Meredith sube a su cuarto y se fija en la cantidad de maquillaje que se ha puesto y que ahora le parece ridículo y como desesperado. Con un algodón se frota la sombra de ojos y se deja unos manchurrónes que ahora parece que tuviera los dos ojos morados. Con un suspiro se recoge el pelo hacia atrás con una cinta y se lava la cara con agua y jabón. Ya está. Ahora nadie podrá acusarla de flirtear con Billy.

Llaman a la puerta, y cuando Meredith abre aparece Lizzy.

—¿Qué pasa? —Meredith se quita la cinta del pelo.

—Mamá no está muy bien. No puede salir de la cama.

—Ya lo sé. Esta tarde ya no podía. Y yo estoy venga a pensar que es que no le da la gana. ¿Te acuerdas de aquella vez que se negó a salir de la cama durante un año entero?

Lizzy pone los ojos en blanco.

—¿Le diagnosticaron algo entonces?

—Creo que la «doctora Sunshine» se autodiagnosticó mononucleosis, hasta que leyó sobre la enfermedad de Lyme y de pronto lo que tenía era la enfermedad de Lyme.

—Si no recuerdo mal, no solo era Lyme, sino Lyme crónico. —Y las dos sonrían.

—Cómo no. Pero esta vez es diferente. Empiezo a pensar que esto no tiene nada que ver con sus aspavientos de antes. Hoy he empezado a pensar que de verdad está grave. O sea, que igual se está muriendo o algo así. Pero es que no tiene sentido, ¿no? Hemos sabido de cada dolor, molestia, achaque, enfermedad o fiebre... y siempre eran experiencias cercanas a la muerte. Vaya, que es imposible que ahora esté grave de verdad y no esté montando un numerito. Aunque... esto es muy distinto. ¿Tú crees que puede ser algo como... esclerosis múltiple o algo así?

—Pues sí, la verdad. No sé qué otra cosa puede ser, con lo del hormigueo y la debilidad y todo eso. Quiero hablar con sus médicos. Quiero saber por qué coño no le están haciendo más pruebas.

—Totalmente de acuerdo —contesta Meredith—. Vamos a decirle que queremos hablar con sus médicos. A ver si podemos ir mañana a verlos.

—Vale, bien. Con eso me siento mejor, la verdad. Pero por la mañana no puedo. Va a venir una de mis camareras para hablarme de no sé qué crisis.

Meredith se queda mirando a su hermana.

—¿Sabe esa camarera que eres la persona menos compasiva del mundo y la peor persona a la que acudir en una crisis?

—Es obvio que no. Pero está a punto de saberlo. —Lizzy esboza una sonrisa torcida—. Dios, esas jovencitas. Mira que necesitan que les hagan de niñera. Por cierto, que no estaba flirteando con tu novio ahí abajo, y si lo ha parecido, lo siento. Yo nunca haría eso.

Meredith se sonroja.

—En primer lugar, no es mi novio. En segundo lugar, puedes flirtear con quien te dé la gana, por mucho que me parezca algo raro, teniendo en cuenta que estás casada y tienes un hijo. Aunque la verdad, cuesta creerlo puesto que apenas los has mencionado siquiera.

Lizzy calla un momento.

—Tienes razón —dice por fin, dejándose caer en la cama de Meredith—. Soy una madre de mierda y una esposa terrible. Y me estoy jodiendo la vida pero a lo bestia.

Meredith se agita sin moverse del sitio, perpleja de que Lizzy no la atacara con insultos. Y lo que es peor, se ha quedado del todo pasmada al ver que a su

hermana se le han saltado las lágrimas.

—No sé qué voy a hacer —gime Lizzy—. Nunca pensé que acabaría así.

Meredith se apresura a sentarse a su lado y le rodea con gesto torpe los hombros con el brazo.

—¿Qué es lo que pasa?

—Es todo muy complicado. No soy feliz. James y yo casi ni nos hablamos, y no sé cómo arreglarlo. Hemos ido a terapia de pareja y todo, pero sinceramente, a mí ya se me han quitado las ganas. Me siento... —Hace una pausa para respirar hondo—. Siento que mi matrimonio está dando las últimas boqueadas, y puede que lo mejor para todos sea terminar ahora, admitir que no funciona y pensar cómo pasar página de la manera más justa y más beneficiosa para Connor. —Lizzy mira a Meredith—. ¿Tú qué opinas?

—¿Me lo preguntas a mí? No soy precisamente una experta en relaciones. Más bien todo lo contrario. Lo que opino es que James y tú tenéis que decidir qué queréis. Que nadie puede hacerlo por vosotros.

Meredith piensa en lo mucho que ha envidiado toda la vida a Lizzy, la pequeña de la familia, que siempre lo tuvo todo en bandeja de plata, que nunca tuvo que luchar por nada, que no parecía encontrar dificultades en la vida, al contrario que ella. Lizzy, extrovertida, preciosa y delgada. Para ella todo siempre fue fácil. O eso pensaba Meredith.

—¿Hay otra persona? —pregunta, casi sin darse cuenta.

Lizzy alza la cabeza.

—No —se apresura a responder.

Una respuesta demasiado rápida, piensa Meredith, pero antes de tener ocasión de seguir indagando, Lizzy se pone en pie.

—Venga. Mejor volvemos con los demás.

Lizzy se acerca a Daisy en la cocina.

—Bueno, Daisy —comienza, apoyándose en el mostrador a su lado—. Pareces una persona muy normal. ¿Qué haces aquí metida en nuestra familia de locos?

River sonríe desde el otro lado de la sala.

—Puede que la familia esté loca, pero yo no. Gracias a tener una madre tan estable, soy un novio estupendo, ¿no te parece?

—El mejor —dice Daisy, alzando hacia él en un brindis la botella de cerveza.

—¿No has dicho que tenías veinte años? —pregunta Meredith—. No sé si deberías estar bebiendo.

—¡Meredith! —exclaman Nell y Lizzy a la vez.

—Cumplo veintiuno el mes que viene. Me parece que no pasa nada.

Lizzy vuelve la cabeza para que Meredith no la vea y pone los ojos en blanco. Nell disimula una sonrisa.

—A ver, Daisy —prosigue—. Tu madre me cae bien. Cuéntanos tres cosas interesantes de ti que no sepamos.

—Hummm. Buena pregunta. Normalmente no me preguntan cosas así. Vale. Tengo *tattoos*.

—Interesante. ¿Dónde y qué? Te enseño los míos si me enseñas los tuyos.

Daisy se baja los hombros de la camiseta para dejar ver un pequeño símbolo «om» en un hombro y un pingüino en el otro.

—Lo del om lo entiendo, pero ¿qué significa el pingüino?

—Nada, que me gustan los pingüinos. ¿Y los tuyos?

—¿Desde cuándo tienes un tatuaje? —pregunta Meredith con el ceño fruncido.

—Tatuajes —sonríe Lizzy—. En plural. Se sube una manga y enseña un cuchillo de trinchar, dibujado con gran delicadeza y sombreado para que parezca un dibujo hecho con pluma y tinta más que un tatuaje.

—¡Hala! —exclama River, acercándose—. ¡Cómo mola!

—Y este... —Lizzy se baja el cuello y se da media vuelta. Lleva una batidora tatuada en el omoplató—. Y este... —Se desabrocha los tejanos, se los baja y se vuelve otra vez para mostrar una cuchara de madera en la nalga izquierda.

Meredith se pone colorada, sabiendo que Billy está en la sala, aunque educadamente ha apartado la vista.

—¡Lizzy! ¡No te bajes los pantalones!

—¿Qué pasa? Es un *tattoo*. Y llevo bragas, por Dios bendito.

—Por llamarlas de alguna manera. —Meredith se pregunta cómo lo hace Lizzy para estar tan delgada, con un cuerpo tan perfecto. Le envidia su desparpajo para bajarse los pantalones delante de un montón de gente y de dos personas relativamente desconocidas. Una de las cuales es un hombre muy atractivo que, para su enorme alivio, sigue sin mirar—. Un tanga no es precisamente unas bragas.

—Ay, Meri, hija, relájate. Tómate otro vino —le dice Lizzy, mientras se abrocha los vaqueros.

—Son alucinantes —se admira Daisy.

—Gracias. ¿Alguien más lleva *tattoos*? ¿Meredith?

Meredith niega con la cabeza.

—¿Nell?

Nell también lo niega. Billy está en el mostrador, tomando notas.

—¿No estarás escribiendo nuestra conversación, no? —pregunta Lizzy.

Él alza la cabeza, sobresaltado.

—Pues sí, pero jamás publicaría nada sin vuestro total consentimiento. Solo tomo nota de mis propias observaciones sobre la casa y la familia. Todavía no he decidido si voy a filmar esto o a escribir un reportaje. O, de hecho, no sé siquiera si hay tema para escribir algo.

—¿Podemos tenerlo por escrito, eso de que todo tiene que ser con nuestra aprobación? —Lizzy siempre sospecha de los periodistas.

—Ya lo tienes. Le di un documento a tu madre. Pero si queréis os doy uno a cada una. ¿Está bien así?

—Sí. ¿Y qué hay de los *tattoos*? ¿Tienes alguno? Pareces demasiado pulcro para llevar uno.

Billy se encoge de hombros, se levanta, se sube la camiseta y se da la vuelta. Meredith ahoga una exclamación. Es un dibujo pequeño, en el hombro, de una antigua máquina de escribir Corona. Todos se acercan a admirar la delicadeza del tatuaje.

—Me lo hice cuando me divorcié —explica Billy—. Sería la crisis de la mediana edad, o algo así, pero quería recordar el primer gran amor de mi vida, que es escribir. Quería acordarme de no volver a desviarme nunca más de mi camino.

—Mola —aprueba Lizzy.

Meredith no puede ni respirar. Cuando Billy se ha levantado la camiseta, antes de darse la vuelta, le ha visto los abdominales, el vientre, la línea de vello negro que le corre desde el ombligo hasta la cintura del pantalón, y está casi temblando de deseo, algo tan desconocido en ella que no sabe ni qué hacer.

—Eh, Meri, ¿estás bien? —Lizzy se da cuenta. Pues claro que Lizzy se da cuenta.

—Creo que he bebido demasiado vino —se disculpa Meredith, levantándose de pronto—. Voy al baño.

Daisy vuelve a dirigir su atención a Lizzy.

—¿Cuándo te hiciste los *tattoos*?

—El de la espalda, justo antes de cumplir los dieciocho, aunque no lo supo nadie. Mis padres me habrían matado. ¿Y tú?

—También a los dieciocho. Mi madre vino conmigo.

—¡Ya sabía que me caía bien! Cómo mola —dice Lizzy.

—Quería asegurarse de que fuera un buen *tattoo*. Tenía una amiga que se fue de vacaciones a Nueva York, y de pronto le dio un impulso, se metió en un taller de tatuajes y el tío era un desastre. Y ahora lleva uno horrible que jamás

habría elegido. Mi madre quería que a mí me hicieran algo delicado. Y su exnovia tenía tatuajes, así que también nos aconsejó.

Lizzy se anima al instante, y Nell respira hondo. No había esperado que el tema saliera tan pronto, pero ahora que está sobre la mesa, conoce a su hermana y sabe que no lo va a dejar pasar de ninguna manera.

—Cuando dices «exnovia», ¿quieres decir que tu madre es lesbiana? —inquire Lizzy.

Daisy se pone en guardia.

—¿Qué pasa? ¿Es un problema? —le espeta.

—¡Ay, por Dios, qué dices! ¡Justo lo contrario! ¡Pero venga ya! Me parece alucinante. Es que me sorprende porque tu madre parece tan... tan madre. No lo digo como un insulto. Es que jamás me lo habría imaginado. ¿Te molesta que te pregunte por tu padre? ¿Tu madre siempre ha sido lesbiana? ¿Cuál es la historia?

Daisy se relaja.

—Deberías preguntárselo a ella. Está más que dispuesta a contarlo. Lo que ahora dice es que lo supo siempre, pero que quería ser como todo el mundo. Pensó que si se casaba y tenía un hijo, porque de todas formas quería tener hijos, pues que sería «normal». —Daisy dibuja las comillas en el aire.

—¿Y?

—Yo creo que a medida que se hacía mayor cada vez le costaba más vivir una mentira. Y luego conoció a una mujer. Y... pues ya está. Sigue siendo muy amiga de mi padre y es mucho más feliz ahora.

—¿Tiene pareja ahora mismo?

—No. Aunque le gusta estar en una relación, lleva un tiempo sola. Pero es feliz. Está en un buen momento.

Lizzy mira de reojo a Nell, que está concentradísima en su cerveza.

—¿Y cuál es su tipo? —pregunta inocentemente, pensando que a lo mejor podría ser una granjera larguirucha de pelo rubio y lacio siempre recogido en una coleta en la nuca. ¿Cómo ha tardado tanto tiempo en darse cuenta? Eso era lo que había visto distinto en Nell antes: el brillo de sus ojos. Y ahora todo encaja: el hecho de que Nell nunca haya querido tener pareja, su desinterés por los hombres... Lizzy la ha visto con hombres, e incluso cuando le prestan

atención, ella no hace ni caso.

Lizzy siempre había pensado que era una reacción contra su madre, que se convertía en una gata en celo cada vez que entraba un hombre en la sala y casi ronroneaba, ya fuera un amigo, su agente o el fontanero. Ronni sabía exactamente qué hacer para que cualquier hombre comiera de su mano. De manera que Lizzy había supuesto toda su vida que Nell hacía conscientemente lo contrario, que era tan asexual de manera deliberada por culpa de su madre.

Lizzy sabe que ella coquetea como una loca, pero con una actitud más encantadora que sexual. En el trabajo es exigente, pero también sabe camelarse a cualquiera. Nell es incapaz, por lo menos con los hombres. A lo mejor, a lo mejor esto explica por qué ha sido siempre tan introvertida. Por Dios, ¿sería posible que su hermana hubiera encontrado la manera de ser feliz?

—No tiene un «tipo» —se ríe Daisy—. ¿Por qué? ¿Es que conoces a alguien?

—Puede ser —contesta Lizzy despacio. Se lleva la cerveza a los labios y bebe un sorbo—. Aunque mi lesbiana favorita se acaba de casar.

—¿Con una mujer? —quiere aclarar Daisy.

—Sí. Primero se casó con un hombre y tuvo hijos y luego, igual que tu madre, se dio cuenta de que ya no podía reprimir más esa parte de sí misma. A mí me parece alucinante, por cierto. La verdad, yo creo que da igual a quién quieras, siempre que quieras a alguien. ¿Qué más da si es un hombre o una mujer? Una persona es una persona, independientemente de su sexo o su color de piel, ¿no? A mí la verdad es que me jode un montón ser heterosexual cien por cien.

—No sé yo —replica Daisy—. Para mí es más bien un continuo. Vaya, que mucha gente dice que es homosexual al cien por cien, pero es probable que no lo sea. Algunos estarán más abiertos y otros menos. Pero casi todo el mundo está en algún punto de esa línea continua. Claro que si eres un cien por cien te parece imposible imaginar que hay un continuo entre una cosa y otra, porque crees que todo el mundo debe de ser como tú.

River la mira nervioso.

—¿Y tú en qué punto estás?

—Yo diría que probablemente en torno al ochenta y cinco por ciento hetero, con un quince por ciento de probabilidades de enamorarme de una mujer. Nunca he conocido a ninguna que me atrajera, pero siendo hija de mi madre, no puedo descartarlo.

Lizzy mira a Meredith, que acaba de entrar en la cocina.

—¿Y tú, Meri? ¿Has fantaseado alguna vez con una mujer?

—¡Ay, no, por Dios! ¿De qué demonios estáis hablando?

—Creo que deberíamos ir a ver a mamá —propone Nell. Espera que no se den cuenta de que el corazón le martillea en el pecho porque sabe que es la siguiente a la que van a preguntar, sabe que no está lista para esto, no está lista para decir nada a sus hermanas. Y sabe que no será capaz de ocultarlo si se lo preguntan—. Mamá está arriba sola y se suponía que teníamos que estar cenando con ella.

—Tienes razón. Mira, me parece increíble decir esto, pero me lo estaba pasando tan bien con mis hermanas que se me había olvidado a qué habíamos venido.

—Ja ja, muy graciosa —dice Meredith, acostumbrada a la ironía de su hermana.

Pero Lizzy la mira con los ojos muy abiertos.

—Te juro que no era un sarcasmo —asegura muy seria—. De verdad que no recuerdo la última vez que estuvimos las tres juntas pasándolo bien. ¿Billy? —El periodista alza la cabeza—. No escribas esto. —Lizzy se vuelve de nuevo hacia Nell y Meredith—. Esto es de verdad muy guay. Nos hemos distanciado mucho, cosa que a mí tampoco me quitaba el sueño. Ya entiendo que somos muy distintas, pero... de verdad que me encanta que estemos aquí ahora todas juntas. Sois mi familia. —Mira primero a una hermana y luego a la otra—. Nos guste o no. Y eso importa.

River se acerca a ellas con una sonrisa y los brazos abiertos.

—¿Es ahora cuando nos damos un abrazo de grupo? —pregunta, ladeando la cabeza hacia su madre, que le hace un gesto imperceptible de negación—. Vamos, mamá. Que somos familia. ¡Abrazo de grupo!

Lizzy se adelanta sonriendo, igual que Nell, cuya sonrisa es más reticente.

—Vamos, tita Meri —insiste River.

Meredith menea la cabeza y se adelanta también, para acabar todos rodeándose con los brazos.

Nell es la primera en apartarse, incómoda con cualquier contacto físico con sus hermanas, aunque siempre le haya encantado abrazar a River.

—¿Subimos la comida al cuarto de mamá?

—Qué buena idea. A propósito —Lizzy se vuelve a Daisy, que contempla el abrazo familiar con una enorme sonrisa—, tú no te creas que te has librado. Nos tenías que contar tres cosas, y no se me olvida que quedan dos. Que lo sepas.

—Creo que ya he contado bastante —sonríe Daisy—. A lo mejor, si tienes suerte, ya me sacarás más en otro momento.

Lizzy lleva un batido a Ronni mientras los demás suben la comida en los platos y unas sillas para poder comer todos juntos en torno a la cama.

—Ojalá pudieras comer —comenta Meredith, que sostiene el vaso junto a los labios de su madre y frunce el ceño al ver que Ronni solo finge beber el batido.

—No te preocupes, cariño, no tengo hambre. —Ronni mira a su familia y sonrío—. Eso tiene un aspecto delicioso. Lizzy, qué detalle, cocinar para todo el mundo.

—No he sido yo. Resulta que Meredith es también toda una cocinera. No tengo ni idea de cómo te las apañaste para criarnos a las dos, pero parece que no soy la única que sé hacer delicias culinarias.

Meredith se sonroja de placer ante el cumplido, pero su madre lo ignora.

—El batido está riquísimo —le dice a Lizzy, aunque salta a la vista que ni siquiera lo ha probado.

A Meredith le dan ganas de echarse a llorar. Una vez más, después de tantos años, su madre tiene que humillarla ignorándola, vertiendo sus escasos cumplidos sobre Lizzy. Y una vez más, después de tantos años, todavía duele.

—Más rico está el pollo —replica Lizzy con intención—. Un batido lo hace cualquiera.

—No te infravalores, cariño —le dice Ronni.

—No infravalores tú a tu otra hija —le espeta Lizzy, con lo que habría sido un gesto de confrontación de no haber apartado Ronni la mirada.

—Lo siento —se disculpa, dejando pasmada a Meredith. No cree haber oído disculparse a su madre en la vida—. No quería decir que tu pollo no

fuera estupendo. Ojalá pudiera probarlo, pero es que últimamente no me manejo bien con la comida sólida.

—Piensa en lo mucho que vas a adelgazar —la anima River, que está sentado en la cama y parece no haber advertido que su abuela ya ha perdido la mitad de su peso corporal. O tal vez haya decidido bromear sobre el tema—. ¡Podrías empezar una nueva dieta! La dieta Ronni Sunshine: ¡no comas nada y pierde cinco kilos a la semana! Podrías convertirte en la nueva Dr. Atkins. ¡La dieta Sunshine!

—¿Me estás diciendo que por fin me haría rica?

Todas las hermanas ladean la cabeza. Este era el más peliagudo de los temas que han evitado siempre. Cualquiera pensaría que con la carrera de Ronni Sunshine, la familia estaría forrada, que serían millonarias. Pero su madre les había insistido mucho en que vivían con comodidad, pero nada más, y eso solo porque ella había seguido trabajando. Ronni nunca había dejado de trabajar.

—Me encanta teneros a todos aquí. —Ronni mira a cada una de sus hijas, a su nieto, que sigue evitando el tema—. Y tengo algo importante que deciros.

—Es esclerosis múltiple, ¿verdad? —se adelanta Lizzy.

—No, no es esclerosis múltiple.

—Pero es algo así, ¿no? —Lizzy es la única que habla. Los demás miran a su madre, esperando.

—Es esclerosis lateral amiotrófica.

—¿Eso qué es? —susurra Meredith.

—¡Joder! —exclama Lizzy, que se ha puesto pálida—. Es ELA. La enfermedad de Lou Gehrig.

—¿Quieres decir que es mortal? —River está horrorizado—. ¿Te vas a morir?

—Todo el mundo se va a morir, cariño —contesta Ronni—. Lo único es que yo me voy a morir un poco antes de lo que me habría gustado.

El silencio se apodera de la habitación. Todos sueltan los cubiertos y, con la mirada perdida, dejan que las palabras se posen sobre sus hombros, penetren en su piel. Meredith derrama lágrimas silenciosas, su cuerpo se sacude. Se niega a llorar libremente y solo se calma al notar la mano de Billy, que con suavidad le acaricia la espalda. Se concentra en inhalar por la nariz y exhalar

por la boca, hasta recobrar la compostura.

Nell calla, como siempre, pero le pone la mano en el hombro a River, que mira a su abuela con preocupación y tristeza.

—¿Cuándo? —pregunta Lizzy con rostro impasible.

—Esta semana.

—¿Qué? ¿Eso cómo puedes saberlo? Tú no te vas a morir esta semana, qué hablas. ¡Es absurdo! —Ya tiene el móvil en la mano y sus dedos vuelan por la pantalla, buscando en Google—. Entiendo que no tengas ganas de comer, pero hoy en día hay muchos tratamientos nuevos para todo. De ninguna manera te vas a morir esta semana. Mira Stephen Hawking. Eso es justo lo que tenía él, y vivió muchísimos años. Eso no significa... No sabemos lo que significa. Están constantemente investigando, buscando curas; no hacen más que descubrir medicamentos nuevos. Mira los tratamientos nuevos de inmunoterapia para el melanoma en fase cuatro. Antes era una sentencia de muerte y ahora la gente se cura del cáncer. Igual no es tan terrible...

—Lizzy. —La voz de Ronni tiene una fuerza sorprendente—. Aunque por algún milagro mi vida se prolongara como se prolongó la de Stephen Hawking, ¿tú crees que yo querría vivir así? En una silla de ruedas, paralizada, hablando a través de una máquina y alimentándome por un tubo. Ya he perdido el uso de las piernas, y esto se está extendiendo deprisa.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunta Meredith con voz trémula.

—Desde hace unos dos meses. Pero por lo visto tengo la enfermedad desde hace mucho tiempo, lo que pasa es que no reconocimos los síntomas. Y os aseguro que he hecho todas las investigaciones habidas y por haber y no me quedan opciones. No se puede hacer nada.

—La debilidad —recuerda Nell sombría, intentando ayudar a sus hermanas a asimilar la noticia—. Los mareos.

—El cansancio —añade Meredith, reconcomida por la culpa por no haber insistido en que su madre se hiciera más pruebas, en llegar al fondo del asunto cuando todas las resonancias, electrocardiogramas, escáneres y análisis de sangre no mostraban nada. Claro que tampoco hubiera servido.

—¿Y están seguros? —insiste Lizzy—. ¿Están seguros del todo de que no es otra cosa?

—Segurísimos. Y con el tiempo lo perderé todo: no podré andar, ni comer, ni respirar. Pero mi cerebro permanecerá intacto, de manera que sabré exactamente lo que está pasando. Seré prisionera de mi propio cuerpo.

—¿Qué hacemos? —solloza de pronto Meredith—. ¿Qué podemos hacer?

Lizzy la rodea con el brazo. Ronni las mira de una en una y respira hondo.

—Por eso estáis aquí. Quiero pasar tres días más con mi familia y luego quiero que todas me ayudéis a quitarme la vida.

Silencio.

—Estás de cachondeo, ¿no? —Lizzy suelta una risa y menea la cabeza—. ¿No es de broma?

—Por desgracia, no es una broma. La parálisis del lado izquierdo se está extendiendo, y pronto no podré moverme, y luego no podré respirar sola. Sabré exactamente lo que está pasando, pero no podré hablar ni comunicarme de ninguna manera. Llevo ya algún tiempo viviendo con este diagnóstico y he pensado largo y tendido en lo que quiero y en lo que no quiero y en lo que voy a hacer. Y lo que voy a hacer es marcharme de este mundo a mi manera, con mis propias condiciones, con mis hijas a mi lado.

—¿Nos estás pidiendo que te matemos? —pregunta horrorizada Meredith.

—Había pensado en llamar a uno de los abogados del derecho a una muerte digna para que me ayudara. Pensaba tener a alguien conmigo, pero no quiero que haya aquí un extraño. Aparte de ti, Billy —añade, dedicándole una sonrisa—. Quiero a mis niñas. Quiero pasar todo el tiempo que pueda con vosotras los próximos tres días, aunque estoy muy cansada y mareada. —Ronni hace una pausa—. Y lo que más deseo es que no intentéis convencerme de otra cosa. —Ahora suspira y vuelve a hundirse en las almohadas—. Lo siento. Estoy muy cansada. Me alegro de que estéis aquí y espero que podáis hacer esto por mí. Ya sé que no he sido la mejor madre, pero siempre os he querido. Mucho. —Y cierra los ojos.

—¡Ni hablar! ¡Vamos, no me jodas! —Lizzy se levanta tan bruscamente que sobresalta a Meredith—. Me niego a aceptar esto. Estaría dispuesta a considerar el suicidio asistido, pero solo después de haber agotado cualquier otra opción. ¿Tres días? No he oído nunca una cosa tan horrible. ¿Nos concedes tres días antes de obligarnos a matarte? —Empieza a pasear de un

lado a otro de la habitación—. ¿Y cómo vamos a vivir luego con nuestra conciencia el resto de nuestra vida? Tienes razón en que no has sido perfecta, pero sigues siendo nuestra madre, y no podríamos vivir con nosotras mismas sabiendo que no hemos explorado todas las opciones. Ahora hay tratamiento para toda clase de enfermedades que antes eran mortales. ¿Quién sabe lo que estarán desarrollando en Alemania o, yo qué sé, las Filipinas? No pienso acceder a esto hasta haberlo explorado todo. ¿Tres días? Ni de puta coña.

Y sale disparada de la habitación. Nell y Meredith se miran.

—Voy a por ella —se ofrece Nell. Y sale también. Pero no baja las escaleras en pos de Lizzy, sino que se apoya contra la pared, aliviada de no tener que llevar ya esa carga ella sola, pero también horrorizada porque ahora se está haciendo más real. Las lágrimas le corren por las mejillas. Lizzy tiene razón: puede que su madre no fuera perfecta, pero es la única que tienen. Oye sollozar a Meredith en la habitación, oye a su madre, que intenta consolarla. Entonces sale River, tragándose las lágrimas, y Nell lo estrecha entre sus brazos.

Una hora más tarde, cuando se ha calmado, Lizzy vuelve al dormitorio, avergonzada de que su primera reacción fuera la rabia. Su primera reacción es siempre la rabia, se está empezando a dar cuenta. Cuando está asustada, ansiosa o triste, solo sabe expresarse a través de la rabia. Y más tarde, como siempre, se arrepiente. Todo el mundo se ha marchado porque Ronni estaba cansada, pero Lizzy aguarda.

Su madre yace en la penumbra con los ojos cerrados. A Lizzy se le saltan las lágrimas. Se sienta en una silla junto a la cama, y en ese mismo momento su madre la mira.

—Creía que estabas dormida —dice Lizzy, con la voz rota—. Solo iba a quedarme aquí sentada un ratito. He encontrado unos laboratorios que están investigando un tratamiento con células madre...

—Shhh. Ahora no.

Lizzy se calla, aunque cuando hace algo —buscar en Internet, llamar por teléfono— se siente menos impotente. Puede ser la única forma de afrontar una

noticia tan impactante.

—¿Por qué no duermes? —susurra.

—No duermo muy bien por las noches. Estoy agotada a todas horas, pero por la noche me dan unos dolores en las piernas horrorosos, como las peores contracciones que te puedas imaginar.

—¿Te traigo un analgésico?

—Sí, por favor. Están abajo. Tráeme cuatro.

—¿Cuatro? ¿Por qué cuatro? No te irás a suicidar con cuatro pastillas, ¿verdad?

—No. Son las que necesito. Me las voy administrando por la noche. Una cada cuatro o cinco horas, o dos si estoy muy mal.

Lizzy baja al rincón de la cocina donde está el bote de pastillas. La etiqueta indica tomar una o dos. Se echa tres en la palma de la mano y llena un vaso de agua. Ya en la habitación, su madre le pide que lo deje todo en la mesilla.

—Ahora estoy un poco mejor. Las tomaré durante la noche, cuando me despierte. Si es que me puedo llegar a dormir —añade.

Lizzy la mira un momento.

—Yo tengo una cosa que igual te ayuda a dormir —dice despacio—. Un cigarrillo electrónico.

—Cariño, hace años que no fumo y no me veo empezando ahora. Aunque estaría bien pasar los tres últimos días dándome a todos los vicios a los que en su momento renuncié. ¿Tienes algo de cocaína?

—¡Mamá! —exclama Lizzy. Pero luego se inclina hacia ella—. ¿Hablas en serio? Porque te puedo conseguir...

—No, no era en serio —murmura Ronni, sonriendo ante su propia broma.

—Pero tengo marihuana medicinal. De eso es el cigarrillo electrónico. Y te ayudará a dormir como un bebé.

—¿De verdad? —pregunta su madre con escepticismo—. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo ha dado un amigo. Por lo visto hay un dispensario por aquí cerca, de manera que podemos conseguirte una tarjeta y traerte algo.

Lizzy se niega a considerar siquiera la idea de que su madre hablaba en serio cuando dijo lo de los tres días. Si le ofrece suficientes opciones, seguro

que cambia de opinión.

—Es de la buena —comenta, mientras se saca del bolsillo trasero de los tejanos un delgado cigarrillo metálico—. Me lo manda un amigo de Colorado. Toma. Cuando te lo acerque a la boca, chupa un poco. No des una calada muy honda, solo cortitas.

Se agacha para llevar el cigarrillo a los labios de su madre, que inhala.

—Cortitas, mamá, cortitas.

Ronni tose un poco y Lizzy le acerca un vaso de agua antes de que su madre le indique que quiere más. Le ofrece de nuevo el cigarrillo, Ronni da esta vez caladas cortas y vuelve a recaer sobre las almohadas con una sonrisa.

—Siento un hormiguelo. Pero bueno, no malo.

—Mola, ¿eh? —sonríe Lizzy.

—Es muy buena —admite su madre. Se la ve serena por primera vez esa noche—. Háblame de ti, Lizzy. ¿Qué pasa de verdad?

Lizzy asiente con la cabeza. Sabe a qué se refiere su madre.

—Estoy teniendo una aventura con mi socio, un hombre casado, y James se enteró y me hizo prometer que lo dejaría. Y lo dejé, y accedí a ir a terapia de pareja y a intentar que funcionara nuestro matrimonio. Pero luego empecé otra vez, y esta vez él no sabe nada, y nuestro matrimonio parece como muerto. Es como si hubiéramos perdido totalmente de vista por qué estamos juntos, y nos hemos distanciado tanto que sinceramente no creo que sea posible que volvamos a estar juntos. Y luego tengo a Connor, a quien quiero muchísimo, y no quiero hacerle daño con nuestro divorcio, pero me preocupa hacerle todavía más daño manteniendo una situación que es una farsa. Y me preocupa ser una madre terrible y estarle causando un trauma permanente porque se ve que no tengo el gen maternal y... —Se calla, respira hondo y luego da una calada al cigarrillo—. ¿Tú qué piensas, mamá? —Lizzy es consciente de que jamás ha pedido consejo a su madre desde que es adulta—. ¿Qué debería hacer?

—No lo sé. —Ronni sonríe con los ojos cerrados—. Pero confío en ti y sé que encontrarás la respuesta.

Lizzy se queda en principio pasmada. Desde luego eso no se parece a nada que le haya dicho antes su sentenciosa madre.

—Tú siempre fuiste mi favorita, Lizzy. Lo sabes. No se lo digas a tus hermanas. Eres mi chispita, tan explosiva, tan resuelta, tan ambiciosa, con tanto talento... No tengo ninguna duda de que tomarás el camino adecuado. — Ronni hace una pausa y luego susurra—: Pero, Dios mío, ojalá te hubiera educado de otra forma.

Lizzy suelta una risita.

—¿Ojalá hubieras sido mejor madre? No te preocupes. He salido bastante bien.

—No. —Ronni vuelve la cabeza para mirar a su hija—. Eso no es verdad. Te malcrié en todos los sentidos de la palabra. Te quiero, pero te has convertido en una adulta egoísta, que pasa por encima de quien haga falta, que jamás tiene que enfrentarse a ninguna consecuencia. Te crees que te puedes salir con la tuya en todo, y haces daño a los demás. No tienes ni idea del daño que le estás haciendo a tu marido.

Lizzy se queda mirando a su madre, con una combinación de ira y culpa. ¿Es que acaso lo sabía antes de hoy? ¿Cómo podía saberlo?

—¿De qué estás hablando?

—James me contó que tenías una aventura. Recurrí a mí, imagínate, para que le diera consejo. No te juzgo, Lizzy, y Dios sabe que yo no fui una santa en mi matrimonio, pero ojalá te hubiera educado mejor. Ojalá hubieras tenido que enfrentarte a las consecuencias de tus actos.

—¿Hablas en serio? —explota la ira de Lizzy—. ¿Te quedan de vida como unos cinco minutos y de esto quieres hablarme? ¡Joder! —Exhala ruidosamente, se levanta y se guarda el cigarrillo—. Me niego a escuchar esto. Voy a pensar que la ELA te ha llegado al cerebro. —Y con un resoplido de desdén, sale de la habitación.

Encuentra abajo a River, Daisy y Nell bebiendo vodka en los taburetes del mostrador de la cocina.

—Voy a subir a verla —dice Nell. Pero Lizzy le cuenta que está de lo más borde—. ¿Sí? Me sorprende que le quede energía para eso.

—Huy, el puto velo está echado que te cagas —insiste Lizzy, sacando de

nuevo el cigarrillo electrónico porque en este momento lo necesita más que nunca.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Nell.

—Que he sido una malcriada y una egoísta y que nunca pienso en nadie más que en mí misma.

—¡Venga ya! —exclama River, con ojos como platos.

Nell se encoge de hombros con una mueca de reticencia.

—Bueno, no es mentira del todo —dice con voz queda.

Lizzy se limita a dar una calada. River se inclina hacia ella y le coge el cigarrillo.

—Moooola. Indica, ¿verdad? ¿Puedo?

—No. —Nell se lo arrebató—. No te vas a coger un pedo delante de tu madre.

—No te pones pedo —explica Lizzy—. Solo te relaja y te da sueño. De verdad, es lo mismo que tomarte una copa, y aquí estáis todos tomando vodka. He salido del cuarto de mamá con ganas de matar a alguien y, mira, ya me siento mejor. En serio, estoy de lo más relajada, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Es verdad —tercia River—. Y esto es más sano que la bebida.

—Ya, seguro —dice Nell, tendiendo la mano—. Pues las madres primero. —Da una honda calada y se pone a toser y escupir.

—Tienes que dar caladas cortitas —explica River.

—Genial, y ahora me lo dices —barbota Nell. Cuando deja de toser, mira a su hijo—. ¿Y tú cómo demonios sabes tanto de esto, eh?

—He sido universitario. En Boulder, Colorado. ¿Tú qué crees?

A Lizzy se le iluminan los ojos.

—¡Se me había olvidado por completo que estás en Boulder! Ahora me la podrías enviar tú.

—De eso nada. Mi hijo no va a ser tu camello.

—En Colorado es legal.

—Y cuando sea legal aquí, te la podrás comprar tú misma.

—Vale —gruñe Lizzy, mientras se pasan el cigarrillo, todos en silencio un rato—. Oye, ¿dónde está Meredith? ¿Y Billy?

—Han ido a dar un paseo —contesta Daisy—. Llevan fuera ya un buen rato.

—¿Tú crees que se gustan? —pregunta Lizzy al cabo de un momento.

—Creo que después de la noticia de hoy, es del todo irrelevante —opina Nell.

—¿Sí? Pues yo creo más bien que a todas nos vendría genial tener algo que nos distraiga del horror de la enfermedad terminal de nuestra madre y de que quiere que la asesinemos dentro de tres días.

—Yo no lo considero un asesinato —replica Nell, tan seria como de costumbre—. River y Daisy me estaban enseñando historias preciosas de personas con enfermedades terminales, en un par de casos ELA, que celebran como una fiesta con los amigos y la familia para despedirse antes de quitarse la vida.

—No, si yo estoy a favor, en principio. ¿Pero con un aviso de tres días? O sea, nos llama a casa porque está enferma, nos dice que se muere y luego añade, huy, por cierto, que se me olvidaba, pero eso de morirme pues que será en tres días. Si estuviéramos seguras, más allá de toda duda, de que no hay ningún paliativo, ninguna cura, nada, pues yo lo haría seguro, organizaría una fiesta alucinante. Pero no en tres días.

—Pues tú precisamente dijiste que estás tan ocupada que no te puedes quedar mucho tiempo. Pero de todas formas, es ELA —dice Nell—. No tiene cura.

—Y yo repito: Stephen Hawking.

—Que parece ser una anomalía. Incluso si mamá pudiera alargar su vida, sabes que nuestra madre, tan vanidosa y tan glamurosa, no querría vivir así.

—Ese no es el asunto. ¿Quién sabe qué tratamientos con células madre podrían estar a punto de salir? Necesitamos más de tres días.

Nell se queda mirando a su hermana.

—Mira, yo no es que esté del todo en desacuerdo contigo. En parte quiero respetar sus deseos y en parte también pienso que necesitamos más tiempo, que ella necesita más tiempo. Pero creo que no está mejorando precisamente.

—Tenemos tres días —interviene River—. Por lo menos son tres días. Y por la noche todo parece siempre peor. A lo mejor por la mañana opina otra cosa. A lo mejor todos nos sentimos distintos por la mañana.

Todos se vuelven al oír abrirse la puerta. Un momento después entra Meredith en la cocina, con aspecto cansado. Tras ella, desaliñado, sudoroso, sonriente y con una enorme bolsa al hombro, aparece Derek, que deja caer el equipaje, alza las manos sin dejar de sonreír y con una voz demasiado alegre y demasiado alta, exclama:

—¡Sorpresa!

Meredith se disculpa para llevar a Derek arriba. River subió un momento a hurtadillas y volvió para informar de que se oían susurros furiosos al otro lado de la puerta cerrada de su habitación.

Billy está sentado junto al mostrador de la cocina, tomando notas.

—¿Cuándo decíais... —comienza, sin dirigirse a nadie en particular. Nell está fregando los platos, River los seca y Daisy lee el periódico en la mesa —... que era la boda?

Lizzy acerca un taburete.

—No lo sabemos. Parece que no nos ha invitado porque al queridísimo Derek no le caemos bien. Todas intentamos no acordarnos del tema, porque el tío ese es un horror.

Billy deja el cuaderno y hace una mueca.

—Se supone, obviamente, que tengo que ser objetivo, pero... —Se interrumpe, sin saber si proseguir o no, pero al final le salen las palabras de golpe—: ¿Qué demonios hace con ese tío?

—No lo sabemos. Yo creo que tiene una autoestima tan baja que cree que es lo mejor que puede conseguir. Y tienes que admitir que es muy atractivo.

Billy se muestra horrorizado.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero es la única explicación —dice Lizzy.

—¿Y por qué iba a tener baja autoestima? Es guapísima y muy dulce y... no sé, parece encantadora. —Y se sonroja cuando Lizzy le da un golpe en el brazo.

—Y si la hubieras besado durante ese paseo, a lo mejor ahora vería que no tiene que conformarse con Derek *el Espantoso*. Ay, Billy, ya sé que has venido

por un artículo o lo que sea, pero ya que estás aquí, podrías unirme a la familia de verdad. Pero ¿por qué no la has besado?

Billy lanza una risita avergonzada.

—Vale que me parece encantadora, pero apenas la conozco. Ese no es mi estilo.

—No la conozco, no la conozco —se burla Lizzy—. ¿Y qué? ¡Agh! —exclama, hundiendo los hombros—. No me puedo creer que en mitad de todo esto haya aparecido ese tío.

Nell se acerca a sentarse con ellos.

—Yo creo que al final no tirará adelante con la boda.

—Pues no, si este le declara su ferviente deseo. —Lizzy señala a Billy y luego alza las manos al aire con expresión inocente—. ¿Qué? ¡Como si nadie se hubiera dado cuenta!

Billy ahoga una risa.

—No voy a besarla la noche que acaba de enterarse de que su madre se muere, y mucho menos cuando está prometida a otro que encima acaba de llegar de Londres.

Lizzy se queda pálida y tiene que apoyarse contra el mostrador.

—Mierda —susurra—. No me lo puedo creer. No hago más que entrar y salir de esta realidad. Nuestra madre se muere. —Se vuelve hacia Nell—. ¿Cómo es eso posible?

—Ya lo sé. Hace muchos años que no tengo relación con ella, pero... No esperaba esto. Tres días...

—¡No va a pasar nada en tres días! —explota Lizzy—. De eso sí que estoy segura.

Nell no dice nada. Está pensando en la relación con su madre, en todas las oportunidades perdidas, en lo mucho que se irritaba cada vez que Ronni la llamaba... Recuerda que una vez una amiga en un bar le contó que había tenido una relación espantosa con su madre, que la había odiado toda la vida, que era una mujer difícil, vana y cruel. Y que cuando se murió de pronto, lo único que sintió fue alivio. Y entonces a su amiga se le nublaron un poco los ojos.

—Eso fue hace diez años —le dijo—. Ahora solo la echo de menos.

Yo no echaré de menos a mi madre, pensó entonces Nell.

Y ahora, sentada en la cocina, desconectada de la diatriba de Lizzy, no está tan segura de que vaya a sentir alivio. Lo único que sabe es que su madre se muere, y no solo eso, sino que ha decidido quitarse la vida pronto, y ella siente mucho más de lo que esperaba. Siente pánico. Le inundan la mente las cosas que nunca ha dicho. Miedo. Su madre, siempre tan aterradora en su invulnerabilidad, es de alguna manera incluso más aterradora ahora que es vulnerable, frágil, vieja.

A Nell le ha sucedido lo más inesperado desde la confesión de su madre. Y es que además del miedo, del pánico y de la inminente pérdida, quizá por primera vez en su vida siente un amor profundo. Y hasta este momento, jamás se lo hubiera imaginado.

La casa está en silencio. Su madre duerme. Todo el mundo se ha ido. Derek aguarda arriba, esperará hacer el amor, y Meredith se estremece con solo pensarlo, sin darse cuenta de su mueca de asco.

Esa tarde había charlado mucho con Billy, mientras caminaban por el paseo marítimo de Compo Beach. Le habló de su madre, su relación, sus hermanas, de lo mucho que la sorprendía ver que de pronto estaban unidas, que ya no discutían, que incluso estaban conectando unas con otras. Él aseguró que en ese momento estaba allí como amigo, no como periodista, y ella lo había sentido como un amigo, o por lo menos como alguien afectuoso, a pesar de que era un hombre al que en realidad no conocía.

De vez en cuando le echaba un vistazo y pensaba en lo guapo que era, en lo mucho que deseaba tocarle la piel, aunque solo fuera para saber cómo era su tacto. Cuando se detuvieron, le miró los labios y se imaginó lo que sería besarlos. Hablaron y hablaron, y cuando le empezaba a temblar la voz y se le saltaban las lágrimas, él le acariciaba la espalda hasta que se calmaba.

Entraban ya andando por el camino particular cuando apareció el coche. Esto no puede ser, pensó ella. ¿Qué hace un coche aquí a estas horas? Se habría equivocado de dirección. El conductor salió de un brinco y abrió el maletero antes de que Meredith tuviera ocasión de decirle que se había equivocado. Y allá que salió Derek, con su atractiva sonrisa, desaliñado del viaje, con la camisa algo torcida, el pelo alborotado y —no por primera vez, pero sí la primera vez que ella se daba cuenta— Meredith se encogió de repulsión.

Mientras Billy se presentaba cortésmente, ella se quedó aparte fijándose en

ambos. Un hombre callado, detallista y que parecía sincero. El otro, en aquel momento, le pareció más bien un bufón shakespeariano.

Lo odio, pensó, mientras se dejaba abrazar.

Lo odio.

Mientras él la abrazaba, Meredith, con la nariz enterrada en su cuello, captó una vaharada de su olor, y aunque era normal que estuviera cansado y sudoroso y oliera un poco mal, se le ocurrió pensar que aborrecía su olor. Siempre había aborrecido su olor.

—Bueno, yo me voy —se despidió Billy más tarde esa noche, después de haber tomado notas en la cocina, cuando Derek ya estaba arriba descansando. Meredith lo acompañó a la puerta, con una inesperada sensación de pérdida.

—¿Estás bien? —preguntó él antes de irse.

Ella se encogió de hombros.

—No me gustan mucho las sorpresas.

—¿Todas las sorpresas o solo las que no quieres?

Y a ella se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Qué voy a hacer? —susurró, deseando que la desesperación no se le notara demasiado.

Billy se acercó a ella, y por un segundo, por un segundo aterrador, glorioso, emocionante, Meredith pensó que iba a besarla. Pero él se limitó a inclinarse y decir, con tono apremiante:

—No te conformes. No te conformes nunca. —Luego le dio un beso en la mejilla, dio media vuelta y se marchó.

Meredith se quedó allí plantada, viéndole meterse en el coche y luego alejarse. ¿Qué había querido decir? Aunque lo sabía. Y sabía que tenía razón. No era por Billy. Cierto que algo había, una química entre los dos, pero eso era irrelevante. Lo que importaba era lo que había dicho: No te conformes. Durante mucho tiempo Meredith había estado luchando contra todo lo que en ella misma le decía eso mismo, había acallado deliberadamente la voz que disentía a gritos. Cuando se despertaba en plena noche sin poder respirar, con un peso terrible en el pecho, con un ataque de ansiedad que le llenaba los ojos, los oídos, la nariz, se decía que estaba siendo una tonta, se ponía a hacer listas mentales de las razones por las que Derek era el hombre adecuado para ella,

por las que era la decisión más sensata.

Se está conformando. Billy lo sabe. Ella lo sabe. Y ahora Derek está aquí, ¿y qué diablos se supone que tiene que hacer? Lo que hace es respirar hondo, apagar las luces y subir al dormitorio. Cuando ya está allí, con la puerta cerrada, se lo queda mirando con desprecio. Es algo que no puede hacer en Londres, puesto que siempre es consciente de que es su superior en el trabajo, un socio de la empresa, alguien a quien debe respeto.

Pero ahora está aquí, en su casa de la infancia, sin haber sido invitado, y por primera vez en su relación, no siente la necesidad de subordinarse a él. Por primera vez en su relación, él no es su superior. Por primera vez en su relación, Meredith piensa en lo que ella quiere, no en él.

—Estoy muy disgustada —comienza, ignorando sus brazos abiertos—. No me puedo creer que te hayas presentado aquí sin más, en mitad de una crisis familiar, sin consultarlo antes conmigo.

—¡Cariño! —Derek se acerca a ella, pero Meredith se aparta—. Ya sé que estás pasando por un drama con tu familia. Tu familia siempre es un drama, así que he venido para apoyarte. Francamente, me decepciona un poco tu reacción. Yo no hago más que pensar en ti, en cómo hacerte feliz, y tú no me lo agradeces nada. Si te digo la verdad, creo que tengo todo el derecho del mundo a estar consternado con tu comportamiento. Entiendo que estar con tu familia te tiene alterada, pero que la tomes conmigo, que me reproches que haya tenido el detalle de...

—¡Calla! —sisea ella—. Siempre haces lo mismo. Siempre tergiversas mis palabras para que al final parezca que soy yo la que estoy haciendo algo mal. Te estoy diciendo que no quería una sorpresa, que me parece fatal que no me avisaras de que venías. —Pero mientras habla, Meredith ya está perdiendo fuerza. Es lo que siempre hace Derek, obligarla a expresarse de un modo que resulte agradable para él, en lugar de ser honesta con sus sentimientos.

—No te lo dije porque no quería presionarte —dice Derek—. Sospechaba que tus hermanas habrían impedido que viniera de haberlo sabido. ¿Qué? —pregunta, al ver la expresión sorprendida de Meredith—. ¿Te crees que no salta a la vista que no les caigo bien? —resopla—. Oye, yo pensaba que hacía lo correcto. Ven aquí. —Abre los brazos y Meredith vacila, pero acaba

cayendo en ellos.

¿Qué otra cosa puede hacer?

No tengo que conformarme, se dice, pensando en Billy. No tengo que conformarme. Pero no sabe cómo salir de la trampa que ella misma se ha tendido.

Derek la estrecha con fuerza y empieza a besarle el cuello. Oh, no, piensa Meredith. Eso sí que no. Retrocede fingiendo una expresión de decepción y disculpa.

—Tengo la regla —dice, sabiendo que Derek no le pone un dedo encima si tiene la regla. Sus reglas, milagrosamente, se han ido haciendo cada vez más largas desde que está con Derek. Antes duraban una media de cuatro días. Ahora es capaz de estirarlas casi dos semanas, durante las cuales Derek no la toca.

Ahora frunce el ceño.

—Pero ¿no tuviste una regla superlarga que terminó justo cuando te venías para Estados Unidos?

Mierda. ¿Por qué se habrá acordado?

—Pues sí —asiente Meredith, pensando frenética—. Y se me cortó unos días y ayer me volvió a bajar. Una cosa muy rara. Estoy un poco preocupada, de hecho.

Y Derek se lo traga.

—Ay, pobrecita mía. Tienes que pedir hora con el ginecólogo en cuanto vuelvas. A lo mejor puedes ir aquí a alguna consulta.

—Aquí no tengo seguro.

—Ah. —Hace un mohín de niño pequeño—. Pues nada, tendré que esperar hasta que lleguemos a casa para tener mi premio. No pasa nada. Estoy cansado de todas formas. Anda, vente a la cama.

Se desabrocha la camisa. Meredith aparta la vista, no queriendo compararlo con Billy, aunque no puede evitar pensar en Billy con su camiseta, en lo atractivo que es. Por fin se pone el pijama, se mete en la cama y se vuelve de espaldas a Derek. Deja que él la abrace y se le pegue por detrás, porque por lo menos no tiene que olerlo, no tiene que mirarlo. Espera a que empiece a roncar y entonces se suelta de él y sale sin hacer ruido de la cama.

Esta noche no puede. La cama es demasiado pequeña, y el hombre con el que planea casarse le repugna demasiado. Recorre el pasillo hasta la habitación de invitados, se mete allí en la cama y no tarda en quedarse profundamente dormida.

Van de vuelta a la granja. Lizzy en un coche, Nell, River y Daisy en otro, todos en silencio, todos mirando por la ventana, todos sumidos en sus pensamientos.

—Ha sido un día duro —comenta Lizzy cuando por fin aparca junto a la camioneta de Nell y sale. Las portezuelas restallan en la quietud de la noche. No ha podido dejar de pensar en lo que le ha dicho su madre. Fue fácil no darle crédito. Pero si no lo cree, ¿por qué lleva toda la noche rondándole en la cabeza?

—Estoy agotada —admite Nell, entrando en la casa.

Lizzy se detiene un momento en la puerta y retrocede.

—Yo me voy a dar un paseo.

—¿Un paseo? ¡Pero si está todo oscuro! No vas a ver ni torta.

—Tengo que hacer un par de llamadas. Me voy a buscar algún sitio tranquilo.

—No vayas más allá del granero de heno, que no hay cobertura —advierde Nell—. Es muy tarde. ¿A quién vas a llamar a estas horas? ¿A James?

—Sí —miente Lizzy.

Echa a andar por el patio, abre la pesada puerta de madera del granero y sube por la montaña de balas del año pasado hasta llegar a la cima. Una vez allí, se tumba y respira hondo.

Los olores de la infancia, de la inocencia, de un tiempo en el que sus únicas preocupaciones eran obtener o no el papel en la obra del colegio. Cuando era pequeña y Nell trabajaba allí los fines de semana, Jackie y ella iban de vez en cuando a verla y se escondían entre las balas de heno, y se pasaban horas

contándose historias de miedo y hablando de todo y de nada, hasta que Nell terminaba de trabajar, entraba en el granero y las llamaba a gritos.

Lizzy se incorpora y se apoya contra una bala de heno, se remueve hasta ponerse cómoda y comprueba que el móvil tiene cobertura. Son las 22:34, demasiado tarde para llamar a gente normal, pero el negocio culinario no es un negocio normal. La cena *pop-up* es mañana por la noche, lo cual quiere decir que Sean estará atareado organizando los detalles de última hora. Esa mañana le ha enviado un largo email en el que le contaba cuáles eran exactamente los cambios del menú, qué miembros del personal trabajarían esa noche, a qué barman emplearían. Pero desde que Lizzy llegó, no han hablado de otra cosa que no fuera el trabajo, y esta noche, más que ninguna otra noche, necesita oír su voz, necesita hablar de cosas importantes. De manera que pulsa su número de marcación rápida sonriendo, preguntándose en qué momento Sean se habría convertido en su apoyo emocional, porque en eso se ha convertido. Cuando está contenta, triste, emocionada, perturbada o estresada, o incapaz de creerse que su madre tiene ELA y ha decidido quitarse la vida en tres días, la persona a la que ahora acude es Sean.

El teléfono suena tres veces antes de que salte el contestador. Lo cual significa que el móvil está encendido y que Sean pasa de contestar y redirige las llamadas al buzón de voz. Lizzy frunce el ceño y marca de nuevo. Esta vez sale el contestador directamente. Sean ha apagado el móvil.

Siendo mi socio, teclea furiosa, tienes que COGER EL PUTO MÓVIL CUANDO TE LLAMO.

Y vuelve a llamar, pero nada. La invade una oleada de furia.

—¡Cabronazo! —chilla y tira el teléfono contra una bala de heno—. ¡Pedazo de cabrón! —grita otra vez, sabiendo, por sus años de experiencia, que nadie puede oírla.

Seguro que está con su mujer, se dice. Seguro que le da alguna excusa y me llama. Recupera el móvil y mira esperanzada la pantalla, pero no hay nada. No hay puntos que indiquen una respuesta. Nada. ¿Cómo puede abandonarla la noche que de verdad lo necesita?, piensa, ahora a punto de echarse a llorar. Abre la pestaña de contactos y presiona el número de James. A lo mejor él sí contesta. Y si no, seguirá recorriendo su lista de contactos hasta encontrar a

alguien que responda.

James lo coge al cuarto timbrado, con la voz cargada de sueño.

—¿Estás dormido? —le espeta ella, a pesar de que resulta obvio.

—Ahora ya no.

Lizzy se lo imagina sentado en la cama, encendiendo la lámpara. Visualiza su dormitorio, el cobertor verde azulado y blanco alborotado, la persiana de bambú que está rota, torcida y medio subida permanentemente, la lámina de una vaca de John Marshall en la pared frente a la cama, una gigantesca y amable vaca blanca y negra contra un fuerte fondo rosa. Visualiza el sofá Louis no-sé-qué que se encontraron en la calle un sábado por la tarde, años atrás, y que reclamaron sentándose sobre él; estuvieron llamando a sus amigos hasta encontrar a alguien con un camión que pudiera ayudarlos a trasladarlo a su casa. Lo tapizaron con terciopelo color lavanda, que ahora está tan desvaído como el primer tapizado, gracias al sol y a las manchas de toda clase de fluidos orgánicos de Connor, que lo habían devuelto a su aspecto original.

Se acuerda de que se tumbaba en ese sofá cuando daba de mamar a Connor, oyendo música. Recuerda las franjas de sol que caían sobre la toallita del bebé. Recuerda la paz que sentía, la certeza absoluta de que su cuerpo estaba diseñado para eso, que la maternidad era la cúspide de todo lo que lograría en la vida.

¿Qué ha pasado?, se pregunta, mientras oye el rumor al otro lado de la línea: James está apilando las almohadas para apoyarse contra ellas. ¿Cuándo cambió todo?

—¿Qué pasa? —pregunta él—. ¿Qué hora es?

—Casi las once, creo. Perdona que te llame tan tarde, pero es que necesitaba hablar.

—No pasa nada. ¿Qué tal todo con tu familia?

—Pues no muy bien. —A Lizzy le pican las lágrimas en los ojos—. ¡Agh! Me estoy emocionando, ¡no me lo puedo creer! ¡Qué tontería! —se reprocha—. No es que haya sido una buena madre precisamente, pero... tiene ELA.

—¡Uf! —James ahora parece espabilado del todo—. Dios mío. Lo siento muchísimo.

—Ya. Gracias. Y como si eso no fuera ya una puta mierda, encima quiere

que la ayudemos a suicidarse. Y como si eso no fuera ya más mierda todavía, quiere hacerlo en tres días. ¿Te lo puedes creer? Mi madre quiere estar muerta en tres días. Mi puta madre, esa madre de pesadilla, egoísta, pasota y que tan poco nos ha querido tiene planeado matarse, y yo ya nunca tendré la oportunidad de arreglar las cosas. —Lizzy estalla en sollozos, y entre sorbidos, gimoteos y lágrimas, prosigue—: La he odiado toda mi vida, y ahora que se muere, no sé qué hacer.

—Ay, Lizzy —dice James sencillamente, cuando ella se ha calmado un poco—. ¿Podemos ir a verte, Connor y yo? ¿Podemos ir a estar contigo?

—No —solloza Lizzy—. No sé. A lo mejor. No sé qué hacer. —Solloza ahora con hipidos, en una regresión a la niña asustada que nunca se ha permitido ser. Lizzy no. Lizzy es fuerte y no tiene miedo. Lizzy es afortunada e invencible. A Lizzy no le pasan cosas malas porque no lo permite.

Pero esto queda fuera de su control y no está preparada para la oleada de emociones que se apodera de ella.

—Llegaremos mañana. —James suena sereno, tranquilizador, como era al principio—. Iremos en tren. Ya pensaremos qué hacer cuando lleguemos. ¿Qué te parece?

—Vale —lloriquea Lizzy. Los hipidos y sollozos se han ido calmando—. Vale.

Después de colgar, baja del heno con un martilleo en la cabeza de tanto llorar, y vuelve a la casa enjugándose los ojos. No sabe muy bien cómo la puede ayudar James. ¿Qué va a hacer?, piensa. ¿Traer sus juegos de realidad virtual y pasarse el día jugando en el salón de Nell? Pero al momento se da cuenta de la crueldad de su pensamiento y lo aparta. El mero hecho de que haya cogido el teléfono, de que se haya ofrecido a llevarle a Connor, es ya bastante consuelo.

Nell está en la cama, garabateando en un cuaderno que tiene siempre en la mesilla, listas de lo que hay que hacer al día siguiente en la granja y quién debería hacerlo. Por lo general es organizada y cuelga esas listas en el granero por la noche, para que cuando lleguen los trabajadores sepan ya cuáles son sus tareas y qué turno tienen. Pero hoy la familia ha tomado prioridad y Nell tendrá que levantarse al alba para poner la lista.

No hace más que suspirar y pensar en todo lo sucedido. Tres días. Está aturdida, incrédula. Tres días. ¿Qué será, se pregunta, quedar huérfana? ¿Sentirá alivio, como aquella mujer con la que habló aquella vez, o sentirá remordimientos? Lizzy tiene razón: tres días es una locura. Pero su madre parecía decidida. Siempre ha sido una mujer voluble, dada a cambiar de opinión, siempre sostuvo que era prerrogativa de una mujer. Sin embargo esta vez no parece que vaya a repensárselo.

Esta vez todo es diferente. No hay dramas, no intenta llamar la atención. Su madre muestra una resignación que jamás habían visto. Puede que Lizzy no quiera aceptarlo, pero Nell no ve la forma de que su madre dé su brazo a torcer.

Cuando llaman bajito a la puerta, alza la cabeza.

—¿Sí? —Y se siente aliviada y nerviosa, aunque no sorprendida, al ver a Greta enmarcada en la luz del pasillo. Esto es lo único en lo que no ha pensado, lo único que ha quedado aplastado por los eventos del día.

—¿Puedo? —Greta entra y se sienta en la cama. Lleva puesto el pijama y una suave bata vieja que Nell le dejó en la casita de la guardesa. Es de color celeste y le sienta bien—. Los chicos me han contado lo de tu madre. Venía a

ver cómo estás.

—Estoy bien. —Nell se encoge de hombros. El recuerdo del beso llamea en su cabeza, y se sonroja. ¿De verdad sucedió? La química entre ellas, el beso... ¿han sido imaginaciones tuyas?

—¿Quieres hablar?

—La verdad es que no sé qué decir. —Nell arruga la cara en una mueca de incomodidad. Greta asiente con la cabeza.

—Lo comprendo. Debes de estar en *shock*.

—Lo siento —susurra Nell, con un inusual nudo en la garganta—. No sé ni qué me pasa.

—Es tu madre —dice Greta, con tanta compasión en la voz, tanta empatía y tanto amor que a Nell se le estremecen los hombros, aunque intenta tragarse el sollozo.

Greta se sube a la cama y la abraza, y Nell llora calladamente sobre su hombro, mientras la otra la estrecha y le acaricia el pelo. Y cuando por fin el llanto se calma, Greta le besa los ojos, las mejillas, la boca, y se tumba despacio.

—¿Quieres que me quede contigo?

Nell asiente.

Greta se quita la bata, se mete bajo las sábanas y rodea a Nell con el brazo, murmurando suavemente. Y el cuerpo de Nell se destensa poco a poco, se relaja.

Y pronto las dos están profundamente dormidas.

—Se me ha ocurrido traerte el desa... ¡Hala! No me lo esperaba. —Lizzy está en el umbral del cuarto de Nell con una taza de té en una mano y un plato con una magdalena, mantequilla y mermelada en la otra—. Vaya, no es que no me lo esperase, es que no me lo esperaba tan pronto. Aunque la verdad... —sonríe a Nell y Greta, que todavía están medio dormidas— tengo que decir que creo que es perfecto. Y ahora todo encaja. Francamente, Nell, si lo hubiera pensado un poco fijo que me habría dado cuenta hace años. Voy a por otro té y una magdalena para ti, Greta. —Y retrocede sonriendo de oreja a oreja—. Y siento haberos molestado. Ah, y —vuelve a asomar la cabeza por la puerta y hace un gesto con los pulgares hacia arriba— ¡bien por las lesbianas! Me encantan. —Y por fin desaparece.

—¿Acaba de decir «bien por las lesbianas»? —Greta se recuesta de nuevo y se vuelve hacia Nell, a quien le tiemblan las comisuras de la boca.

—Pues sí. Así es mi hermana. Eso ha dicho. —Y menea la cabeza con una sonrisa que se convierte en una carcajada y luego en un ataque, hasta que acaban las dos apoyadas una en la otra, tronchadas de la risa.

—¡Madre mía! —dice Greta al cabo de un rato, enjugándose las lágrimas—. ¿Ahora cómo le decimos que no ha pasado nada?

—Eso. —Nell nota en el vientre un pozo de decepción. No ha pasado nada. Se quedó dormida en brazos de Greta, con las cabezas juntas, y se acaba de despertar en la misma postura. Y las dos se separaron cuando Lizzy irrumpió en la habitación. Ahora ambas están incorporadas, apoyadas contra el cabecero, Greta con la cabeza vuelta hacia ella.

—Aunque, si no recuerdo mal —dice—, ayer te besé.

—Es verdad. —Nell la mira a los ojos y todo parece detenerse excepto el aleteo en su estómago—. ¿Y qué te parecería besarme hoy? —suelta de pronto, con una descarga eléctrica en la entrepierna.

—Pues me parece —Greta se acerca sin apartar la mirada de sus ojos— una idea excelente. —Y pega con suavidad sus labios a los de Nell, y le toma el labio inferior con los suyos antes de que sus lenguas se encuentren.

Y Nell se derrite con un suspiro de placer.

—Voy a cerrar la puerta —susurra Greta. Nell tiembla de deseo.

Greta se levanta para echar el cerrojo, vuelve a la cama y esta vez ambas se unen en un beso interminable. A Nell todo le parece poco. Se siente voraz, ansiosa por lamer, tocar, explorar. Greta se sube la camiseta para exponer sus pechos, y Nell traza su curva, toca un pezón con los dedos y lo envuelve con los labios.

Es tan suave, piensa, entregada al aleteo del deseo. Cada fibra de su cuerpo se siente viva. Es tan suave. Todo curvas y delicadeza y espacios ocultos y profundos. Nell chupa, huele, inhala, ríe... y ¡ah! ¡Esto es lo que se siente! ¡Es tan dulce! ¡Es tan placentero! Está en llamas, temblando, sin fuerza, y... ¡Ah! Y estalla en una oleada de placer como jamás ha sentido.

Más tarde, en brazos de Greta, después de haber echado a gritos a Lizzy diciéndole que no molestara, después de haberse reído cuando Lizzy gritó a su vez que les dejaba el té en la puerta, Nell no puede dejar de sonreír.

—¿Qué tal? —susurra Greta, recorriendo los labios de Nell con el dedo. Nell le besa el dedo, le besa todos los dedos, le chupa la palma de la mano. Desea enterrarse en esa mujer.

—No sé si tengo palabras para describirlo —contesta bajito, pensando que no hay palabras suficientes en el idioma para explicar lo que ha sucedido en su cuerpo, lo que ha sucedido en su ser—. Ha sido... como una transformación. Tremendo. Cataclísmico.

—¿Tanto? —Greta sonríe, apoya la cabeza en el hombro de Nell y le acaricia el cuello, el pecho, en torno a los senos. Acaricia un pezón que se yergue. Nell contiene el aliento.

—Sí —susurra, maravillada ante sus sensaciones, ante su respuesta a las caricias. Lo que siente al deslizar la mano entre sus piernas, lo excitante que

resulta tocarla ahí, en su lugar sagrado, esa humedad que es para ella, solo para ella—. Y ha sido algo más —añade, mientras ahora es Greta la que se queda sin aliento—. Ha sido como volver a casa.

—¿De verdad tenemos que estar con ella? —pregunta River, que está poniendo platos en la mesa de la cocina—. Quiero mucho a Ronron, pero no sé si quiero estar ahí cuando se muera.

Lizzy prepara unos huevos revueltos, amarillos y cremosos, aderezados con hierbas frescas. Nell ha colocado los cruasanes que ha cogido de la cafetería en una cesta forrada con lino y está echando mermelada casera en un platito. Una sonrisa danza en sus labios. Revive una y otra vez cómo ha vibrado su cuerpo esta mañana, el gozo de descubrir algo que, hasta hoy, no sabía que echaba de menos.

—Es un horror —declara Lizzy. Aparta la sartén del fuego, pero sigue removiendo con una cuchara de madera—. No hago más que olvidarme y acordarme todo el rato. Joder. ELA. ¿Por qué no podía ser algo como el cáncer? Por lo menos el cáncer te da una puta oportunidad.

—Coño —dice River, envalentonado por los tacos de su tía—. Es que... ¿Creéis que quiere que estemos todos en la habitación? Porque a mí, la verdad, no me hace ninguna gracia. O sea, ¿puedo decidirlo yo? Es espantoso. Es todo espantoso, y es una verdadera putada que esté enferma y se vaya a morir, pero ¿de verdad tengo que estar allí para verlo? Vaya, que me parece una cosa repulsiva, con perdón. Lo siento. Igual no debería haber dicho nada.

Nell no sabe cómo responder, pero Lizzy sí.

—No te preocupes, cariño. —Le da unos golpecitos en la espalda—. En primer lugar, no deberíamos preocuparnos de eso ahora. Creo que tenemos más tiempo del que pensamos. Necesitamos un poco más de tiempo. Pero sí, te entiendo perfectamente. Yo desde luego no quiero ver un cadáver, y menos el

de mi madre.

—Lizzy —interviene Nell, apartando a Greta de su mente—, si mamá dice que quiere tres días, ¿no crees que a lo mejor deberíamos respetar sus deseos? No sabemos los dolores que sufre. Si son insoportables, ¿de verdad es justo pedirle que no intente aliviar ese dolor?

—Pues sí, si es matándose, sí. No me parece justo —salta Lizzy. Pero enseguida respira hondo y se contiene—. Ay, lo siento. Ya sé que hay gente estupenda que hace unas ceremonias estupendas en los estados en los que es legal. Creedme, me he pasado casi toda la noche en pie leyendo al respecto. Sé que hay gente que da fiestas y decide cómo y cuándo va a morir. Y no digo que no lo hagamos nosotras también. Lo que digo es que necesitamos más tiempo. O sea, nos llama a casa, nos anuncia que tiene ELA y luego nos suelta que piensa suicidarse en tres días. Venga, hombre.

—Ya. Si yo me siento igual que tú. Pero creo que no tenemos idea de lo que está sufriendo. Me siento muy culpable de no verla apenas, viviendo justo aquí. Cada vez que me llama para pedirme algo, me pone de los nervios. Y ahora lo que tengo son remordimientos. Yo también quiero más tiempo, pero es que no sé si es justo.

—No sé. ¿Tú has visto alguna vez un muerto?

—No —contesta Nell.

En ese momento entra Daisy en la cocina y River le pregunta:

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Que si has visto un muerto.

—No, pero mi madre sí.

—¿Qué pasa con tu madre? —Es Greta, que aparece con la cara lavada y el pelo recogido en una coleta muy parecida a la de Nell. Huele a coco y almendras.

Me gusta con el pelo suelto, piensa Nell. Dios mío, qué guapa es. Destella en su mente la imagen de la cabeza de Greta entre sus muslos, su lengua rápida y sabia, y se estremece con una punzada de deseo que la obliga a cruzar las piernas. Greta Whitstable, piensa. Ay, Greta Whitstable, ¿qué me has hecho?

—Ver un muerto —explica Daisy—. ¿No te pidió Ken que fueras a verle

cuando se muriera para asegurarte de que estaba muerto de verdad? Tenía la paranoia de que lo iban a enterrar vivo, así que mi madre accedió a ir a verle antes de que se lo llevaran.

—¿Quién es Ken? —pregunta Nell.

—Un amigo. —Y Greta mira a Nell como diciendo: «No te preocupes. Soy tuya.»—. Tenía cáncer —explica—. Y verlo muerto no fue tan aterrador como yo pensaba. Es que ya no era Ken. Era solo... una cáscara vacía. Para mí estaba clarísimo que su espíritu se había ido a otra parte, y en cierto modo, fue algo hermoso. Me permitió despedirme, dejarle ir.

—Sí que suena bonito —comenta Lizzy—. No parece aterrador. No sé si nosotras seremos capaces de dejar ir a mi madre.

—Dice que quiere tres días. Imagina que esos tres días están llenos de amor y alegría —dice Greta—. Imagina que os perdonáis cualquier ofensa que creáis haber sufrido. Imagina que podéis abrazarla mientras ella pasa a la otra vida. Eso no es aterrador. Es muy hermoso.

—Pues sí. Pero eso no va a pasar en tres días ni de coña —insiste Lizzy—. En tres meses puede. —Se mira entonces el reloj—. Mierda. Francine ya estará aquí. He quedado con ella en la cafetería. Me tengo que ir volando. Volveré en cuanto pueda. Si ya os habéis ido a casa de mamá, ya cogeré un Uber y os veo allí. —Sopla unos besos en torno a la mesa y desaparece.

Francine está sentada en un rincón de la cafetería, con la cabeza inclinada sobre el teléfono. Lleva trabajando para Lizzy más de un año, y es una de sus mejores camareras. Es muy trabajadora, no tiene ego y es guapísima, al estilo francés: muy menuda, de piel olivácea, con una densa melena castaña, grandes ojos oscuros y una eterna sonrisa. Siempre está serena en el trabajo y muestra una gran disposición con los clientes. Cuando las cosas salen mal, que siempre salen mal, Francine le quita importancia al asunto. Con Francine nunca hay dramas, piensa Lizzy. Y por eso es tan raro que ahora se haya empeñado en hablar en persona con ella. De pronto se le ocurre que igual se quiere despedir, lo cual sería una mala noticia.

Francine ve a Lizzy, deja el teléfono y se levanta para darle un abrazo y dos besos en las mejillas.

—Estos son buenísimos —comenta, alzando un cruasán medio comido—. Creo que son los mejores cruasanes que he probado fuera de Francia. Desde luego son los mejores que he comido en América.

—Es todo un cumplido. Mi hermana tiene en casa a... una amiga que resulta que es una repostera excelente. Ayer hizo unas magdalenas que eran la leche, una locura, y ahora resulta que también se le dan de miedo los cruasanes. Quiero que haga algo de repostería para nosotros. —Lizzy sabe que Francine no ha acudido para hablar de cruasanes, pero no quiere oírla decir que se marcha—. Bueno —dice por fin, sentándose de golpe—. ¿Qué pasa? Nos dejas, ¿verdad?

Francine asiente con la cabeza y se le saltan las lágrimas.

—No es tan sencillo. Pero creo que tengo que irme, porque quedarme es

demasiado doloroso.

Lizzy le pone la mano sobre la suya, pasmada. Este es un lado de Francine que no había visto nunca: frágil y vulnerable.

—¿Pero qué pasa? —pregunta, suponiendo que será algún problema familiar. Recuerda que sus padres siguen en Francia. Y tiene un hermano. ¿Alguno se habrá puesto enfermo?

Francine alza la cabeza para mirarla a los ojos.

—Es Sean —se limita a contestar.

—¿Sean? —Lizzy se echa hacia atrás. No entiende nada—. ¿Qué pasa con Sean?

—Pues... Ay, Dios. Hemos tenido muchísimo cuidado para que no se enterase nadie. Y al principio me hizo prometerle que tú jamás lo sabrías. Pero ahora las cosas han ido demasiado lejos y no sé a quién recurrir.

A Lizzy le late con fuerza el corazón. Tiene la boca seca. Le está costando trabajo computar lo que Francine le cuenta.

—Sean y tú... ¿estáis liados? —Apenas puede respirar.

—No es solo un lío. Sean iba a dejar a su mujer por mí —explica Francine, ajena al torbellino de emociones de Lizzy—. Lo teníamos todo planeado. Pero entonces me quedé embarazada y... —Ahora las lágrimas le corren por las mejillas—. El mes pasado aborté y él no vino a verme ni respondía a mis llamadas ni a mis mensajes. Y ahora me ha dicho que se acabó. —La joven mira suplicante a Lizzy—. No puedo quedarme. Me duele demasiado. Lo siento muchísimo. Ya imagino lo que pensarás de mí por haberme liado con un hombre casado. Y no estoy orgullosa. Solo que yo no pensé que fuera un lío, creía que era el amor de mi vida y que... —La chica se encoge de hombros, reconociendo su propia ingenuidad—. Pensé que seríamos felices juntos. Qué tonta, ¿eh? ¡Dios! —Sacude la cabeza—. He sido una idiota.

—¿Cuánto tiempo llevabais así? —Lizzy necesita de todas sus fuerzas para que la voz le salga normal.

—Nueve meses.

¿Nueve meses?, piensa Lizzy, notando que se enciende de ira. Nueve meses en los que Sean la metía en despensas y cuartos de baño y graneros. Nueve meses en los que de vez en cuando iban a un hotel, si el evento se celebraba

lejos, y se daban el gusto de compartir una cama, de dormirse el uno en brazos del otro, de despertarse y desayunar juntos como cualquier pareja normal. Nueve meses en los que Lizzy también pensó que aquello era algo más que una aventura, también pensó que iba a dejar a su mujer y sus hijos si ella dejaba a James. Nueve meses tragándose sus cuentos chinos, viviendo para esos momentos robados, nueve meses sin poder dejarlo por mucho que lo intentara.

Y durante todo ese tiempo, él se estaba follando a Francine. Y no solo follándosela, por lo visto, sino soltándole las mismas mentiras de mierda, las mismas gilipolleces. Lizzy lo recuerda haciendo el amor, sus caricias, sus murmullos, cómo insiste siempre en que se corra antes de penetrarla, cuando dice que su placer le hace feliz.

—¿Qué? —dice Francine, alerta—. ¿Qué? Acabas de decir «Tu placer me hace feliz». ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que dice eso?

Mierda. Lizzy no se había dado cuenta de que hablaba en voz alta.

—No eres la única —confiesa—. No es la primera vez que Sean hace eso. Lo siento mucho. Es un pedazo de cerdo y un mentiroso. Siento que lo considerases una persona especial, y siento muchísimo más que hayas tenido que pasar por un aborto. De lo que estoy totalmente segura es de que estás mejor sin él. Estás muchísimo mejor sin él.

Francine asiente con la cabeza.

—Ya lo sé. Racionalmente lo sé. Pero es muy duro. Todavía siento muchas cosas, y sigo sin creermelo que desapareciera cuando tuve el aborto. Ahora me doy cuenta de que solo fingió estar contento cuando le dije que estaba embarazada. Es obvio que se quedó aterrado. —Francine vuelve a mirar a Lizzy—. Me encanta trabajar para ti, Lizzy. Creo que eres increíble. Y siempre me has tratado genial. Nos tratas muy bien a todos y sabes muy bien dónde están los... límites.

—Pues sí. Algo que ese... que Sean debería haber aprendido.

Lizzy está que echa espuma por la boca. Se la llevan los demonios y tiene que dominarse para no soltar todos los tacos que conoce. Y con la rabia llega el rechazo: hacia sí misma por haber creído a Sean, por haberse tragado las mismas mierdas que al mismo tiempo le contaba a Francine.

—Pero tengo que marcharme —insiste la chica—. No puedo trabajar allí

con él. Lo siento muchísimo. Estaba muy contenta, es el mejor trabajo que he tenido, pero... En fin, todo lo bueno se acaba.

—¿Y si Sean no estuviera? —suelta de pronto Lizzy, cuando la rabia se mitiga un poco y su cerebro se pone en funcionamiento.

—¿Harías eso por mí? —Francine se ha quedado pasmada.

—No solo por ti. Como ya te he dicho, no es la primera vez. Creo que ahora Sean es más bien un lastre que otra cosa.

—Oye, no es asunto mío, pero es tu socio. ¿Cómo os vais a separar? Como no te quedes preñada de él y abortes... —Y la chica resopla ante su propio chiste triste.

Lizzy ni sonrío. Su cerebro va demasiado deprisa.

—Y si... —Habla despacio, mirando por los ventanales de la cafetería, más allá del patio de grava, hacia los graneros a lo lejos—. ¿Y si montara otra cosa? Lo llevo pensando ya un tiempo y se lo he comentado a mi hermana. ¿Y si montara algo aquí? En esta granja.

Francine mira alrededor.

—¿Aquí? ¿En la cafetería?

—No. Vale que aquí igual podríamos montar algo, aunque lo que le comenté a mi hermana es que me gustaría ocupar el granero grande como una base semipermanente para las cenas *pop-up*. Pero cuanto más lo pienso, más me inclino por montar algo permanente del todo. Lo podríamos llamar algo así como El campo en tu mesa: cena en la granja. ¿Y si dejas las cenas en la ciudad y me traslado aquí? —Piensa en voz alta, y las ideas que se le han ocurrido estos últimos días, las conversaciones con Nell, van cuajando poco a poco.

»Sean puede quedarse con las cenas. De todas formas sin mí no funcionarán igual. No es por darme aires, pero la gente viene por mí. Si quiere, que ni me pague. Se lo puede quedar todo. Los clientes vendrán aquí porque esto es mío. Y no tendrá nada que ver con Sean.

—¡Madre mía! ¿Hablas en serio? ¿De verdad harías eso?

—Lo llevo pensando un tiempo. Lo que me acabas de contar no ha hecho sino acelerar lo que ya estaba planeando. Joder. —Lizzy menea la cabeza, todavía incrédula—. Menudo cerdo. Todas estamos mejor sin él.

—Tú sabes que todo el personal se vendrá contigo. —Francine sonrío por

primera vez—. Si quieres. Te son leales a ti.

—Genial. —Lizzy se ha distraído, de nuevo furiosa. Se esfuerza por centrarse en Francine—. Y siento que hayas tenido que pasar por esto. Pero gracias por contármelo. No tienes ni idea de lo mucho que te lo agradezco. ¿Podríamos mantener esto entre las dos?

—Te doy mi palabra.

—¿Y no le vas a decir nada a Sean?

—Desde luego que no. Me he cogido una semana de vacaciones después de... bueno, ya sabes. Necesito el dinero, pero no quiero tener que verlo en el trabajo.

—Ya pensaremos algo —dice Lizzy.

Su arrollador impulso es llamarle por teléfono para ponerle las peras al cuarto. Pero en lugar de eso se va al granero, se sube a lo más alto del heno y se pone a aullar.

—¿Lizzy? —Nell entra corriendo—. ¿Qué pasa?

—¡Mierda! —berrea Lizzy desde lo alto—. No sabía que estabas aquí. Pensaba que ya os habríais ido a casa de mamá.

—Yo me voy ya mismo. ¿Qué haces ahí arriba pegando gritos? ¿Estás con alguien?

—No. Estoy furiosa. Es una historia muy larga. —Lizzy baja la vista hacia Nell—. ¿Quieres subir?

Nell empieza a subir por el heno, y en cuanto se sienta, Lizzy se lo cuenta todo.

—Se te da muy bien escuchar —comenta cuando termina—. Se me había olvidado lo bien que sabes escuchar.

Nell sonrío.

—Es porque no soy muy habladora. Estoy mucho más cómoda escuchando.

—Pero ¿qué te parece? ¿Te lo puedes creer? ¡El puto cerdo! Alucina, se estaba acostando conmigo y con mi mejor camarera y, la verdad, sabe Dios con quién más. Menos mal que usé condones. A saber lo que me podría haber pillado. ¿Y ahora qué hago? Con el cabreo que tengo lo único que quiero es

arrancarle la cabeza.

—No hables con él —aconseja Nell—. Búscate un abogado. Conozco a uno muy bueno en Westport. Mantén la sangre fría y la serenidad. El abogado sabrá cuál es la mejor manera de pasar página.

—¿Y lo de montar la base para mi nueva empresa en la granja Fieldstone?

Nell la mira un momento.

—Vale —asiente—. Vamos a hacerlo.

—¿Qué? —chilla Lizzy, con su primera sonrisa en dos horas, lanzando los brazos al cuello de su hermana—. ¿Lo dices en serio?

—Sí. Si no funciona, pues no funciona. Pero necesito hacer algo con la granja. Necesitamos más dinero. —Y se echa a reír mientras Lizzy la sigue estrujando.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Ay, qué ilusión!

—Vale, vale. —Nell se suelta—. ¿Y tu camarera? Si no te puedes librar de Sean ahora mismo y quieres buscarle algo, a mí no me vendría mal aquí un poco de ayuda.

—Es una oferta genial, gracias. Ya hablaré con ella. Sería perfecto, en realidad. ¡Y Greta podría hacernos la repostería aquí también! Sería flipante, ¿no? ¡Quedaría todo en familia! ¿Es perfecto o qué?

Nell niega con la cabeza.

—No sé. Greta vuelve a St. Louis en una semana. Por lo menos esos son sus planes.

—Los planes se modifican. Sobre todo cuando acabas de conocer a la mujer que te va a cambiar la vida.

—No sé yo si me va a cambiar la vida. —Aunque Nell piensa que ya se la ha cambiado.

—No hablaba de ella. Hablaba de ti. Tú le vas a cambiar la vida.

—No sé —dice Nell, avergonzada.

—Nell —Lizzy le coge la mano—, hay algo especial entre vosotras dos. Cuando os grité eso de «¡Bien por las lesbianas!» estaba de broma, pero de verdad pienso que es alucinante que hayáis encontrado lo que quiera que hayáis encontrado juntas.

—Si nos acabamos de conocer... —Nell se aturulla un poco.

—¿Y qué? Yo lo noto. Te apuesto lo que quieras a que Greta no se va. O si se va, vuelve enseguida.

—Mira que eres romántica —ríe Nell.

—Pues sí, y además muy intuitiva. Sé cosas. ¿Cómo te crees que he construido el negocio que he construido? ¿Cómo te crees que sé que aquí vamos a montar algo alucinante? No te vas a tener que preocupar por el dinero nunca más.

—Ojalá tengas razón. Oye —añade, mirando el móvil—, Meredith pregunta que dónde estamos.

—Ay, Dios —gime Lizzy—. Evitando a Derek *el Terrible*.

—Anda —sonríe Nell—. Más vale que vayamos.

A Derek siempre se le ha dado bien hacer recados. Le gusta ser útil, y hoy, en lugar de andar estorbando en la casa, Meredith le ha mandado al Trader Joe's a comprar unas ensaladas y unos wraps para almorzar.

Esa mañana entró en su habitación y la despertó al sentarse en la cama y acariciarle el brazo como un gato. Se sintió herido al comprobar que se había marchado a dormir a otra cama, herido por haberse despertado a solas. Meredith intentó tranquilizarlo, manteniendo un tono de voz animado como si no pasara nada. Pero sí pasaba. La idea de dormir con él en la cama esa noche, la perspectiva de sentir su cuerpo largo y sudoroso sobre ella mientras le cubre la cara de besos que más parecen los picotazos de un gorrión ansioso, la llena de horror.

Se descubre pensando en Billy, que parece un chaval comparado con Derek. Sencillo, sin pretensiones, listo. Alguien con los pies en la tierra, relajado. Para nada el tipo de hombre que hubiera esperado que le prestara atención. Pero parece que sí le presta atención. ¿Y qué significa eso? Pues nada, teniendo en cuenta que ella vive en Londres y que él ha venido para escribir sobre su madre y más concretamente sobre su enfermedad y su muerte inminente. Es obvio que no va a pasar nada entre ellos. Desde luego no ahora. Y luego está la menudencia de que se va a casar con otro que resulta que está aquí también.

Derek. Su madre. Sus hermanas. Todo le resulta abrumador. Por eso tal vez intenta distraerse con Billy, para no pensar ni lidiar con aspectos de su vida tan dolorosos, tan tristes. Es más fácil centrarse en lo que parece sospechosamente un enamoramiento adolescente. Es probable que yo ni

siquiera le guste, se dice. Igual es que le doy pena, nada más. Pero se mostró tan atento durante el paseo, estuvo tan dulce... Le hizo las preguntas adecuadas, la escuchó con interés y sin juzgarla. Y Meredith se abrió a él de una manera insólita.

Y entonces apareció el maldito Derek, con su risa absurda y estrepitosa y su espalda peluda y su manía de decirle lo que tiene que hacer. Gracias a Dios se ha librado de él por una hora o así. ¿Y dónde diablos están sus hermanas?

Cuando baja para hacer la colada, pasa por la habitación de su madre.

—¿Quieres que te incorpore? —pregunta, disimulando el susto que se ha llevado al verla. Ronni ha perdido todo el color de la cara, está demacrada y chupada, pero sonríe cuando su hija se acerca a la cama. Meredith le apila las almohadas a la espalda—. Mamá, estaba pensando en conseguirte una silla de ruedas, y a lo mejor también una de esas sillas elevadoras para las escaleras. Por muy bonito que sea tu cuarto, ¿no te apetece pasar un rato abajo? Imagínate, si pudiéramos ponértelo cómodo de verdad, tus amigos podrían venir a verte.

—¿Qué amigos? Han desaparecido todos.

Hummm, piensa Meredith. Seguramente sea más bien por lo poco que ha cuidado su madre las amistades. Ronni desaparecía a veces durante años cuando estaba ocupada de gira o bien ocupada con otra gente o bien ocupada a secas, y volvía a aparecer en la vida de cualquiera solo cuando necesitaba algo.

—¿Qué tal estás hoy?

—No muy bien. Tengo unas contracciones musculares terribles. Se llaman fasciculaciones. Las veo y todo debajo de la piel. ¿Me puedes traer los analgésicos?

—Ya sabes que no te puedo traer todo el bote. —Meredith es consciente del peligro de que su madre decida tomarse todas las pastillas de golpe—. ¿Cuántos necesitas?

—Cuatro. Me tomo dos ahora y me dejo otros dos para luego.

—Vale. —Meredith baja a por ellos y los deja en la mesilla de noche.

—¿Tú has adelgazado? —pregunta Ronni de pronto, mirándola de arriba abajo.

Meredith también ha notado que los kilos que había engordado parecen estar desapareciendo. No sabe cuánto ha perdido exactamente, pero es que ya no tiene apetito. Y esta mañana los vaqueros le quedaban más sueltos y holgados que ayer.

Derek la vio con los pantalones y la túnica de cuentas y frunció el ceño.

—Eso es un poco bohemio, ¿no? —comentó, con la desaprobación escrita en toda la cara.

—¿Ah, sí? Pues a mí me encanta —replicó ella. Y él arrugó la nariz y volvió la cabeza sin decir nada más.

Esa mañana Meredith se sentía atractiva, hasta que Derek la miró de arriba abajo. Y ahora, a pesar de haber adelgazado, las palabras de su madre la irritan, como siempre, la hacen sentir que el amor de su madre depende de que esté delgada, de que sea guapa, de que dé la talla.

—No sé —miente, intentando disimular su malestar.

—Tú eres perfecta tal como eres —dice su madre. Meredith la mira sorprendida y Ronni sonrío como si lo dijera de corazón—. Eres preciosa —añade, dando unos torpes golpecitos en la cama con la mano que todavía le responde un poco, aunque acompaña el gesto con una ligera mueca de dolor.

—¿Te duele? —Su madre asiente—. ¿Quieres tomarte una pastilla?

—Todavía no. Siéntate conmigo un ratito. ¿Está aquí tu prometido?

—Sí.

—Sí, ya me pareció oír su voz inconfundible esta mañana. Lo cual me recuerda, ¿cuándo es la boda?

—A principios de octubre.

—Ya sé que es un tema peliagudo, cariño, pero no me queda mucho tiempo. Tengo que decirte una cosa y no quiero que salgas de aquí hecha una furia.

—Vale. —Meredith se ha quedado aturdida al oír decir a su madre que no le queda mucho tiempo. Podrán convencerla para que cambie de opinión, ¿no?—. Piénsate muy bien con quién te vas a casar. No es algo que se pueda tomar a la ligera. Lo sé porque yo fui una esposa terrible y he tenido muchos años para pensar en el matrimonio y en lo que hice mal y en lo que debería ser un buen matrimonio. Ojalá me hubiera quedado con tu padre. Era un hombre muy bueno y me trató muy bien. Era cariñoso y me apoyaba y quería que triunfara en lo

que yo quisiera. Lo que no hacía era controlarme o intentar hacer de mí su mujercita, una versión anticuada y apagada de lo que yo era. He visto a muchos hombres hacer eso con sus parejas. Eligen a mujeres vibrantes, con talento, hermosas, y les chupan toda la pasión y la belleza y las acobardan hasta hacerlas sumisas. Te quiero, Meredith, y eres mucho más de lo que te has permitido ser. No necesitas a un hombre para ser feliz, y menos a un hombre que no te permita ser la auténtica Meredith. ¿Te acuerdas de tu arte?

Meredith asiente, con un nudo en la garganta.

—Tenías mucho talento. —Ronni sonrío—. Es una lástima que lo dejaras. No te cases porque creas necesitar un compañero. Y no te cases con alguien que intente moldearte para que encajes con su ideal de esposa. Tú eres más que eso. Cásate, en todo caso, con alguien que te quiera tal como eres. Porque eres fantástica. Bueno, ya he dicho lo que tenía que decir. ¿Todavía me hablas?

Meredith asiente. Está tan aturdida que no puede ni hablar.

—Eres maravillosa, Meri. Me he pasado la vida criticándote, haciendo comentarios sobre tu peso, y no sabes cuánto lo siento. No supe hacerlo mejor. Estaba corrompida por Hollywood, convencida de que ser guapa y delgada era la clave de la felicidad. Solo quería que fueras feliz. Me di cuenta demasiado tarde de lo poco que importan esas cosas. Eres preciosa, Meredith, tal como eres.

Meredith no se lo puede creer.

—No me crees —suspira su madre—. Debería habértelo dicho hace años. No es que importe mucho lo que yo piense, pero eres una persona muy especial, demasiado especial para acabar con un hombre que no te llega a la suela del zapato. Derek será guapo, pero es lo único que tiene. Tú, por otra parte, eres dulce, lista, creativa... Siempre pensé que serías pintora, o ceramista, o artista de algún tipo. ¿Te acuerdas de los jarrones tan bonitos que hacías con el torno en la escuela? Tienes un corazón bueno y abierto. Siempre fuiste mi favorita.

El corazón de Meredith amenaza con estallar. Apoya la cabeza sobre el pecho de su madre, que le acaricia el pelo.

—Mi favorita —murmulla—. No se lo digas a tus hermanas.

Abajo, Lizzy y Nell llegan en el coche. Cuando entran en la casa, Nell lleva una bolsa marrón de papel llena de cruasanes.

—Greta *la Magnífica* —le explica Lizzy a Meredith—. Se está haciendo una maratón de repostería. —Mira de reojo a Nell, que evita a propósito su mirada, aunque disimula una sonrisita—. Estás muy guapa —dice Lizzy, acercándose para tocar la manga de la túnica de Meredith—. Me encanta este batik. Precioso, Meri. La ropa holgada de bohemia te sienta de miedo.

Meredith sonríe.

—Gracias.

—¿Cómo está mamá?

—Increíble. Está... increíble.

—¿Increíble en plan levantarse y andar o increíble en plan no ser una borde? —pregunta Lizzy, pensando por un momento que a lo mejor todo aquello podía haber sido teatro.

—No, no seas tonta. Ninguna de las dos cosas. Está... comprensiva, amable, cariñosa. Es otra persona.

—¿Qué? ¿Cómo? Conmigo ha sido ofensiva a muerte. ¿De qué te ha hablado?

Meredith suelta un hondo suspiro.

—De mí. De lo que pensaba que llegaría a ser cuando era pequeña. Y del matrimonio y de lo que quería para mí.

—Pues contigo se ha enrollado mejor que conmigo. —Lizzy pone los ojos en blanco—. No quiere que te cases con Derek, ¿verdad?

Meredith se encoge de hombros.

—Eso yo ya lo sabía, pero me ha explicado por qué. Básicamente piensa que me controla, que intenta encajarme como sea en lo que es su ideal de esposa, y que si me casara con él me perdería a mí misma. No sé, no lo dijo con esas palabras exactas, pero era algo así. —Meredith mira nerviosa por la ventana, buscando a Derek.

—¿Sí? ¿Y?

Nell se acerca.

—¿Y eso es nuevo para ti?

—No. Es solo que... —Meredith se deja caer en una silla de la cocina, con

los hombros hundidos—. Ha sido como interpretar un papel. Me sentía tan halagada de que se fijara en mí un socio de la empresa, alguien como Derek, un hombre tan guapo, que cae tan bien a todo el mundo, que me vi de pronto metida en esta relación y poniendo todos mis esfuerzos en ser alguien que no soy.

—¿A quién le cae bien Derek? —pregunta Lizzy con expresión horrorizada—. A mí no, desde luego. Creo que es un tipejo de lo más empalagoso.

—En el trabajo todos le quieren.

—Ah. Los contables que están en su nómina. Ya. Así que has intentado ser la mujercita perfecta mientras la Meredith auténtica, la que es creativa y divertida y a la que le gusta vestir de bohemia... —Lizzy se fija en su atuendo y pregunta—: ¿De Calypso? —Meredith asiente con la cabeza—. Pues eso, la Meredith a la que le gusta vestir ropa de Calypso intenta por todos los medios salir a la luz, solo que le preocupa que a Derek no le guste.

—Sí. Justo.

Lizzy frunce el ceño.

—¿Importa en algo que Billy esté loquito por ti?

—¡Eso no es verdad! —protesta Meredith, aunque sin mucho énfasis—. Vaya, que no lo creo.

—Pues es lo que hay —insiste Lizzy—, aunque lo que es irrelevante es si pasa algo entre vosotros o no. El caso es que le gustas a un hombre como Billy, listo, divertido, guapo y nada arrogante. Los hombres como él se sienten atraídos por ti. Si pudieras remediar un poco tu baja autoestima, se te abriría todo un mundo de posibilidades. La misma baja autoestima, por cierto, que te llevó a decir sí en lugar de mearte de risa cuando Derek te pidió la primera cita. Derek no es lo mejor que puedes conseguir. ¡Madre mía! Si fuera así, más te valdría suicidarte ahora mismo.

—¡Lizzy! —exclama Nell, alzando la vista hacia la planta superior, donde yace su madre.

—Perdón, no ha sido una frase muy acertada. Pero hay cientos de hombres como Billy que tendrían una suerte flipante, una suerte alucinante si dieran contigo. No tienes ni idea. Derek se debe de despertar todos los días pensando que le ha tocado la lotería, porque no te merece. Tú vales mil veces más que

él.

Meredith se la queda mirando.

—¿Lo dices de verdad?

—Pues sí. —Lizzy se vuelve hacia Nell.

—Lo dice de verdad —asegura Nell—. Y además tiene razón.

—Hablando del rey de Roma... —Lizzy se vuelve hacia la ventana. El Lexus de su madre está llegando, con Derek al volante.

—No tengo ni idea de cómo hacer esto —susurra Meredith.

—Mándalo a tomar por culo —sugiere Lizzy.

—Puedes hacerlo con sensibilidad —la interrumpe Nell.

Mientras tanto, Derek está sacando las bolsas de la compra del asiento trasero. Las tres lo miran.

—Podrías decirle que tus sentimientos han cambiado —opina Nell—. No tienes por qué ser cruel.

—Aunque es bastante más divertido ser cruel —insiste Lizzy, acordándose al instante de Sean—. Puto cerdo —añade.

Meredith vuelve la cabeza como un rayo, con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—No Derek. Pensaba en otro. Perdona.

—Hola, cariño. —Derek entra en la cocina y besa a Meredith en la cabeza, mientras Lizzy le hace una mueca a Nell.

—Derek —comienza Meredith—, tenemos que hablar.

Van al porche trasero, bajan al jardín. A Meredith le martillea el corazón, pero tiene muy presente lo que le ha dicho su madre, lo que le ha dicho su hermana. Y a diferencia de la última vez, cuando salió hecha una furia del restaurante Four Seasons jurándose no volver a dirigirles la palabra, esta vez ha sentido su amor. Le estaban diciendo la verdad, y se la decían porque la querían.

Derek tiene el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —Y abre los brazos, como si con un abrazo fuera a arreglar cualquier cosa que ella pudiera decir.

Pero Meredith retrocede.

—Derek, he pasado unos días sola y me he dado cuenta de varias cosas que para mí no funcionan. —Le dan ganas de darse de patadas. Esas no son las palabras que quiere decir—. Ya sé que nos íbamos a casar en tres meses, pero me lo estoy pensando.

Derek se queda pálido.

—Creo que necesitamos darnos un tiempo. —A Meredith le horroriza causar dolor a otra persona, de manera que intenta mitigarlo de inmediato—. Mientras yo me aclaro.

—¿Hablas de posponer la boda? —pregunta Derek, desconcertado—. ¿Cuánto tiempo?

—En realidad no hablo de posponerla —admite Meredith, tras una pausa—. Creo que no me quiero casar.

Derek sonrío aliviado.

—¡Ah! Son los nervios de última hora. Son de lo más normal. Cariño, más raro sería que no te sintieras así. Créeme. Todo saldrá perfecto. Anda, ven aquí. —Y vuelve a abrir los brazos, pero Meredith se queda quieta.

—Vale. —Retrocede un paso, y su decisión de ser amable, sus nervios, su deseo de no hacerle daño, todo queda aplastado por su irritación—. No me escuchas. Nunca me escuchas. Siempre me dices lo que tengo que sentir y lo que tengo que pensar y a mí no me das ni voz ni voto en nada. Pues ahora me tienes que escuchar. —Y habla despacio y con claridad—. No quiero casarme. No quiero casarme contigo. No quiero seguir con nuestra relación. No te he pedido que vengas y ahora quiero que te vayas.

—Estás de broma. —Derek no se puede creer lo que está oyendo.

—¿Tengo cara de estar de broma? —Un millar de frases le pasan por la cabeza, frases que no puede decir en voz alta. No quiero volver a acostarme contigo en la vida, piensa. No quiero ir a comer contigo para que me pidas los platos en los restaurantes. No quiero sentir el peso de tu brazo sobre mí en la cama. No quiero besarte ni olerte ni nada. No quiero volver a sentir tu piel junto a la mía nunca más.

—¿Y la boda? ¿Qué hago con los cientos de clientes? ¿Qué les digo? Esto no es aceptable —barbota Derek.

—Me da igual lo que les digas. Diles que tengo una crisis de madurez, si te apetece. Hoy mismo pienso enviar mi dimisión a la empresa —añade, aunque ella misma se sorprende ante sus palabras. Pero en cuanto las pronuncia, se le quita un peso de los hombros—. Lo siento, Derek, pero tú y yo no estamos hechos el uno para el otro. Y es culpa mía no haberlo visto antes.

Derek sisea algo entre dientes, masculla unas palabras que Meredith no tiene ningún interés en oír. Da bruscamente media vuelta y sale hecho un basilisco hacia la casa, tropieza en el primer escalón del porche, suelta un taco y se gira de nuevo hacia ella:

—Soy lo mejor que te ha pasado —le espeta—. Jamás vas a encontrar a nadie que te cuide como te habría cuidado yo. Espero que encuentres lo que estás buscando, aunque lo dudo mucho, a tu edad. —Y por lo visto satisfecho por haber dicho la última palabra, irrumpe en la casa.

Media hora más tarde, se ha marchado. Meredith intentó despedirse, terminar con él si no de buenas, por lo menos de forma civilizada, pero él se negó a hablar con ella, se negó incluso a mirarla. Se dirigió derecho al taxi que le aguardaba al final del camino particular y apretando la mandíbula tiró su bolsa en el asiento trasero, se subió él y desapareció.

Meredith, Lizzy y Nell contemplaban la escena por la ventana del comedor, Lizzy rodeando la cintura de Meredith con un brazo y con la cabeza apoyada en su hombro.

—¿De verdad se ha ido? —susurra Meredith, cuando ya no se oye el ruido del coche. Su expresión es de incredulidad y alivio.

—Sí —contesta Nell. Le choca los cinco y de pronto la estrecha en un breve abrazo—. Bien hecho. Ha tenido que ser duro.

Meredith sacude la cabeza.

—No me lo puedo creer. Es que no me puedo creer lo que he hecho. —Se vuelve hacia Lizzy—. ¿Tú te lo puedes creer?

Lizzy lanza un grito de júbilo, agarra a Meredith y se pone a bailar con ella dando vueltas por la cocina, canturreando:

—¡Joder, sí, Meri! ¡Por fin te has hecho valer! —Meredith se ríe, dejando que Lizzy la lleve dando vueltas hasta la cocina. Allí su hermana se detiene—. Vamos a ver, Meredith. La vida es lo que tú quieras hacer de ella. No tienes

que permitir que nadie te controle, no tienes que renunciar a ti misma para hacer feliz a nadie. La única forma de ser feliz es averiguar lo que necesitamos e ir a por ello. Tú odiabas a tu novio y ahora...

—No le odiaba —masculla Meredith.

—Sí que le odiabas. Normal. Es odioso. Y ahora se acabó. Odias tu trabajo. Ay, venga ya, no te atrevas a negarlo. Odias tu trabajo y acabas de decirle a un socio de la empresa que dimites. Tienes el mundo a tus pies, Meredith. Ahora solo tienes que dar con lo que quieres hacer. ¿Qué sientes? Sé sincera. ¿Qué sientes al dejar atrás dos cosas cruciales que te estaban amargando la vida?

—¿Sinceramente? —Meredith sonríe—. Pues como tú dirías, me siento de putísima madre.

—Ya lo sé. —Lizzy mira el reloj—. Le voy a mandar un mensaje a James. Iba a ir a la granja, pero le voy a decir que venga directamente aquí. ¿Está mamá despierta?

—Sí. Estaba viendo la tele —contesta Nell desde el comedor—. Voy a echarle un vistazo.

—Vale. —Meredith ve por la ventana que Billy llega en su coche—. Me voy a dar un paseo. A ver si Billy se quiere venir.

Ronni Sunshine está incorporada sobre las almohadas, más alerta que nunca estos últimos días. Aparta la vista del televisor y sonrío al ver entrar a Nell.

—Venía a ver cómo estabas. ¿Te puedo traer algo?

—¿Dónde está todo el mundo?

—Abajo. Lizzy al teléfono y Meredith acaba de salir a dar un paseo con Billy.

—¿Billy? ¿Y Derek?

—Ah. —Nell se sienta en la silla junto a la cama—. Meredith acaba de hacer lo impensable. Ha terminado con él.

Ronni esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Gracias a Dios. Gracias a Dios que ha visto la luz. ¿Y Derek se ha marchado? —Nell asiente—. Qué tipo más pomposo y horripilante.

—Y Meredith también deja el trabajo. Quién sabe, igual vuelve a casa. A lo mejor... —A Nell de pronto se le ha ocurrido una idea—. A lo mejor puede venir a vivir aquí para cuidar de ti... Sería una razón para seguir adelante, ¿no, mamá? Hace años que no pasas tiempo con ella, y si volviera, podría estar contigo mientras investigamos qué tratamientos hay.

Ronni sonrío y no responde.

—¿Dónde está Lily?

—Le hemos dado un par de días libres. La pobre mujer está agotada. Te lo íbamos a decir antes, pero estabas dormida. ¿Por qué te has puesto tan triste?

—Ya no la veré más —suspira Ronni.

—Mamá, eso no va a pasar, lo sabes, ¿verdad? No te vamos a ayudar a suicidarte. Ninguna de nosotras está dispuesta y creemos que tú tampoco estás

preparada. Necesitamos más tiempo.

Su madre da un respingo de dolor.

—¿Qué pasa? ¿Son los espasmos? ¿Necesitas pastillas?

—Sí, cariño, por favor. ¿Me puedes traer cuatro?

—No te voy a traer cuatro. El otro día me leí el prospecto y la dosis es una o dos.

—Dos ya no me hacen nada. Tráeme cuatro y te prometo que solo me tomaré dos cada vez.

Nell se levanta.

—Espera. Ven aquí.

Nell se acerca de nuevo y le coge la mano a su madre, sabiendo que ella ya no puede moverla.

—Mi adorable Nell —sonríe Ronni—, mi primogénita. ¿Sabes cómo cambiaste mi vida cuando naciste? Estaba obsesionada contigo. No me podía separar de ti ni un instante. Cuando dormías, me sentaba al lado de la cuna a mirarte. Y el corazón se me henchía de tanto de amor que no sé cómo no me explotó. Mi niña, tan callada, tan fuerte, tan observadora. Siempre te has dedicado a observar, Nell, sin lanzarte nunca de cabeza como hace Lizzy, y con una fuerza y un dominio sobre ti misma que Meredith no tiene. Y River, tu propio hijo, ahora un jovencito maravilloso al que has criado tú sola. Lewis Calder... —Ronni da una ligera sacudida de cabeza—. Menudo inútil. Lo único que hizo fue darte a River. Ojalá hubieras encontrado a alguien que te hiciera feliz. Ya sé que piensas que no necesitas a nadie, pero el amor te suavizaría, Nell, te permitiría bajar la guardia.

—Puede ser. —Nell piensa en Greta y una sonrisa asoma a sus labios—. Todavía es muy pronto para decir nada, la verdad. Puede que no sea nada.

—¿Es un buen hombre?

Nell se queda paralizada. ¿Qué decir? ¿Cómo contárselo? Su madre no va a poder asimilarlo, seguro.

—¿O es una mujer? —pregunta Ronni sencillamente. Nell la mira pasmada.

—¿Cómo lo has...?

—Una suposición. Sea quien sea, tiene mucha suerte. El amor es el amor, Nell, no importa su forma o su color, y los que lo hemos encontrado no

debemos permitir que nada se interponga. Nunca te enseñé a amar y siento no haberme ocupado mucho de ti. Te desatendí. Y ahora desearía haber hecho las cosas de otra manera.

—Sobreviví —replica Nell lacónica, intentando quitar hierro al asunto.

—Sí, pero nada más. Y ha sido culpa mía. Mis padres me criaron aplaudiendo todos y cada uno de mis actos. Me colmaron de alabanzas y atenciones, y yo crecí odiándolos por ello, echándoles la culpa por haberme convertido en una adulta que necesitaba constantes alabanzas y atenciones para sentirme digna. Pensé que te hacía un favor comportándome al revés. Pensé que desarrollarías fuerza de carácter y autodominio y que nunca necesitarías alabanzas huecas ni atenciones para abrirte camino en la vida.

—Pues te salió de maravilla —dice Nell—. Pero no me sale muy de dentro darte las gracias.

—No me extraña que estés enfadada. Yo también lo estoy, conmigo misma. Ahora es cuando me he dado cuenta de que podría haber hecho las cosas de otro modo. En la vida siempre hay un equilibrio. Mi infancia fue un extremo, y yo reaccioné criándote a ti en el otro extremo. Ninguno de ellos es bueno.

—No te preocupes por eso, mamá. —Nell está pensando que sus excusas son demasiado pobres y llegan demasiado tarde.

—Lo hice lo mejor que pude, teniendo en cuenta cómo me criaron a mí —insiste su madre—. Si pudiera volver atrás, lo haría.

Nell ve que a su madre se le saltan las lágrimas. Y se da cuenta, horrorizada, de que no queda más tiempo. No hay tiempo de arreglar las cosas, de salvar sus diferencias, de sanar la distancia entre su madre y ella. Esto es lo que hay. Y algo en su interior se reblandece, y unas inesperadas lágrimas acuden a sus ojos.

—Te perdono —dice, sabiendo que lo dice de corazón—. Al final a mí me ha ido bien. O por lo menos espero que me vaya bien. Creo que por fin voy a poder atisbar al menos lo que es la felicidad.

—Mi querida Nell, tan fuerte. Siempre fuiste mi favorita. —Ronni suspira y cierra los ojos—. No se lo digas a tus hermanas.

Nell se inclina para darle un beso, con el corazón henchido.

—Ve a por mis pastillas —le pide su madre—. Te quiero muchísimo. Os

quiero muchísimo a todas.

—¡Mami! —Connor baja de un brinco del coche y sale corriendo hacia Lizzy, que lo coge en brazos, lo estrecha con fuerza y se echa a llorar.

James está sacando del asiento trasero la ubicua bolsa de juguetes, tentempiés y toallitas de bebé con las que limpiar el inevitable desaguisado. Lizzy canturrea con la cara metida en el pelo del niño, que ya se agita para que lo dejen en el suelo, deseoso de recorrer aquel enorme camino. ¡Y trepar a los árboles! ¡Y correr en círculos por el césped!

Lizzy se vuelve hacia James enjugándose las lágrimas de las mejillas con una sonrisa. Aquí está, piensa. Tan conmovedoramente familiar, estable, leal. Aquí está, mi marido, que está criando a nuestro hijo, que vale que pasa demasiado tiempo con sus videojuegos, pero es un hombre muy bueno, el hombre al que debería haber estado prestando atención.

Le parece que hace meses que no lo ve. Tal vez no lleve mucho tiempo en Connecticut, pero lo cierto es que hace seis meses que no está de verdad con él, porque ha tenido toda la atención centrada en Sean, en la emoción y la excitación de una relación prohibida de la que no podía alejarse. Pues bien, esa historia se acabó para siempre. No me había dado cuenta, piensa. No veía lo mucho a lo que estaba renunciando. Qué imbécil he sido.

Se acerca a James algo incómoda, sin saber cómo saludarle. La dinámica de su relación ha consistido siempre en que James era el que amaba y Lizzy la que era amada. Él la había querido más, la había perseguido, la había colmado de afecto y de dulzura. Hasta que dejó de hacerlo.

Ahora la mira sin moverse.

—Hola —dice ella por fin, sonriendo a medias, sin saber si abrazarlo o no,

preguntándose cuándo fue la última vez que se tocaron siquiera.

—Qué hay. Siento llegar un poco más tarde de lo previsto. Al final decidimos venir en coche, y el tráfico en la I-95 ha sido una pesadilla.

—El tráfico siempre es una pesadilla en la I-95. No sé por qué. Antes se tardaba una hora, y ahora no hay forma de hacer el trayecto en menos de dos.

—Sí. Bueno, ¿cómo está todo por aquí?

—Pues... todo muy triste. Y con mucha incertidumbre. Pero también hay movidas emocionantes. Muchos cambios. Tenemos que hablar.

—Ya lo sé. Ya lo sé.

—Meredith ha ido a dar un paseo, pero Nell está aquí. Igual podemos dejar a Connor con ella un rato y, no sé, irnos a tomar un café o algo así, ¿no? ¿Te parece?

—Claro —accede James—. Perfecto.

Nell, por supuesto, está encantada de quedarse con Connor, de manera que al poco tiempo Lizzy y James llegan al Neat, que está tranquilo. Solo hay unos cuantos clientes dispersos por las mesas y una persona en la barra.

—Recuerdo que vinimos aquí el año pasado —comenta James, mirando alrededor—. Y estaba abarrotado.

—Sí. En esta época del año todo el mundo está en Nantucket —explica Lizzy.

—¿Ah, sí? ¿Por qué se marchan? Si tenéis la playa justo aquí.

—Ya, pero aquí sigues estando en tu casa y tienes que hacer las rutinas de siempre. Mogollón de gente se va de Westport a Nantucket a pasar el verano. Creo que este año se ha puesto muy de moda Islandia también. Y Grecia. Pero para nosotros es perfecto. Vaya, que podemos coger mesa. ¿Cuándo estuviste aquí el año pasado? —pregunta de pronto—. ¿Para qué?

James se sonroja.

—Una reunión.

—Ya sé que hablaste con mi madre —dice ella con suavidad—. Me contó que le pediste consejo. ¿Para eso viniste?

—Sí. Supongo que estarás enfadada por que viniera a tus espaldas.

—No. Siento mucho que no pudiéramos arreglar las cosas entre los dos. Y entiendo totalmente que recurrieras a ella.

James parece aliviado.

Piden unos cappuccinos. Lizzy respira hondo y comienza a contarle a James sus planes. Le habla de la granja. Aunque él la ha visitado, no se acuerda del granero de heno, de manera que se lo describe en detalle. Le comenta la idea de tener allí una base permanente, con planes de organizar cenas *pop-up* en el huerto de árboles, aunque todavía tienen que planificar los detalles. Le cuenta que podrían trasladarse allí, a Easton o Redding o Ridgefield o Georgetown... algún sitio donde Connor pudiera montar en bicicleta y criarse aprendiendo de dónde sale la comida, no yendo a los mercados orgánicos, sino cultivándola ellos mismos.

—Sería empezar de nuevo. —Lizzy está de nuevo rebosante de entusiasmo—. Ya sé que las cosas han sido muy difíciles últimamente, pero aquí podríamos comenzar de cero. Tengo muy buenas vibraciones con esto, James. Creo que es lo que necesitamos, lo que hemos necesitado desde hace mucho. Si seguimos como hasta ahora, tendremos lo que hemos tenido hasta ahora, y eso no es suficiente. Yo quiero algo distinto en mi vida. Quiero algo distinto para Connor. Y quiero algo distinto para nosotros. —Guarda silencio entonces, expectante, esperando que James también lo vea, que se apunte al carro.

James asiente, pensativo.

—¿Y Sean, qué?

—Me voy a buscar un abogado para ver cómo podemos deshacer la sociedad. Él puede quedarse con las cenas de la ciudad. Pienso hacer esto yo sola. Ya no necesito un socio. Me encantaría que tú te involucraras también, cosa que creo que podrás hacer en cuanto Connor empiece a ir a la guardería este año. Podemos hacerlo, tú y yo —concluye, con una ancha sonrisa.

—¿Y tu aventura con Sean?

A Lizzy se le cae el alma a los pies.

—Eso se acabó. Tú sabes que se acabó.

—Sé que dijiste que se había acabado —dice James con voz queda—. Sé que fuimos a terapia de pareja porque prometiste que se había acabado y que ibas a dar una oportunidad a nuestro matrimonio. Y sé que desde entonces, has seguido con él. Así que te lo voy a preguntar otra vez. ¿Y Sean, qué?

—Ahora se ha terminado de verdad —susurra Lizzy. Le parece haber recibido una bofetada. No tiene ni idea de cómo James lo sabe, y no se lo puede preguntar.

—Creo que nuestro matrimonio también. Siento que sea justo ahora, cuando tu madre está pasando por lo que está pasando, pero yo no puedo más. — James sacude la cabeza, con la tristeza pintada en el rostro—. Han sido demasiadas traiciones. Me alegro de que tengas todas esas ideas y estoy seguro de que la granja de Nell es el sitio perfecto. Y sinceramente, tampoco descarto trasladarme aquí con Connor si sigues adelante con esto. Como tú has dicho, Connor empezará ir a la guardería ya mismo, y aquí podríamos meterlo en colegios públicos, y yo tendría más tiempo. Como autónomo puedo trabajar desde cualquier parte. Me buscaría una casa cerca de ti para poder dividir nuestro tiempo con Connor. —James se calla al ver que Lizzy está llorando—. Lo siento.

—No, si lo entiendo. —Qué ironía, piensa Lizzy, justo ahora: las consecuencias a las que, según su madre, nunca ha tenido que enfrentarse. Se frota los ojos con la manga—. He sido una imbécil y esto es lo que me merezco. Lo siento. No sabes cuánto lo siento.

—Sí —dice James—. Yo también.

—¿Dónde está Billy? —pregunta Nell. Meredith ya ha llegado, encantada de encontrar allí a Connor, a quien solo ha visto un par de veces y muy brevemente.

—Se ha marchado. No ve ningún reportaje aquí, cuando mamá planea un suicidio asistido ya mismo.

—No va a ser ya mismo —asegura Nell—. Va a tener que esperar.

—Ya lo sé, y se lo he dicho a Billy, pero, como dice él, solo va a haber tristeza. Quiere escribir algo, pero no ve un documental y siente que aquí es un intruso y molesta.

Nell frunce el ceño.

—Nos gusta tenerlo por aquí. No es un intruso. Y mamá lo invitó.

—Ya, pues se ha marchado. Dice que se pasará más tarde para despedirse de mamá y explicarle que lo que quiere es escribir una retrospectiva sobre ella. Ya sabes que la filmó, ¿no? Hablando sobre su vida.

—No, no lo sabía. ¿Y a ti cómo te ha sentado que se vaya? —Nell se la queda mirando.

—Yo estoy bien. ¿Por qué?

—Te gusta, ¿verdad?

Meredith se encoge de hombros.

—Acabo de librarme de mi prometido esta mañana y he dejado el trabajo. No tengo ni idea de lo que me depara el futuro. No sé dónde voy a trabajar, dónde voy a vivir, si me voy a quedar en Londres...

—¿Igual vuelves a casa?

—No lo sé. Cuando era joven estaba deseando largarme del país. Pero esta

vez me ha gustado estar de vuelta. Se me había olvidado lo bonito que es Westport, lo fácil que es aquí la vida. Por Dios, ¡si se puede aparcar en cualquier parte! Y el clima es glorioso. ¡Y no hay tráfico!

—Eso no es verdad. El tráfico es espantoso.

—Te aseguro que si tuvieras que atravesar Swiss Cottage en hora punta todos los días, no dirías eso. He hecho un gran esfuerzo por adaptarme a Londres, y en parte es verdad que allí me siento en casa. Pero me estoy dando cuenta de que esto también es mi casa y tal vez necesito volver y darle otra oportunidad. No es por Billy —se apresura a añadir—. Me ha dicho que si vuelvo por aquí, le encantaría invitarme a cenar. Pero quién sabe. Igual no vuelvo, igual él conoce a alguien...

—O tú conoces a alguien.

En ese momento entra Connor corriendo desnudo.

—Tita Nell, tita Nell, ¿me llevas a bañarme?

Nell y Meredith estallan en carcajadas.

—Dame cinco minutos. Vete a ver el final del programa y luego te llevo.

—Vale. —Y el niño desaparece en el salón.

—Qué mono es —dice Meredith, todavía sonriendo—. Me gustaría pasar más tiempo con él, bueno, con todos.

—A mí me encantaría. Lizzy y yo estamos hablando de montar aquí cenas *pop-up* y tal vez un restaurante.

—¡Es una idea genial!

—A lo mejor tú también podrías participar.

Meredith se echa a reír.

—¡Ja! Vale que puedo hacer un asado decente, pero ya está. Gracias, pero no tengo ningún interés en trabajar en restauración.

—Vale. Pero igual podrías dedicarte a la decoración, o empezar a pintar otra vez y vender tus obras en el restaurante... No sé. Algo que tuviera que ver con tu lado artístico.

—Sí. Mamá me ha dicho lo mismo. No de la granja, sino de usar la creatividad. Le he dado muchas vueltas. Igual empiezo a ir a clase otra vez. Me encantaría.

—Sería estupendo que estuviéramos las tres por aquí —dice Nell,

sorprendida al notar que se le agolpan las lágrimas en los ojos—. Nunca imaginé que lo diría, pero ha sido genial teneros a todas aquí.

—Lo mismo digo. —Meredith nunca ha visto a Nell mostrar de ese modo sus emociones—. Ha estado bien estar contigo y con Lizzy. Ha estado más que bien. —Se encoge de hombros, se enjuga una lágrima, y Nell y ella se sonríen.

—Es estar en casa.

—¿Mamá? —Lizzy se inclina sobre su madre con el ceño fruncido. Algo pasa, pero no sabe muy bien qué es, porque una bruma en su cerebro le impide ver con claridad—. ¿Mamá? Despierta. ¿Mamá? ¿Mamá? ¡Mamá! —grita, sacudiendo a su madre. El cuerpo está caliente, aunque no respira.

Meredith y Nell suben corriendo por las escaleras e irrumpen en el dormitorio. Lizzy se vuelve hacia ellas con rabia, dolor e incredulidad.

—¡Se ha muerto! Creo que está muerta. Alguien le ha dado las pastillas. Dijimos que no lo haríamos. ¿Quién ha sido? ¿Quién le ha dado las pastillas?

—Las pastillas están abajo —dice Nell aturdida, sentándose de golpe en la cama—. Nadie le ha dado las pastillas. Bueno, yo le di cuatro esta mañana, pero eso no es suficiente para...

—Yo también le di cuatro esta mañana —confiesa Meredith temblando. Reconcomida por la culpa y el golpe, se echa a llorar.

—¡Joder! —estalla Lizzy—. Yo se las di anoche, y no se las tomó. Y seguro que tampoco se tomó las vuestras, ¿verdad? ¿La visteis tomárselas?

Meredith solloza abiertamente, Nell se enjuga una lágrima de la mejilla. Ambas niegan con la cabeza. Meredith se inclina para besar a su madre con los ojos cerrados y los hombros trémulos.

—Lleva días haciendo acopio de pastillas. —Lizzy acaba de caer en la cuenta—. Sabía que no la dejaríamos suicidarse. Nos dio tres días y sabía que no le íbamos a quitar el ojo de encima. Por eso lo ha hecho antes. No me lo puedo creer. Nos pedía a todas que le subiéramos pastillas y luego las escondía. Ya tenía planeado hacer esto antes de lo previsto. Joder. La muy zorra. —Lizzy también se enjuga las lágrimas y se deja caer en una silla.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Meredith entre hipidos—. ¿A quién llamamos?

—No lo sé. ¿A la funeraria? —sugiere Lizzy—. No tengo ni idea. ¿Está muerta de verdad?

Las tres miran el cuerpo. Está en paz y es tal como lo describió Greta: tan solo una cáscara vacía. El alma lo ha abandonado.

—¿No deberíamos decir unas palabras? —propone Nell al cabo de un momento—. Igual contar algún recuerdo, decir algo bueno de ella.

—Sí. —Lizzy se levanta—. Tenemos que despedirnos. —Tiende las manos y sus hermanas se ponen en pie y se las cogen—. Nell, empieza tú, que eres la mayor.

—No sé qué decir. —Nell cierra los ojos un momento—. Vale. Me ponía de los nervios hasta niveles que hubiera creído imposibles. Cuando era pequeña, me llevaba a rastras al teatro, a los musicales, y me subía al *backstage* fingiendo que era para ponerme contenta, pero en realidad era para que todo el mundo le hiciera fiestas a ella. ¡La gran Ronni Sunshine ha venido a ver el espectáculo! Me daba una piruleta y me dejaba sola en un rincón del vestuario mientras ella posaba para que le hicieran fotos y más fotos. Yo pensaba que era la madre más glamurosa del mundo entero. Cuando venía al colegio, me sentía orgullosísima porque se notaba una oleada de agitación. Todas mis amigas querían venir a casa para conocerla, para pedirle autógrafos, para que se les contagiara algo de su magia.

Meredith y Lizzy sonrían entre lágrimas, ambas recordando muy bien todo aquello.

—Era dramática, inmensa, exigente y estricta, y podía ser cariñosa y divertida, la madre más emocionante del mundo. Y creo que me quería. Ahora creo que me quería, aunque no siempre lo tuve muy claro... —Nell se enjuga las lágrimas y mira a Meredith.

—Yo me acuerdo de todo eso. Y me acuerdo de que me sentía totalmente acoirazada. Nunca sería tan guapa, tan elegante, tan emocionante... ni tan delgada como ella. —Se encoge de hombros—. ¿Os acordáis de aquellas dietas demenciales? —Las otras dos asienten. Nell se echa a reír sin dejar de llorar—. Pues siempre venía a mi cuarto y me decía que quería que hiciera la

dieta con ella porque yo era su hija especial y necesitaba que fuéramos un equipo. Pero yo sabía que me lo pedía porque estaba gorda. —Ahora es Lizzy la que se echa a reír—. Aunque sí que me sentía especial haciendo la dieta con ella, por más que todos los días hiciera trampas. Y mamá no sabía por qué yo no perdía peso, y nunca le dije que era porque todos los días me hinchaba de chucherías. Deseaba ansiosamente su aprobación, ya fuera por mi aspecto o por mis decisiones. Y luego me di cuenta de que nunca la tendría, de manera que me fui lejos para no tener que ver la decepción todos los días en sus ojos. —Meredith mira a sus hermanas—. Igual me equivocaba. Nunca me pareció que me quisiera o me aceptara tal como era, pero igual me equivocaba. Igual no debería haberme marchado.

—Hiciste lo mejor para ti en ese momento —le asegura Lizzy—. Yo creo que recibí de ella su mejor versión. Ya sé que soy la pequeña, y que fui una malcriada, y como sabía que siempre podía salirme con la mía, creo que conmigo se esforzó un poco más. Le encantaba presumir de mí. Me llevaba a los platós, donde yo me metía en el bolsillo a todo el mundo y me daban un montonazo de regalos alucinantes.

—Me acuerdo de esos regalos —tercia Nell—. Me acuerdo de que siempre volvías a casa con regalos.

—Y una vez me dejó sola y monté una fiesta y dejé la casa destrozada.

—Me acuerdo de eso —interviene Meredith—. Me presenté de pronto y te pillé.

—¿Y te acuerdas de su preciosa alfombra blanca del salón, toda llena de manchas de vino y quemaduras de cigarrillo? Pues dijo que hacía meses que quería cambiarla. Y eso que la alfombra solo tenía seis meses.

—A ti te lo perdonaba todo. Siempre.

—Ya lo sé. Era la única que no le tenía miedo. ¿Os acordáis de cuando tenía el velo y se ponía a chillarnos? A mí me daba la risa, pero a ti te aterrorizaba, Meri.

—Me escondía en mi cuarto temblando como una hoja —recuerda su hermana.

—Yo me marchaba de casa. —Nell se encoge de hombros—. Me quitaba de en medio.

—Mira que era una persona difícil. Menos contigo, Lizzy.

—Porque yo era su favorita.

—En realidad... —Meredith recuerda ese momento, sentada en la cama de su madre, cuando sintió quizá por primera vez en la vida su amor incondicional—. Creo que era yo.

—No. Me dijo que era yo —protesta Nell—. Me dijo...

Las otras sonrían, porque todas acaban de caer en la cuenta. Y al unísono concluyen:

—No se lo digas a tus hermanas.

—Te quiero, mamá —susurra Nell. Y besa a su madre en la frente y las mejillas.

—Te quiero, mamá. —Lizzy se lleva la mano de su madre a la cara y la estrecha un momento antes de darle un beso.

—Te quiero, mamá. —Meredith se enjuga las lágrimas, apoya la cabeza un instante sobre el pecho de su madre y le da un beso en la frente.

Luego las hermanas se acercan unas a otras, se abrazan y se echan a llorar.

El médico forense se ha ido, sus hombres, apropiadamente callados y respetuosos, presentaron sus condolencias y se llevaron el cuerpo a la morgue. Lizzy les cierra la puerta y se apoya contra ella con un enorme suspiro.

—Joder. No me lo puedo creer. Está muerta, y lo último que me dijo es que yo fui su mayor error, coño.

Meredith le pone la mano en el brazo. Sabe que Lizzy está alterada y que, al igual que su madre, nunca ha sido capaz de expresar tristeza, miedo o dolor si no es a través de la rabia.

—No pretendía decir eso. Tú sabes que no pretendía decir eso. Te quería muchísimo.

—Pues resulta que no, cojones —le espeta Lizzy.

—Eso no es lo que mamá dijo. —Nell sale al recibidor—. Dijo que se arrepentía de haberte malcriado. Y, venga, Lizzy, has sido una malcriada.

—Bueno, puede, pero a mí no me dedicó ninguna atención. ¿Nunca os habéis parado a pensar que me mimaba tanto para sustituir su falta de atención? Porque hay que admitirlo: cuando yo nací su carrera estaba en la cúspide, y ella nunca jamás estaba en casa. Así que sí, me salía con la mía y todo eso, pero solo porque era una madre ausente. Vosotras sí la tuvisteis. A vosotras os atendió como nunca me atendió a mí.

—¿Tú crees que era mejor con nosotras? —Nell sube la voz, indignada—. No era la madre perfecta que de pronto se convirtió en una bruja cuando tú naciste. Siempre fue un infierno. Y no sé de dónde habrás sacado la idea de que para mí estuvo presente, pero es de risa, vamos.

—No, a nosotras tampoco nos atendió —corroborra Meredith—. Igual es

verdad que pasaba más tiempo en casa, pero el único recuerdo que yo tengo es el de tener que andar siempre con pies de plomo.

—Tú te has pasado la vida andando con pies de plomo —replica Lizzy.

—¿Y eso qué significa? Joder, Lizzy, intento apoyarte y ser comprensiva y tú tienes que salir con comentarios hirientes. ¿Pero a ti qué te pasa?

Lizzy se gira bruscamente hacia ella.

—Te voy a contar lo que me pasa. Me pasa que mamá se acaba de morir y tanto Nell como tú tuvisteis con ella un momento kumbayá total en el que os pidió perdón por todo y vosotras la perdonasteis. Y a mí lo último que me dijo es que me había fallado como madre y que yo era una malcriada que trataba a la gente como una mierda. Y jamás, nunca jamás, voy a tener ocasión de enmendar eso, ni de cambiarlo, y eso será siempre lo último que recuerde de ella. Jamás tendré la oportunidad de demostrarle que se equivoca. —Cada vez ha ido subiendo más la voz, hasta que, insólitamente, se le rompe. Y de pronto Lizzy se echa a llorar como una niña, sollozando inconsolable.

Meredith se apresura a abrazarla, sin saber muy bien si la va a rechazar. Pero Lizzy se desploma contra ella, deja que la abrace, que la consuele, que la quiera. Las dos están llorando.

—No fue un gran momento kumbayá —protesta Nell, cuando las otras dos se calman un poco—. Sí que pidió perdón, pero yo no la perdoné exactamente. Lo único es que me di cuenta de que no tiene sentido guardarle rencor. Mamá lo hizo lo mejor que supo.

—Fue una madre horrorosa para todas —añade Meredith—. Pero yo siento lo mismo que Nell. Estoy cansada de estar siempre triste y decepcionada y deseando que hubiera sido una madre mejor o diferente. Mamá era como era. Y hasta lo que te dijo fue en cierto modo perfecto, porque es muy típico en ella, muy egoísta. Mamá nunca pensó en nadie que no fuera ella misma. Es como si no supiera pensar en los demás. Pero es la única madre que hemos tenido. Y yo a pesar de todo la quería.

Lizzy asiente en silencio.

—Y tenía sus cosas buenas —señala Nell—. Cuando estaba de buenas, era divertidísima.

—Y se le daba de miedo comprar regalos —añade Meri. Sus hermanas

asienten, acordándose de todos los regalos a lo largo de los años.

—Es raro, ¿verdad? A pesar de su delirante narcisismo y su egocentrismo, era de lo más detallista con los regalos. Siempre te compraba justo lo que no sabías que querías pero de lo que te enamorabas al instante.

—Ay, sí, es verdad —dice Meredith—. Puede que hayamos sido demasiado duras con ella. Eso de los regalos indica que sí pensaba en nosotras, ¿no? Nunca nos compraba lo evidente. Te compraba algo que hacía meses mencionaste de pasada que te gustaba, por ejemplo. ¿Cómo lo hacía?

—Se le daban bien los regalos. Si de verdad hubiera pensado en alguien más que en ella misma, no habría dedicado la última conversación a decirme que soy un desastre.

—Probablemente no sabía que iba a ser vuestra última conversación. Y no es eso lo que te dijo —observa Nell—. ¿Verdad que no? ¿No te dijo que eras una niña mimada y egoísta? Pues a lo mejor sí eres un poco egoísta. A lo mejor es un aviso para que hagas las cosas de otra manera. No sé. A lo mejor te lo dijo porque te quería, porque no quería que cometieras más errores como los que has cometido.

Lizzy suspira y guarda silencio unos momentos.

—Normalmente —dijo por fin—, aquí es donde me marcharía hecha un basilisco. Pero... En fin. —Mira a sus hermanas—. Dado que el inútil de papá no cuenta, solo nos tenemos las unas a las otras. Nadie más va a venir a señalarnos nuestros defectos.

—Puede que James te señale los tuyos —dice Meredith.

—Qué va. No se atrevería. —Un atisbo de sonrisa danza en los labios de Lizzy—. No me puedo creer que ya no esté. —Tiende los brazos hacia sus hermanas—. Se me hace totalmente surrealista. Por favor, os pido que no volvamos a perder el contacto entre nosotras. Aunque la verdad duela, por favor, vamos a decirnos unas a otras la puta verdad. Por lo menos así mantendremos viva a mamá. —Les dedica una sonrisa triste.

Y las tres hermanas se abrazan en el recibidor, con las frentes unidas, respirando hondo antes de mirarse a los ojos y asentir en silencio.

—¿Volvemos a la granja? —propone Nell—. Esta casa empieza a parecerme una morgue.

Greta pone sobre la mesa una bandeja llena de humeantes tazas de té.

—Necesitamos leche y azúcar —comenta Lizzy, acercándose a la nevera.

—Es un rollo inglés —explica James, que las ha acompañado de vuelta a la granja—. ¿Cómo lo llamaba tu madre? Té de albañil o algo así.

Nell sonrío al acordarse.

—Sí. Caliente, dulce y con mucha leche. Es la cura para todo.

—Yo me muero de hambre —comenta Meredith—. ¿Hay algo de comer?

Greta va a la despensa y sale con una fuente de brownies sobre la que todos se abalanzan en cuanto llega a la mesa.

—Las emociones fuertes siempre me dan hambre —comenta Lizzy, que coge el brownie más pequeño para ella y otro para Connor, que está sentado en un rincón de la cocina jugando con sus Legos—. Joder, me cuesta creer que esté muerta. No hago más que olvidarme y acordarme, me pongo a pensar en otra cosa y luego de pronto: Mi madre está muerta. —Lizzy suspira, da un mordisco al brownie y lo mira con atención.

—Está de muerte. ¿Caramelo salado y plátano?

—Me encanta cocinar para una chef. Siempre adivinas los ingredientes —dice Greta.

—Nadie cocina para mí. A todo el mundo le da terror. No recuerdo la última vez que me invitaron a comer en casa de nadie.

—Seguramente por eso te supo tan rico mi pollo asado.

—No. Tu pollo asado era una pasada. Pero es que todo el mundo se siente intimidado conmigo. —Lizzy mira a Greta—. Me encanta que confíes tanto en tu repostería. Y con razón. Y me encanta que nos tuvieras esto preparado. Gracias, Greta.

—Gracias —repite Meredith. Advierte que Nell dedica a Greta una sonrisa radiante, y que a Greta se le ilumina el semblante y que ambas se sostienen la mirada un poco más de lo que cabría esperar—. ¿Puedo ir al gallinero a por huevos? —pregunta de pronto—. Lizzy, ¿me acompañas?

Lizzy la mira ceñuda, pero va tras ella y se lleva a Connor para que vea las gallinas.

—¿Qué pasa? ¿No te basta con unos brownies de caramelo y plátano que también quieres una tortilla? Connor, por aquí. Ya iremos luego a ver las

cabras.

—No —susurra Meredith. Vuelve la cabeza para asegurarse de que no las sigue nadie y de que Connor está bastante lejos de manera que no puede oírlas ni repetir luego nada de lo que digan—. ¿Me he vuelto loca del todo o hay algo entre Nell y Greta?

Lizzy se frena.

—¿Por qué lo dices?

—Por cómo se miran. Es... No sé. Nunca había visto a Nell así, y aunque no conozco a Greta, me da que el sentimiento es mutuo.

—¿Qué me estás preguntando?

—¿Tú crees que Nell es lesbiana? —susurra Meredith con los ojos muy abiertos.

—No tengo ni idea de lo que es Nell, y estoy bastante segura de que ella tampoco, pero ¿que si creo que Greta y Nell se gustan? Sí. Vale, júrame que no vas a decir nada, pero esta mañana las he pillado. En la cama. Ya sabes. —Y también abre mucho los ojos.

—¿Liadas? —Meredith está boquiabierta.

—¡Sí! A ver, no las pillé en flagrante delito, pero estaba clarísimo que a eso iban.

—¡Vaya! Eso es mucho que asimilar. No tenía ni idea. ¿Tú crees que Nell siempre lo ha sabido?

Lizzy suelta una risotada.

—¿Nell, la persona menos emocionalmente evolucionada del planeta? No. Pero me alegro mucho de que lo sepa ahora. Es guay. Mola que haya alguien que la haga feliz. Quién sabe si la cosa durará, pero en este momento a todas nos vendría bien alguien en quien apoyarnos.

—Tú tienes a James. —Meredith siente una punzada de pérdida acordándose de la marcha de Derek, seguida del alivio, una vez más, de no tener que volver a besarlo.

—Es genial que se haya ofrecido a quedarse con nosotros mientras dure todo esto. Pero quiere que nos separemos.

—¿En serio?

—Sí. Y me lo merezco. Sabe lo de mi lío con Sean.

—Pensaba que se había acabado.

—Y se ha acabado.

—¿Y si fuerais a terapia de pareja?

—Ya lo hemos hecho. James no me perdonará esta vez.

—¿Me estás diciendo que no es la primera vez?

—Es complicado. —Lizzy suspira—. Pero si me mudo aquí, dice que él se vendría también para poder compartir la custodia de Connor.

—¿Y tú cómo te sientes?

—Pues aliviada, triste, impactada, aturdida. —Lizzy hace un gesto de impotencia—. Mamá ha muerto. Mi matrimonio se ha terminado. Mi negocio está jodido. Bueno, vale, jodido no, pero en fase de cambio. Todo está cambiando. Yo ya no sé ni qué sentir.

—Ya. —Meredith le rodea la cintura con el brazo—. A mí me pasa lo mismo.

Para cuando vuelven a la cocina con una docena de huevos repartidos por los bolsillos, Meredith ha decidido quedarse en casa de su madre para ayudar con el funeral y para estar con sus hermanas mientras deciden qué hacer con la propiedad.

—¿Creéis que tendrá hecho testamento? —pregunta Lizzy.

—Pues claro que sí. Si siempre lo usaba para castigarnos. ¿No os acordáis de la de veces que amenazaba con borraros del testamento?

—A mí eso nunca me lo dijo —asegura Lizzy con inocencia. Meredith le da un golpe en el brazo.

—Mentira. Yo la oí.

—Ya, bueno. Pues entonces es que nunca la creí. ¿De verdad pensáis que tenía testamento? Y en ese caso, ¿me habrá dejado el colgante de cuarzo y diamante con la cadena gorda? Porque si no, os digo ahora mismo que me lo pido. Nell, tú puedes quedarte con sus botas de agua.

—Gracias, muy generoso por tu parte.

—De nada. Y tú, Meredith, te quedas con el retrato suyo del salón.

—¿Esa cosa tan chillona de los años sesenta de la que tanto nos hemos reído?

—Esa misma.

—Genial. Gracias. Pero supongo que tendremos que llamar a su abogado. Ya lo llamo yo. No me importa encargarme de eso.

—Ah, ¿y me puedo quedar con el Mercedes clásico? Para ti el Lexus, Nell. Y en el garaje hay una bicicleta que lleva tu nombre, Meri.

—Estará todo dispuesto en el testamento —replica Meredith—. Y mientras tanto, no, no te puedes quedar con el Mercedes, ni con el collar ni con nada hasta que averigüemos qué es lo que mamá quería. Aunque —y mira a Lizzy un instante— probablemente a ti te haya dejado algo muy especial.

—Yo era su favorita —declara Lizzy, con una ancha sonrisa.

—No. Todas lo éramos. —Meredith también sonrío, aunque al momento respira hondo bajo el peso de la tristeza—. Joder —susurra—. Está muerta. Es que no me lo creo.

—No fue tan horrible como yo pensaba —comenta River, al cabo de un momento en el que todo el mundo se enjuga unas lágrimas—. Lo de verla, digo. Greta tenía razón: no parecía ella. De verdad era como si su alma se hubiera marchado.

—Yo todavía estoy intentando asimilar que tenía ELA —interviene James—. Cuando la vi el año pasado estaba estupenda. Ojalá hubiera sido mejor yerno.

—Ahora no vamos a caer en eso —le corta Lizzy—. No vamos a caer en eso nunca, en arrepentirnos de lo que no hicimos o no dijimos o podíamos haber hecho de otra forma. Dios sabe que ella también pudo hacer muchas cosas de otra manera. Al final, se fue como quería. No queríamos que muriera, y se murió de todas formas. No pienso permitir que me atormenten los remordimientos. Y al final —Lizzy mira a sus hermanas—, ¿no estuvo bien, al final? Se despidió de vosotras con amor, y aunque mi despedida no fue lo que yo habría querido, sé que también me dijo lo que me dijo por amor. ¿Qué más se puede pedir?

Meredith se traga un nudo en la garganta.

—Tienes razón. Al final me sentí querida. Y creo que siempre nos quiso, pero es que no sabía cómo demostrarlo.

Lizzy llama a Connor, se lo sube al regazo y le cubre la cabeza de besos. El niño se agita muerto de risa.

Yo no tengo que ser igual, piensa Lizzy. Puedo hacerlo de otra manera. Lo

que he hecho estos últimos años, puedo hacerlo distinto a partir de hoy. Alza la cabeza y ve que James la mira con tristeza.

A lo mejor puedo aprender a ser menos egoísta. A lo mejor puedo empezar a querer a mi familia ahora.

Epílogo

Lizzy se mueve como un torbellino por la improvisada cocina, con el pelo recogido en un desgreñado moño y el delantal sucio de aceite y grasa. Sus zuecos más cómodos son un engorro porque va tropezando con las raíces de los árboles mientras coloca los platos en las mesas de caballete al aire libre junto a la cafetería.

Casi todo su equipo está trabajando en esta cena *pop-up*. No sabe si se quedarán, pero el hecho de que hayan acudido a esta primera prueba en la granja le resulta reconfortante y tranquilizador. Contar con el personal que ya conoce la ha ayudado muchísimo a calmar los nervios; es gente que comprende bien lo que hay que hacer para que estas cenas transcurran a la perfección, que comprende su método.

¿Por qué está tan nerviosa?, se pregunta. Ha hecho esto un millón de veces. Sabe cómo hay que cocinar, cómo hay que servir la comida, cómo crear unas horas de magia bajo una cúpula de luces y un aterciopelado cielo de otoño. La única diferencia hoy es que ya no tiene a Sean de compañero, después de meses de disputas legales. Al final le cedió el negocio de Nueva York y le pagó una indemnización. Le dio una rabia horrorosa, pero era la manera lógica de poner fin a todo. Es solo dinero, se dijo rechinando los dientes mientras firmaba el talón. Lo volveré a ganar.

Y aquí está, ganando dinero otra vez, en la primera cena *pop-up* desde que se trasladó a Connecticut, la primera del otoño.

James trabaja en la barra y Connor ayuda a echar cerezas en ramequines, metiéndose a cada momento uno en la boca, cuando se cree que no lo ve nadie. Lizzy sonrío. No se le había pasado por la cabeza involucrar a James o dejar

venir a Connor, pero ayer se quedaron sin un barman y James se ofreció. Ahora alza la cabeza y sonrío, y ella le devuelve la sonrisa, agradecida por contar con él, agradecida por esta nueva vida que no sabe qué le deparará. La casa de campo que ha alquilado al final de la calle cuenta con una casita para invitados, y allí se ha mudado James, para poder compartir la custodia de Connor, que corre de una casa a otra todas las noches, sin entender que sus padres intentan llevar vidas separadas. La semana anterior el niño insistió en que papá cenara con ellos. Y de una cena pasaron a tres. James estaba muy cambiado, pensaba Lizzy. En su antigua vida era tan distraído, tan vago, tan... zángano. Eso le parecía a ella, cada vez que, tras una jornada agotadora, volvía a su casa de Brooklyn y se la encontraba hecha un asco.

Desde que se mudaron, James parece haberse cargado de energía. Tiene mejor aspecto, los ojos más limpios, y se ríe más. La otra noche Connor hizo una gracia y a James y Lizzy les dio tal ataque de risa que hasta lloraron. Lizzy no recordaba la última vez que James y ella se reían juntos. Y le gustó. No han hablado de divorciarse, todavía no. Tal vez no haga falta.

El huerto está precioso. Las hojas se han teñido de rojo y oro y caen formando una alfombra sobre la hierba. Los trabajadores que estaban colocando las luces se pusieron a recogerlas, pero Lizzy los detuvo.

—Está perfecto así. Dejadlas.

Sobre los immaculados manteles blancos con bordes de arpillera que cubren las mesas, han dispuesto calabazas huecas con decorativos solidagos y helenium rojos. Las velas son de un naranja oscuro. Se han juntado varias balas de heno para crear una zona de descanso a un lado: sofás y mesas hechas de heno, cubiertas de arpillera y cojines de color marrón rojizo.

Nell, con las manos a la espalda, olfatea el aire y mira alrededor. ¿Le gustará?, se pregunta Lizzy. Nell es la causa de sus nervios, la causa de que esta noche sea tan importante. Quiere que Nell comprenda el concepto y no se arrepienta de haber invitado a Lizzy. Quiere que Nell se enamore de la idea de las cenas *pop-up* en la granja Fieldstone, que entienda qué, por qué y cómo. Porque Nell ya no necesita el dinero. El testamento de su madre las dejó a todas en una holgada situación financiera. Por lo visto Ronni Sunshine sí que era rica. Todas especularon sobre las razones por las que se lo había ocultado. ¿Por qué no las crio con un estilo de vida opulento? En otros tiempos la

habrían acusado de tacaña y egoísta, pero ahora piensan que igual quiso que tuvieran una infancia normal, igual quería ahorrar ese dinero para que ninguna tuviera que preocuparse cuando ya fueran mayores. Ahora les parece conocer mejor a su madre, y están bastante seguras de que esa fue seguramente la razón.

Después de su muerte, Billy les llevó el vídeo que había filmado en el porche el día que conoció a Ronni. Las tres se quedaron pasmadas al oír a su madre reconocer ante la cámara sus errores, confesar que sin darse cuenta había alienado a sus hijas, las había alejado no solo de ella, sino también a la una de la otra. Habló de cada una, explicó cómo las quería, lo distinta que podría haber sido con ellas, lo que esperaba para su futuro. Sus hijas vieron la cinta cogidas de las manos y con las lágrimas corriéndoles por la cara.

Y luego se enteraron del dinero que les había dejado. Lizzy esperaba que Nell rescindiera su oferta de asociarse con las cenas *pop-up*, pero no lo hizo. Aseguró que todavía quería intentarlo, que sería divertido.

Greta aparece, llama a Nell y le dice algo al oído que le provoca una sonrisa. Luego se inclina hacia ella y Nell le acaricia la espalda, le da un beso distraído en la cabeza, y las dos se miran a los ojos antes de echar a andar juntas.

Qué suerte tiene Nell, piensa Lizzy. Greta no se marchó. Bueno, solo durante un tiempo para zanjar sus asuntos en St. Louis. Pero luego volvió. Cocinaba por las mañanas, trabajaba en la cafetería y hacía de madre con todo el que se le cruzaba por delante. Qué suerte tiene Nell. Qué suerte tienen todas. Nell está radiante, por fin a gusto dentro de su propia piel. Después de tantos años encerrada en sí misma, ahora, con esta mujer en su vida, está floreciendo. Una flor que había permanecido en la oscuridad demasiado tiempo.

Lizzy oye que la llaman de la cocina y da media vuelta sin darse cuenta de que tiene una sonrisa pintada en la cara. Meredith la está esperando con una copa de champán.

—¿No iba a venir Billy contigo esta noche?

—Sí, pero lo han llamado para un reportaje. —La mañana anterior Billy se despidió con un beso y Meredith tiró de él para que volviera a la cama. No se cansaba nunca de su olor, su sabor, su todo.

—¿Y vais en serio con lo de irnos a vivir juntos? ¿No es un poco pronto?

Meredith se encoge de hombros.

—Puede. Si todo sale espantosamente mal, pues habrá sido demasiado pronto.

—¡Hala! Qué aventurera te has vuelto. —Lizzy sonrío.

—Ya lo sé. Me encanta esta relación, que es sobre todo sexual. Es alucinante.

—¿El sexo o la relación?

—¡Las dos cosas! No sé si habrá algo serio detrás. Lo que sé es que no me quiero casar ni comprometer seguramente nunca. Me encanta la situación tal como está.

Nell se acerca con Greta.

—¿Y nuestro champán?

Meredith corre a la barra a por otras dos copas.

—Salud.

—Por los nuevos comienzos —brinda Lizzy. Todas se vuelven a contemplar la belleza del huerto. Un sol ardiente empieza a ponerse entre los árboles.

—Por los nuevos comienzos —repite Nell, mirando a Greta—. Y los nuevos amores.

—Y por la familia —añade Greta, mirando a Lizzy, a Meredith y por fin a Nell a los ojos—. Puede que no tenga vuestra misma sangre, pero me siento en casa. Por las chicas Sunshine.

—Por las chicas Sunshine —dice Lizzy—. Por todas mis hermanas, y por mí.

Agradecimientos

Este es el primer libro, desde hace tiempo, con el que me da la sensación de que vuelvo a ser yo misma, y tengo que dar las gracias a mucha gente, pero en primer lugar a Jackie Cantor, Claire Zion de Berkley, y a mi agente en Estados Unidos, Christy Fletcher. Nos reunimos a almorzar y hacer tormenta de ideas y luego las tres confiaron en mí para que llevara la historia en la dirección que tomara. Les estoy eternamente agradecida.

A todo el equipo de Berkley: mi enorme agradecimiento por su genialidad y su arduo trabajo: Ivan Held, Christine Ball, Jeanne-Marie Hudson, Jin Yu, Craig Burke, Heather Connor, Diana Franco, Caitlin Valenziano, Lily Choi y todos los que ayudaron a dar vida a este libro.

A Crystal Ellefson y Daisy Melo, que aligeran la carga y me hacen la vida más fácil.

Al Dr. Amiram Katz por sus consejos, su bondad y por ser un grande entre los neurólogos y un grande entre los hombres.

A Nanci Ross-Weaver, Janice DeRosa, Kara Feifer, Kim Raver y Emily Jillette; estoy deseando ver lo que nos depara el futuro.

A todas las bellísimas personas que me rodean y lo hacen todo posible, en particular Fiona Garland y Andrew Bentley, David Dreyfoos, Jerri Graham, Sharon Gitelle y John French, Kat Gloor, Russ y Jodi Hardin, Beth Huisking, Annie Keefe, Lisa Lampanelli, Steve March, Billy Nistico, Ian y Debbie O'Malley, Stefan y Sophie Pollman, Michael Ross, Dani Shapiro y Michael Maren, Kirk y Nicole Straight, Julian Vogel, Lauren Weisberger y a todas las madres de remo. Muchísimas gracias a todos por vuestra amistad y vuestro cariño.

A mis increíbles lectores y la increíble comunidad literaria, sobre todo Robin Kall Homonoff, Brenda Janowitz, Andrea Katz y Jennifer O'Reagan.

Y a mi familia. A nuestros hijos, Max, Henri, Harry, Tabitha, Nate, Jasper, y a Ian, que arroja luz en nuestras vidas todos los días.

Una novela sobre el amor y el desamor maternal y sobre la relación entre tres hermanas que habían olvidado cuánto se querían



Ronnie Sunshine es una actriz de Hollywood que ha pasado toda su vida intentando perseguir una fama que nunca acaba de llegar. Su frustración, su obsesión por los estándares, cánones y valores de Hollywood, así como su volátil temperamento, han calado profundamente en sus hijas: Nell, Meredith y Lizzy.

Aun cuando en la infancia cada una de las tres hermanas ha sobrellevado la personalidad de Ronnie como ha podido, todas coinciden en que esta no ha sido una buena madre. Pero un día Ronnie descubre que tiene una enfermedad degenerativa grave, y decide recuperar el tiempo perdido, unir de nuevo a sus hijas y tratar de obtener su perdón. ¿Conseguirán Nell, Meredith y Lizzy acercarse a su madre y las unas a las otras?

Las hermanas Sunshine es la historia de tres mujeres adultas que vuelven a sentir aquello que en un tiempo las unió y se enfrentan a la posibilidad de la redención. Una novela dulce y sensible sobre el amor y el desamor maternal y sobre las segundas oportunidades.

Jane Green es autora de diecinueve novelas, la mayor parte de las cuales ha ocupado los primeros puestos en las listas del *New York Times*. Ha vendido más de diez millones de ejemplares y ha sido traducida a veinticinco idiomas. Nacida en Estados Unidos, pasa largas temporadas en Londres, donde tiene su propio programa en la radio BBC y ejerce como corresponsal de ABC News. Tiene seis hijos, dos perros, cinco gatos y seis gallinas. Para más información sobre la autora, visita

www.janegreen.com

www.facebook.com/authorjanegreen

Título original: *The Sunshine Sisters*

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2017, Jane Green

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Sonia tapia, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig

Imágenes de portada: © Elisabeth Ansley / Trevillion Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16076-70-3

Composición digital: Infillibres, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



[megustaleerEbooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

Índice

Las hermanas Sunshine

Hace unas semanas

Prólogo

1981

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

1991

Capítulo 4

Capítulo 5

1997

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

2007

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

2016

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Jane Green
Créditos